
3 1761 09545007 8

VILLA PLÁCIDA

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

LA HIJA DEL USURERO (cinco ediciones).
ALMAS RÚSTICAS (tres ediciones).
EL MANTÓN DE MANILA
LOS VIVIDORES
NOBLEZA OBLIGA
SIN EL AMOR QUE ENCANTA...
VILLA PLÁCIDA

EN PRENSA

SANTILLÁN EL CÍNICO
EL BESO DE JUDAS

EN PREPARACIÓN

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

ESTANISLAO MAESTRE

VILLA PLÁCIDA

NOVELA

MADRID.—MCMXXI

EDITORIAL PUEYO.—Arenal, 6, MADRID

Imprenta de E. Maestre.—Pozas, 12, teléfono 38-54 M.—Madrid.

CAPITULO PRIMERO

ANTECEDENTES

FUÉRANOS imposible averiguar, por más que lo intentásemos, si la causa era debida a una afección hepática, a un hartazgo de lecturas filosóficas mal digeridas o a diversos motivos que no llegaron a exteriorizarse; pero es lo cierto que don Jacobo Alenza, no cumplidos aún los cuarenta años, comenzó a recluirse en su hogar, huyendo de la sociedad y de los amigos; tornóse huraño, se descuidó en el vestir y en el aseo de su persona; y como de ordinario ni era bello ni amable, no tardó en convertirse en una especie de ogro con batín y zapatillas suizas.

Don Jacobo es bajo de estatura y rechoncho de cuerpo, con un hombro más alto

que el otro. Su semblante carece de expresión, y las pocas veces que ríe, parece que hace muecas; encuadra su rostro una barba que semeja guedejas de lana sucia. A primera vista nadie puede sospechar que D. Jacobo sea hombre familiarizado con los libros; más bien parece un comerciante de paños que acaba de separarse del mostrador, o un especiero que espera visita en traje de «etiqueta»; por tener, hasta tiene durante el invierno sabañones en las manos y en las orejas.

Ha escogido por cárcel voluntaria una mansión que en otros tiempos pudo pasar por elegante, pero que hogaño corre parejas con quien la habita, pues el mismo desaliño que se nota en D. Jacobo se observa en los muebles, en las paredes y en los suelos. La mesa en que trabaja es una verdadera desdicha. La alfombra ha perdido el dibujo en algunos trechos y sólo le queda la urdimbre; en otros se notan extensas quemaduras producidas por las puntas de cigarro, que D. Jacobo arroja en cualquiera parte, olvidándose de que encima de la mesa las está esperando hace tiempo un cenicero artístico que acaso no ha llegado a estrenar. El sofá, las butacas,

las sillas y cuantos muebles poseen alguna base, se hallan abarrotados de libros. También hay montones de ellos en el suelo, en la mesa y hasta encima de una vitrina colocada en el centro de la habitación y en la cual se guardan abanicos antiguos, miniaturas y algunos otros objetos que deben de ser reliquias de familia.

Y no es debido este amontonamiento de libros a que D. Jacobo carezca de estantes en donde ponerlos, pues amplia y artística es la anaquelería de que dispone y en ella existen bastantes claros; sino que don Jacobo es así: coge un libro del sitio en donde lo pusieron manos más cuidadosas, y luego lo deja en el más cercano. Y como esta operación la repite un día y otro, de ahí el desorden y el amontonamiento. Los cuales ha pensado corregir muchas veces, sólo que nunca encuentra un momento propicio; que son muchos los quehaceres que tiene este hombre que no hace nada.

Utiliza en su servicio, y es la única persona que le presta compañía, una viuda alcarreña, cincuentona, zafia, pero con su gramática parda; tan fea o más que don Jacobo, contrahecha también, y por añadidura con un genio tan malo como el

suyo, y si esto fuese posible, diríamos que peor aún.

Salustiana, que por este nombre atiende la alcarreña, hállase al servicio de D. Jacobo desde el preciso momento en que a éste empezó a recrudecérsele la afección hepática, se le indigestaron las lecturas filosóficas, o lo que quiera que le impulsase a recluirse en su hogar; y jamás pudo soñar el amo con adquirir para criada una joya de tan inapreciable valor. Porque Salustiana lo tiene, y muy grande: como que es la única persona capaz de soportar el genio avinagrado y las impertinencias de D. Jacobo; y esto porque, ya lo dijimos, tiene tan mal carácter y es tan impertinente como él.

Cuando D. Jacobo suelta un bufido a Salustiana, ella le contesta con dos, y se queda tan tranquila; que resulta sin sal un guisado, y el amo lo hace notar, con malos modos, por supuesto, pues en seguida demuestra la criada que el condimento está en su punto, y lo hace con voces descompuestas semejantes a cañonazos; que un día, por torpeza o por desgracia suya, Salustiana deja caer un plato, que se convierte en mil trozos, presto acudirá D. Ja-

cobo para corregir el yerro o la desdicha... rompiendo de un puñetazo, ante la imposibilidad de romper las narices de la doméstica, la sopera o la fuente de los fritos.

Y así por el estilo. Porque son terribles. No pueden estar juntos un cuarto de hora sin que surja la pelotera. Quien los viese por primera vez, no los tomaría por dos personas, sino por dos lobos famélicos que, habiendo de por medio una tajada, se disponen a devorarse para ver cuál de ellos queda vencedor y se la merienda.

Podrá decir el retraído D. Jacobo que Salustiana no guisa bien, que es manirrota y sucia, que le roba a ojos vistas cuando le rinde la cuenta de la plaza; pero en cuanto a llevarle el genio, ¡vaya si se lo lleva!: como que parecen haber nacido el uno para el otro. Y así, de algarada en algarada y de tremolina en tremolina, marchan los dos tan guapamente. ¡Y cualquiera les dice lo contrario!...

Es una verdadera lástima que no se hubiesen conocido diez años antes; quizá se habrían casado, porque en aquella época ya estaba viuda Salustiana.

Pero ni ahora, ni tampoco diez años antes, ha podido pensar D. Jacobo en cues-

tiones matrimoniales. En su desmedida afición a los estudios filosóficos, apenas le queda un momento libre, y no tiene nada que hacer en todo el día, como ya dijimos, coge un rimero de libros y se enfrasca con ellos de tal manera, que a veces es necesario llevarle al comedor poco menos que en brazos; de no hacerlo así, se pasaría semanas enteras embebido en las lecturas, sin acordarse para nada del estómago, que no debe de ser muy exigente con él, y sin peinarse las greñas que coronan su testa.

Cuéntase, con grandes visos de autenticidad, que en cierta ocasión contrajo matrimonio la hija de un amigo y casi pariente de D. Jacobo. Hubo de asistir éste a la ceremonia en calidad de padrino, y como no era tacaño, convidó a comer en la «Bombilla» a cuantos concurrieron a la boda. Desde la iglesia entraron a desayunar en un café; fueron luego a casa de la novia para que se mudase de ropa, y más tarde, en cuatro grandes coches, marcháronse al sitio donde habían dispuesto pasar el día alegremente.

La gente moza, que halla mayor placer en el baile que en la comida, agencióse un piano de manubrio y se entregó al chotis

postinero y a la cadenciosa habanera; las personas de mayor edad formaron corros al sol y emprendieron la amable tarea de despellejarse las unas a las otras, porque, aun en estos casos, no quita lo cortés a lo valiente. Don Jacobo buscó un sitio apartado en la orilla del río; sentóse bajo un árbol, y sacando un periódico del bolsillo, empezó a leer tranquilamente, como si estuviese a cien leguas de aquel lugar, propio para la cuchipanda y el jolgorio.

En este preciso momento compareció ante D. Jacobo ese diablillo enredador que tan malos ratos hace pasar a los filósofos, y le puso delante de la vista un artículo en que se trataba una cuestión filosófica en forma diametralmente opuesta a como la veía nuestro hombre; por lo cual, olvidándose de la boda, del papel que en ella representaba, de quienes al festejo concurrían y hasta de que existiera el mundo, D. Jacobo emprendió tranquilamente el camino de su morada.

Llegado que hubo a su despacho, sentóse a la mesa y comenzó a escribir un artículo para refutar las teorías expuestas en el otro. Eran aquellas las primicias de su labor literaria; pero ¡ya verían las gentes

cómo las gastaba él con la pluma en la mano!

Apenas comenzada su labor, ocurriósele que era necesario documentar sus afirmaciones, para que nadie las pudiese disputar arbitrarias o erróneas; y entre coger a este autor, cuyas doctrinas conocía bien, y al de más allá, que ya no pudo desentrañar tan a fondo, el tiempo fué corriendo y el diablillo enredando la cuestión a D. Jacobo, de tal manera, que pronto tuvo llenos de libros, más o menos voluminosos, la mesa, la vitrina, las sillas y cuantos muebles encontró al alcance de la mano, y no habiendo otro sitio, los puso en el suelo.

Porque las teorías de sus filósofos, lo mismo que las palabras de los seres vulgares, se iban enredando a semejanza de las cerezas. Lo que sustentaba el primero, categóricamente y con argumentos abrumadores de puro sólidos, negábalo el segundo en forma rotunda, definitiva; mientras que el tercero echaba por tierra, fundamentándolo también, todo lo que sustentado habían quienes le precedieron. Y por este orden los demás. Era como para hacer que perdiese la cabeza quien no la

tuviera tan bien asentada sobre los hombros como D. Jacobo tenía la suya.

Mientras esto acaecía en casa del filósofo, en la «Bombilla» desarrollábase una escena bien distinta. Habiendo llegado la hora de comer, los novios y los invitados echáronse a la busca del padrino, que debía ocupar una de las cabeceras de la mesa, la madrina ya estaba en la otra; y no hallándolo por ninguna parte, el festín estuvo a dos dedos de convertirse en tragedia: porque a la novia le dió un soponcio, a la madrina hubieron de administrarle una ración de chorizo de Pamplona para calmar sus nervios, y el novio prometía matar a D. Jacobo en donde lo encontrase, por haberle estropeado la fiesta... y ante el temor de que hubiese de pagarla él.

Suerte y no pequeña fué para el filósofo el haberse acordado el padre de la novia de cómo las gastaba su amigo; y recomendando a los invitados que tuviesen un poco de paciencia, porque, más tarde o más temprano, había de celebrarse la cuchipanda, metióse en un carruaje y no tardó en regresar en compañía de D. Jacobo. El cual, acaso por distracción, ni siquiera hubo de pedir que le dispensasen el mal rato

que les hizo pasar. Por supuesto que le dieron lo suyo. Y si escapó sin que le rompieran algún hueso, tal vez fuese debido al temor, que abrigarían los invitados, de quedarse sin el champán y sin los puros; gasto que, lo mismo que la ceremonia religiosa, el desayuno y la comida, corría de cuenta de D. Jacobo.

Y ya que los gastos salen a relucir, conviene no pasar por alto que D. Jacobo tenía una más que mediana fortuna; y no por haberla adquirido él con el fruto de su trabajo, que jamás supo lo que era ganar una peseta, en lo cual nos conviene insistir; sino por habérsela dejado sus padres, que ejercieron el comercio de tejidos y de él se retiraron con una renta bastante saneada. Y como D. Jacobo fuese parco en el comer y en el vestir, y no tuviera más vicio que comprar libros y hacerlos encuadernar lujosamente, las rentas, no consumidas por completo, iban acrecentando el capital y haciéndolo mayor de día en día.

Quede, pues, bien sentado, porque así conviene a nuestro interés de narradores imparciales, que D. Jacobo era feo; que sentía cierta pasión por las lecturas filosóficas, de las que se atiborraba sin llegar a

digerirlas; que tenía un carácter y un genio insoportables, y que era el dueño absoluto de una fortuna más que mediana.

Las primeras cualidades mencionadas eran conocidas por todos sus amigos: como que estaban a la vista y por mucho que hiciera D. Jacobo jamás pudo ocultarlas; la última la desconocían hasta sus más íntimos compañeros.

No consta en ningún archivo, ni hemos encontrado persona que nos lo afirme, ni siquiera llegaron a nuestros oídos rumores que induzcan a sospechar que D. Jacobo guardase sus dineros por tacañería o por egoísmo; quizá lo hiciera con el propósito de que le dejasen vivir tranquilo: pues creyéndole un ciudadano modesto, no habían de llegar a molestarle ni los ladrones ni los «sablistas». Acaso el propio D. Jacobo, enfrascado en sus aficiones filosóficas, llegara a olvidarse de su verdadera situación económica; porque ya es demasiado sabido que los filósofos de pura cepa están muy por encima de ciertas misierucas terrenas: sobre todo del verdadero valor que tienen los metales acuñados en forma de moneda.

Lo cierto es que llegó un momento en

que a D. Jacobo se le recrudeció la afección hepática, si por desgracia suya la tenía, o el endiablado humor de que se hallaba poseído; y que le acometieron unos deseos rabiosos de aislarse totalmente en un lugar en donde pudiera dar cima a cierto proyecto que le bullía en el magín: proyecto colosal, estupendo, que le era imposible realizar en su domicilio; pues aunque la alcarreña recibiese con bufidos a las visitas, algunas de ellas los pasaban por alto y colábanse de rondón en el despacho del filósofo.

Como consecuencia de tales propósitos, una noche, después de cenar, D. Jacobo hizo comparecer a Salustiana; le ordenó que tomase asiento cerca de él, y, cual si pretendiera incrustárselas en el cerebro, le espetó estas palabras:

—Salustiana, me marcho de Madrid.

A las cuales contestó la alcarreña en idéntica o parecida forma:

—Feliz viaje, señor, y hasta la vuelta.

—¡Qué vuelta ni qué garambainas! Me marcho para no volver.

—Entonces, hasta que nos veamos en el otro mundo, si por un casual nos vemos, señor; cosa que no es de suponer.

—¿Luego no me acompañas?

—No, señor; no pienso cometer semejante locura.

—¡Te atreves a llamar locura a mi determinación... pedazo de acémila?

—Como que lo es. ¡Miren que marcharse de Madrid, en donde se vive tan a gusto!...

—¿Y tú qué sabes, imbécil e incivil alcarreña, si viviríamos mejor en el pueblo adonde pienso retirarme?

—¡Mejor que en Madrid!... Ni en Sigüenza, señor, ni en Sigüenza.

—¿De dónde sacas tú que hubiera de encerrarme en Sigüenza, si allí las mujeres son más ásperas que la lija, como me tienes bien probado?

—No lo saco de ninguna parte, señor; fué la mía una comparanza. Yo no sé a dónde pensará usted marcharse; pero tengo por seguro que será a un villorrio en el cual, por no haber, ni siquiera habrá iglesia.

—Ni me hace falta.

—¡Lo está usted viendo! ¡Si es usted un herejote, dejado de la mano de Dios!

—Lo cual no me impide vivir tan guapamente.

—¡Jesús nos valga, y qué barbaridad la que ha dicho este señor, tan leído y tan

escribido!... De seguro que ha pensado usted meterse en la sierra, en una guarida, entre los lobos, señor. Y no se lo comerán a usted, porque, al fin y al cabo, son sus pariguales.

—Te tolero esas palabras porque salen de tu boca como pudiera salir un rebuzno, y porque aún no te he dicho todo lo que pensaba decirte; pero sábelo bien· me iré adonde me dé la gana y me ocultaré en el lugar que se me antoje. ¿Lo oíste, vieja gruñona?

—¡Miren quién habló... cuando tiene un carácter que no hay persona humana que lo resista!

—¡Mal carácter yo! Piensa el ladrón...

—¿No lo dirá usted con segundas, señor?

—Ni con terceras, ¡calabaza! Lo digo porque como tú pareces un cardo setero, te figuras que todos somos iguales.

—A mí todavía no me huyen las gentes.

—Ni a mí tampoco. Demasiado sabes a cuántos amigos tuviste que despedir por orden mía.

—De eso hace un rato largo, señor.

—¡Un rato largo?

—Sí, señor; muy largo, por aquel tiempo en que aún no tenía usted ese carácter

tan avinagrado. ¡Pero ahora!... ¡Si sólo parece por aquí el señorito Aldamar... cuando se encuentra sin dinero!

—¿Y D. Luis Trilles?

—Porque es más sordo que una tapia y no se entera de las barbaridades que usted le dice.

—¿Y D. Santiago Arenzana?

—Ese se ríe de usted, le fuma los cigarros y le bebe el coñac.

—¿Y D. Jerónimo Romillo? Vamos a ver, zafia y cerril lugareñota: ¿qué peros le pones a mi amigo de la infancia, compadre y casi pariente?

—Alguno tendrá cuando tolera sus impertinencias sin cobrárselas.

—Entonces, también le debes tener tú, y acaso no pequeño, por cuanto las vienes soportando desde hace nueve años.

—Pero yo las cobro, señor, y con largueza: porque usted es gruñón, inaguantable, exigente...

—¡Echa, echa!

—... pero tacaño no lo es: la verdad por delante. A uno o a otro había de servir, y más vale lo malo conocido...

—¡Con que también esas!... ¿eh? Salustiana, vete de aquí, pero a la carrera, pues

de lo contrario no respondo de que te lleves sana la cabeza.

—La suya guarda la mía—afirma, valiente, Salustiana, poniendo la mano sobre un busto de Sócrates, esculpido en mármol, y quedando en actitud retadora.

—¡Vete!... ¡Vete!—insiste el filósofo, colérico, casi congestionado.

—No se sulfure, señor. Ya me retiro. Pero para salirse ahora con esa embajada, ¿por qué me hizo usted venir? Bien a gusto me estaba en la cocina, donde nunca falta qué hacer.

—¡Que yo te hice venir?—pregunta ingenuamente D. Jacobo, pues con la pelotera se ha olvidado del motivo que la produjo y hasta del sitio en que ahora se encuentra.

—Está usted como para que lo encierren, señor—replica Salustiana, abusando de la situación en que el propio D. Jacobo se ha colocado; y continúa:—¿Cómo había yo de venir sin que el señor me llamase? ¡Pues a fe que el carácter del señor es para que le vengan a visitar de cumplido!...

Lo cual hace rugir a D. Jacobo:

—¡Volvemos a las andadas?

Y ella, remachando el clavo, le lanza esta pullita con la peor intención y con sobrada socarronería:

—Como todavía no nos hemos ido... pues no tenemos que volver, señor.

Aquí cae en la cuenta D. Jacobo del error que ha padecido, y amainando un poco su brusquedad, interroga:

—¿De manera que no quieres acompañarme al destierro que voluntariamente me impongo?

Ante la blandura del señor y el acento dolorido que puso en la pregunta, se amainan también los ímpetus de la alcarreña, y responde, aunque sin abandonar el tonillo zumbón y cierta sonrisita que hacen vibrar los nervios de D. Jacobo:

—Según y conforme, señor; porque muy bien pudiera resultar que hubiese usted elegido para destierro un pueblo semejante a Madrid o quizá más hermoso que Madrid.

Por acordarse D. Jacobo de que es madrileño, y de los castizos por añadidura, puesto que ha nacido en la calle de Don Pedro, protesta enérgicamente, dando un puñetazo en la mesa, que a poco se convierte en astillas, mientras que él brama descompuesto del todo:

—Pero ¡animal!, ¿pudiste sospechar que exista en España un pueblo semejante a Madrid?

—Si tan hermoso es, ¿por qué lo abandona?

—Porque me da la realísima gana, ¡retroncho!; porque se me antoja, porque estoy harto de las farsas sociales, porque deseo recluirme para trabajar... ¿Lo sabes ya? Y juzga tú si seré estúpido cuando desciendo a darte unas explicaciones que no has de comprender por mucho que lo pretendas.

Sin hacer mención de las otras causas, y pasando por alto el final de la réplica, Salustiana arguye:

—Como si no estuviese usted aquí bastante recluído...

—No lo estoy, zafia de los demonios—insiste el filósofo—, puesto que necesito huir de los amigos, escondiéndome como si hubiese realizado alguna acción criminosa. Y en el pueblo adonde me retire, no conociendo a nadie, podré trabajar tranquilo aunque tenga abiertas de par en par la puerta y las ventanas: eso es lo que yo deseo. ¿Con que te decides o no?

—Por ahora, no, señor; quizá después

piense de distinto modo. He cobrado afición a Madrid... tengo mis afectos... y como aún no soy vieja ni mal parecida...

—Comprendido: has economizado unas cuantas pesetas y pretendes casarte otra vez. ¿No es eso?

—Quién sabe, señor... Otras lo hicieron sin valer lo que yo valgo.

—¡Pues lucido va a estar el infeliz que cargue contigo, aunque vayas envuelta en billetes de mil pesetas! ¡Con el geniecito que me gastas y con los años que tienes encima!...

—¡Sí que usted lo tiene bueno y que ha nacido antes de ayer! Compadezco a la desdichada a quien le toque roer ese hueso. ¡Gruñón, viejo, plagado de alifafes, horrible y con un carácter que el demonio lo resista! ¡Una pera en dulce, señor!...

—Por eso no me casé, ni me pasó por las mientes realizar semejante desatino.

—Mucho decir es eso, señor. Quién sabe si cuando menos lo piense le atrapará alguna lagartona con más conchas que un galápago o una mocita de esas que parecen un capullito de rosa y amansan a los hombres como si fueran corderillos.

—¡Atraparme a mí una mujer!... ¡A mí!...

¡Vete, Salustiana! ¡Vete, alcarreña cerril!... ¡Sólo de pensar que eres mujer, que estuviste casada y que piensas reincidir, se me crispan los nervios, la bilis me ahoga, la sangre me anubla los ojos y me acomete el deseo de cogerte entre mis brazos y pulverizarte como pulverizo este cigarro!

Y acompañando la acción a la palabra, D. Jacobo estruja entre sus manos un magnífico habano *Eduardo VII*, al cual acaba de prender fuego.

Algo anormal debió de notar Salustiana en las miradas de D. Jacobo, que fulminaban, y en la exaltación de que se hallaba poseído, por cuanto salió de estampía sin decir una palabra.

Y así terminó aquella noche el «amable» diálogo sostenido entre el señor y la sirviente; y así terminaban casi todos los diálogos que sostenían.

CAPÍTULO II

HACIA EL DESTIERRO

Determinación tan radical por parte de Salustiana, hace vacilar a D. Jacobo durante algunos días y casi le pone en trance de diferir por tiempo indefinido el proyectado viaje; porque no sólo es amante de la filosofía, sino también hombre práctico. Como el famoso *Tartarín*, de Daudet, D. Jacobo reune amalgamadas en sí las dos personalidades de don Quijote y Sancho Panza. Quiere huir del bullicio madrileño y recluirse en un rincón apartado para dar cima a su obra magna, con la cual pretende cambiar la faz de las cosas; mas desea que no le falte ninguna comodidad, ni encerrarse en un villorrio indecente.

Pueblo, piensa encontrarlo: todo es cuestión de buscar bien y no escatimar dinero; mas ¿con quién sustituye a la alcarreña, que, aun siendo zafia, gruñona, manirrota y desabrida, le sabe llevar el genio, le confecciona platos de su gusto y le cuida con esmero cuando se encuentra delicado o inapetente, que suele ser muy a menudo? De ahí nacen sus vacilaciones y la demora en ausentarse de Madrid; lo cual atribuye Salustiana a escasez de deseos. Sin embargo, de tal manera están arraigados los propósitos en D. Jacobo, que al fin se decide.

Comienza por ir pasando revista a los pueblos que conoce o de los cuales tiene noticia, y según se presentan ante él, los desecha de plano: cosa que hace sonreir maliciosamente a la diabólica alcarreña. Este, lo rechaza por hallarse cercano a la vía férrea; el otro, porque está demasiado lejos; aquél, por ser muy seco; el de más allá, por su humedad excesiva; el de la derecha, por no producir cereales; el de la izquierda, porque los produce en abundancia; cuál, por tener sierra; cual otro, por carecer de ella... Así todos. Y la alcarreña continúa riendo socarronamente.

A ratos parece D. Jacobo demasiado exigente; a ratos indeciso. Por fin surge un amigo y consejero, ese amigo que suele acudir en nuestras necesidades y nos recomienda un bálsamo para el dolor de muelas, o se ofrece a procurarnos una credencial, o a certificar la carta a que hemos terminado de poner el lacre; pero que nunca nos presta los cinco duros que nos hacen falta. El cual amigo, apenas se ha enterado de la indecisión en que se halla D. Jacobo, sentencia:

—Si es firme tu propósito de abandonar Madrid, me comprometo a proporcionarte lo que deseas.

—¡Pues no ha de serlo!—exclama D. Jacobo, puestas las manos en la cabeza, ante la enormidad de que exista una persona capaz de poner en tela de juicio la firmeza de sus propósitos; y termina por gritar: —¡¡Firmísimo!!... ¡¡Puñales!!...

—Entonces, prepara la maleta; voy a llevarte a un pueblo ideal.

—¿Puedes decirme qué pueblo es ese? Porque bien pudiera ocurrir, mi querido consejero, que me parezca una pocilga lo que tú juzgas ideal.

—Villa Plácida — contesta en seco el

amigo de D. Jacobo, y se queda esperando, fija la mirada en el filósofo.

El cual medita unos momentos, puesta la vista en la techumbre del despacho, como si buscase en ella el indicado pueblo, y no hallándolo, vuelve a preguntar:

—¿Hacia dónde cae esa Villa cuyo nombre jamás he oído?

—Sería inútil que te afanases por buscarla en el mapa o en algún otro indicador geográfico, porque no la hallarías—responde el amigo, riendo bonachonamente—. Le doy ese nombre, por cuadrarle muy bien, pues es la placidez misma: como hecha de encargo para tus aficiones y para tus deseos, querido Jacobo. Y procedo así, porque si te la designase por el suyo propio, aun no conociéndola, tengo la seguridad de que le hallarías algún pero, como se los hallaste a todos los otros pueblos a que pasaste revista de un modo demasiado superficial y arbitrario.

—Conformes en que pude haber procedido de ligero; y conste que no te llevo la contraria para que no me prives de la joya ofrecida; pero ¡calabaza!, en algún sitio estará tu Villa Plácida.

—Por supuesto, querido Jacobo.

—Pues por ahí debiste haber empezado, ¡puñales! Conque vengan esas noticias... si no es que te has propuesto desesperarme, según sospecho.

—Hállase Villa Plácida a unos cien kilómetros de Madrid por la vía férrea, y a doce de la estación más próxima.

—¿Luego habrá que recorrer buena parte del camino en coche o en autómovil?

—Ya te lo dije: doce kilómetros en coche; pues siendo escaso el número de viajeros que acuden a Villa Plácida, todavía no han establecido el servicio de autómoviles... ni piensan establecerlo.

—¿Y se encuentra al Norte o al Sur, al Este o al Oeste?

—Al Norte.

—Piensas tú que esa Villa podrá satisfacer mis deseos.

—Cumplidamente; a menos de que tu falta de decisión para abandonar el pueblo donde naciste te haga encontrar detestable lo que a mí me parece ideal, según antes dijiste.

Al oir estas palabras, D. Jacobo se olvida de la consideración que debe a quien las ha dicho y del favor que vino a prestarle; y saltando de la silla, llega adonde

está su consejero, le coge por las solapas de la americana, le pone en pie y, después de vapulearlo de lo lindo, juntas las dos caras, roja por la indignación la de D. Jacobo, y lívida por el espanto la de su amigo, le dice:

—¡¡Falta de decisión!! Mañana nos vamos a Villa Plácida, ¡repuñales!... Tú me acompañarás ¿estamos? Y como resulte según me has dicho, y encuentre una casa en condiciones, porque no has de pretenner que me encierre en una cochiquera, allí me quedaré por todo lo que me reste de vida. ¿Dudas aún de la firmeza de mis propósitos? ¡Calabaza con los amigos!...

—No dudo, querido Jacobo. Y perdona si con mis palabras llegué a ofenderte, porque no tuve tal propósito. Desde ahora me atrevo a decirte, al ver cómo te expresas, que te quedarás en Villa Plácida.

—Pues a verlo vamos, ¡puñales!

—Mañana mismo.

—Por mí no ha de quedar.

—Ni por mí.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las ocho.

—A las siete y media estaré en la estación.

—Veremos quién llega primero.

—¿Quién ha de llegar?... Yo. ¿Es que dudas aún?

—Ya te dije que no. Hasta mañana.

—Hasta mañana, a las siete y media.

A las ocho en punto de una mañana espléndida de Mayo, D. Jacobo y su amigo y consejero se meten en el tren. A medida que éste se va deteniendo en las estaciones, D. Jacobo repudia nuevamente los pueblos a que pertenecen y los que existen más hacia dentro. No acierta a comprender cómo pudieron convertirse en colonias veraniegas unos páramos en los cuales las gentes se achicharran durante el día, y por la noche no se atreven a salir de sus viviendas por escasear la luz y por ser el frío insoportable; pueblos en donde se carece de agua, de alimentos y de árboles; donde no se puede sufrir las moscas y otros numerosos insectos.

Se ha detenido el tren en una estación. Los viajeros pueden contemplar multitud de hoteles apiñados, como buscando apoyo a su fragilidad: son pequeñitos, semejantes a casas de muñecas; de diversos estilos, aunque impera lo abigarrado y chocarrero; tienen sus pretensiones de jardín,

pero, debido a la escasez de riego, la vegetación es raquítica. No se ve ni una flor ni un árbol corpulento. Algunos chiquillos juegan por las callejas que forman los hoteles. Un coche, al cual está enganchado un jamelgo esquelético, quizá espera a su dueño: algún comerciante de Madrid, que acudirá a preparar el nido para cuando lleguen los calores. A la derecha de la vía férrea hay una finca extensa, con tapial de mampostería, y al fondo un palacete de estilo suizo; delante, un álamo soberbio, el único que existe en toda la posesión; pero, eso sí, capaz de prestar sombra a las cuatro personas que debajo de él se cobijan distrayendo el aburrimiento con ver pasar los trenes.

El amigo de D. Jacobo explica:

—Son Camarasa, el tocólogo; su mujer y sus hijos, que anticipan el veraneo. El año pasado compraron esa delicia de «posesión», y convencidos de que les dieron «gato por liebre», desean sacar de ella el mayor partido posible. Intentaron plantar cuatro matojos, y después de gastarse bastantes pesetas en jornales y en semillas, han tenido que desistir de sus propósitos, porque todo el terreno es un pedrusco.

Menos mal que suelen ver, de cuando en cuando, algún que otro conejo; pero como Camarasa en su vida ha cogido una escopeta, ahí se quedan para que los atrapen con lazos los merodeadores que abundan por aquí. En un exceso de romanticismo, Camarasa llenó la posesión de estacas con sus correspondientes cartelitos, en los cuales están pintadas artísticamente las dos tibias, la calavera y la palabra VENENO: como en los marbetes de los frascos que en las farmacias anuncian contener algún líquido corrosivo. Pero los ladrones continúan llevándose los conejos... y todavía no ha reventado ninguno, ni reventarán, como no sea de risa o de un hartazgo.

—Pues se ha divertido Camarasa—apunta D. Jacobo, por haber rematado su compañero la explicación de aquel caso curioso.

El tren sigue su marcha, y por fin llegan los viajeros a la estación en que deben abandonarlo.

—Ahora te recomiendo paciencia—le dice a D. Jacobo su consejero—; porque el medio de locomoción que vamos a emplear, es de lo más primitivo.

—¡Calabaza!—ruge el filósofo, alarmado por lo que ha oído—. ¿Es que vamos a viajar en burro?

—Tanto como eso, no; pero sí en el antipático vehículo al cual nuestros abuelos bautizaron pomposamente con el nombre de «diligencia». Cierto que antaño pudo serlo; mas hogaño, que ya pretendemos hacer los viajes en aeroplano, porque el automóvil nos parece que marcha con demasiada lentitud, el tal carruaje resulta anacrónico, apropiado para ponerlo en un museo arqueológico.

Don Jacobo riñe con el mozo que solicita llevarle el maletín; con el empleado que recoge los billetes; con el amigo que le guía, y con una señora que desea salir del andén antes que ellos; y no teniendo ya con quien pelearse, saca el reló, consulta la hora y patea furioso.

—No tenemos prisa—le dice su amigo, sujetándole por un brazo para dejar paso libre a la señora—: por mucho que tardemos no ha de faltarnos asiento en la «diligencia»; pues como no tiene hora fija para la salida, aguarda hasta el último momento, y son contadas las veces que consigue llenarse.

Don Jacobo no se tranquiliza; al contrario: está que echa lumbres y como para pedirle un favor.

Por fin salen de la estación. Junto a ella encuentran el coche, en el cual se arroja D. Jacobo lo mismo que se hubiese arrojado en una hoguera si se le pone por delante.

La «diligencia» es un respetable armatoste, que parece no haber sido nuevo jamás; está muy sucio, cual si la mugre sirviese para darle consistencia, y no tiene sano ninguno de los cristales; los asientos carecen de mullida, y por los agujeros de la badana, asoman las maderas, renegridas y brillantes por el uso. Ponen en movimiento el pesado vehículo cuatro caballejos escuálidos, y fuera temerario enganchar a él otros con más bríos, porque al primer tirón acaso lo convirtiesen en astillas. El mayoral que los guía, también es viejo: como los atalajes, con hilachas de lana que acaso un tiempo fueron caireles rojos.

Después que D. Jacobo y su amigo, entra en la «diligencia» un sacerdote anciano, que da los «buenos días», se santigua, saca el Breviario y comienza a leer; en se-

guida irrumpe un montón de bultos y entre ellos la señora de marras, que habrá cumplido los sesenta años y es excesivamente pequeñita y obesa: parece una bola de manteca. El mayoral la empuja como pudiera empujar un fardo, y cuando ya está dentro, no teniendo pestillo la puerta, la amarra con un trozo de tomiza. La viajera es intrépida, y sin preocuparse de quienes le acompañan, busca acomodo para ella y para los siete bultos de que es portadora. El sacerdote, D. Jacobo y su amigo se comprimen cual si pretendiesen incrustarse en los tableros de la «diligencia»; y la anciana, impertérrita, sigue estrujando, hasta que consigue colocar bien todo su «equipaje de mano» y reservarse un asiento cómodo. Hecho esto, deja caer su humanidad sobre las tablas, y, después de santiguarse, dice con acento tranquilo:

—Señores, buenos días; y que Dios nos depare un viaje feliz.

El sacerdote, agradece amable; el amigo de D. Jacobo, con acento seco, y el filósofo, con una mirada pulverizante. En seguida ofrece éste pitillos a sus compañeros, y, como no los aceptan, enciende el suyo y comienza a fumar rabiosamente.

El mayoral, recostado en una rueda, lee un periódico que acaba de adquirir; los caballos dormitan; el sol penetra por las ventanucas de la «diligencia», molestando a quienes tomaron asiento en sus incómodas banquetas.

Agotada su paciencia, D. Jacobo formula una pregunta que sale de su boca envuelta en una serie de bufidos:

—¿Se pone en movimiento este armatoste o nos vamos a pasar aquí toda la vida?

El mayoral le dirige una mirada despectiva, lanza un escupitajo y con él la colilla que hace tiempo tenía pegada en el labio inferior... y continúa leyendo. Don Jacobo patea, ruge, pretende romper la puerta del vehículo para lanzarse sobre el mayoral y hacerle pagar cara su irreverencia; el amigo consigue sujetarle. De repente los viajeros perciben hacia lo alto de la «diligencia» un golpe seco, formidable; en seguida, otro, y otro más: parece que la techumbre del coche va a derrumbarse encima de ellos, haciéndoles papilla. Y entonces, la viajera, al notar cierta alarma en D. Jacobo, le dice muy serena, cual si se burlase de él:

—No se asuste, señor: son mis baúles —

y sonríe apacible, enseñando las encías desdentadas.

El filósofo ha tenido que morderse los labios para contener el ex abrupto que se le vino a la boca.

Con una calma desesperante sujetan los baúles; luego, el mayoral ocupa su puesto, sacude el látigo, suelta cuatro interjecciones soeces, y el armatoste se pone en movimiento: levantando una nube de polvo que asfixia. Las maderas crugen con monótono cric... crac..., cric... crac..., que produce sueño; y no han transcurrido aún diez minutos desde que la «diligencia» comenzó a subir un repecho cuando cesan de sonar los cascabeles del atalaje: se han dormido los intrépidos viajeros, el mayoral, los caballos, el carruaje y hasta las moscas que venían escoltando los bultos de la anciana. A pesar de su mal humor, D. Jacobo también se ha dormido.

Cuando la «diligencia» pasa por delante de los guardias civiles o de los peones camineros, la contemplan piadosos, maravillándose de que aún no se haya hecho trizas en mitad del camino. Y ella continúa marchando, despacio, muy despacio, cual si temiera turbar el sueño plácido de los

audaces viajeros a quienes conduce. Parece que se mueve a impulso del vientecillo sutil que hace inclinarse a las copas de los árboles en respetuoso saludo a la venerable anciana, cuyas maderas siguen crugiendo monótonamente cric... crac..., cric... crac...

Esto acaece en días como el actual, que la carretera está seca; porque apenas caen sobre ella cuatro gotas, se convierte en barrizal, las ruedas del vehículo se hunden hasta los cubos en los baches, se atasca, y es necesario que los viajeros desciendan, se agarren a las ruedas y, empujándolas a las voces del mayoral, ayuden a salir del atolladero al pesado armatoste.

Los viajeros van engolfados en su sueño. De pronto, una conmoción tremenda les hace despertar aterrados: ¡la «diligencia» marcha con relativa rapidez!

Por notar la sorpresa de D. Jacobo, el sacerdote, al propio tiempo que recoge el Breviario, que con el traqueteo había caído a sus pies, sonríe y le dice, amable:

—Es que llegamos al pueblo, y como el coche va cuesta abajo y los jamelgos ventean el pienso, apresuran la marcha.

Sin agradecer la cariñosa explicación,

D. Jacobo otea por la ventanilla que tiene frente a él. El paisaje es bellísimo: a derecha e izquierda, grandes montañas pobladas de pinos casi hasta las cumbres, y destacándose por entre ellos, palacios o casonas de trazado severo; algunos tienen extensos tapiales de mampostería; otros, verjas de hierro; al frente, copudos álamos, la torre de una iglesia, las chimeneas de varias fábricas, y una mansión señorial, cuyos dueños lo son también de casi todo cuanto la vista alcanza. Y por fondo, la sierra, cubierta en buena parte de nieve, de la que se desprenden vapores que van formando nubes; las cuales semejan fundirse con el cielo, de tonos parduscos.

Al llegar la «diligencia» a un punto en que la carretera se divide en dos, D. Jacobo lee en una plancha de hierro, fijada sobre un poste: «Paso al fielato», y, sin poderse contener, ruge en las mismas narices de su amigo:

—¡Repuñales!... ¿Pero me trae usted a un poblacho donde todavía se cobra el impuesto de Consumos?

El amigo sonríe y no contesta; el sacerdote, siempre amable, interviene:

—Es pura fórmula, señor. Aquí no paga

nadie, y el Ayuntamiento se preocupa muy poco de que lo hagan. La rutina, la eterna rutina; el estacionamiento en que vivimos. A semejanza del vehículo que nos conduce es todo lo demás en este pueblo. No pasa día por nosotros. Estamos igual que en los felices tiempos de doña Isabel II, que de Dios goce.

—Pues están ustedes bastante mal, ¡puñales!—grita D. Jacobo a pleno pulmón, cual si pretendiese que sus palabras llegaran al Municipio.

A las cuales replica el sacerdote, mientras cierra el Breviario y lo guarda en el bolsillo de la sotana:

—Sin embargo, si dispone usted de tiempo para probarlo, verá cuán tranquilamente vivimos: sin echar de menos lo que han dado en llamar progreso.

El vehículo ha llegado a un arco monumental, con tres puertas de hierro: la del centro, mayor que las otras, permite el paso a los carruajes; las laterales, a los peatones. Lindan con los extremos del arco: por la derecha, un hotel de bastante buen aspecto; por la izquierda, un merendero con jardín, al cual corona un soberbio emparrado.

Atraviesa la puerta el armatoste, y por una magnífica alameda dirígese a otro hotel situado al final de ella y al comienzo de un jardín primoroso, que termina delante de la mansión señorial que desde el camino se divisaba entre la penumbra de los árboles.

Admirado D. Jacobo de que en pueblo, al parecer, tan pequeño existan dos hoteles importantes, se lo hace notar a su compañero; el cual le replica:

—Pues aún existe otro en el lado opuesto, y dos más de menor cuantía.

—¿Y de qué viven?—pregunta el filósofo, mientras difícilmente se apea de la diligencia, porque se le han entumecido las piernas y los bultos de la anciana le impiden realizar el descenso con mayor rapidez.

—En el invierno, del turismo; durante el verano, de las familias que acuden a Villa Plácida en busca de tranquilidad, de aires puros y de temperatura agradable.

—¿A pesar de las detestables vías de comunicación?

—¡Caramba, no exageres! Cierto que el viaje no es cómodo ni divertido; pero se goza aquí de un ambiente de placidez

como en ningún otro sitio. Ya te dije que el nombre de Villa Plácida le cuadra admirablemente. En fin, tú lo has de ver. Y aunque ese maldecido geniazo no te permita gozar ciertas cosas como las gozamos los demás mortales, tengo la seguridad de que algún día me darás las gracias por haberte traído a este delicioso rincón; donde yo me quedaría muy a gusto si mis ocupaciones me lo permitiesen.

—Temo que te equivoques—rezonga el filósofo para no perder la costumbre.

Y sin hacer más observaciones, da un sombrerazo al sacerdote, vuelve la espalda a su compañera de viaje, y penetra en el hotel, seguido de su consejero.

CAPITULO III

TOMANDO POSICIONES

PRECISAMENTE el camarero que sirve a D. Jacobo es quien le suministra los informes para orientarse en Villa Plácida. Antes se los facilitó su amigo; pero él desea adquirirlos más concretos: con lo cual nos demuestra lo que ya habíamos sospechado: que es exigente y comodón, aunque aparenta lo contrario. Del interrogatorio a que ha sometido al *garçon,* que *On parle française, English spoken* y *Man spricht deutsch,* aunque habla el español de un modo detestable, D. Jacobo ha quedado satisfecho en cuanto atañe a la villa y a las costumbres de quienes la habitan; mas también desea conocer al alcalde y a las otras personas que repre-

sentan la autoridad. Y no procede así porque le gusten semejantes amistades; antes pudiera sospecharse que las detesta, ya que en las teorías filosóficas de su predilección ni se admiten determinados organismos ni más soberanía que la del pueblo; sino que D. Jacobo, habiendo llegado a conocerse, como sabe que su carácter es díscolo, irascible y levantisco, procura estar a bien con los que mandan por si se encuentra en trance de habérselas con la justicia.

Con su lenguaje gárrulo y chapurrado el camarero le dice que en Villa Plácida no existe más autoridad que el alcalde y «dos municipales completamente inofensivos». No es el alcalde un monterilla de los que padecen en otros pueblos, sino un comerciante amabilísimo, más ducho para despachar una vara de percalina o un frasco de esencia, que para disponer los asuntos municipales.

—¿Y por qué no eligen otro que sea más apto?—pregunta D. Jacobo.

—Porque no hay ninguno que quiera serlo—contesta el camarero; y continúa:—Se educó mercantilmente en Madrid, y además de conocer los comercios de ma-

yor importancia en su ramo, que abarca los tejidos, la quincalla, la perfumería, la confección de ropas para señora y caballero, la electricidad, los herrajes y otros muchos artículos más, posee lo que en lenguaje vulgar llamamos «caída de ojos, labia y don de gentes».

—Entonces, resulta un estuche el tal alcalde.

—En su tienda se encuentran las cosas más raras y heterogéneas: desde el biberón hasta las piedras para encendedores; lo mismo agujas para hacer crochet, que cuerdas de guitarra o libros de escuela. Cuando habla parece que despide por la boca efluvios de opoponax, y sólo se descompone su almibarado semblante cuando alguna parroquiana desprecia un artículo para obtenerlo más barato. Entonces, Veludillo, que así llamamos al alcalde, frunce ligeramente el ceño, se pasa la mano por sus rasuradas mejillas; la sube luego hasta la cabeza, y alisa sus escasos cabellos, adheridos a la piel en fuerza de cosmético; y melifluo y persuasivo, le dice: «Señora mía y dueña, en Madrid no lo hallará usted mejor, aun pagándolo a doble precio. Este artículo es inmejorable;

sólo lo trabajamos Ramírez, el proveedor de la Real Familia, y un servidor de usted, mi querida doña Emeteria.»

Interesado D. Jacobo por la charla del camarero, le ofrece un pitillo y le anima a continuar.

—No crea usted por esto—prosigue el narrador, después de haber encendido el cigarro—que nuestro alcalde abusa de su autoridad cuando despacha una pastilla de jabón o una jaula para el grillo; no, señor; sólo utiliza su honrada trastienda de comerciante marrullero. ¿Que no le gusta a usted el tapabocas que le ofrece? Pues lo deja, y tan amigos. Claro está que más tarde volverá usted a comprarlo... porque en Villa Plácida no hay otro comercio.

No necesita D. Jacobo adquirir el tapabocas ni ningún otro artículo de los que expende Veludillo; pero la posibilidad de que llegue un momento en que pueda necesitarlos y de que no tenga más remedio que acudir a su comercio, le resulta irritante. Quizá Villa Plácida sea tan deliciosa como asegura su amigo, que ya se marchó a Madrid; pero esto de tener que comprar los artículos más necesarios en casa de la primera autoridad, por muy amable

que ésta sea, le desagrada bastante. Sin embargo, dispuesto a pasar por todo y a proceder según le convenga, se dirige al establecimiento mercantil de Veludillo... y adquiere un paraguas, un cepillo para los dientes y una vara de mecha para el encendedor.

Veludillo le despacha amable, vertiendo en honor del nuevo cliente una porción de tarros de almíbar. Al fin le pregunta D. Jacobo si conoce alguna casa que se halle en venta, pues desea comprarla para quedarse a vivir en Villa Plácida; de la cual le han hecho bastantes elogios, aunque sospecha que sean inmerecidos.

El comerciante atiende en primer lugar a desvanecer las sospechas de D. Jacobo, y luego le cita cuantas viviendas se hallan disponibles; pintándolas con todos sus pelos y señales.

Don Jacobo elige en principio la que le parece más adecuada a sus deseos, y después, refiriendo su situación como mejor le place, demanda servidumbre. Ante todo quisiera una especie de ama de llaves, culta, discreta, con buen carácter, capaz de hacerse cargo del hogar de un hombre solo y despreocupado.

Veludillo se atusa la cabellera, reflexiona un instante y acaba por decir:

—Tengo para usted una familia que le vendrá como anillo al dedo: son madre e hija, perfectamente educadas, que se ayudan cosiendo; pues con la viudedad que tienen apenas si pueden vivir. La hija terminó la carrera del Magisterio y está esperando que le den una plaza.

—¿Qué edad tienen, si no resulta indiscreto preguntarlo?—interroga D. Jacobo.

—La madre *dice* que ha cumplido cincuenta años—responde el comerciante con acento confidencial—; la hija me consta que sólo tiene veintidós.

Al oír esto el filósofo frunce el ceño, y vuelve a preguntar:

—¿Y son...?

—Honradísimas a carta cabal.

—Ya lo supongo, cuando usted me las recomienda; pero yo me refiero al físico... quiero decir que si son... vistosas... ¿Me entiende usted?

—La madre es una jamona con toda la barba—afirma el comerciante, relamiéndose de gusto—; ¡la hija es hermosa como una primavera sevillana!

—Entonces no me convienen—rezonga D. Jacobo.

—¡Mi madre!—exclama Veludillo maravillado ante aquella salida—. ¡Pues sí que los hay exigentes! ¡Con que no le convienen unas mujeres que son honradas, cultas, agradables y hermosas por añadidura!

—Justamente: no me convienen.

—¿Por qué?

—Por... la añadidura.

—¿Quiere usted que le sirvan las Parcas?—pregunta Veludillo, que, como buen comerciante, es algo literato—. Mujeres feas, horribles, ya se las puedo ofrecer; pero zafias, incultas... vamos, como para que no las pudiese usted resistir. Créame, mi señor, amigo y «conterraneo»: no desperdicie usted esta ocasión que se le presenta como llovida del cielo. En Madrid no hallaría usted cosa mejor. Esta tarde se las presentaré, y mañana, aunque no venga usted a comprar nada, acudirá a darme las gracias; estoy bien seguro, y por anticipado le digo que no las merezco, mi señor don...

—Jacobo Alenza.

—¡Caramba! ¿A qué Alenza conozco yo? Porque el apellido me suena, y es de los

más ilustres... Alenza... Alenza... ¡Ah!... sí, ya recuerdo... un dependiente que afeitaba muy bien...; lo conocí en la calle de Ministriles; el pobre murió tísico en el hospital.

A D. Jacobo comienza a molestarle la charla de Veludillo, y para ponerla término echa sobre el mostrador un billete de cien pesetas, y, con acento desabrido, ordena:

—Cobre usted, y que me lleven lo comprado al Hotel del Universo.

Con el billete en una mano y resobándose los cabellos con la otra, pregunta Veludillo:

—¿No necesita D. Jacobo alguna otra cosa? Tengo puños y cuellos postizos, marca *El Cisne Blanco,* como solamente podrá hallarlos en la camisería de González, proveedor de la Real Familia, y en casa de un servidor. Fabricación exclusiva para nosotros; clase superior, hilo riquísimo, planchado especial sistema yanqui. También tengo boquillas, tarjeteros, cepillos para la cabeza y la barba, perfumes, tintes, etcétera, etcétera. Todo de clase superior y mucho más barato que en Madrid, según puede usted apreciar comparando precios y calidades...

—Me doy por enterado para acudir a su importante establecimiento cuando necesite alguna cosa. Por ahora sólo se me ocurre pedirle la vuelta, si es que tiene que dármela.

—¡Oh!... sí, señor, mi querido D. Jacobo: 78 pesetas y 45 céntimos; porque lo comprado, aunque vale mucho más, aquí sólo le cuesta 21 pesetas y 55 céntimos: casi regalado...

Don Jacobo recoge las pesetas y se despide con un bufido; mientras el comerciante le acompaña hasta la puerta de la calle, haciéndole zalemas.

Aún no se ha levantado de la mesa don Jacobo, cuando el día siguiente se presentan en el comedor del hotel Veludillo y sus recomendadas. No exageró el alcalde al hacer el artículo, acaso por no expenderlo en su bazar; pues la madre es una jamona «de muy buen ver» y la hija una muchacha monísima: ambas demasiado hermosas para lo que D. Jacobo desearía. Aunque no con lujo, visten bastante bien, y a primera vista se nota que están acostumbradas a los trajes con que se cubren y a las mantillas con las cuales realzan más aún su belleza de mujeres castellanas.

Mientras el presentante va haciendo a su manera el panegírico de las presentadas, éstas escuchan ruborosas, con la mirada puesta en el suelo. Apenas lo concluye, don Jacobo empieza a interrogar: apretando de firme para ver si halla resquicio por donde despedirlas; o mejor aún, por ver si se despiden ellas. Pero no sucede ninguna de las dos cosas, sino todo lo contrario; pues a medida que las mujeres responden se va desarrugando el ceño del filósofo, y ¡hasta comienza a sonreir! cuando la joven le dice que ha conseguido un premio en taquigrafía y que escribe en la máquina con bastante soltura.

Lo que él deseaba. Precisamente, una de las cosas que más le habían preocupado era la sospecha de no hallar un cajista capaz de interpretar sus endemoniados garabatos. De manera que encontrando ahora taquígrafo y mecanógrafo en una sola pieza, tiene por andado la mitad del camino.

Decidíase a tomarlas a su servicio y a dar gracias al alcalde y tendero, cuando de pronto se le ocurre que se halla frente a dos mujeres, y no feas por cierto; lo cual constituye un peligro serio; mayor aún tratándose de él, que siempre fué refracta-

rio a la mujer, temeroso de que llegara a cogerle prisionero entre sus redes pérfidas y sutiles. Y no teniendo a mano otro recurso mejor para evitar el peligro, se sale con éste:

—Encuentro excelentes las cualidades de que están ustedes adornadas; el más puntilloso no tendría ningún pero que poner; mas me figuro que no podrán soportarme el carácter, por cuanto yo mismo no puedo aguantármelo.

Dicho esto, se queda contemplando a las mujeres, y como nota que ellas le miran impasibles, cual si hubiera manifestado una cosa sin importancia, continúa:

—Tengo un geniazo atroz. A veces, desconociendo lo que me ocurre, siento ganas de pelearme con alguien; comienzo a golpear los objetos que me rodean, y si tropiezo con alguna persona, sin reparar que sea hombre o mujer, también la golpeo. Hasta ahora tuve siempre a mi servicio lugareñas cerriles que me soportaron medianamente a cuenta de que yo pasase por alto sus torpezas y sus descuidos; pero ninguna llegó a durarme más allá de dos meses.

Hace alto aquí D. Jacobo; vuelve a mi-

rar a las mujeres, y ellas, tan tranquilas como si asistiesen a la representación de un drama sin emociones. Ya bastante picado por aquella insensibilidad, prosigue:

—Pero ustedes ¡puñales!... son cosa bien distinta... han sido educadas en otro ambiente... no estarán acostumbradas a tolerar impertinencias... han de apetecer un trato amable... tendrán susceptibilidad... En fin, creo que no las convengo, ni como señor ni como amigo.

Aquí toma la palabra la madre, para decir, con un aplomo y una serenidad que desconciertan al exigente D. Jacobo:

—Deje usted a un lado esas preocupaciones, señor. Todos tenemos nuestro carácter, y cuando necesitamos ganar una peseta honradamente, qué hacer sino amoldarse al de los otros. Usted no ha de obligarnos a realizar cosa alguna que esté en pugna con nuestro decoro, y aunque lo pretendiera tampoco lo conseguiría. Pues siendo esto así, ¿qué importa lo demás? ¿Que tiene usted mal genio? Pues nosotras procuraremos dulficárselo en fuerza de mansedumbre. ¿Que nos regaña a gritos por haber cometido alguna torpeza o realizado cualquiera otra cosa que no fuere

de su gusto? Pues a callar y a corregir la torpeza o el yerro.

Total: que no habiendo manera de despedirlas, hubo de tomarlas a su servicio.

Resuelto ya este punto, les trazó D. Jacobo el plan que debían seguir: doña Elena, que así se llamaba la madre, ejercería las funciones de cocinera y de ama de gobierno; Silda, la hija, mientras no hallase colocación en el Magisterio, serviría de secretario a D. Jacobo; y para las otras faenas de la casa, que tomasen una sirvienta. Pero de esto había de encargarse doña Elena: él deseaba desentenderse de tales menesteres: lo que sí encarecía mucho, y hasta lo mandaba si fuere necesario, es que recibieran una criada tan cerril como pudieran hallarla: bastante señorío había ya en la casa con la madre y la hija.

Aviniéronse éstas a cuanto D. Jacobo dispuso, y acompañados por el alcalde se dirigieron a visitar la mansión elegida. No le puso el filósofo ningún pero en cuanto al coste; pero se los halló, y no pequeños, a todas las habitaciones. De este modo desahogaba los bufidos acumulados durante los quince minutos que tardaron en llegar a ella.

Don Jacobo carecía de razón para lamentarse, porque habiendo pertenecido la casa a un aristócrata arruinado en el juego, era sólida, de traza elegante y con mobiliario lujoso: no se echaba de menos ninguna comodidad. Sino que D. Jacobo gruñía por hábito... y para ver si asustaba a las mujeres. Las cuales, por escucharle, y temiendo llevarle la contraria, no se atrevían a emitir su opinión. Sólo cuando la solicitó él, decidióse Silda a exponerla, y, con marcada timidez, le dijo:

—Limpio todo y puestos en orden los muebles, la casa parecerá completamente distinta. Mientras la ocupó el señor duque de la Hormaza, era la mansión más hermosa de Villa Plácida.

Salieron al jardín principal de los dos que la mansión tenía, y como lo viese abandonado por completo, sin plantas, medio secos los árboles, rotos los bancos... el comprador rugió:

—¡Al diablo la casita!, señor alcalde... ¡Esto es una porquería!... ¡A cualquier estercolero le llama usted jardín!... ¡Puaf!...

Antes de que Veludillo replicase, Silda volvió a argüir:

—Dentro de quince días dirá usted otra

cosa. Es cuestión de trabajo y de gastar unas pesetas en plantas, porque agua la tiene abundante: allí está el depósito, y a espaldas de la finca la cacera que viene desde Peña Aguda. Acaso esté cegada la acometida que sirve para regar el jardín y la huerta, pero yo me encargaré de limpiarla. Déjelo de mi cuenta, señor.

Ahora más animosa, la madre termina:

—Sí que puede dejarlo, señor; porque Silda siente verdadera pasión por las flores y por los pájaros. ¡Si usted hubiese visto cómo teníamos nuestro jardincito en vida de mi difunto, que santa gloria haya! Pequeño era y con escasez de agua, porque no podíamos pagarla abundante; pero con todo y con eso, era el mejor cuidado y el más alegre del pueblo. Al quedarme viuda hubimos de venderlo en unión de la casa: ahora sólo nos quedan tres canarios y un par de macetas.

Aún pone D. Jacobo algunos reparos; pero Silda y su madre en seguida apuntan la manera de corregirlos: para todo hallan remedio aquellas mujeres. Y lo hacen mansamente, como si en su vida no hubiesen hecho otra cosa que obedecer. Ante la humildad insinuante de ellas, considé-

rase vencido D. Jacobo, comienza a claudicar. Pero hubiese dejado de ser quien era, si confesase su derrota a las primeras de cambio; por eso protesta entre gruñidos, cada vez menos firmes:

—¡Limpiar la casa!... ¡Arreglar el jardín!... ¡Como si yo hubiese encargado un par de zafias lugareñotas para que se estuviesen trabajando todo el día!...

A lo cual le replica doña Elena:

—No nos asusta el trabajo.

—Pero yo no quiero imponerlo... ¡puñales!... Además, tendré que estar en el hotel lo menos quince días.

—Ni dos—afirma Silda.

—Sí, sí... ¡Una porquería de casa!... ¡Lo que se dice una porquería!

Veludillo, que ha escuchado la conversación sin tomar parte en ella, créese en el deber de hacerlo, y descomponiéndose, cosa rara en él, protesta:

—Señor mío: yo no pretendo que usted se violente tomando una casa que no le agrade. Le indiqué ésta y le traje a verla, porque me pareció la mejor, la más adecuada a sus deseos. ¿Que no le place? Pues a buscar otra, y otra, hasta que encuentre una que le satisfaga. ¿Que no tropieza con

ninguna que le guste por completo? Pues se marcha usted a Madrid, a Barcelona, a Sevilla, adonde le parezca. Aquí no deseamos coaccionar la voluntad de nadie; al contrario, nos desvivimos por hacer grata la existencia a las personas que nos honran y favorecen con su presencia. Eso, sí: como alcalde, como amigo y como comerciante me permito decir a usted que la casa es buena y barata; el mobiliario, espléndido. En Madrid no los hallaría mejores por igual cantidad. Conozco bien lo que cuestan las casas en la Corte, por haber estado en los principales comercios madrileños, antes de inaugurar en Villa Plácida el que usted ha favorecido con su presencia, y del cual puede disponer como si fuese propio. Conque mande usted; yo no tengo más interés que complacerle, en lo que me consideraré muy honrado.

—Lo que yo mando—ruge aquí D. Jacobo, arrojando la bilis a borbotones—, es que formalice usted el contrato de adquisición ahora mismo, y que no vuelva a decir esta boca es mía; pues como deje abierta la espita de su locuacidad, me muero de repente sin haber comprado la casa... y sin hacer testamento. ¡Calabaza con el

hombre y qué facundia tiene!... Por de contado que me pondrá usted en la minuta el corretaje y todos los demás gastos.

Aquí se indigna Veludillo de un modo inconcebible, y quitándose el sombrero para atusarse la caballera con comodidad, exclama:

—¡Corretaje!... ¿Por quién me toma usted, señor mío y amigo?... ¡Corretaje!... Retire esa palabra, porque ahora no habla usted con el comerciante, sino con la primera autoridad de esta muy noble, muy leal y muy heroica villa... ¡Corretaje!... ¡Ha herido usted mi dignidad, señor de Alenza! Cuanto hice y cuanto usted necesite de mí, lo haré sin interés alguno, y guiado solamente por el deseo de serle útil y por complacer a quien me pide consejo: que para darlo estoy al frente de la alcaldía. ¡Corretaje!... Me basta, mi querido don Jacobo, con que me siga honrando con su amistad, que vale para este su servidor, más que el dinero. Y téngalo presente: no admitiré de usted ni siquiera un cigarro.

Acaso iba a continuar Veludillo; mas observando que D. Jacobo empieza a empalidecer y a tambalearse, da por seguro

que ha de cumplir su amenaza de muerte, y se echa un punto a la boca.

Pocos días después D. Jacobo escribe al amigo madrileño que le trajo a Villa Plácida:

«Querido Manolo: Ya estoy aposentado en mi casa. Si algún día te encuentras con humor para soportar las molestias del viaje, vente a comer conmigo, y si te agrada, a pasar unos días en tu cacareada Villa: camas y habitaciones hay de sobra para ti y para otras cuantas personas, porque al fin me quedé con la casa del Duque.

»Me hallo bastante bien y relativamente satisfecho de Villa Plácida: vaya mi gratitud por habérmela recomendado. Ignoro si podré permanecer en ella el resto de mi vida, según yo quisiera; porque el alcalde, que a la vez es tendero y más parlanchín que un loro, me recomendó para que me cuidasen a una madre y a una hija que son la misma dulzura, y temo reventar cualquier día de un hartazgo de almíbar.

»¿Sabes por qué las admití y la causa de que aún las conserve? Pues porque la hija resulta un taquígrafo-mecanógrafo que me viene como anillo en el dedo: la tengo adjudicada la plaza de secretario. Dentro de

unos días comenzaré a utilizar sus servicios y a dictarle mi obra magna, la obra de que te hablé varias veces y cuyos apuntes estoy poniendo en orden.

»Confío en que has de hacerme los encargos que a continuación te anoto, pero en la forma que te lo digo. Y no me vengas con escrúpulos monjiles ni con garambainas, porque... ¡repuñales!... no volvería a saludarte en toda mi vida y las cartas que me dirigieses te serían devueltas sin abrir.

»Encargos que te hago: 1.° Comprarme una máquina de escribir, la mejor que encuentres, sin reparar en el precio. Me la envías con un par de paquetes de papel para escribir y diez mil cuartillas, que sean buenas para que no tenga que poner reparos quien ha de utilizarlas. 2.° Vende la casa y los muebles, que para nada necesito los unos ni la otra, puesto que aquí tengo de todo en abundancia: los libros me los remites en cajas bien fuertes para que no sufran deterioro. 3.° A Salustiana la pones en medio de la calle, entregándole mil pesetas por vía de indemnización y de propina... aunque sólo se merece un ronzal si persiste en sus propósitos de casarse.

Allá ella. 4.° A tu mujer le regalas en tu nombre, pero pagándolo con mi dinero, una joya, la que más te guste, que no baje de cinco mil pesetas, y si te parece demasiado joya, compra dos: una para cada uno; y si tampoco te conviene esta proposición, las empleas en polvorones o las tiras a la calle; porque lo que yo pretendo... ¡puñales!... es que aceptes este recuerdo como prueba de mi gratitud por las molestias que te origino.

»Lo que te sobre después de haber cumplido mis encargos, lo ingresas en mi cuenta del Banco, y no te molestes en enviármela detallada, porque te advierto que la romperé sin leerla. Sobra con que me remitas el resguardo.

»Y basta de abusar de tu amistad, querido Manolo. Confío en que harás mis encargos, según te lo suplico; por adelantado te lo agradezco y te abrazo,

JACOBO.»

CAPITULO IV

SANSÓN Y DALILA

Llámase la heroína de este libro, que no podía carecer de ella, Casilda Gutiérrez y Pérez: nombre y apellidos tan vulgares, que predisponen en contra de quien los lleva. El menos avispado pensara que nuestra heroína es una mozallona alta, gruesa, mofletuda, coloradota, ordinaria... en fin: la vulgaridad con faldas y zapatos de tacón alto; indigna de figurar en una novela, y nada menos que con el carácter de protagonista; y no de una protagonista cualquiera, de las de tres al cuarto, sino, ya lo dijimos, de heroína novelesca. Pues si semejante cosa pudieran pensar las almas cándidas que con todo se conforman, dígote lo que pensarán esas

personas privilegiadas que llegan hasta el punto de adivinar lo que aún no dijo el autor y escuchan el crecer de la hierba.

Por esta razón conviene hacer constar, antes de que pasemos más adelante, que el nombre y los apellidos de nuestra heroína son uno de los absurdos más estupendos; como lo es, en no menor cuantía llamar Celedonio Delgado a quien es extraordinariamente grueso, o Carlos Blanco a otro cuyo semblante parece tallado en azabache, o Rufino Alegre al que representa la imagen de la tristeza, o Angel a un ciudadano peor que el mismísimo Lucifer; y así en muchos casos. Aunque algunas veces el apellido resulta como hecho de encargo para quien lo lleva; pues anda por ahí cierto Lucas Gordo que, aun no habiendo cumplido veinte años, pesa bastante más de noventa kilos.

Lejos de ser como pudiera presumirse, nuestra heroína resulta una mujer ideal: pequeñita, esbelta, fina de carnes, con nariz recta, aunque ligeramente respingada con una boca microscópica, de rojos y carnosos labios; dientes pequeños, apretados y blanquísimos; tersas mejillas con unos hoyitos que le hacen muchísima gra-

cia; cabellos rubios, como las espigas recién segadas; pero rebeldes, pues se la encrespan y ensortijan, formando caprichosas crenchas, que adornan la frente, las orejas y la nuca, haciendo parecer más pequeño su diminuto rostro. Lo que puede apreciarse de la piel de la hermosa mocita, aun estando curtida por el sol y por los aires serranos, presenta coloraciones de nácar, leche y rosa. Su cuerpo breve destaca líneas purísimas y enérgicas. Parece una de esas figuritas de frágil porcelana que no nos atrevemos a tocar temerosos de pulverizarlas entre las manos.

Todo es pequeño en Casilda, menos los ojos, que son grandes, rasgados y soñadores, con pestañas muy largas, que los hacen parecer mayores aún; el corazón, que no le cabe en el pecho, y el ingenio, que no tiene medida. Cuando fija los ojos en una persona, fruncido levemente el entrecejo, porque es algo míope, parece como si se le quedaran dormidos. Entonces, de su linda carita irradia un candor que le hace semejar una niña ingenua. Sin embargo, contemplándola con atención, podemos advertir en su frente una arruga sutil que la atraviesa de extremo a extre-

mo y es síntoma de férrea voluntad. Por ser ella chiquita, le han abreviado el nombre, llamándola Silda.

La niña ingenua, la figurilla de porcelana frágil, es todo un carácter y una polemista temible. Sus condiscípulas de la Escuela Superior del Magisterio, llegaron a temerla. Ha leído mucho, y aunque siente predilección por las novelas, tampoco rehuye los libros que tratan de cuestiones más arduas. De Filosofía conoce lo mejor; pero se halla a gran distancia de D. Jacobo, lo mismo en la cantidad que en las materias.

Cuando Silda tiene que conversar con cualquiera persona, se ponen de relieve su timidez y su modestia; parece ignorarlo todo, limitándose a escuchar pacientemente, sin decidirse a emitir su opinión por mucho que la pidan: diríase que teme desbarrar; de ahí acaso nace su mutismo. Pero luego, al verse obligada a discutir, las frases, los atinados juicios y los pensamientos fluyen de sus labios con extraordinaria facilidad; se va creciendo insensiblemente, hasta que su verbo cálido llega a demostrar lo muy extenso de su cultura; mas a pesar de que pone en las polémicas

todo el fuego de su juventud, no demuestra jactancia, sino humildad y sencillez.

En Madrid pudo colocarse ventajosamente; pero no quiso hacerlo por no dejar sola a su madre, que perdió su marido y no tiene más hijos que Silda. Lo propio ha ocurrido en Villa Plácida cuando los galanes llamaron a su puerta. Ante el temor de no hallar un novio, y después un marido, que cargue con la madre y con la hija, no dió conversación a ninguno: por eso permanece soltera, esperando que le den la plaza en el Magisterio para subvenir con holgura a las necesidades de la casa; las cuales, aun no siendo exageradas, no pueden satisfacer con la pequeña pensión que les pasa el Duque a cuyo servicio estuvo el difunto padre de Silda.

Cuando se la presentamos al paciente lector, viste un sencillo traje blanco, con ramitos color heliotropo, y lleva en las orejas unos camafeos de coral que parecen fresones maduros. Sentada junto a la máquina de escribir, que permanece ociosa, espera a que le dicte D. Jacobo alguno de los pensamientos que escribió en unas cuartillas, que ahora relee, sin decidirse a transmitir el contenido.

La madre de Silda, sentada al lado de un ventanal, cose atenta; el canario, prisionero en dorada jaula que adornó Silda con lazos encarnados, canta que se las pela; un rayo de sol se desliza suavemente por entre las persianas de junquillo, y posándose en la dorada cabecita rubia, esplende en ella metálicos reflejos; el filósofo se pasea, mirando a las cuartillas, unas veces; otras al techo, como si buscase en él algo que no encuentra, y que luego pretende hallar en las ensambladas maderas del pavimento. De pronto, D. Jacobo lanza un bufido y grita, parándose en seco:

—¡Elena, llévese usted el canario o tírelo por la ventana!... ¡Parece que se ha conjurado con alguien para no dejarme trabajar!

—Sí, mamá—interviene Silda—; llévatelo. *Pimpi* no entiende de filosofías y marea con sus cánticos.

Doña Elena coge la jaula y se retira, para volver al poco tiempo. Mientras tanto, el filósofo continúa sus paseos y su mutismo; Silda lo contempla un instante con ojos picarescos.

Durante los dos meses que D. Jacobo lleva instalado en su vivienda de Villa Plá-

cida y en funciones de autor, Silda ha presenciado varias escenas como la que acabamos de referir; porque el filósofo, o es muy exigente, o poco fácil para dictar los pensamientos acumulados en otras ocasiones más propicias.

En los primeros momentos de colaboración, D. Jacobo era menos premioso; algún día estuvieron trabajando dos horas seguidas sin la menor interrupción: él, leyendo, leyendo rápidamente; ella, tecleando afanosa para no perder palabra. Luego, el filósofo repasaba las cuartillas sin encontrarlas pero, a pesar de que la joven no hubo necesidad de acudir a sus conocimientos taquigráficos. Cierto día, cuando más engolfado estaba dictándole un punto escabroso en el cual ponía en tela de juicio ciertas doctrinas de la Religión cristiana, D. Jacobo dejó de percibir el tecleo de la máquina, y al levantar la vista, halló que la joven le miraba con ojos de espanto. Fijándose en ella más detenidamente, pudo notar que había empalidecido, y suavizando un poco su acento huraño, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada—respondió ella, con voz trémula—: un mareo insignificante.

—Entonces, suspendamos hoy el trabajo. Vete a dar un paseo por el jardín.

—Si no es nada: ya se me va pasando—musitó Silda—. Podemos continuar... Haga el favor de seguir dictando... ¿Decía usted?...

—He dicho que basta por hoy... ¡calabaza!... y cuando yo digo una cosa no tolero que nadie me contradiga. ¿Me entiendes bien?... No tolero que nadie me contradiga. Con que ya estás recogiendo todo y marchándote al jardín. Aunque mejor será que dejes las cosas según están y te vayas en seguida.

Retiróse la joven, y cuando poco más tarde la encontró D. Jacobo, parecióle notar en sus ojos señales de llanto; pero no concediendo importancia a la cosa, que bien pudiera haber sido algún disgusto entre la madre y la hija, dióse por no enterado.

La modestia y la humildad que Silda ponía en todos sus actos, granjeáronle pronto el afecto de D. Jacobo, que llegó a tratarla como si fuera una criatura. Por eso la tutea, y por eso también, cuando la escena anterior se repitió tres veces consecutivas, la última de ellas, el filósofo, bas-

tante excitada su curiosidad, acercóse a la joven, para inquirir, con acento suave:

—¿Qué te ocurre, chiquilla?

—Nada—contestó Silda, con entereza.

—¿Cómo que nada, ¡repuñales!, si ya van tres días seguidos que te detienes apenas comenzamos a trabajar?... ¡También hoy estás mareada?

—No, señor; sino que...

—¿Quieres acabar? Voy sospechando que estás enferma y lo ocultas; sin que yo sepa la causa de esa obstinación, puesto que nadie tiene la salud garantizada. Habremos de avisar al médico.

Ante el temor de que D. Jacobo realizara sus propósitos, la joven, de pálida, tornóse lívida, y balbució:

—Si no tengo nada... son aprensiones de usted... podemos continuar.... ya estoy repuesta...

—Podremos continuar trabajando, puesto que tú lo dices; lo que no podemos es seguir de este modo ni un momento más... ¿lo entiendes?... ni un momento más. Es necesario que me digas ahora mismito, pero en seguida, ¿eh?, la causa de tu enfermedad, o de tu disgusto, o de lo que quiera que te ocurra; porque, ¡calabaza!, si no lo

haces presto, capaz soy de arrancarte la lengua con objeto de que no puedas decir a nadie lo que te obstinas en ocultarme. ¡Pues no faltaría más sino que una mocosuela como tú pretendiera burlarse de un viejo como yo!... ¡Hasta ese extremo podrían llegar las cosas!... ¡Repuñales con la niña!...

Tanto las atenciones como las filípicas de D. Jacobo produjeron el mismo efecto en el conturbado espíritu de la joven; y no pudiendo sostener por más tiempo aquella situación tan violenta, rompió a llorar amargamente. Lo cual fué causa de que el filósofo volviera a ser el hombre irascible de siempre, y rezongase colérico:

—¡Conque también lagrimitas!... ¡Pues estamos lucidos!... ¡Si debí sospecharlo!... ¡Al fin mujer!... ¡Por vida de mi abuela!... Lo mejor será que rompamos cuanto pusimos en limpio y me vuelva a Madrid, aunque sea andando.

Por fin intervino doña Elena para calmar a D. Jacobo e inquirir cuál era la causa del llanto y del malestar de su hija; pues ella no había advertido nada. Apretando D. Jacobo e insistiendo doña Elena

consiguieron que la joven rompiese el mutismo en que se hubo encerrado y comenzase a hablar: primero, con su habitual timidez; luego, con vehemencia.

Le habían producido intenso dolor las manifestaciones hechas por D. Jacobo, opuestas a las doctrinas que ella aprendió de su madre y fué ampliando luego al realizar estudios superiores. No estaban prendidas con alfileres las teorías, sustentadas por Silda; ni tampoco conocíalas superficialmente, como les ocurre a muchas personas que alardean de cristianas; las había sometido a un minucioso y sereno análisis del cual salieron más puras, más sólidas, más vigorosas. Por esta firmísima convicción de que sus doctrinas eran las únicas verdaderas, no podía escuchar, sin sufrir angustias de muerte, que se las vituperase y se las escarneciese, presentando enfrente otras doctrinas arbitrarias. Y por conocer que su compromiso con D. Jacobo le mandaba acatar sus órdenes sin discutirlas ni analizarlas, era más profundo su dolor, más honda su pena. No había podido resistir aquel choque brusco de doctrinas con doctrinas, y la vida se le quedó paralizada, como muerta. Pero ella

sabría hacerse fuerte. Que D. Jacobo continuase dictando sus pensamientos.

Mientras hablaba Silda, doña Elena, atónita, iba mirando sucesivamente a su hija y a D. Jacobo; del cual temía una explosión de las suyas; si no es que optaba por ponerlas en medio de la calle; mas viendo que el filósofo no se enfurecía, y en cambio escuchaba tranquilo a la joven, acaso acumulando los rayos que había de lanzar sobre ellas, creyó llegado el momento de intervenir, reprendiendo la desfachatez de su hija, para ver si le era posible conjurar la tormenta. En mala hora lo intentó; pues lejos de satisfacer a D. Jacobo, le hizo exclamar indignado:

—¡Nadie le llama aquí, señora mía! ¿Pensó usted que necesito tutores? ¡Pues no los necesito, ¡puñales!, ni los quiero! Y caso de utilizarlos, no acudiría a usted, que guisa admirablemente, es una excelentísima ama de llaves y una madraza cual no hay dos; pero que no entiende ni jota de filosofía. Deje usted que se explaye a su gusto esta muñeca; que desembuche todas las patrañas aprendidas de labios de las monjas; ya verá luego cómo se las pulverizo y le hago a callar por toda la vida.

—Pero, señor—insistió, con cierta timidez, la atribulada madre—, me parece una irreverencia intolerable la realizada por mi hija.

—¡Le digo a usted que se calle, ¡calabaza!; porque me basto y me sobro para no consentir que me falte al respeto esta mocosuela. Y no le digo a usted que se marche, por desear que presencie la derrota de nuestra bachillera de tres al cuarto.

Silda había asistido al altercado, con la mirada puesta en el suelo, caída sobre el pecho su grácil cabecita, intensamente pálida; como si habiendo realizado algún delito horrendo, temiese una sentencia condenatoria. La pobre madre hallábase aterrada: la tranquilidad del filósofo, que ella tenía por aparente, infundíale un pánico terrible; y también esperaba el final de todo aquello: seguramente desastroso.

Y ocurrió en este caso lo que suele acaecer cuando aguardamos algún suceso funesto: que no es tan fiero el león como la gente lo pinta; pues D. Jacobo cogió una silla, púsola al lado de la joven y, tomando asiento, enzarzóse con Silda en una polémica filosófico-religiosa que duró largo rato.

Puso él a contribución todas las lecturas que había ingerido sin llegar a digerir, para convencer a la joven de que era ella quien estaba en crasísimo error; pues cuantos argumentos expuso en pro de su tesis y como fundamento del edificio que intentaba construir, no eran suficientes para contener el más ligero soplo de sus labios y mucho menos el vendaval que D. Jacobo tenía dispuesto para lanzarlo en seguida a modo de refutación. En cambio, sus teorías sí que eran firmes: ya podían disparar cañonazos sobre ellas: no caerían al suelo.

Y empezó la contienda. Sólo que a don Jacobo aquel día se le volvieron lanzas las cañas, pues según iba hablando la joven, perdido ya el temor habitual en ella, crecíase por momentos, y como si recibiese una inspiración divina, tales y tan sólidos argumentos sustentaba, que el filósofo llegó a encontrarse acorralado y sin saber por dónde ni cómo salir, convirtiéndose para él en la más bochornosa derrota lo que esperaba un triunfo facilísimo.

Mas no se crea por esto que D. Jacobo daría su brazo a torcer: primero lo aspan. Lo que hizo fué marcharse por los cerros de Úbeda, y cuando ya no le quedaba ni

un cartucho por quemar en defensa propia, salirse con este final:

—Muy bien, chiquita: has conseguido distraerme un rato; pues no me juzgarás tan imbécil que haya tomado en serio tus peregrinas lucubraciones filosófico-cristianas.

Y se quedó tan fresco en apariencia... aunque la procesión andaba por dentro.

Silda se fué haciendo a los «golpes» de D. Jacobo, y aunque le producían no pequeños disgustos los soportaba valientemente, y al cabo de dos meses transcurridos en aquella lucha, hállabase por completo capacitada para hacerla frente.

Mientras su madre volvía de llevarse el indiscreto canario y D. Jacobo daba rienda suelta a su furor, continuando su turbulento pasear de un extremo a otro del despacho, Silda se había quedado como ensimismada, puesta la vista en el espacio. Por advertirlo el filósofo, detúvose en seco y preguntó encarándose con la joven:

—¿En qué piensas, muñeca?

—En los berrinches que se toma usted a cada paso sin causa para ello.

—¡Repuñales!... ¿Que no existe causa para que me incomode y se me repudra la san-

gre y se recrudezca esta afección hepática que *disfruto*? ¿Te parece pequeña que unas veces por fas y otras por nefas llevemos dos meses de trabajo, sin haber llegado aún a la mitad del tomo primero de mi obra?

—¿Y eso le apura?

—¡Naturalmente!... ¡Calabaza!

—Tenemos mucho tiempo por delante.

—Lo tendrás tú; pero yo, no; cada día me siento más viejo y con mayores achaques.

—No sea usted aprensivo. Cuanto más despacio vaya el trabajo, mejor ha de salir.

—Conformes... hasta cierto punto; pero una cosa es marchar despacio y otra muy distinta permanecer estancado. Los que conocen mi proyecto se muestran impacientes.

—Tanto mejor.

—¿Por qué?

—Conocen el valor de su obra y de antemano saborean el éxito. Por esta razón, cuanto más les haga usted esperar, con mayor agrado recibirán el libro.

—Esa será tu opinión, que yo no discuto, ¿estamos?; pero la mía es completamente distinta. Hay que trabajar, muñeca, hay

que trabajar para que mi obra avance; pues en este año quisiera publicar cuando menos dos tomos.

—Ahora no consiste en mí.

—Consiste en todos, ¡puñales!...; en tu madre, en ti, en la criada, en el canario, en el tiempo, en mis achaques; en todos, sí: porque todos parecéis conjurados para entorpecer mi labor. Consulta el reló.

—Aún no son las doce.

—Por mí, como si lo fueran; porque no estoy en condiciones de volver al trabajo.

—Entonces... podíamos hablar de otro asunto, si a usted le place.

—¿De qué asunto?

—Hace unos días tengo el propósito de exponer a la consideración de usted cierta idea que me bulle en la mente; pero no hallo el momento oportuno para hacerlo.

—Pues el actual no es muy propicio: ya lo sabes.

—¿Por qué, D. Jacobo?

—Esta mañana tengo un humor de dos mil demonios.

—No importa: basta con que pueda usted prestarme atención durante unos minutos.

—Con tal de que sean pocos...

—No han de pasar de cinco.

—Entonces, ya estás hablando. ¿En qué consiste esa idea?

Aquí se aturuga la joven, y la maldita timidez habitual en ella le impide contestar tan pronto como hubiese querido; viendo lo cual, insiste D. Jacobo:

—¿Tendré que sacarte con tenazas esa célebre idea?

—No, señor. Me creí más valiente, y ahora me asusta lo que debo decirle.

—¡Repuñales! ¿Tan grave es ello?

—Grave, no; pero sí aventurado.

—Acaba de una vez, que ya estás abusando de mi paciencia.

—Quería decirle... que habiendo adecentado la casa... debiéramos adecentar también a quienes la habitan.

—Si el adecentamiento consiste en vestiros de máscara tu madre y tú, podéis hacerlo. Y no temáis poneros cuantos lazos, perifollos y hasta cascabeles os venga en gana, porque así estaré yo más divertido.

—A nosotras nos basta con estar limpias.

—Entonces, ¿es a mí a quien pretendes vestir de mamarracho?

La joven vacila un momento; contem-

pla las trazas estrafalarias de D. Jacobo, y dice luego:

—Vestirle de mamarracho, no, señor; pero sí vestirle más a la moda.

Las últimas palabras de Silda han salido trémulas, y después de decirlas, la joven se queda en actitud expectante, como si temiera alguna acometida del ogro. El cual, cosa poco frecuente en él, lo echa a broma, y, después de lanzar una risotada, pregunta:

—¿Cómo quieres vestirme?

—Con un traje más elegante, mejor cortado, y previniendo a quien lo confeccione que ponga una almohadilla en el hombro derecho para disimular que lo tiene usted más bajo que el izquierdo.

Al oír la proposición de su hija, doña Elena se halla a punto de desfallecer. ¡Habrá atrevimiento como el suyo! Por lo visto Silda se propone que D. Jacobo les eche de la casa por impertinentes y por meterse en lo que no les importa: y le sobrará razón para hacerlo; pues la niña se está poniendo inaguantable. Ya se lo dirá ella cuando la encuentre a solas... ¡El demonio de la desvergonzada y atrevida mozuela!... Jamás pudo sospechar la madre

tamaña desfachatez en su hija, que era prudente y tímida de suyo. Pues no se escapará sin una buena reprimenda, y acaso, acaso hasta le pegará un par de pescozones...

Si el amigo que trajo a Villa Plácida al furibundo filósofo pudiera verle ahora por un agujero, quizá dudase si estaba bien de la vista o tenía telarañas en los ojos; de referirle la escena, no la daría crédito. ¡Pues dígote si la contemplara la cerril alcarreña!... ¡No se reiría poco!...

Nosotros no vamos tan allá. Creemos, sí, que del mismo modo que el irascible señor no estaba en aquel trance para filosofías, hallábase bien dispuesto a recibir con agrado cuanto le dijera Silda. Por esto no lanzó un bufido, ni dió golpes sobre la mesa, ni soltó un ¡repuñales!, ni siquiera hizo manifestación alguna que acobardase a la joven; la cual, temerosa de haber avanzado más de lo conveniente, optó por guardar silencio; sin atreverse a exponer por completo su idea, hasta conocer en lo que paraban aquellas misas. Y no terminaron tan mal como Silda pudo presumir y su madre temía; pues el filósofo limitóse a preguntar irónicamente:

—¿Te figuras tú que la sociedad o yo ganaríamos algo haciendo desaparecer esta imperfección física que me cupo en suerte?

—La sociedad... no sé; pero usted ganaría mucho. Y todavía más si mandara que le quitasen la barba y un poco de melena.

—¿Conque sí, eh?—replicó D. Jacobo, con dejos de molestia.

—Sí, señor—afirmó Silda, con voz entera—; parecería usted más joven y más esbelto.

—¡Vaya con la ideíta que se ha traído la muñeca! Pues ve ahí: éntranme ganas de hacer lo que indicaste; mas no por complacerte, sino para ver si cuando salga por esas callejas se vienen tras de mí las muchachas del pueblo.

—Tanto como eso...

—¿Tienes algo más que decirme?

—Por ahora, no, señor.

—Pues veremos mañana.

Ya creían todos terminado aquel diálogo, cuando de repente se acuerda D. Jacobo de quién es, echa mano de la caja de los truenos, y grita:

—¡Elena, coja usted a esta niña, y ya que antes no quiso tirar la jaula por el balcón, hágame el favor de arrojar a Silda;

eso sí: con mucho cuidado, para que se estrelle; pues de no hacerlo pronto, la cogeré yo entre mis manos, la reduciré a polvo y lo aventaré luego para que no vuelva a molestarme en todos los días de su vida! ¡Puñales con las ideas de la muñeca!... ¡Pues sí que tienen gracia!...

Y salió de estampía.

Doña Elena dirigió a su hija una soflama morrocotuda, que ella aguantó impasible, sin defenderse, sin excusarse, con la valentía de los héroes que arriesgan la vida por un ideal. Durante la comida ninguno de los tres suscitó la conversación pasada. Hablaron de la proximidad del verano, con lo cual Villa Plácida se vería muy animada en cuanto comenzasen a venir los forasteros; del arribo del nuevo médico, y de otras muchas cosas sin importancia. Don Jacobo no demostró disgusto.

A la caída de la tarde el filósofo abandonó la casa sin indicar a dónde iba. Por la noche regresó tímidamente, como si hubiese cometido alguna acción censurable... trayendo rasurado el rostro y al rape la cabeza. Silda lo notó, pero no hizo alusión alguna por no mortificar a D. Jacobo; doña Elena también se dió cuenta del

cambio, y el asombro le obligó a enmudecer. El día siguiente Veludillo acudió solícito con un paquete de muestras de paño, y D. Jacobo se encargó dos trajes... a gusto de Silda.

CAPITULO V

«PETRONIO» EN VILLA PLÁCIDA

Con la pequeña reforma que por consejo de Silda realizó D. Jacobo, en su físico y en su indumentaria, ya se comprende que no podía convertirse en Adonis, ni siquiera en Narciso; para conseguir esto, fuera necesario un milagro; pues ya sabe el lector que el filósofo es feo. Ha quedado más presentable: ahora ya no asusta. Lástima grande que no hubiese podido reformar el iracundo genio; pues lo mismo que antaño, por la menor nimiedad se toma berrinches enormes. En estos casos, el rostro, se le pone verde; los ojos, sanguinolentos; la voz, bronca; se le quitan las ganas de comer; apenas duerme; no se le puede ver sonreír.

Le ha disminuído la deformidad de los hombros, gracias a los aditamentos de algodón que el hábil Veludillo, asesorado por Silda, le puso en la flamante americana; mas el cerebro de D. Jacobo ya no funciona bien. Las cuestiones filosóficas de orden abstracto, suele abordarlas con lucidez, y no del todo mal; pero en llegando a un punto que afecte a la religión cristiana, es hombre perdido; no puede trabajar, porque la facultad de discurrir parece que se le atrofia, y, frenético, golpéase el cráneo, que suena a hueco como si la sustancia gris se hubiera volatilizado.

El propio D. Jacobo desconoce las causas que pueden producirle la atrofia, el embotamiento cerebral o como quiera llamarse al fenómeno que tanto le perturba. ¿Serán quizá los disgustos que suele ocasionar a Silda?... ¿Acaso no son bastante firmes sus teorías? Esto último ni siquiera lo admite; pues él las tiene por incontrovertibles e irrefutables. Cierto que no las ha sometido a la controversia, ni muchísimo menos; pero ¿es que le hace falta? ¿No están bien consagrados sus autores? Luego sus teorías son buenas, son firmes, son concluyentes.

En los primeros tiempos de su erupción filosófica ha consultado sus teorías con algunos amigos: congregábales alrededor de una mesa bien provista de fiambres, vinos, licores y cigarros; y mientras ellos iban comiendo, bebiendo o fumando, él leía lo escrito; los invitados, naturalmente, lo hallaban todo bueno, y así se lo decían: envolviendo las lisonjas en las nubes del humo de sus vegueros. Después, cuando le acometieron los deseos de recluirse y los llevó a la práctica, hizo conocer sus trabajos a la cerril alcarreña; la cual, si no se quedaba dormida, escuchábalos abriendo la bocaza, y al final solía decirle: «¡Pero qué cosas sabe usted, señorito... yo no entendí ni jota!» Con lo cual D. Jacobo se quedaba tan fresco y tan orondo.

Haciendo honor a la verdad, necesario es decir que cuantas teorías filosóficas iba trasladando al papel, no se fraguaban en la mollera de D. Jacobo; por esto no eran buenas; pues en caso contrario forzosamente habrían de resultar inapreciables joyas literarias. Asimilábase a su modo aquello que leía, y faltándole un mentor experto que le guiase por los intrincados cerros y vericuetos del ser y del no ser,

tropezaba con harta frecuencia, y no pequeña suerte fué no romperse la crisma en alguno de los escollos de tan abstrusa ciencia.

Aunque aparente lo contrario, D. Jacobo es un pedazo de pan; quitaríase el suyo de la boca para dárselo al pobre que acude a su puerta en demanda de auxilio; pero eso sí: al entregar la limosna, lanzaría un gruñido y cuatro ternos, con el propósito de mantener la fiereza de su carácter. La culpa de que éste sea tan áspero y no de otra manera, la tienen las malditas lecturas de que se atiborra, y que no ha podido digerir; por eso el afiliarse desde joven en la escuela materialista, en moda cuando D. Jacobo estudiaba Filosofía y Letras. De tropezar con un Kempis en sus albores intelectuales, hubiera sido un místico.

Al verse frente a Silda y notar con la fe y entusiasmo que defiende sus ideales, es natural que D. Jacobo comience a vacilar, que se sienta perplejo; pues él echa de menos la fe y el entusiasmo que a ella le sobran. Y entonces, cobardemente, se pregunta: «¿Serán sus teorías mejores que las aprendidas por mí en los libros de que me

nutro?» Porque, razonando con tino, tiene que deducir: «Cuando comencé mis estudios, Silda debía de estar en mantillas o poco menos; luego mi entusiasmo y mi fe debieran ser mayores que los suyos; mis argumentos deberían pulverizar a los de ella. Y, sin embargo, sucede lo contrario.» Y esto, ¿por qué? No lograba saberlo.

A seguida de haberse hecho a sí mismo esta rotunda confesión, el filósofo pensaba lo contrario, atribuyendo a su debilidad de carácter la falta de lógica para argumentar; y encerrándose en su torre de marfil, volvía a preguntarse: «¿Qué vale esa chiquilla comparada conmigo?» Y se contestaba: «Ni un pimiento.» Y después: «Si la comparo conmigo, me resulta un átomo imperceptible; ¿cómo voy a ponerla entonces frente a mis autores predilectos?» Terminando siempre con esta otra afirmación: «Jacobo, eres un imbécil al conceder beligerencia a esa criatura, y un majadero cuando te detienes a escuchar sus doctrinas y hasta llegas a someterlas a un análisis comparativo con las que tú sustentas.»

Con estas y con otras disquisiciones, D. Jacobo llegó a desbarrar de lo lindo y

marchaba camino de enloquecer. Por supuesto que la cosa no era para menos; porque de la disconformidad de criterios nacían sus dudas, y sus vacilaciones, y las angustias que le atormentaban, y el desaliento que hiciera presa en él; de ahí también el que se le hubiese recrudecido el mal humor... cuando Silda no estaba delante; pues hallándose junto a ella, el león escondía las garras y dejábase acariciar como un cordero.

Por conclusión: con barbas o sin ellas; rapado o melenudo; esbelto o deforme, D. Jacobo veía entorpecerse su labor, y la obra magna no llegaba a su fin, ni siquiera a la mitad. Todas las mañanas acicalábase para bajar al despacho, dispuesto a resarcirse del tiempo perdido; mas apenas se colocaba la joven junto a la máquina de escribir, atarugábase el filósofo... y no dictaba; fenómeno que hacía exacerbarse su mal humor, su afección hepática o las dos cosas; pues todavía no hemos podido averiguar en qué consisten su brusquedad y su mal humor.

Pues fué precisamente en una de estas ocasiones de atrofia cerebral cuando le anunciaron que deseaba visitarle el nuevo

titular de Villa Plácida; anuncio que le sentó como un tiro; porque siéndole poco gratas las visitas ordinarias, aun las de los amigos, no había de ser halagüeña para él la del sujeto que pretendía verle.

Mientras se decide a recibirle o dispone lo contrario, iremos al encuentro del médico; pues nos consta que merece un retrato. No pretendemos hacerlo acabado; por satisfechos nos daríamos si consiguiésemos bosquejar su interesante figura para que el lector pueda darse cuenta de con quién ha de habérselas.

No es alto, ni bajo, ni gordo, ni delgado; tampoco puede decirse que sea feo. Siendo un hombre vulgar, nótase en él algo que predispone: acaso es antipático. Ha nacido en Illescas, y aunque su padre quiso dedicarle a las faenas del campo, con las cuales halla el sustento la modesta familia, al fin hubo de consentir que se marchase a la Corte para estudiar una carrera científica. Según la madre de Honorio—que así se llama el médico—el muchacho llevaba algo dentro de la cabeza, y no era cosa de estropearlo dedicándole a las labores agrícolas; el maestro participaba de la misma opinión, confirmándola con otros alegatos;

y no por demostrar su gratitud a la madre de Honorio, que solía enviarle algún que otro regalo, sino «porque el muchacho conjugaba los verbos irregulares sin la menor dificultad».

Honorio terminó el bachillerato después de grandes tropiezos, pues hubo de repetir casi todas las asignaturas; y como el padre hiciese notar su disgusto ante la pérdida del tiempo y de las pesetas que le costaban las matrículas y el hospedaje de su hijo, la madre argüía para infundirle aliento: «Injusticias que se cometen, Saturio»; y se quedaba tan fresca hasta el año próximo.

Con los estudios de Facultad, ocurrióle lo mismo; por eso ya entrado en los treinta años consiguió la licenciatura... marchándose a buscarla a Santiago de Compostela, porque en Madrid estaban verdes. Como el padre de Honorio era un hombre práctico, al ver los miles de duros que le costaba la carrera de su hijo, y el poco fruto que producían, llegó a sospechar si sería un zoquete o un gandul bigardón y jaranero. A la madre parecíale un genio y seguía arguyendo: «Injusticias que se cometen».

Como estudiante, no era bueno; ¿por

qué andar con tapujos? En cambio, presumía de elegante, a tal extremo, que en San Carlos nadie le llamaba por su nombre, ni siquiera los bedeles: conocíanle por *Petronio* o por *Arbiter elegantiarum*; y no le estaban mal los remoquetes. Jamás preocupóse de si eran buenas o malas las pupileras con las cuales había de convivir, ni del trato que daban; ni escatimó en el precio: bastábale con que le planchasen bien los pantalones; pues toda su ilusión consistió siempre en llevar las perneras con unas rayas tan agudas como el filo de un sable.

No teniendo el ropero muy abundante, apenas regresaba de la calle cambiábase el pantalón que traía puesto por otro que no recibiera regalado el pobre más humilde; lo estiraba bien encima de la mesa y ponía sobre él cuantos libros hallaba a mano y hasta las planchas y demás objetos pesados de que podía disponer. ¡Con cuánto esmero acepillaba las otras prendas! Nunca se le encontró descosido, roto ni mancha; ni siquiera un hilacho. Por no hacerlo a su gusto las sirvientas, él mismo se daba lustre a las botas hasta dejarlas como si fuesen de charol. Al salir a la calle, iba

convertido en el maniquí de un sastre de los más postineros.

De muchacho, fumaba con exceso; mas luego, al llegarle la época de aficionarse al lujo y a la elegancia, tornóse comedido, con el fin de economizar algunas pesetas para invertirlas en flores, que se ponía en el ojal del chaqué; porque *Petronio* proscribió la americana por vulgar y por cursi; y de igual modo que algunos prefieren el tabaco al desayuno, *Petronio* se acostaba gustoso sin cenar antes que suprimir las flores. Le daba por ahí, como a otros por dejarse melenas y usar sombreros anchos.

Cuando había de comprarse botitos experimentaba disgustos enormes: no veía ningunos que le agradasen: éste, por el color; estotro, por hacerle arrugas; aquél porque tenía seis botones; el de más allá, por sólo tener cinco. Era como para perder el caletre. ¡Porque cuidado si andan mal de gusto los fabricantes de botitos!...

Afeitábase todas las mañanas e invertía más de una hora ante el espejo colocándose artísticamente el lazo de la corbata o ensayando posturas elegantes y distinguidas; pues pretendía, nada menos, ser la

perfección misma en el vestido y en los modales.

Pero aspiraba a más: pretendía ser rico, y no por el placer de acumular pesetas, como hacen otros, que luego no saben en qué invertirlas; *Petronio* deseaba el dinero para comprarse trajes, muchos trajes; los más vistosos, los más caros, los más elegantes; para cambiar de sombrero, de camisa, de corbata, de botas y de bastón tres veces al día: por la mañana, por la tarde y por la noche; para encargarse los botitos en Londres, y los guantes en Suecia; en una palabra: como decían sus compañeros, para ser en Madrid el *Arbiter elegantiarum.* De lo demás, no se preocupaba ni poco ni mucho. Los manjares exquisitos, las bebidas selectas, los buenos tabacos, le importaban un bledo; y lo mismo los automóviles, los coches y los caballos. La elegancia personal, sólo la elegancia personal era su única obsesión.

Y el chico no era torpe en eso de enriquecerse. Por conocer que con el ejercicio de la Medicina no podría lograrlo, ¡había tantos médicos!, se dedicó a la caza de dotes. Era frecuente hallarlo discurriendo por las grandes arterias madrileñas fle-

chando a las muchachas elegantes y bien alhajadas, y como diciéndoles: «¿Pero no reparáis en este cuerpo?» Y ellas, ¡las muy tontas!, o no reparaban o sabían fingir. ¡Y cuidado que ponía a contribución sus más distinguidos andares y su caída de ojos, capaz de electrizar a la más fría!

La falta de pecunia le imposibilitaba acudir a los sitios en donde se reune el mundo elegante, y sólo realizando sacrificios enormes, que desnivelaban su presupuesto por todo el mes, podía acercarse alguna que otra vez al Palace o al Ritz; pero únicamente cuando había festejos burgueses. No eran tan descabellados sus propósitos que fuese a encalabrinarse con las muchachas de la crema: conocía que no estaban a su alcance, y dejábalas vivir. Por otra parte; después de estudiarlas con detenimiento, resultábanle poco agradables: las veía fumar, campando solas por sus respetos, de salón en salón, y a lo mejor escabullirse por parejas, para volver al poco tiempo ojerosas, lánguidas, extenuadas. Por estar en moda la delgadez, algunas sometíanse a régimen y se les podían contar los huesos a través de los exagerados escotes.

En cambio, ¡qué apetitosas resultaban las burguesitas!...; sanas de color, macizas, con valiosos tocados. Cierto que no eran finas todas ellas, y algunas resultaban francamente ordinarias, sobre todo las mamás, que transcendían a mostrador; pero en lo tocante a gastar dinero, sin tasa ni medida; para tal fin amasaron los padres millones y millones. Entre éstas estaba la mujercita que había de enriquecer a *Petronio:* por eso seguíalas tenazmente.

Antes de licenciarse fueron varias las que estuvieron poco menos que locas por su figura y por sus andares—así lo afirmaba él ante sus amigos, esponjándose hasta no caber dentro del chaqué—; mas no cuajó ninguna. En cuanto notaban que eran perseguidas por aquel joven tan peripuesto, tan estirado, con una caída de ojos que asesinaba, y en el ojal la flor, las pobres parvulillas tomábanlo por un aristócrata o por un diplomático, y, suspirando, trémulas, le miraban amorosas, como diciendo: «Tuya soy; haz de mí lo que quieras»; pero a los pocos días, sin que *Petronio* supiese la causa, llegaba el fracaso rotundo, categórico; como para pegarse un tiro si el amor hubiera hecho presa

en él. Y luego, después de licenciado, le ocurría lo mismo. Era desesperante; porque de momento en momento *Petronio* ganaba en distinción y en elegancia.

Intrigado por tanta repulsa, consultó a cierto amigo lo que le venía ocurriendo. El cual amigo, gran conocedor de estas cosas, díjole que sus fracasos serían debidos a los informes que las mamás adquiriesen de él, en las agencias que a tales asuntos se dedicaban, con una organización muy perfecta. En seguida que llegaba a la agencia el nombre de un cazador de dotes, abríanle una ficha y en ella iban formando su historial, con toda clase de detalles. Las madres previsoras, escamadas por casamientos desastrosos, acudían a informarse con objeto de estar apercibidas. No era posible darles gato por liebre.

Petronio no conocía ciertas cosas, porque atento a su persona... y a seguir burguesitas, las pequeñeces sociales no existían para él; mas el informador amigo, queriendo justificarse, le citó un caso concreto: La hija de un acaudalado comerciante habíase puesto en relaciones con un bello sujeto que dijo ser abogado sin bufete, por permitirle sus rentas vivir es-

pléndidamente sin necesidad de manejar las Partidas y el Digesto a cada paso; sus haciendas, como la casa solariega, las tenía en Asturias: bien pudieran notarle por el acento que era descendiente de Pelayo. Un político paisano suyo, gran hablador, proponíase llevarlo al Congreso en las primeras elecciones; iguales propósitos tenían las gentes de por allá. ¿Qué hacer, sino sacrificarse por el país? Sería director general, subsecretario, ministro... acaso Presidente del Consejo; lo que quisiera su paisano; porque aun no figurando entre los políticos de primera fila, que manejan la cosa pública, era gran mangoneador y los gobiernos se constituían según se le antojaba.

La novia y sus padres escucharon las frases del mozo cual si fuesen música celestial. ¡Cómo caían en sus oídos las palabras subsecretario, ministro, presidente!... Aquellos seres vulgares, recluídos siempre detrás del mostrador, iban a pasear en automóvil oficial, a tener reservada tribuna en el Parlamento, a oir cómo decían las almas cándidas: «Esa es la familia del ministro...» «Esa es la familia de su excelencia el Presidente...» Y picaron en el anzuelo.

La boda resultó una desdicha; pues el individuo no era abogado, ni tenía rentas, ni amigos que pudiesen empujarle en la política; en cambio era un sinvergüenza, lleno de trampas, podrido, jugador... y casado por añadidura; habiendo hecho uso para matrimoniar con la burguesita, de padres, de testigos y de documentos falsos. A los tres días de celebrarse el matrimonio, el pájaro huyó de la jaula, llevándose cuanto dinero encontró a mano y todas las joyas de su consorte. De esta desgracia surgió la agencia de información. Un pariente de la muchacha se propuso con esto evitar a la sociedad semejantes estafas... y si de paso conseguía ganar algún dinero, miel sobre hojuelas.

Algo influyeron en *Petronio* las referencias de su amigo; por eso disminuyó un tanto las conquistas; mas llegado el término de la carrera y obtenido la plaza de médico de una sociedad, que le señaló cuarenta duros mensuales de sueldo, apenas cobró los primeros honorarios invirtiólos en ropa y tornó a las andadas... aunque con resultado negativo.

No se sabe si fué la causa algún disgusto serio que hubo en sus persecuciones

amatorias o el haber dejado de plancharle los pantalones a su gusto, que fuera para *Petronio* la desdicha más grande; pero lo cierto es, que un día se enteró de que estaba vacante la titular de Villa Plácida, la pidió, se la dieron, y allá se fué con su equipaje y con sus ilusiones. Y no hay que decir el efecto que produciría a su entrada en el pueblo, con el flamante chaqué, la flor en el ojal y los pantalones estirados.

El cuidado de ellos fué, lo mismo que en Madrid, la principal preocupación de *Petronio;* sólo que en Villa Plácida no existía ninguna pupilera que supiese planchar pantalones. Los vecinos de este honrado y laborioso pueblo son seres vulgares que llevan rodilleras. En el verano suele verse por los jardines o por las calles algunos madrileños que usan el pantalón con la raya, aunque sin exagerarla como *Petronio;* pero apenas comienza el desfile de los veraneantes, las cosas vuelven a su estado y dominan las rodilleras.

Para no verlas en sus pantalones, que esto le pone enfermo, *Petronio* hubo de acudir al indispensable *Veludillo;* el cual, aunque no tiene por costumbre el oficio de planchador, dispone de un operario

que no tarda en satisfacer el capricho del médico: para eso le paga, y no mezquinamente.

Resuelto ya este extremo, *Petronio* duerme tranquilo aquella noche. Al día siguiente se pone de tiros largos y comienza a investigar. Con el pretexto de saber qué personas podrán igualarse, va inquiriendo cuáles son las familias adineradas que disponen de hijas casaderas. En seguida prepara el plan de ataque.

Mientras lo realiza, digamos un detalle que todavía nos falta para completar el boceto que venimos haciendo de tan especialísimo individuo. La misma afectación que en el vestir, nótase en todo lo que al médico atañe. Si anda, pone los pies en el suelo con extremada delicadeza; se mueve rítmicamente, acompasadamente, elegantemente; al hablar, estudia las frases, rebuscándolas con cuidado para que resulten selectas; jamás deja de pronunciar una letra, y arrastra algunas de tal manera, que produce molestia a quien le escucha; cuando dice reloj, parece que va a echar la laringe detrás de la palabra.

Con todo lo dicho, el lector puede formarse una idea de quién es y cómo las

gasta el nuevo médico que ha llegado a Villa Plácida; mas no tenga por definitivo el retrato que conoce; pues bien pudiera suceder—no lo aseguramos—que se modificase su carácter en el transcurso de esta novela: casos más inesperados registra la Historia. Sígale bien los pasos y a la postre veremos si confirma o modifica el juicio que de él haya formado.

A punto se halla de comenzar su plan estratégico, cuando tropieza con Silda, que sale de la iglesia. Honorio la pasa revista de pies a cabeza y se queda extasiado. Parécele una mujercita ideal. Tocada con la clásica mantilla, semeja una miniatura de las majas de Goya. Sus gráciles andares y el cimbreo de su cintura breve, le embelesan; y él, que tantas mujeres hermosas ha seguido, no puede contenerse y exclama entusiasmado: «¡Es ideal!» Sospecha que no debe de ser pueblerina... y la sigue, fingiéndose distraído.

Cuando la ve meterse en su casa, y observa que es una de las mejores, consulta sus apuntes, y no hallándola en lista, vuelve a exclamar: «¡Y de semejante mujer no me dieron informes!... ¡Habrá bolonios!» En seguida acude a su mentor y poco a

poco va formando el historial de la muchacha. Algo le contraría el saber que no es rica; pero se consuela pensando que debiera serlo, que acaso lo sea algún día; porque viuda y no fea la madre; soltero D. Jacobo, y conviviendo juntos... Comenzará por ésta sus visitas. Al día siguiente, después de rasurarse hasta sacar brillo en el cutis, la flor en el ojal y en la mano un frágil bastón, se dirige *Petronio* a casa del filósofo.

El cual se encuentra en uno de sus frecuentes ataques de atrofia intelectual y en lucha con su mal humor. Por esto, al anunciarle la visita del médico, limítase a decir: «¿Qué repuñales querrá ese tipo?...»; terminando por ordenar que lo envíen con viento fresco. Doña Elena y Silda le advierten que la visita es de rigor en estos casos, y que debiera atenderle, aunque sólo sea un momento. Rezongando contra esta costumbre que le perturba, accede D. Jacobo; y al preguntarle si introducen al médico en el estrado, ruge furioso:

—¡Y para qué en el estrado, calabaza?

—Como es de cumplido... — insinúa doña Elena con harta timidez.

—Lo será para usted, ¡puñales!; mas no

para mí, que no admito los ridículos formulismos sociales. Puesto que viene sin ser llamado, harta merced le otorgo recibiéndole donde me encuentro.

—Como usted disponga—agrega Silda para aplacarle.

—Ni más ni menos. Si lo quiere así, que lo tome; si no, que se largue. Conque páselo, y no se retiren, por si hubiese necesidad de llamarme al orden; que no agradándome la visita, pudiera suceder que desbarrase.

Con semejantes preparativos no es de extrañar que el médico caiga en el despacho de D. Jacobo como pedrisco en viñedo. Al verle tan elegante y tan afectado en sus maneras, el filósofo cree hallarse frente a un majadero, y se apercibe a la defensa.

Petronio hace su presentación ostentosamente; lamentando en su interior no haber podido venir bajo palio o entre maceros con dalmáticas azules; pues en aquella mansión no sólo ve personas que quizá se igualen: ve también a Silda, a la hermosa mujer que le hizo estar en vela la noche anterior. ¡Y cómo la ve! Si apetitosa le pareció con la mantilla, ahora, con

las doradas crenchas que tanto realzan la belleza de su rostro, le agrada más aún. Viste la joven una sencilla bata de color de rosa, un poco escotada, que dibuja perfectamente sus formas. La garganta hace estremecerse a *Petronio,* que siente escalofríos.

A su afectada presentación, responden: doña Elena y su hija, respetuosas; D. Jacobo, con hostilidad manifiesta. *Petronio* no se acobarda, y aunque no le ofrecieron asiento, él se lo toma cerquita de la joven. Con voz grave y engolada comienza a explicar el objeto de su visita; mas tanto mira a Silda, que parece no haber venido a otra cosa que a contemplarla. Está impertinente. Por notarlo, D. Jacobo se revuelve en la silla, como si le molestase alguna cosa; doña Elena demuestra regocijo; Silda, como si estuviese a cien leguas de allí.

Petronio continúa su charla y sus atisbos. En algunos momentos parece vacilar, y no es porque le falten palabras, que un día entero estaría hablando sin tropiezo; es que le sorprende de modo extraordinario, que habiendo puesto los ojos en aquella mocita, que no es aristócrata, ni siquiera

burguesa, le mire indiferente y sin decirle con los ojos: «Me has herido de amor.» En Madrid ya estaba acostumbrado a tales trotes; pero aun tratándose de tan gentil muchacha, en este pueblo resulta inconcebible semejante desatención. Por supuesto, que quizá ella no hubiese reparado bien en sus dotes. ¿A ver si adoptando otra postura?... ¡Tampoco!... Por fin ha de dar por concluído el tema... y las miradas, para saber la decisión de D. Jacobo; y como éste no dice nada y las mujeres guardan silencio, no pudiendo prolongar más la situación, la termina con estas palabras:

—Espero, mi señor D. Jacobo *de* Alenza, que haga la merced de decirme si desea igualarse conmigo.

A lo cual replica D. Jacobo, con firmeza y con la peor intención:

—No, señor.

Petronio muda de color; aparta la mirada de Silda, para fijarla en D. Jacobo, y dice:

—Respeto y acato su voluntad, señor mío y dueño. Bien se me alcanza que su elevada posición social, sus costumbres y la insignificancia de mi persona, le obliguen a rehusar mis servicios. Está muy

bien. Cada uno es el dueño de sus actos y usted no puede dejar de serlo de los suyos. Se me alcanza también que usted tendrá su médico en la capital y que le hará venir en automóvil cuando lo necesite. Nada más justo, puesto que el médico de cabecera puede diagnosticar con más acierto que cuando visitamos por primera vez a un individuo. Todo esto me parece correctísimo y lo aplaudo sin reservas. Pero, señor mío, yo no pretendo que usted cambie de conducta, sobre todo cuando ésta es tan plausible y tan digna; yo no vengo a decirle que deje de utilizar los valiosos servicios de mi compañero de la capital, que acaso sea una eminencia; yo vengo, señor *de* Alenza, para ofrecerle los míos en esos momentos, por desgracia frecuentes, en los cuales quisiéramos tener al médico detrás de la puerta, porque la enfermedad no espera...

Don Jacobo ha escuchado el discurso del médico tocando el tambor con los dedos en el asiento de su silla: indicio de nerviosidad; y en cuanto sospecha que *Petronio* pudiera continuar, le interrumpe con esta pregunta:

—¿De dónde saca usted que yo tenga

médico en la capital y que le obligue a venir en automóvil cuando me encuentro enfermo?

—Fué una suposición; porque al decir que no quiere igualarse conmigo, ha de haber una causa que lo impida, y nada más atinado que encauzar mis sospechas hacia ese extremo.

—Pues se equivoca usted de lo lindo. No quiero igualarme con usted... por eso... porque no quiero—afirma D. Jacobo con peor intención que antes—. Si alguna vez lo necesito, le llamaré, me cobra usted lo que le parezca, y en paz.

—Encantado y agradecido, señor *de* Alenza. Ojalá no tenga usted que llamarme nunca.

—¡Repuñales!—salta aquí D. Jacobo, que ya no puede contener la molestia que la visita le causa, por lo que la visita es y por haber sorprendido las audaces miradas de *Petronio*...—pues si a todos los vecinos les habla usted como a mí, tendrá que alimentarse de ilusiones.

Finge el médico la risa del conejo, y poniéndose en pie, replica:

—¡Desdichado del hombre que no las tiene! ¡Ah, las ilusiones!...

Y después de saludar con toda la elegancia de que puede disponer, se retira digno y altivo.

Ya volverá.

CAPITULO VI

LAS TRES COSAS DEL BONZO

Como si no esperase más que la llegada de Honorio para caer enfermo, al día siguiente de haber recibido su visita, D. Jacobo no puede levantarse de la cama. Al intentar hacerlo a la hora de costumbre, experimenta un agudo dolor en la región lumbar. Por si ello fuera debido a una mala postura mientras dormía, vuélvese a extender en el lecho, cubriéndose con las ropas hasta la cabeza y quedándose quietecito para ver si aminora la molestia. De momento figúrase encontrar alivio; pero en seguida vuelven a presentarse los dolores: ahora más agudos y corriéndose a lo largo de las piernas, para irse a detener en las rodillas, con

tal intensidad, que le obligan a proferir un terno de los suyos, semejante a un rugido, y luego a exclamar en voz alta:

—¡Pues estoy aviado!... ¡Repuñales con lo que a mí me ocurre!... ¡Porque esto es el reuma!... ¡Las señales no fallan!... ¡Vaya una suertecita!... ¡Como si ya no tuviera bastante con lo del hígado!... ¡Y cada vez aprietan los dolores con más fuerza!... ¡Ahora se fijan en las articulaciones de los brazos y en las de las piernas!... ¡Si parece que tengo incrustrados millares de alfileres!... Por supuesto que debía esperarlo... ¡Sólo a mí se me ocurre venir a encerrarme en este poblacho, en donde por no haber, ni siquiera hay un médico capaz de ser llamado para que me asista!... Porque a ese maniquí que vino ayer, aunque me muera, no le aviso... ¡Estaría gracioso que me hubiese enclaustrado en Villa Plácida para tener que pasarme la vida metido en el lecho o tumbado en una butaca!... ¡Puñales con mi suerte perra!... Ahora mismo me levanto, aunque eche los bofes por la boca; mando traer cualquier vehículo, por pesado que sea, y me marcho a Madrid, a Cochinchina... al infierno...

Echándoselas de valiente, intenta incor-

porarse; pero antes de haber terminado de hacerlo, tiene que recobrar la posición horizontal, lanzando un grito que pone alarma en doña Elena y en Silda; las cuales acuden presurosas a preguntarle cuál es el motivo de aquella estridencia... tan diferente de las otras habituales en él. Díceles como puede, envolviendo la explicación en lamentaciones, ternos y bufidos, todo cuanto le ocurre, sin omitir el más pequeño detalle; pues lo mismo que a cuantas personas padecen algún dolor, a D. Jacobo se le figura que haciendo un relato minucioso de los suyos, han de disminuirle bastante.

Doña Elena se prepara a enviar un recado al médico para que acuda en seguida; a lo cual se opone el enfermo con todas las fuerzas que su estado le permite; y ante la insistencia de la joven, que acucia a su madre con objeto de que no demore el aviso, D. Jacobo termina por exclamar, manoteando al propio tiempo, cual si abofetease al aire, ya que no puede abofetear a las mujeres:

—¡He dicho que no le avisen y vuelvo a repetirlo, puñales! Para eso estoy en mi casa y ustedes a mi servicio... Si no les

conviene acatar mis órdenes, que son soberanas, entiéndanlo bien, soberanas, se retiran con viento fresco; dejándome morir como un perro, y en paz... ¡Calabaza con las mujeres, si son marimandonas y entremetidas!... ¡Pues esto me faltaba!...

Doña Elena se ha quedado marmórea y sin atreverse a mover los labios ni los pies; las salidas estridentes de aquel hombre la desconciertan por completo. Ya se lo ha dicho a su hija en repetidas ocasiones: por muchos años que estén conviviendo con D. Jacobo, jamás podrá acostumbrarse a su carácter. Desde el primer momento se ha encariñado con el filósofo, porque sospecha que padece alguna afección. Pone los cinco sentidos cuando le sirve, para agradarle y complacerle; inventa exquisitos platos que pueda digerir fácilmente, y en el ajuar de casa no hay nadie que la iguale para tener cada cosa en el sitio más apropiado y en donde mayor lucimiento tenga. Ante el temor de que la criada le sise algunos céntimos, doña Elena hace la compra para economizarlos en beneficio de D. Jacobo. Y no porque él lo haya notado y agradecido; pues bien se sabe que no descendió jamás a tales minu-

cias: ya lo dijimos: es que le tiene afecto; así se lo manda su conciencia, y de buen grado lo ejecuta, sin interés bastardo. Pero el maldito genio...

Esto le ocurre a doña Elena cuando el carácter de D. Jacobo comienza a suavizarse; pues dígote si lo hubiera padecido en sus primeros tiempos...

A Silda no le sucede lo que a su madre; más se asemeja a la cerril y zafia alcarreñota que en Madrid se quedó y está para casarse con un sereno; Silda se las ha muy tiesas con D. Jacobo; pero mansamente, humildemente, y pareciendo que acata su voluntad, hace ella cuanto le viene en gana. Así lo demuestra en esta ocasión, replicándole con suavidad y entereza:

—Ciertamente que está usted en su casa y nosotras a su servicio: nadie se lo discute; tampoco vamos a negar que debemos obedecer sus órdenes, que son soberanas, sí, señor: soberanas *(recalcando mucho la frase)*... aunque algunas veces nos parezcan caprichos...

—¡Cómo que caprichos, repuñales!—interrumpe D. Jacobo, pulverizando a la joven con la mirada, no pudiéndolo hacer de otra manera—. Ordenes son, y muy ne-

cesarias y puestas en su punto y sazón... ¡calabaza!

—Como usted quiera—dice Silda, con gran asombro de su madre, que teme algún desaguisado de la pizpireta chiquilla—. Pues esas órdenes necesarias y puestas en su punto y sazón, nosotras estamos obligadas a cumplirlas al pie de la letra, sin separarnos un ápice, ni detenernos a considerar si son acertadas o erróneas.

—¡Acertadas!—grita él.

—Sí, señor: acertadas.

—Me alegro que lo reconozcas.

—Y también mi madre lo reconoce. ¿Verdad, mamá?

—No podían ser de otro modo—confirma doña Elena, gozosa de intervenir en la contienda.

—Por esto—continúa Silda—, si nos ordena usted que nos marchemos de esta casa, a la cual hemos tomado cariño, nos vamos sin replicar, aunque llenas de congoja.

Doña Elena desearía disponer de un fuego destructor para reducir a cenizas a la osada mozuela que así enzarza las cosas dando pie al otro para que cumpla sus amenazas; pero ni siquiera la puede pe-

llizcar, pues se halla al lado opuesto y la cama lo impide. Después se lo dirá. Mientras tanto la dirige una mirada furibunda, que Silda resiste con entereza, y, como si no la hubiese notado, prosigue:

—No tema usted ordenar; por mucho que el mandato nos duela, no dejaremos de cumplirlo.

—¿Aunque os ordene abandonar la casa?

—Sí, señor... Pero ello no será obstáculo para que, antes de encerrarnos en la nuestra, nos lleguemos a la del médico en súplica de que venga inmediatamente a recetarle un calmante para el dolor de reuma... y para la excitación nerviosa.

Aquí se agota la calma de D. Jacobo; el cual pretende incorporarse para coger a Silda por un brazo, o por el pescuezo, e imponerla el correctivo que su audacia merece; pero no puede hacerlo; antes se ve obligado a lanzar un grito de dolor, a rebujarse en las ropas de la cama y a rugir luego:

—¡Vete!... ¡Vete de aquí, criatura insolente, porque si no, te mato!

Y Silda, como si le dijese las frases más amables. Visto lo cual por doña Elena,

para calmar al enfermo, la coge por un brazo y empieza a forcejear, pretendiendo sacarla del dormitorio.

—¡Pero qué intenta usted, alma de Dios?—pregunta D. Jacobo, al notar los esfuerzos de doña Elena, que Silda resiste, respetuosa y valiente.

—Sacarla de aquí a la fuerza, ya que no se apresura a cumplir el mandato de usted como debió de hacerlo.

—¡También usted con ironías!

—No, señor: jamás empleo la doblez en mis palabras, y menos en esta ocasión, que me parece de suma gravedad.

—Pues nadie lo creyera. Déje usted en paz a Silda, y acabemos este asunto; que en lugar de procurarme alivio, me están ustedes martirizando.

—Suya será la culpa si lo hacemos en contra de nuestros propósitos—interviene Silda.

—¡Puñales!... ¿También esas?

—Con el tiempo que hemos perdido tontamente había más que sobrado para tener aquí el médico y las medicinas que han de calmarle los dolores.

—Te repito que no quiero ver a ese médico.

—¿Por qué?

—Parece un maniquí de sastrería y resulta un pedante insufrible.

—Eso no pasa de ser una apreciación de usted, muy respetable, sí, señor; pero una apreciación al fin.

—¿Pretendes defenderle?

—No pretendo nada: deseo que venga, que se entere de lo que tiene usted y que le recete un calmante, siquiera para este momento, y después cuanto sea necesario. Mamá, haz el favor de decir a Robustiana que avise a D. Honorio; pero en seguida.

Viendo pasada la tempestad, doña Elena se apresura a cumplir el encargo; mientras se retira, D. Jacobo, volviéndose de espaldas a la joven, rezonga entre dientes, aunque no tan bajo que sus palabras no lleguen a Silda:

—¡Seré yo imbécil!... ¡Nunca lo pensara!... ¡Someterme a los infantiles caprichos de semejante bachillera!...

Silda le arregla las ropas del lecho y arguye:

—Por esta vez, sí; no habíamos de dejarle abandonado para que se muriese sin asistencia: ya lo sabe usted, señor del mal genio.

Después toma asiento junto a la ventana y se pone a coser, tranquila, cual si no hubiese tomado parte en la conversación. Don Jacobo rezonga; mas Silda no le escucha.

Honorio quisiera tener alas para acudir más pronto al llamamiento; pues no sólo va a llevar alivio a quien sufre; también espera hallarse frente a frente de la mujercita ideal que supo adueñarse de su metalizado corazón, haciéndole olvidar ciertos propósitos. Aunque tuviese sin planchar los pantalones, lo cual no le sucede, acudiría con la misma presteza.

En cuanto se halla al lado del enfermo, le interroga minuciosamente, muy minuciosamente, como si gozase con detenerse en las más insignificantes nimiedades. No se le olvida el menor detalle: desde el nacimiento de D. Jacobo hasta la hora en que ha sufrido el primer dolor: pregunta si sus padres eran robustos o enclenques, sanos o achacosos; qué género de vida ha llevado él y a qué trabajos se dedica; cuáles son sus costumbres y sus aficiones; si es casado, viudo o soltero... Más que el interrogatorio de un médico, parece el de un juez aficionado a los estudios de psi-

quiatría. Y mientras interroga va mirando al enfermo y a Silda, más a ella que a él, como si la joven hubiese de esclarecer algún punto dudoso o en realidad fuera la necesitada de la asistencia médica. Por notar que nada responde, insiste aún, quizá con el deseo de ver cómo se entreabren aquellos labios rojos y asoman los diminutos y marfileños dientes.

Molesto D. Jacobo por tantas preguntas y por tantas miradas, más por lo segundo que por lo primero, abre la válvula de su mal humor y protesta:

—¡Repuñales!... ¿quién es aquí el enfermo: Silda o yo?

—Usted, mi querido amigo—contesta el médico, procurando corregir la torpeza—. Usted es el enfermo: ¿quién puede dudarlo?

—Pues no lo parece; porque pregunta usted a Silda bastante más que a mí.

—Perdone usted, mi querido e ilustre señor. Pregunto a esta señorita, tan discreta y amable, porque los enfermos, acaso por las molestias que sufren, suelen no contestar acordes, y el médico se encuentra sin bastantes elementos de juicio para formular un diagnóstico acertado. Sobre

todo cuando se halla por primera vez al lado de un paciente, como a mí me acaece en este momento.

—Conformes si el enfermo se encuentra postrado por la fiebre o en trance de imbecilidad; pero yo no estoy en ninguno de esos casos... digo, así lo creo... Además, para que lo sepa usted, por si aún no se lo han dicho, y a fin de que proceda en consecuencia: esta señorita no ha de contestarle nada, y si algo respondiese, sus manifestaciones carecerían de valor; hace poco más de dos días qne me conoce. Si aún no tiene usted bastante con lo mucho que ha preguntado, continúe, procurando ser breve, pues voy temiendo que el interrogatorio se prolongue más que la enfermedad. Y diríjase a mí; aunque lo mejor será que te vayas, Silda; si te necesito, ya llamaré.

—Oh, eso no. Le suplico que no se retire, señorita—apresúrase a intervenir Honorio—; sin negar la clarividencia y lucidez de sus facultades, querido D. Jacobo, estimo indispensable que esta señorita se entere del diagnóstico y del plan terapeútico que les voy a trazar.

—Bueno, quédate, Silda; pero ¡puñales!

termine de una vez. ¿Qué enfermedad padezco?

—Por los síntomas, principio de artritismo; pero sin importancia, D. Jacobo; no vaya usted a tomarlo en otro sentido. Realizaré un análisis de la orina... perdón, señorita... y después ratificaré o rectificaré el diagnóstico; porque no me gusta proceder de ligero.

—Lo estamos viendo—interrumpe irónico D. Jacobo.

Sin parar mientes en la indirecta, Honorio continúa:

—Las molestias que sufren los enfermos nos hacen ver las cosas más graves aún de lo que son en realidad. Quisiera equivocarme... mucho me alegraría...; yo no soy de los que sacrifican todo al amor propio de clase, generalmente mal entendido. Sospecho que existe el artritismo, y como usted es hombre, y culto por añadidura, así se lo digo; pero no tengo la seguridad absoluta y categórica indispensable en estos casos. Vendré a verle por las mañanas y por las tardes; sí, señor: aunque la visita sea molesta. Necesito seguir por momentos el curso de la enfermedad, sin perderla de vista; pues me propongo aco-

rralarla y combatirla como se combate y acorrala a la fiera que diezma los ganados. No la creo con suficientes raíces que me impidan extirparla. No desaliente usted, no se acobarde. Y usted, señorita, tenga ánimos: la cosa no es grave, aunque sí molesta.

El filósofo suda tinta, no por lo que a la enfermedad atañe, sino por la amenaza de ser visitado por el médico durante algunos días; por pocos que sean parécele esto más grave que la misma enfermedad. La bilis se le sube a la garganta como si quisiera asfixiarle. Y lo peor es que le faltan ánimos para oponerse al plan terapéutico. ¡Puñales con su suerte!... ¡Para lo que falta, que venga también por la noche y lo empadronen allí!... Acaso va a protestar, cuando le dice el otro, que ha terminado de escribir:

—Le receto unos sellos que le calmarán los dolores, permitiéndole descansar; si no lo consiguiese, esta tarde le pondré una inyección. De momento lo principal es acudir a las molestias que sufre; después iremos combatiendo la enfermedad hasta que desaparezca radicalmente. Ya sabe mis propósitos.

—¿Y por qué no comienza por la inyección? Porque... ¡repuñales!... los dolores aprientan de firme.

—Esperemos aún; no soy partidario de esos calmantes enérgicos, que si atenúan el dolor rápidamente, en cambio suelen ocasionar perturbaciones. Además: también le receto una pomada para friccionar la región dolorida.

Y como si no lo supiera el muy ladino, Honorio pregunta con acento de candidez:

—¿Son familia de usted estas señoras?

A lo cual responde D. Jacobo con otra pregunta:

—¿Por qué quiere saberlo?

—Por lo de las fricciones...—insinúa el médico, remachando el clavo y haciéndose el tonto.

Silda, enrojecida por el pudor, ha puesto la mirada en el suelo, y por notarlo, arguye D. Jacobo, dando vueltas a la bilis:

—Pues no lo son, ¡puñales! Conque recete medicinas que puedan suministrarme decorosamente estas señoras, o, ¡calabaza!, que venga el veterinario y me dé esas fricciones, si tan necesarias las juzga usted.

—¡De ninguna manera!... mi querido se-

ñor *de* Alenza. Yo le friccionaré. No lo tengo por costumbre; pero no conociendo lo necesario al practicante y tratándose de persona tan distinguida y apreciable como usted, lo haré con mucho gusto. Que lleven la receta al boticario, y si no yo la llevaré para encargarle que se esmere; en cuanto la traigan, se toma usted un sello cada hora... ¿lo oye usted bien, señorita? (y se la come con los ojos)...; esta tarde, después de almozar, volveré para darle la fricción, y, si fuere necesario, le inyectaré un calmante para que pueda descansar. Nada más por ahora. Servidor de usted, mi querido enfermo; a los pies de usted, señorita. Mis afectuosos saludos a su señora madre.

Por la tarde vuelve Honorio, y luego de haberse informado del efecto producido por los sellos, rechaza la inyección; mas no prescinde de las fricciones, que le da a D. Jacobo con suma delicadeza, cual si se tratase de una persona querida. Habiendo experimentado algún alivio, el enfermo se muestra menos hosco. Las mujeres están encantadas del médico, y en cuanto se retira se lo insinúan al filósofo, que parece recibir la noticia de mal talante.

Honorio sigue poniendo cerco a la plaza con sus visitas mañana y tarde, cada vez más atentas, más cariñosas, más prolongadas. Diríase que el enfermo es pariente allegado al médico y no persona extraña; tan solícito se muestra Honorio con él. Día por día va estudiando los caracteres, las costumbres y las aficiones de cada una de las tres personas, con el fin de acometerlas por el lado más frágil: con este procedimiento la conquista es segura; la plaza ha de rendirse tarde o temprano.

La cosa, sin embargo, no es tan fácil como a primera vista le parece; porque los caracteres presentan diferencias notables: sobre todo el de Silda si lo compara con el del enfermo; y *Petronio* se ve obligado a realizar verdaderos equilibrios; aunque por fin consigue ganarse la voluntad de las tres personas.

Ya se levanta D. Jacobo, bastante aliviado de aquel ataque que, aun careciendo de gravedad, le ha tenido en el lecho cerca de quince días. Pasa las tardes junto al ventanal, reunidos a su lado las señoras y Honorio, que parece un familiar suyo. Conversan de cosas distintas; pero el filósofo sabe valerse de mil tretas para llevar

el diálogo a sus aficiones; en las cuales no encuentra quien le contradiga, aunque ello cueste a la joven enormes sacrificios. Honorio no entiende gran cosa de filosofías; sobre todo según se explayan el maestro y Silda, cuando ésta puede intervenir, que no es muy a menudo; mas siendo buen cristiano, y teniendo mayor apego a la joven que a D. Jacobo, también padece lo suyo.

Por conocer que apenas son necesarios sus servicios como médico, procura que se le abran las puertas de la casa como contertulio; que es lo mismo que si le abriesen de par en par las del cielo. A don Jacobo le hacen muy poca gracia las visitas. Ha notado ciertas miradas que se le antojan sospechosas, aun no viendo correspondencia por parte de Silda. Pero ¿cómo despedir groseramente a quien de tal modo le asiste y le halaga? Su mal carácter no le autoriza para ser descortés con aquel sujeto, porque quizá mañana necesite otra vez sus servicios. Y siguen las tertulias vesperales.

Para que no decaigan, Honorio les cuenta una historia cada tarde, y cuando no las sabe, las inventa o hace chistes; que, aun

no agradando a D. Jacobo, consiguen distraerle. De estas historias merece referirse la que el médico denomina *Las tres cosas del bonzo.*

—Como ustedes ya saben quién fué Confucio—comienza Honorio—, principio por decirles que la historia de esta tarde acaece en China, entre el sabio filósofo, dos discípulos suyos y un bonzo.

—De largo lo toma usted, ¡puñales!—interrumpe el convaleciente, ofreciendo un cigarro al cuentista.

El cual lo enciende parsimoniosamente y continúa:

* * *

—Una tarde de estío paseaban por las afueras de China Confucio y sus discípulos predilectos Yai-yuen y Tse-lu. Después de una larga excursión bajo un sol que abrasaba, el maestro, sediento, le dijo a Yai-yuen:—Sube a la pagoda que tenemos ahí cerca y suplica al bonzo la gracia de una taza de te.—Interponiéndose Tse-lu rogó a Confucio que le permitiera prestarle aquel servicio, puesto que era más joven que Yai-yuen, y apenas se lo hubo

concedido, corrió en busca del bonzo y hablóle en esta forma:

—Soy discípulo de Confucio, al cual conoceréis, por ser el más eminente filósofo, el hombre más sabio, el ministro más discreto; gran reformador de las costumbres, moralista sin par... en fin: el ciudadano de mayor relieve de cuantos hasta la fecha hollaron con sus plantas nuestra adorada China.

—Sí le conozco. ¿Quién osara decir lo contrario? Su reputación es grande y bien ganada—concluyó el bonzo, que era un anciano venerable, de luengas barbas y rostro sarmentoso.

—Pues aunque indigno, soy discípulo suyo—continuó Tse-lu—, y vengo a pedirte para él una taza de te.

—Habréis de probarme que lo sois ciertamente. Con frecuencia acuden a la pagoda diferentes sujetos que se fingen discípulos del gran maestro y en su nombre me piden favores; pero luego resultan falsarios.

—Sometedme a la prueba, buen bonzo. Esas sospechas no me admiran, antes las hallo justas.

—Os haré tres preguntas. Si las respon-

déis acorde, os diputaré discípulo de tan eminente filósofo; en caso contrario, afirmaré que habéis pretendido engañar a un anciano bonzo.

—Preguntad luego.

—¿Cuál es el hombre mejor y más digno del mundo.

—Mi maestro. Aunque busquéis durante cien años, no lo hallaréis igual.

El bonzo frunció el entrecejo y continuó preguntando:

—¿Qué cosa podríais golpear con un sable sin producirla heridas?

—El bambú.

Tampoco debió satisfacer al bonzo la respuesta, por cuanto hizo un gesto de disgusto, y terminó:

—¿Cuál es la cosa más difícil del mundo?

—Aprender a leer y escribir.

—Estáis desacertado, amigo. Si eso fuera difícil, no existirían en el mundo tantos hombres de letras, entre los cuales os halláis. Habéis contestado muy mal a mis preguntas. Marchaos si no queréis que os mande prender por falsario.

Tse-lu retiróse corrido de vergüenza, y apenas se halló ante Confucio, refirióle cuanto le había pasado; a lo cual objetó el

maestro:—Ciertamente que habéis estado torpe al responder a las preguntas del bonzo. Yai-yuen lo habría hecho mejor. Ved ahí lo que sucede a quien se mete en lo que no le importa. Recordad, Tse-lu, que la orden se la di a vuestro condiscípulo, mas no a vos. Cara habéis pagado la ligereza cometida; disculpable sólo en un exceso de buena voluntad. Yai-yuen, id a la pagoda.

Cuando el segundo visitante hallóse en presencia del bonzo, le saludó, y luego

—Deseo una taza de te para mi maestro Confucio—suplicó.

—Ahora mismo acaba de marcharse un letrado que también me dijo ser discípulo de tan sublime maestro; mas no pudo probarlo, porque respondió torpemente a tres sencillas preguntas que le hice. ¿Seréis vos lo mismo?

—Me someto a la prueba; veremos si soy más afortunado.

—O más sabio.

—Es igual, bonzo ilustre: no voy a contradeciros.

—¿Cuál es el hombre mejor y más digno del mundo?

—¡Donosa pregunta! Vos; puesto que

habéis abandonado todas las afecciones terrenas para consagraros por completo al servicio de Buda. No pretendo adularos; no padezco tal vicio; mas véome obligado a reconocer que en todo el mundo no podrá hallarse un hombre tan bueno, tan digno y tan santo como vos.

Las palabras de Yai-yuen regocijaron al bonzo, que siguió interrogando:

—¿Qué cosa podríais golpear con un sable sin producirla heridas?

—Las aguas del mar.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: si golpeo con un sable las aguas del mar, al levantarlo se reunen sin sufrir lesión alguna.

—¡Muy bien! Sois sabio y además discreto. Veamos la tercera. ¿Cuál es la cosa más difícil del mundo?

—Pasar la vida entera sin cometer pecado.

—Sois digno discípulo de Confucio. Cualquiera está capacitado para ganar un reino; todos pueden llegar a ministros; pero hombres perfectos y santos, lo son muy pocos. Para quien forma discípulos como vos, una taza de te no vale nada. Decidle a vuestro maestro que este humil-

de bonzo recibirá grande honra sentándolo a su mesa. Voy a preparar un espléndido banquete: vos asistiréis.

Mientras Confucio y Yai-yuen saboreaban los suculentos manjares que en la pagoda les sirvieron, Tse-lu, tirándose de la coleta, decía:—Ya que no conseguiste comer, consuélate con la lección recibida; de la cual puedes deducir: 1.° Cuando solicites algún favor, comienza por halagar la vanidad de la persona que puede hacértelo; 2.° Para conseguir que te estimen las gentes, no es necesario que seas honrado y sincero; tienes de sobra con ser hablador y elocuente; 3.° No sufras molestia cuando no se te guarden las consideraciones que piensas merecer; la mayor parte de las veces, tendrás tú la culpa de que así suceda.

* * *

Mientras Honorio refiere la historieta, va mirando indistintamente a D. Jacobo y a Silda, aunque con más insistencia a la joven; de doña Elena apenas hace caso. Verdad es que la buena señora no se lo toma en cuenta; porque como semejantes

disquisiciones le interesan muy poco, o no le interesan nada, suele dormitar tranquila, y así lo hace esta tarde. También Silda escruta con frecuencia el semblante de D. Jacobo para conocer el efecto que la historieta le produce; y por no pasar plaza de descortés, le dirige miradas al mancebo. Y el filósofo mueve los ojos sin cesar, posándolos cuándo en Silda, cuándo en el narrador, cual si pretendiese no perder ninguna de las miradas de ellos.

Comienza a obscurecer. Como el médico ha concluído la narración, para no hacerse pesado se pone en pie y saluda; pero antes de que se retire, le dice D. Jacobo:

—¿Quiere usted conocer mi opinión respecto de la historieta que nos ha referido?

—No merezco ese honor, querido don Jacobo; pues no tuve más propósito que distraerle un momento.

—Gracias por la intención; pero como lo referido tiene su moraleja, no podemos dejarlo así: es necesario decir algo sobre ello para que cada cual sepa por dónde anda.

—Como usted guste, y muy agradecido y honrado por esa distinción; de la cual,

seguramente, habrá de deducirse alguna enseñanza provechosa para mí, que tanto le admiro.

—Pues le diré que el bonzo me parece un hombre listo, aunque, como era de temer, porque de otra manera no hubiese hecho honor a su profesión, terminó arrimando el ascua a su sardina.

—¿Por qué?—pregunta Honorio, sin sospechar a dónde dirige los tiros D. Jacobo, y verdaderamente sorprendido y admirado de la salida.

—Por lo del pecado—se apresura a contestar Silda, que enseña sus monísimos dientes al desgranar una sonrisa.

—Eso es—afirma el filósofo.

—Lo que me extraña—agrega Silda—es que le haya dejado usted concluir.

—¿Por qué, puñales? Un grillo cuesta cinco céntimos, y lo escuchamos; ¿no había de oír, y hasta con gusto, a una persona que tan bien narra las cosas... aunque sean paparruchas, como la historieta del bonzo?

—Para D. Jacobo—interviene Silda, dirigiéndose al médico, que experimenta un placer inefable al recibir aquella mirada, y verse defendido—son paparruchas todas

las cosas que no se refieran a la materia, al ser y no ser, a la razón pura... Ya sabe usted que es un materialista furibundo.

Honorio se hace cargo en seguida de que su situación es insostenible. Ve ya enzarzados a Silda y a D. Jacobo—ya los vió varias veces—, y como habrá de ponerse de parte de alguno de los contrincantes, que es lo mismo que disgutarse con los dos, saca el reló, y, después de consultarlo, atropelladamente, cual si estuviera en trance de verdadero peligro, exclama:

—¡Las siete y cuarto!... ¡Y yo que debía estar hace una hora en casa de Apolonio!... Perdón, señorita; perdón, doña Elena; perdón, D. Jacobo... Se desliza aquí el tiempo tan agradablemente, que hasta se olvida uno de los enfermos, y Apolonio padece una bronconeumonía, de la cual es difícil que salga. A los pies de ustedes; beso a usted la mano. Hasta mañana. Háganme el favor de no molestarse... conozco la salida...

Y escapa.

CAPITULO VII

DÍA DE HOLGUETA

TERMINA el mes de Junio. Es la fiesta del Corpus y el día esplendoroso. La sierra está limpia de brumas, y por encima de sus cumbres asoma el sol, mañanero y alegre, como si viniese a participar de estos festejos: los más brillantes que se celebran en Villa Plácida. Las campanas de la iglesia parece que vibran más fuerte, con mayor armonía, mezclando sus sonidos con el estruendo de los chupinazos que sin cesar disparan los alocados mozos. Todo es júbilo y algazara en este día, esperado con grandes anhelos por jóvenes y ancianos. Día feliz en Villa Plácida el día del Corpus.

Las mozas no durmieron o han madru-

gado mucho; pues aún no apunta el día y ya comienzan a salir de sus casas, luciendo pintorescos vestidos y llevando en las manos ramilletes de flores o velas rizadas, que ofrendan al Santísimo. Quieren ir a la plaza para lucirse y esperar a los mozos, menos madrugadores, o entretenidos en «tomar la mañana».

Los pastores dejaron sus rebaños triscando por las cumbres, y han venido al pueblo para ponerse los trapitos de los días solemnes. No son los más remisos en salir; ¡pero cómo salen! Embutidos en flamantes ternos de pana, parece que los llevan colgados. Se avienen mal con los gruesos zapatones de cuero sin teñir, que les oprimen los pies, acostumbrados a la holgura de las abarcas. Caminan engallados, con movimientos rígidos y embarazosos. Unicamente manejan los brazos con libertad cuando los llevan al sombrero; el cual resoban mucho: inclinándolo sobre una y otra oreja; echándolo después hacia la frente; en seguida al cogote; debe de ser prenda que les desplace, o buscan la postura que más les favorezca. Rodean sus gargantas nervudas con pañuelos de seda de colores muy vivos: algunos bordados

por la novia. El barbero les rasuró hasta sacarles lustre en los curtidos rostros. Por su indumentaria, por sus andares y por lo mucho que relinchan, destácanse de entre los mozos que de ordinario habitan en el pueblo.

Las casas, lujosas o modestas, amanecen vestidas con colgaduras chillonas; en no pocas de ellas se ven guirnaldas de yedra, entretejida con flores, que forman arcos caprichosos. No hay balcón ni ventana que no tenga macetas. Veludillo ha echado el resto en el «palacio consistorial», como suele llamarlo enfáticamente; pues la percalina roja y gualda cubre de un lado a otro el amplio balconaje, cayendo luego en forma de pabellones y ocultando los ennegrecidos muros de la fachada. No menos de una pieza de cada color debe haber invertido: por algo es alcalde, y patriota, y católico, y comerciante.

En el monte mugen los ternerillos llamando a las madres, que, silentes, pacen la fresca hierba; los regatos, al descender al valle, semejan rumorear suaves y melodiosos cantos; los pajarillos, ocultos en las copas de los robles, trinan con más brío; el sol, espléndido, calienta más; pero un

viento sutil mitiga sus ardores. La Naturaleza, pródiga, sonríe y hace amable la vida... Día inolvidable este día del Corpus, en que hasta los rústicos se tornan poetas.

Cuando doña Elena y su hija penetran en la plaza, ya está llena de gente. Mozas y mozos pasean su alegría desgranando sonrisas o profiriendo gritos. Junto a la iglesia, grupos de ancianos, con rostros sarmentosos, rememoran los tiempos en que hacían lo mismo, esperando todo el año a que llegase la fiesta del Santísimo; más allá algunas viejas musitan historias de antaño, de la época remota en que los mozos acudían a sus puertas para ponerles ramos de guindo y cantarles coplas.

Doña Elena y su hija visten sencillos trajes negros. Silda está monísima. No sabemos qué tiene esta criatura que todos los colores le sientan bien; pareciéndonos más bella con el último que la vemos. Pero el negro le va mejor que los otros: hasta parece de estatura más elevada. La mantilla le cae sobre la frente, y sombreando sus ojos los hace aparentar mayores.

De entre los grupos se destaca Honorio, que viene irreprochable: el chaqué galoneado con cinta de seda y en el ojal un cla-

vel blanco con venas rojas. Por saludar a doña Elena y a Silda dejó con la palabra en la boca a varias personas con las cuales departía. Pregunta por D. Jacobo, y al saber que no viene, muéstrase sorprendido. No censura la ausencia; bien saben ellas cuán respetuoso es con el modo de pensar de cada uno; pero en día tan señalado, en fiesta tan solemne, su falta ha de producir no pocos comentarios. Si lo permiten, y no causa molestia, les acompañará a misa y luego a la procesión; porque en estos casos siempre es bueno arrimarse a las personas conocedoras de los festejos; sobre todo cuando son tan amables, tan bellas, tan distinguidas.

Las damas, ¿qué hacer?, viéndole tan galante y tan obsequioso, aceptan, y él las conduce al templo y les ofrece agua bendita con su mano enguantada: primero, a la madre, con finura exquisita; luego a la joven, deteniéndose como si ella tuviese en la mano imán que le atrajera. En seguida coge sillas y las pone de forma que estén en la penumbra.

Comienza la misa. Las melodías del órgano llegan al alma y la impregnan suavemente de dulzura infinita. No es ésta una

misa solemne; mas sí grandiosa y sublime, pues las plegarias de los fieles, envueltas en nubes de incienso, se elevan al Altísimo con unción fervorosa. Silda, atenta, lee un libro de rezo; Honorio acaso pide a la Virgen realice un milagro y le dé lo que anhela.

La misa ha terminado; la procesión empieza. En la plaza se organiza la comitiva. Honorio, guiando a las damas, busca lugar propicio para que las gentes le vean bien. Más de cuatro señoritas y sus respectivos padres rabiarán de envidia; eso es lo que desea. Por el camino, si puede hacerlo, se insinuará a Silda con todo respeto; pero sólo insinuarse; pues sin saber por qué, sospecha que para dirigirse a ella es necesario proceder con tacto exquisito. Honorio se transforma: no se le conoce. El *Petronio* que tenía un pedazo de metal por corazón, ahora es casi un romántico sentimental. De aquel retrato que vimos, *Petronio* se va esfumando; apenas queda el *Arbiter elegantiarum*.

La procesión comienza su marcha triunfal: primero los alguaciles, «vestidos de paisano», separan a la gente para dejar expedito el tránsito; luego el sacerdote, bajo

palio, con la Custodia en las manos: detrás Veludillo, la cabeza brillante de cosmético; después la música, una pareja de civiles, la gente principal, el pueblo... De los balcones y ventanas caen lluvia de flores; el suelo está alfombrado de hierbas olorosas. El sol brilla espléndido; no se ve una nube; un viento sutil refresca el ambiente.

En las afueras, la piedad de las mozas improvisó un altar. Centellean mil luces y el sol irradia sobre los dorados candeleros que sostienen las velas. El altar forma una cúpula de rosas, geranios y claveles; debajo está colocada nuestra Señora la Virgen de la Peña, Patrona de Villa Plácida, que tiende sus amorosos brazos a las gentes que llegan. El sacerdote deposita la Custodia sobre un paño de encaje; la muchedumbre se arrodilla, y mientras él dirige al Santísimo espirales de incienso, los fieles salmodian cánticos que semejan plegarias o músicas angélicas. Luego, subido en la grada del altar, y en las manos la Custodia que parece un ascua de oro, el sacerdote bendice al pueblo.

La procesión regresa por diverso camino, y una vez en la iglesia, el sacerdote di-

rige una plática que conmueve a las gentes: los más se llevan el pañuelo a los ojos. Después van saliendo, y ya en la plaza, comienza el jolgorio.

La fiesta religiosa ha resultado de una grandiosidad extraordinaria. ¡Lástima que faltase D. Jacobo! Las gentes, que ya tenían ciertas sospechas, con la ausencia de ahora las ven confirmadas. Algunos le motejan de hereje; otros dicen que debe tener pactos con el demonio; de ahí que no guste relacionarse con nadie y se pase la vida encerrado en su casa; los más piadosos le juzgan ateo o descreído. Y entre éstos y aquéllos le ponen como para echarlo en colada. Porque no admiten el pretexto de la enfermedad y de su convalecencia; precisamente por esto debiera acudir al Santísimo y a la Virgen de la Peña en súplica del remedio para sus achaques. Buen ejemplo tiene en la tía Gaspara, que acudió con muletas; y en Juliano, al cual han conducido sus deudos en una silla, porque no puede andar; y en tantos otros que este año y los anteriores, y siempre, han ido a la misa y a la procesión cayéndose a pedazos. Además, mientras estuvo bueno nadie le vió entrar en la iglesia...

Los que así comentan, al acercase doña Elena y su hija acompañadas por el médico, las miran huraños y les hacen el vacío.

Las damas y el galán retornan a su casa. Honorio no ha encontrado momento propicio para insinuarse, porque Inesilla, la del Hotel, pegóse a ellos y la conversación hubo de hacerse general. ¡El demonio de la entremetida y fisgona!... Desde el jardín D. Jacobo los divisa, y para ahorrarse el saludo, vuelve la espalda y se interna en la casona; rezongando frases que desde afuera no se entienden. Honorio, amable, pregunta si saldrán luego; dícenle que lo ignoran, y después de rogar que saluden a D. Jacobo, se despide y se aleja. Aun no habiendo conseguido gran cosa, Honorio va contento. Lo han visto las gentes acompañando a Silda, y a estas horas el que menos los dará por casados. ¡Si fuese cierto!... Por si acaso volverá a la tarde, y como salgan...

Mientras doña Elena dispone el almuerzo, Silda va en busca de D. Jacobo, al cual halla refugiado en el despacho. Ingenuamente, sin notar cómo tiene el semblante de huraño y descompuesto, le refiere todo

lo que hicieron: la brillantez del templo, lo sublime de la misa, lo bien que cantaron Inesilla y Andrea, las del Hotel, que se educan en un colegio madrileño y ahora están pasando las vacaciones junto a sus padres; lo grandiosa que resultó la bendición con el Santísimo, después de haberlo conducido por todo el pueblo en marcha triunfal; y por último la conmovedora plática que les dirigió D. Alejo. No omite detalle.

Mientras ella habla, él pasea nervioso, recorriendo la amplia estancia con largos pasos, que Silda apenas puede seguir. Don Jacobo parece una fiera metida en una jaula. Jadeante y no poco asustada la joven toma asiento y escruta al filósofo; sin conseguir que un gesto, un bufido, le permitan conocer la tempestad que se desarrolla en aquella cabeza. Inclinada sobre el pecho la suya y con la vista baja, como si hubiera realizado algún delito enorme, espera la sentencia. Y no le asusta la magnitud que pueda tener ni las consecuencias que de ella se deriven; pero le acongoja no saber en qué torpeza habrán incurrido para que tan frenético se encuentre D. Jacobo. En tal aspecto de dolor,

como nunca la vimos, la joven resulta de una hermosura extraordinaria: si no temiésemos proferir una herejía, diríamos que parece una Dolorosa.

Cuando más angustiada está Silda, haciendo conjeturas, puesta la vista en las puntas de sus diminutos zapatos, en los cuales parece buscar la solución de sus tribulaciones, D. Jacobo se para en seco e interroga:

—¿Qué festejos hay esta tarde?

Sorprendida, levanta la cabeza; se le queda mirando, y luego, con cierta timidez, responde Silda:

—A las cuatro comienzan los bailes en la plaza.

—¿Y qué más?

—Después, cuando cesa el baile para que descansen los músicos, la gente se pasea por la calle Real.

—¿Qué hay en la calle Real?

—Casetas con muñecos de pín, pán, pún. Los tiran con pelotas, y al que consigue derribarlos le dan un cacharro, o una cajetilla... lo que quiera.

—¿Nada más?

—Sí, señor: hay una barraca en la cual se exhiben la mujer que no tiene piernas y

su marido que se traga un sable. Tonterías. También hay puestos de torraos y avellanas, de rosquillas, de confituras... de mil golosinas para que los mozos obsequien a las que cortejan.

—Bueno. Y las gentes que no gustan del baile, ni de la música, ni quieren pasearse por la calle Real, ni estarse metidas en sus casas, ni tienen mozas a las cuales obsequiar con porquerías de esas, ¿qué repuñales hacen?

—Se marchan de merienda a las Peñitas, a paseo, a ver cómo pescan las truchas en la finca del señor de los Robledales...

—Pues eso es lo que vamos a hacer nosotros. ¿Lo sabes?

—Sí, señor; y muy contentas. Porque me figuro que también vendrá mi madre.

—Naturalmente.

—No es que me asuste pasear sola con usted por las alamedas ni por el monte; no, señor. Lo digo porque me apena dejar a mi madre en casa en día tan señalado. Acordándose de cuánto gozábamos en vida de mi padre, que esté en gloria, se pasaría la tarde llorando.

—Pues no temas tal cosa. Vamos a ver si está listo el almuerzo, y en seguida, a la

calle. Pero dime: las Peñitas y la finca del señor de los Robledales, ¿hacia qué sitio se hallan?

—Hacia la sierra, algo distantes del pueblo; pero no mucho.

—¿Se percibirán desde allí el ruido y el jolgorio?

—¡Quiá! No, señor: son lugares tranquilos y amenos. Sobre todo la finca del señor de los Robledales. Y precisamente este año ofrece la particularidad de que van a desecar el estanque: cosa que no puede verse siempre.

—Pues andando: al comedor, que ya se me tarda el momento de salir. Mas dime aún: con este paseo, ¿trastornaré tus planes?

—¿Qué planes?—pregunta la joven, alarmada por la salida de D. Jacobo.

—No sé... algunos que pudieras haber formado.

—No formé ninguno. De no proponer usted el paseo, mi madre y yo hubiésemos pasado la tarde en casa, rememorando otros tiempos.

—¿No habríais echado una ojeada por la calle Real?

—No, señor.

—¿Esperabais visitas?

—Ninguna.

—¿Ni temes aburrir al que te aguarde?

—¡Aguardarme a mí! No sé quién.

—Pudiste quedar citada con Honorio... como es forastero, le agradará reunirse con alguien que le explique las fiestas.

La joven recuerda que Honorio les acompañó y que D. Jacobo los ha visto desde el jardín; por lo cual ata cabos, y al formar el ovillo, sonríe maliciosa y replica:

—Pues no, señor· ni he quedado citada con él ni hay motivo para que le explique las fiestas. El que quiera aprender, que vaya a la escuela.

Ya está tranquila Silda; D. Jacobo no bufa ni pasea, y como Robustiana les avisa, se van al comedor.

Almuerzan ligeros, cual si les acuciase alguna obligación perentoria, y aún no han dado las tres, cuando emprenden la marcha. Las mujeres resguardan las cabezas con las sombrillas, porque el sol cae de plano y cesó el viento; el filósofo demuestra alegría: parece un muchacho que sale del encierro. Temiendo que la solanera le perjudique, Silda ofrece taparle; mas

él rechaza el cobijo, al tiempo que rezonga:

—¿Crees que soy de alfeñique? Pues te engañas, ¡puñales! Yo miro al sol de frente: así... ¿lo ves?... Sus rayos no me asustan; antes me agradan. Y no temo ponerme negro, ni que se me estropee el cutis, cual temerían otros que presumen de guapos y de elegantes. Tampoco me acobarda el camino, ni el polvo, ni las cuestas. Ya lo verán ustedes a la noche, porque hasta bien entrada no volveremos al pueblo... Digo, si no les causo perjuicio; pues en este caso...

—Por nosotras—afirma la joven—como si le place que cenemos en el ventorro de Lucio. Precisamente el tiempo no puede estar más apacible.

A la madre le parecen de perlas ambas proposiciones, y así lo dice. Don Jacobo enciende un pitillo y concluye:

—Allá veremos... Pudiera levantarse fresco y... No es que me arredre, ¡puñañales!... no pongan esas caras... mas no quisiera que se me constipe la compañía.

Silda sonríe picaresca y le mira piadosa; luego comienza a explicar la excursión, para que más le agrade. Marchan ahora

por extensa alameda que conduce a los Robledales, bordeando el cerro del águila.

—La finca—dice—pertenece a un indiano que en la Argentina ganó millones; vive en Madrid y en los Robledales veranea. El panorama que habremos a la vista regocija el ánimo, y en la margen del río se halla grato reposo.

—Eso será cuando haya río—interrumpe el filósofo—; porque hasta ahora no lo veo por ninguna parte.

—No me sea impaciente—replica ella—: bien cerquita de aquí lo tenemos; cuando hayamos traspuesto aquella loma, lo verá usted; baja de Cumbre Clara y atraviesa la finca.

—Bueno; lo doy por visto, a fin de que te calles; es decir, no: para que sigas hablando, bachillera. ¿En qué consiste eso del estanque de que me has hablado?

—En pasar sus aguas al río, para coger las truchas. El señor de los Robledales ha invitado a unos cuantos amigos a que presencien la desecación y la pesca; pero también pueden entrar cuantas personas lo deseen. Aquellas puertas sólo están cerradas para los que intenten atravesarlas llevando bajo el brazo la caña de pescar o la

escopeta. La finca perteneció a una comunidad de monjes que, uniendo lo práctico a lo agradable, utilizaban la fuerza del agua para mover varios molinos y un batán, y con el caudal del río hicieron estanques y en ellos criaron truchas, famosas en toda la provincia, y hasta pudiera decir en España entera. Esa finca es soberbia; con grandes parques y jugosas praderas que fertiliza el río: a ratos manso y a ratos rumoroso.

Don Jacobo escucha con agrado la animosa charla de Silda. Han traspuesto la loma; cruzando entre los pinos, arriban al río, que se interna en la finca. En la cerca, algunos chiquillos desastrados, puestos a horcajadas en la albardilla, otean con las manos sobre los ojos a guisa de pantalla. Entran. La compuerta del lago, abierta poco antes, permite el descenso del agua, y lentamente se desocupa el estanque. Las mimbreras, inclinando hacia el agua sus ramas flexibles, parecen imprimirla el beso de despedida. En la margen opuesta, una lancha, amarrada, mantiénese inmóvil, con algas adheridas en el casco. La superficie verdosa del estanque no deja transparentar el misterio del fondo.

Van llegando invitados. Las señoras, con sus trajes de tonos claros y sus vistosas sombrillas, ponen una nota de alegría en el parque, tétrico y melancólico de ordinario. Todas ríen y chillan cual bandada de grullas. Los hombres, graves y obsequiosos, con ropas oscuras y sombreros de paja, armonizan con el paisaje. El calor es intenso.

El agua desciende con lentitud, y la desecación promete ser pesada. Don Jacobo se aburre, sin que baste a distraerle la charla de las damas ni el gritar de los chicos, que todo lo comentan. Hay algunos bostezos que la gente no oculta. Por final, exclama un muchacho:

—¡Las truchas!... ¡Las truchas!... ¡Y «tamién» *gallegos!*... ¡Conche si son gordos!... ¿Los ves tú, Pedrín?

—¡Digo si los veo!... ¡Como besugos!...

La gente pone su atención en el estanque. En la superficie aparecen algas y matojos; el pescado remueve el fondo, y pequeñas espirales de cieno ascienden y denuncian los escondrijos de las truchas. El agua baja aún. Por los surcos que la corriente marca en el lodo, se ven las truchas, que escapan alocadas, precipitándo-

se las unas sobre las otras con ansias de vida. Varios hombres con mangas, resbalando sus pies descalzos por las viscosas escaleras, descienden al estanque en busca de la pesca. Hunden los hierros en el fango, y las redes se llenan de truchas. Los pescadores tienen que realizar grandes esfuerzos para sacarlas: así pesan. Al verse prisioneras, las truchas se defienden aún; cuando las arrojan al cesto, dan coletazos terribles. Algunas, con ansias de muerte, consiguen escapar y caen al fango; pero ellos, sañudos, vuelven a recogerlas; y vengativos, las estrujan hasta dejarlas asfixiadas.

Comienza a declinar el sol cuando dan por terminada la faena. El señor de los Robledales contempla amoroso los cestos que su gente ha llenado de truchas, esas truchas que constituyen su vanidad y su orgullo; pues ninguno las cría tan gordas y de comer tan exquisito. Los huéspedes también las dirigen miradas codiciosas, pensando en las que comerán ahora y en las que quizá les regale luego; porque el anfitrón es espléndido.

Los invitados desfilan hacia el palacio donde les aguarda la mesa bien servida;

quienes vinieron de Villa Plácida, retornan al pueblo. Ya fuera de los Robledales, D. Jacobo, que a duras penas la pudo contener, abre la espita a su indignación. Esa manera de pescar le parece bárbara y estúpida, y así lo manifiesta a las mujeres:

—Lo que hemos visto es un atropello inhumano; la odiosa ley, la bárbara ley del más fuerte. Debieran prohibirlo. A mí denme ustedes la lucha entre el pescador que, astuto, arroja el anzuelo para que pique el pez, si le agrada y es tan tonto que no sabe llevarse el cebo sin quedar enganchado. Esta manera de coger las truchas la encuentro tan abominable como echar dinamita en el agua, o los fusilamientos que realizan algunos cazadores después de los «ojeos». Me figuro que el señor de los Robledales no venderá las truchas que han cogido; por si acaso, no me sirvan ustedes en mucho tiempo tan exquisito plato.

Doña Elena promete no olvidarlo; Silda acoge con una risotada la prevención de D. Jacobo, y continúan marchando por el pinar en sombra. El filósofo tropieza con frecuencia y en más de una ocasión se ve expuesto a caer. Nótalo Silda; mas nada

dice para no disgustarle. Al fin él pide auxilio:

—¡Temiendo estoy matarme!... ¡Calabaza!... Los señoritos educados en Madrid no servimos para estos trotes. Por más que miro no puedo evitar los tropezones, y cuando levanto el pie por sospechar que tengo delante algún matojo, resulta que no hay nada. ¡Es una desdicha, puñales!...

Silda le ofrece el brazo, que él acepta, aunque con bufidos, para no perder la costumbre.

—¡Lo acepto, sí: puñales!... Y hasta te lo agradezco, pues de lo contrario temo que vuelvan ustedes solas a Villa Plácida. ¡Vaya con el caminito dichoso!... ¡Como para cabras!... Conque venga ese apoyo. Aun abultando lo que un comino, me pareces más fuerte que tu madre. ¡No ponga cara de angustia, puñales! No he querido ofenderla, ni la tengo por carcamal, nada de eso; aunque tampoco es ninguna criatura: días más o menos, de mi quinta... Vamos, pequeña, y en cuanto lleguemos a la alameda, que tiene el piso llano, me sueltas, y en paz. Pudiera vernos alguien y tomarme por ciego y a ti por lazarillo.

Silda nota sobre su brazo el de D. Ja-

cobo, que tiembla. Por creerle enfermo, pregunta amable:

—¿Se siente usted mal?

—Al contrario, ¡puñales!—responde él, apoyándose más y haciendo que el temblor aumente—. Aunque no te envanezcas; pues tu brazo no es un colchón de pluma, ni mucho menos.

—¿Tiene usted frío?—insiste la joven.

—Lo que tengo es gana de salir del pinar; pues aunque tu auxilio resulta inapreciable, notarás que aún tropiezo.

—No se apure, señor—le dice doña Elena—; eso les sucede a todos los que no tienen costumbre de andar por estos cerros.

Cuando salen a la alameda ya es cerrada la noche. La tierra blanca del camino permite andar sin dificultad; pero D. Jacobo no debe notarlo, puesto que no suelta el brazo en que se apoya. Después de un silencio, dice a la joven:

—Silda, te agüé la fiesta.

—¿Cuál?—pregunta ella, con acento de sinceridad.

—La excursión a las Peñitas.

—No se preocupe. Podemos ir mañana o cualquier otro día. Durante el verano siempre hay ocasión oportuna.

—Menos mal. Pero dime: ¿qué hay de notable en esas Peñitas?

—Nada, señor—contesta la madre—: caprichos de mi hija, que se desvive por ver a la colonia madrileña.

Silda explica:

—De notable no hay nada: cierto. Es que se reunen allí varias familias de las que vienen a veranear en Villa Plácida. Desde hace algunos años han adquirido la costumbre de salir al monte por las tardes y se detienen en una explanada en la cual hay bastantes peñotes.

—¿Peñotes o peñitas?—pregunta el filósofo.

—Peñotes, según los de por acá; peñitas, al decir de los madrileños. Esas familias forman grupos muy animados: ríen, charlan, meriendan, trabajan... Como dijo mi madre, quizá sea un capricho mío; pero ello es que me encantan esos grupos, pues en ellos hay juventud, hay vida, hay alegría...

—¿Tienes alguna amiga en esa colonia?

—No, señor. Los veraneantes forman rancho aparte y no se tratan con nadie; mas no crea usted que son orgullosos, no, señor: conocen el terreno donde pisan; por

esta circunstancia, aunque algunos ya vienen muchos años, jamás se disgustaron con los del pueblo. Los vecinos de Villa Plácida son buenas gentes en el fondo: ya lo irá usted apreciando; pero aborrecen a los madrileños: los ricachos, que van llenos de grasa y se afeitan cada quince días, porque les molestan el lujo y la limpieza que los otros traen; los pobres, porque no ven con agrado cómo triunfan y se divierten los forasteros mientras ellos trabajan todo el año y apenas pueden comer lo que necesitan. Además: durante la estación veraniega se encarecen las subsistencias. ¡Hay tanta envidia!...

—¡Podredumbre!... diría yo—afirma don Jacobo; y luego—: ¿Acuden muchachos a las Peñitas?

—Los pequeños, los mozalbetes, los que aún no están capacitados para elegir pareja o para que se la cuelguen las mamás; los otros se quedan en el pueblo jugando al billar, al tresillo, al dominó...—apunta doña Elena, con dejos de amargura.

—Pues mañana, si no tienen ustedes inconveniente, iremos a las célebres Peñitas. ¿Te agrada, pequeña?

—Sí, señor: mucho.

—¿Y a usted, doña Elena?

—Gustándole a Silda...

—Se lo pregunto porque con el paseo de hoy, que no ha sido flojo, mañana pudiera usted levantarse con agujetas que le impidiesen salir. En este caso lo dejaríamos para la semana próxima... o para el mes que viene.

Doña Elena recibe con franca risa el puntazo de D. Jacobo; y para devolvérselo replica, sin cesar de reír:

—Como no las tenga usted...

—¡Yo!... ¡Repuñales tendré!

Y no se habla más.

Cuando llegan a la entrada del pueblo, pretextando encender un pitillo, D. Jacobo suelta el brazo de Silda, aunque no de buen grado, y no vuelve a cogerlo. Sale a abrir la criada y les dice que D. Honorio ha venido tres veces; preguntando con mucho interés por los señores. Al fin manifestó cierta extrañeza ante la tardanza, hallándose el señor como se halla.

—¡Puñales!... ¿Cómo me hallo yo, o cómo quiere ese imbécil que me halle?—ruge el filósofo, pateando en el suelo.

—Yo no lo sé, señor; porque eso no lo ha dicho. Como luego vendrá...

—¿Qué vendrá luego?—insiste él.

—Eso dijo, señor—replica la zafia.

—Pues cuando vuelva le dices que no estamos.

—¿Y si insiste?—pregunta Silda.

—¡Que le suelte el *Canelo!*—termina D. Jacobo, entrando hacia la casa.

Cenan con apetito, y luego el filósofo pide a Silda que toque el piano: otra de las habilidades que tiene; pues aunque su modestia le hace creer lo contrario, toca con mucho gusto y pone su alma de artista en aquello que interpreta. Sentada ante el atril y abierto el libro de música, antes de comenzar, pregunta:

—Y si el médico viene, ¿cómo justificar nuestra ausencia con este ruido?

—¿Tienes empeño en recibirle?

—No, señor; pero la cortesía...

—¡Qué cortesía ni qué calabaza!... Así comprenderá que nos desplace su visita... que es poco oportuna, eso es: poco oportuna... ¡puñales! Bueno que aun no siendo llamado acuda por la tarde; pero con tanto tesón, me molesta. ¿Estamos?...

—Por mi parte, sí, señor. Luego, allá se las haya usted.

—¡Pues no he de entendérmelas!... ¡Has-

ta ahí podríamos llegar!... ¡Puñales con el hombre!

Silda comienza a tocar magistralmente la 5.ª sinfonía de Beethoven; antes de terminar, D. Jacobo interrumpe:

—Lo haces muy bien, pequeña; pero como hoy es día de festejos populares, toca algo más alegre: esa música fina me produce nostalgia.

—Lo que usted quiera—dice Silda; y cerrando la partitura, comienza un trozo de zarzuela, que el filósofo elogia.

Siempre amable, la joven toca una malagueña, después un chotis chulesco... Don Jacobo lleva el compás con la cabeza, con el cuerpo, con los pies. En su cara se nota el regocijo: está cambiado; hasta parece menos feo. Acaso siente ganas de bailar; mas no puede hacerlo, pues doña Elena jamás movió un pie ni sabe tocar el piano.

Y en éstas estaban cuando el *Canelo* empieza a ladrar, D. Jacobo a reír, dándose palmadas en los muslos como si estuviese presenciando una cosa de muchísima gracia; Silda interrumpe la música y se pone roja; doña Elena se torna lívida. Para final, el filósofo clama:

—¡Música, música... que está ahí el mé-

dico! ¡Venga la jota!... ¡Lo más fuerte que puedas!... ¡Duro con él... puñales!

Cesaron los ladridos; Silda sigue tocando; doña Elena dormita; fuma el filósofo; en la calle reina el bullicio; los mozos rondan con las guitarras, cantando coplas de amor a las novias y bebiendo a menudo. De vez en vez resulta una estridencia; los gritos suceden a los cantares; los instrumentos se hacen astillas al chocar en las cabezas de quienes los tañen; cae un mozo en el suelo, con la cabeza rota y el rostro tinto en sangre... mas los sucesos no pasan de ahí. La gente se divierte a su modo; los chupinazos atruenan los oídos; la luna asoma sobre las cumbres...

Don Jacobo ordena el desfile y se van a la cama. Apenas ha caído en la suya se queda como un leño, y pasa la noche de un tirón; noche feliz en que sueña muchas cosas agradables... aunque para nada sale a relucir su célebre libro, que hace días no toca. Se despierta temprano; mas no puede levantarse: el reuma le postra. ¡Puñales con su suerte!...

CAPITULO VIII

LA «GACETA» DE VILLA PLÁCIDA

En Villa Plácida carecen de un periódico que, aun cuando siquiera fuese semanalmente, les dé cuenta de lo que acaece en el pueblo; de lo sucedido en otros lugares ya les informan la media docena de diarios madrileños que se reciben en casa de Ramírez... con dos fechas de retraso, cuando se reciben.

Mas no se crea que la falta de un «órgano propio de Villa Plácida» es debida a carecer de personas que lo redacten; algunas existen que, dirigidas por Veludillo, confeccionaron en otro tiempo un periódico semanal con sus buenas dos páginas ilustradas. Pero sólo llegaron a publicar el número primero, del cual se conserva

un ejemplar, como preciada joya, en el archivo del Municipio.

Ello fué que cierto día compareció en Villa Plácida un «minervista» que, estando reñido con sus intereses, tuvo la feliz ocurrencia de establecer sus talleres en un local que había desalquilado en la rinconada del pasadizo de San Juan. Según unos, el tipógrafo venía huyendo de los acreedores, que en Avila lo traían frito; afirmaban otros, ser ello cuestión de faldas; los más sesudos varones tildáronle de loco; acaso éste fué el comentario más cuerdo. Pero el industrial, sin preocuparse de habladurías, instaló en el tenducho su maquinita y hasta un par de chibaletes con doce cajas de letra bastante usada.

A las primeras gestiones que hizo, el público respondió admirablemente y el impresor pensó por un momento que había llegado a Jauja; porque los encargos llovían sobre él: particularmente las tarjetas de visita, hasta el extremo de no haber una persona de mediana posición que no hiciese estampar su nombre en la inmaculada cartulina. El que no podía agenciarse un ciento, tomaba cincuenta, y los menos adinerados se conformaban con

veinticinco. Cuando pasó la primera semana, el impresor quedóse cruzado de brazos en espera de clientes; y luego, al convencerse de que no venían, acudió a visitar a las personas notables; primero, al médico, que por deferencia le encargó cien besalamanos; después, al farmacópola, del cual obtuvo un pedido de doscientas etiquetas para cierto específico que confeccionaba; y no teniendo más personas a quienes acudir, fué en busca del alcalde, para pedirle trabajo u orientaciones.

Veludillo, digámoslo ahora por si todavía no lo hemos dicho, es todo corazón: apenas le notifican una desgracia, ya está socorriéndola. La camisa diera gustoso para cubrir las carnes de su prójimo. Por esto, cuando el impresor le expuso la calamitosa situación en que se hallaba, Veludillo quedóse pensativo unos instantes; elevó la vista hacia el techo; se atusó la melena, y luego, dándose un golpe en su espacioso frontis, exclamó:

—¿Y si hiciésemos un periódico? ¿Qué le parece la idea?

—¡Caramba! ¿Qué me ha de parecer? ¡Magnífica! Como de quien viene. Sólo que... Le diré a usted, señor alcalde: para

hacer un periódico me faltan algunos elementos.

—No se figure usted que se trata del *A B C*.

—Ya lo comprendo; pero aunque sea más pequeño. Sin embargo, como cristalice su idea y lo tome usted en serio, me comprometo a traer cuanto fuere menester; porque dinero, no lo tengo, para qué ocultarlo; pero, a Dios gracias, dispongo de crédito entre los comerciantes madrileños.

Veludillo, que, a pesar de ser comerciante, o quizá por serlo, tenía un sentido práctico de la realidad, dióse cuenta en seguida del compromiso que podría contraer, aunque sólo fuera moralmente, y se quedó perplejo. Como en todos los trances difíciles, atusóse el cabello, meditó y dijo luego:

—Si se tratase de una empresa exclusivamente mía, pudiera contestarle en concreto; pero es obra para realizada entre varios... Necesito buscar socios... agenciar fondos... establecer una redacción... ponerme de acuerdo con la persona que haya de administrar el periódico...; y todos esos elementos, una vez reunidos, no sé si

ofrecerían la solvencia y la formalidad necesarias para que se arriesgase usted a invertir unas cuantas pesetas en ampliar sus talleres.

—Siendo así...—observó el impresor, que veía por el suelo sus ilusiones.

—Se me ocurre una idea—apuntó Veludillo, enmarañándose la melena, de puro resobarla.

—¿Cuál?

—Utilizar los elementos de que usted disponga. De este modo podré yo proceder con más libertad y sin temor a que fracase la empresa. ¿Qué le parece esta idea?

—¡Magnífica!... ¡Como la anterior!... ¡Como salida de usted, señor alcalde! Pero veamos: ¿qué pensamiento tiene usted respecto a ese periódico?

Aquí sintióse herida la dignidad de Veludillo, tanto por lo que afectaba al alcalde, como por lo concerniente al futuro director del periódico nonato; y con voz cálida y violentos ademanes, cosa muy rara en él, clamó:

—¡Me parece capciosa su pregunta, señor mío y amigo! Los pensamientos que yo tenga irálos conociendo la gente cuando los vea impresos en letra de molde.

¡Pues no faltaría más!... Y sépalo por anticipado: no me someto a ninguna clase de censura; para eso soy alcalde, sí, señor: para eso soy alcalde. Yo sé decir las cosas en la forma debida y llegar adonde me proponga. No se figure usted que necesito mentores ni catones.

Por conocer el impresor que Veludillo no había interpretado su pregunta con la intención con que se la hizo, aclaróla de este modo:

—Perdóneme, señor alcalde; pero a consecuencia de no haberme explicado con suficiente claridad, ha dado usted a mis palabras un sentido diverso al que yo pretendí que tuviesen. Jamás he puesto obstáculo a los originales que me entregaron; ¿cómo había de ponérselos a usted, que es la primera autoridad de Villa Plácida?

La réplica fué suficiente para que Veludillo se esponjase, y ya tranquilizado, preguntó:

—Pues si su pregunta no encerraba el propósito que llegué a sospechar, ¿a qué se refería?

—Al tamaño del periódico, al número de páginas, al carácter de letra, a la cantidad de ejemplares...

Veludillo volvió a mirar al techo durante unos minutos; se atusó la melena... y luego respondió:

—El tamaño pudiera ser el de una carta comercial, o quizá más pequeño; tanto porque yo soy modesto de naturaleza, cuanto porque el papel y la mano de obra están muy caros.

—Hasta ahora no existe ninguna dificultad—apuntó el industrial, frotándose las manos y relamiéndose de gusto ante el negociazo que se le venía encima; y luego preguntó: —¿De cuántas páginas?

—Por ahora, de dos; más adelante veremos de ampliarlas.

—¿Cuántos ejemplares?

—Del primer número... haríamos doscientos para propagarlos abundantemente; de los sucesivos, bastará con la mitad. ¿Cuánto podría costarnos *eso*?

—A lo sumo... unas 50 pesetas.

—No me parece exagerado. En cuanto constituya la sociedad comenzaremos a publicarlo.

Veludillo consiguió agrupar a su alrededor a la media docena de comerciantes que existían en Villa Plácida, los cuales actuaban de socios capitalistas... y de re-

dactores; y después de tres semanas de laboriosa preparación, salió a la luz pública el primer número de *El Centinela de Villa Plácida*, que no era, ni más ni menos, sino un sencillo calco de los muchos periódicos provincianos que andan por ahí, y en donde se reproducen artículos de otros periódicos y se insertan sendas columnas de noticias locales. Claro está que, como las columnas de *El Centinela de Villa Plácida* no eran más que seis, y no llenas del todo, tampoco podían ser «muy sendas». Aun así, quedó hueco para meter un fotograbado que representaba el *Mont Blanch*, de los Alpes, al cual se puso por epígrafe: *La sierra durante el período de las eternas nieves*, y para intercalar algunos anuncios de los socios «capitalistas».

Fué un éxito delirante el alcanzado por el famoso Veludillo y sus secuaces. Las gentes de Villa Plácida, después de haber leído y releído *El Centinela*, echábanse a la calle, con el papel en las manos, locas de júbilo, buscando personas a las cuales mostrárselo como un objeto raro y precioso. Pero no les era posible sorprender a nadie, porque todos lo tenían: hasta los chiquillos.

El número segundo no llegó a publicarse, pues los socios consideraron aquélla una empresa ruinosa. Habían desembolsado diez pesetas cada uno, sin obtener beneficio, y esto, aunque a primera vista parezca una minucia, era demasiado para los comerciantes en cuestión. Por otra parte: como algunos llegaron a sospechar que Veludillo no había aportado ni un céntimo al fondo social, y apreciasen, porque estaba a la vista, que el espacio mayor de los anuncios lo hubo puesto al servicio de cacarear los artículos de su comercio, reuniéronse cierta noche los «accionistas», y, después de una sesión borrascosa, acordaron disolver la sociedad; sin tener que tomarse el trabajo de nombrar comité liquidador, puesto que los fondos estaban liquidados por completo.

Así murió el apenas recién nacido *Centinela de Villa Plácida.* Visto lo cual, el impresor recogió sus bártulos y marchóse con ellos hacia otras tierras más hospitalarias; dejando como recuerdo de los dos meses escasos que estuvo en el pueblo, el semillero de discordias que produjo la publicación y muerte del periódico... y una

no pequeña cantidad de cuentas pendientes de pago.

No fué muy sensible para los pacíficos habitantes de Villa Plácida la desaparición de *El Centinela.* Desde mucho antes de que comenzaran a publicarlo ya tenían a su servicio una especie de gaceta viviente que los visitaba casi a diario en forma de vendedora de manzanilla, espliego, ruda, sanguinaria, zaragatona y otras hierbas medicinales. La *Botánica*, como la nombraban los demás, o la señá Gilda, por cuyo nombre de pila apenas la conocían unos cuantos, es una viejecita, pequeña de estatura, de rostro sarmentoso y ojuelos vivarachos y escrutadores. Con el pretexto de ofrecer sus productos botánicos, introdúcese en todas las casas, recogiendo en cada una las noticias, chismes y cuentos que, adobados a su manera, ha de referir en las otras.

Jamás se ha concertado boda ni dispuesto bautizo que la *Botánica* no haya conocido la primera; ni hubo trifulca matrimonial en que ella no fuese mediadora. Lo sabe todo, y cuando no, lo presiente. Por esto, cual si las viviendas de Villa Plácida uvieran las paredes de vidrio, nadie igno-

ra lo que acaece en la del vecino... y en todas las demás: a tal extremo llegan los valiosos oficios de la anciana.

Cuando llega el verano y comienzan a venir las familias de la corte en busca de ambiente fresco y de reposo, la *Botánica* es la primera en saberlo, y llevando la noticia de casa en casa, llega a la del sacristán y director de *La Filarmónica* para prevenirle que acuda por la noche con los suyos a dar serenata a los recién venidos. La «orquesta» *ejecuta* tres piezas, las mismas de todos los años, tan viejas como los músicos y los instrumentos; quienes reciben el homenaje dan una propina en relación a sus posibles y buena voluntad, y todos contentos y encantados de la vida.

La *Botánica* es una institución en Villa Plácida, y para recompensar sus valiosos servicios, las gentes la subvencionan con productos alimenticios o con dinero. Como vender, no vende nada. Las hierbas se le secan o se le desmenuzan en el cestillo. Cuando sucede esto, cuídase ella de reponer su mercancía, encargando a los muchachos que van al monte en busca de leña, que le traigan hierbajos, que luego selecciona.

Como a todas las casas, la *Botánica* acude también a la de D. Jacobo, y por expreso mandato de él le sirven chocolate, que es el manjar más apetitoso para la noticiera anciana. Ante un pocillo de chocolate bien hecho, la señá Gilda realiza el mayor sacrificio de que es capaz: enmudece; mas apenas ve limpio el recipiente, reanuda su charla.

Ha llegado a la mansión del filósofo cuando éste se halla postrado en cama a consecuencia de un fuerte ataque de artritismo; y como ella lo sabe todo, después de saludar a Silda, que se ocupa en bordar sentada a la sombra del emparrado, pregunta:

—¿Cómo sigue el siñor?

—¿Quién le ha dicho a usted que D. Jacobo está enfermo?

—Mujer, no me acuerdo; mas algún me lo dijere. Quizá haya sido el pájaro serrano que me lo cuenta todo. ¿Acaso me engañare esta vez?

—Desgraciadamente, no. Es cierto que está mal. Ese maldito reuma...

—¡Maldito dijiste!

—Maldito, sí. ¿Cómo había de decir, señá Gilda?

—Mujer, de otra manera. Ya se ve que van echando raíces en ti las cosas de don Jacobo.

—¿Qué cosas?

—Pues esas que él hace.

—Explíquese mejor, porque no la comprendo.

—De mi boca no salen las palabras que te voy a decir. Yo refiero lo que escuché en otras partes: no me recuerdo en dónde.

—Bueno, en donde haya sido; pero acabe: ¿qué dicen?

—Pues dicen... que no va a la santa Misa... y que está dado a los demonios.

—Señá Gilda, piense usted lo que dice; pues aun guardándola todos los respetos que por su edad merece, ni estoy dispuesta a tolerar semejantes desatinos, ni la consentiré que vuelva a poner los pies en esta casa.

—No te enfades, palombita. Ya te dije que lo oí decir; mas yo no lo creyere. Dijéronlo otros.

—Pues han mentido. Don Jacobo es muy dueño de hacer lo que le plazca; yo cumplo con mis deberes como siempre, y nada tengo que reprocharme, ni consiento que nadie se inmiscuya en mis asuntos. ¡Sépa-

lo usted y que también lo sepan las lenguas viperinas que se mueven con el único fin de mortificar al prójimo!

—¡Ay, palombita!... ¡Cuánto me agrada oirte hablar de esa manera!

—¿Por qué?

—Así yo podré desmentire a los que dijeren otras cosas.

—¿Qué otras cosas dicen?—interrogó Silda, roja de indignación.

—Pues dijeren también... que D. Jacobo es un hereje, y que por eso Dios nuestro Señor le castiga con esos males. Y los que tal dijeren recuerdan que el día del Santísimo Corpus Christi... ¡Dios, qué día tan señalao y tan grande!... no puso los pies en la iglesia, ni fué a la procesión. Bien os vieron a tu madre y a ti, tan pomposas y tan engallás junto al señor médico... ¡guapo mozo!... que no cabía en la ropa. Pues al señor ninguno le vide. Tal me lo dijeren; porque yo sólo me ocupo en mis hierbas. Y claro, no acudiendo a la procesión del Corpus ni a la iglesia los días de mandato, no pué ser bueno, y no siendo bueno, pues el Señor le tié que castigar. Pero yo no lo digo ¿sabes?: lo dicen ellos, los hablanchines, ¡que no cesan de quitar el

pellejo a todo el mundo. Esos, esos son los que le llaman hereje, y renegao. Y luego dicen que también tié su orgullo, y por eso no se trata con nadie... ¡Los condenaos, y cómo le ponen!... Que si merece esto, y lo otro, y lo de más allá; y que debían apartarse a un lao cuando pasan junto a la casa... que creen apestá. ¡Dios, qué lenguas!...

—¡Eso es una infamia, abuela! Don Jacobo tendrá sus ideas, como cada uno tiene las suyas; pero a nadie hace daño: bien lo saben usted y cuantos necesitados acuden a esta casa en busca de socorro.

Ante el temor de quedarse sin chocolate si continúa la conversación por los cauces que la ha comenzado, la *Botánica* opta por cambiar de tema, y echa mano de este otro, poniendo en sus palabras acentos melosos:

—Palombita, ¿sabes que viene la tropa?

—¿Quién se lo ha dicho?

—La voz pública. Al pasar por junto a la fuente de la plaza, vi un grupo de mujeres que parlaban con gran regocijo, moviendo mucho los brazos. Conque me detengo a escuchar, y oigo que dice la una: «¡Qué contentas debemos estar las que te-

nemos hijas!» Y va otra y pregunta: «¿Por qué, Juanona?» Y responde ella: «¡Toma, toma... porque van a venir los soldaos!» Y tú, Silda, ¿no te alegras de que venga la tropa?

—¡Yo! ¿Por qué he de alegrarme?

—¡Anda!... Presuponte que os traen alojao algún tiniente, que se enamora de ti y que dimpués sus casáis!...

Silda sonríe ante la ocurrencia de la abuela, y como ya ha pasado su enojo, ordena a Robustiana que traiga el chocolate. Luego queda como abstraída. La *Botánica* observa, relamiéndose previamente, y como no puede estar callada un momento, vuelve a insistir:

—¿No te place la noticia?

—Ni me place ni me desagrada: me tiene sin cuidado.

—Pues de algunas mocitas señoriles sé yo que andan locas de alegría pensando que los militares irán a rondarles por la noche.

—Allá ellas.

—El comercio de Veludillo se ha quedao vacío. ¡Qué de comprar telas, y cintas, y olores, y polvos para la cara, y jabón, y otros miles de adornos!... Te digo que hay

una verdadera revolución en el pueblo. ¡Vienen algunos mandones más guapos!... ¡Pues digo la tropa!... ¡Qué mozos!... ¡Si yo fuera joven!...

—¿Sabe usted a qué vienen esos soldados?—pregunta Silda, con acento displicente y sólo por no dejar que languidezca la conversación.

—¡Pues no he de saberlo!, corderita. Vienen porque van a formar un nuevo batallón, y mientras terminan el cuartel en Salamanca, se alojarán aquí. ¡Hasta traen música! Y dicen que los domingos, cuando haga buen tiempo, celebrarán la santa Misa en el paseo y tocarán cosas muy alegres. ¡Ya ves tú!...

—Sí que estaremos divertidos.

—Más que en los días de feria. Inés, la del boticario; Laura, la del matarife; Rosa, la del barbero, y Pilar, la confitera, van a salir muy peripuestas, con mantillas y flores en la cabeza, y en el pecho, y en la cintura, a pedir dinero por las calles para regalar una bandera a los soldaos.

Calla la abuela, y por notar que Silda no dice nada ni demuestra interés, reanuda su parloteo:

—Tú también deberías salir: de seguro

que recogieres más dinero que ninguna.

—¿Por qué?, abuela.

—¡Toma, toma!... porque eres la más bonita del pueblo, y la más elegante, aunque no te cuelgues tantos pirifollos como se cuelgan ellas.

—Burlona viene usted esta tarde.

—¡Virgen de la Peña!... ¡Burlona yo! Te dije lo que siento y con el corazón en la mano. Como estas son cruces. ¡Burlarme de ti!... ¡Con lo que te aprecio!...

Han traído el chocolate. Mientras la abuela lo toma lentamente, muy lentamente, saboreándolo con verdadera fruición, Silda reanuda su labor; levantando la vista de vez en vez para contemplar cómo se relame la anciana. El sol va declinando por el extremo opuesto de la sierra; ya le oculta la cumbre que llaman *Mujer Muerta*; el canario que hay en la jaula del cenador, lanza los últimos trinos, despidiendo al día que acaba; las palomas que picotean por el jardín, levantan el vuelo para recogerse; la temperatura desciende con rapidez. Silda, amable, se acerca a la *Botánica*, y cogiendo el toquillón que dejó sobre el banco, se lo echa por los hombros. Vuelve luego a su sitio, se pone

un abrigo de punto que tiene en el cesto de la labor, y espera.

Cuando la abuela ha visto completamente limpia la taza, guárdase en el bolsillo un pedazo de bollo que no pudo mojar por falta de chocolate, y después de pasarse por los labios su mano renegrida y sarmentosa, continúa su charla en el punto mismo en que la hubo dejado:

—¿Conque no te alegras de que venga la tropa?

—Ya se lo dije: me tiene sin cuidado.

—Por supuesto... como ya tienes en quién pensar...

—¿Que tengo en quién pensar?

—Sí, palombita. Todos lo saben... el médico nuevo... ¡Y vaya si es guapo y bien portao! Sois pariguales, Silda.

—Mal anda usted de noticias, abuela. Como continúe así algún tiempo más, no ha de encontrar persona que la escuche.

—Mujer, pues alguien me lo dijere. Además: por el pueblo no se habla de otra cosa. Como os vieron juntos en la procesión... Pero yo, ni palabra. Aunque no me parece ningún desatino.

—Pues lo es; como lo otro.

—¿Lo de la tropa?

—No; lo de D. Jacobo.

—Vaya usté a saber quién habrá sido el que lo inventó, si lo han inventao; pero por ahí aseguran que el médico dijo anoche en el casino, que de casarse con alguna mujer de Villa Plácida, sería con Silda: contigo, mujer.

—No dudo que lo haya dicho; mas sería en un rato de buen humor.

—¿Y por qué ha de ser lo que tú dices y no lo que por ahí aseguran?

—No hay motivo para otra cosa.

—Pues como merecer, bien te lo mereces; y más que un médico; un príncipe te diera yo si lo tuviese a mano.

—Gracias, abuela.

—Algunas mocitas conozco que tienen más porqué; pero tan sabidoras, tan mujeres de su casa y tan hermosas como tú, en jamás echéme una a la cara, y ya tengo más de setenta años.

—Agradezco cuanto me dice; mas no sospeche que llegaré a engreirme. Sé bien lo que valgo y merezco.

—Oyéndote llegué a convencerme de que no es cierto lo que dicen.

—No lo es, abuela.

Como no encuentra réplica a estas pa-

labras de Silda, la anciana corta el diálogo; mas no tarda en reanudarlo, y pregunta:

—¿Ni tampoco lo que dijeren de D. Jacobo?

—De eso no hablemos más. Y si desea usted que la sigamos recibiendo en esta casa como hasta ahora lo hemos hecho, vaya usted divulgando por todas partes que mienten los que dijeron tales infamias; porque si usted no lo hace, saldré yo a pregonarlo a los cuatro vientos.

—¡Con qué tesón le defiendes!

—Como debieran defenderle usted y cuantos recibieron de él algún favor, que no son pocos.

—Cálmate, palombita, que yo haré cuanto desees.

—Por anticipado se lo agradezco.

—¿He de decir también que D. Jacobo va a la iglesia?

—Eso, no. ¿Cómo pretende usted que yo la induzca a realizar lo que estoy censurando?

—¡Mujer, cómo te sofocas!... ¿Quieres que diga que tiene buen genio?

—¡Tampoco!... porque le tiene malo; pero eso a nadie le importa.

—¿Entonces diré que no le gustas al médico?

Irritada ya la joven, contesta:

—Lo mejor será que no diga usted nada y que se marche cuanto antes; porque ya se me agota la paciencia para escucharla. Parece que esta tarde no ha traído usted más propósito que martirizarme.

—¡Santa Virgen de la Peña!... ¡Cuando sólo procuro complacerte!... ¡Si no hago otra cosa que vender las cuatro hierbas medicinales que me dan para mal comer! Pero las buenas gentes me preguntan y me cuentan sucesos sin que yo lo pretenda; y así, aunque no me compren nada, se quedan satisfechas. ¿Y qué quieres que haga esta pobre vieja, sino atender a todos? Figúrate, anoche mismo, para no ir más lejos, cuando fuí a ofrecer medicinas a la Dorotea, la mujer de Pascual, el guarda de los Duques, va y me dice que la Camila, la mujer del molinero, estaba en cierto estado que no debo mentar delante de una joven. Corro al molino por si podía prestarle algún servicio a la Camila y me encuentro con que no hay tal estado ni se aumentó la familia en el molino. ¿Y sabes lo que fué todo ello? Pues que Lean-

dro el molinero le había arrimado un palizón a la Camila, la molinera. Pues la Sinforosa...

—¡Basta, abuela, basta! ¡No quiero saber nada! ¡Me fastidian sus chismes y sus cuentos!

—¡Chismes dijiste!... ¡Santa Virgen de la Peña!... Noticias verídicas, palombita, noticias verídicas... Sin haber añadido de mi cosecha ni una punta de espliego.

—Pues aunque lo sean: cuanto ocurra más allá de estas cuatro paredes, donde están encerrados mis afectos, ya se lo dije, abuela: me tiene sin cuidado. Y basta por hoy; comienza a refrescar y es hora de la cena. Con Dios vaya.

—Como quieras, Silda. Que el señor se mejore, y que la Virgen te guarde.

—Gracias.

—Y si puedes conseguir que D. Jacobo vaya a la santa Misa, acaso nuestra Señora la Virgen de la Peña realice el milagro de limpiarle de esos achaques que le tienen postrao.

—Eso corre de mi cuenta.

Y como nota que Silda la empuja hacia la puertà, la anciana comienza a vocear:

—¿No queréis la zarzaparrilla?... ¿Necesitáis la flor del romero?...—y cuando ha salido del jardín—: ¿Queréis zaragatona, ruda, sanguinaria?...

En la calle van encendiendo los faroles. El cielo está tachonado de estrellas. Un grillo molesta con su estridente y monótomo cric... cric. El *Canelo,* ya libre, corre junto a Silda y comienza a lamerle las manos.

CAPITULO IX

LOS PRIMEROS PASOS

DESPUÉS de permanecer encerrado cuatro días, D. Jacobo ya se encuentra en condiciones de salir a paseo. Cesaron sus dolencias, y al visitarle Honorio le recomienda que haga ejercicio al aire libre, aunque sin excederse. Desde luego ni pisar los jardines, puesto que la humedad le perjudica. Al campo, al monte, si puede llegar; aunque sea poco a poco y descansando en un peñote en cuanto comience a sentir fatiga o molestia.

En esta ocasión D. Jacobo se muestra obediente: tanto porque complace al médico y a Silda, como por satisfacer la curiosidad que le acucia. Irán a las Peñitas. Así lo indica a la joven, que apenas recibe

la noticia, escapa loca de júbilo para volver a los pocos instantes, trayendo muy dobladito el gabán del filósofo, y ponérselo en las manos. Lo coge él, y echándoselo al hombro cual si fuese un guiñapo, pregunta sorprendido:

—¿Para qué me das esto?

—Luego habrá de ponérselo. A la caída del sol refresca mucho y es necesario abrigarse. Mamá y yo también llevaremos nuestros gabanes.

—Sí que sois precabidas.

—Si esto hacemos nosotras gozando salud, ¿qué habrán de hacer quienes como usted se encuentran delicados?

Por llegar doña Elena, que no escuchó el principio de la conversación, para que se entere, rezonga el filósofo:

—¡Puñales con la niña!...

—¿Qué ocurre?—pregunta la madre, con marcado interés y mucho sobresalto.

—¡Que me está fastidiando!

—Figúrate, mamá: porque le traje el abrigo de entretiempo...

—Es conveniente, D. Jacobo.

—No lo pongo en duda, doña Elena; pero es que de paso ha tenido a bien recordarme que estuve enfermo.

—Razón de más para que debamos cuidarle con solicitud.

—Sí, señora, y meterme en un fanal para que no me malogre. ¡Como si fuese de alfeñique!...

—¡Qué ha de ser usted!—interviene Silda—. Usted es muy hombre: lo estamos viendo. Ea, doble el gabán, y andando.

—Como disponga su señoría—concluye el sabio, siguiendo a las mujeres y echándose el gabán al brazo, aunque hecho un reguño.

Al llegar a la carretera encuentran una gitana con dos chiquillos. Les pide limosna para sus churumbeles y de paso echa unas cuantas flores a D. Jacobo y a las señoras. A él le dice que tiene ojitos de engañaor y así consiguió cautivar a la bella dama del pelo escarolao y andaúras de reina; a Silda le ofrece echarle la buenaventura, pa que sepa de un hombre juncal que está loquito perdío por la niña de los cabellos de oro. Y termina: «Porque la hija de un señor que lo menos debe ser duque, tié que casarse con otro duque o con un príncipe ruso.»

A D. Jacobo le hace poquísima gracia que le tomen por padre de Silda; no obs-

tante, saca unas monedas del bolsillo y se las da a la gitana.

Un automóvil que viene levanta una nube de polvo. Silda propone:

—Iremos por el prado. En cuanto pasan un par de días sin llover, la carretera se pone imposible.

Se internan prado adentro y marchan silenciosos, contemplando el paisaje, soberbio y bravío. A la izquierda, comienzan los pinares, y como si quisieran escaparse para curiosear lo que existe en el otro lado, trepan monte arriba, hasta las mismas cumbres de la sierra; enfrente, *Siete Picos*, la *Mujer Muerta* y los *Robledales*; a la derecha, la colonia de hoteles, en pleno bosque, y luego, más al fondo, otras cumbres peladas; detrás, el pueblo, los jardines, la sierra, destacándose el puerto de *Mal Agosto* y el monumento a los alpinistas... La cordillera de montañas forma un círculo recio dentro del cual se queda Villa Plácida aislada del mundo, como si desease evitar la contaminación de impurezas y miserias humanas. Una cigüeña cruza rauda en busca de la torre donde tiene su nido y sus polluelos...

Como el trayecto es corto, lo hacen de

un tirón, y aún no ha transcurrido media hora desde que salieron del pueblo cuando divisan las primeras peñitas... que don Jacobo se emperra porque sean peñotes; y a punto está la excursión de no pasar de allí; pues la polémica entre la joven y el sabio es de tonos subidos. Al final vence Silda, y queda dicho que nos hallamos en las célebres *Peñitas*; capaces de eclipsar a los famosos *Toros de Guisando.*

Varios grupos forman lo que Silda ha llamado la Colonia de madrileños; los constituyen señoras que trabajan con lengua y manos; jóvenes que ríen, chillan y simulan hacer labores de gancho; algo más lejos, los niños y las criadas que deben cuidar de ellos, aunque más atienden a la costura... y a lo que de los señores critican.

—¡Es la colonia!—exclama Silda antes de llegar, mostrando los grupos a D. Jacobo.

Los madrileños les miran con indiferencia, y en seguida vuelven a sus ocupaciones.

Mostrando un peñote bastante largo, y con una especie de espaldar, dice la joven:

—Es el *diván del turco.*

A lo cual replica el filósofo, mientras doña Elena sonríe beatífica:

—Tú si que eres diván... y turco.

—Pues allí vamos a descansar; estaremos cómodos, a resguardo del sol y podremos oír cuanto hablen las madrileñas.

—Mujer y no ser curiosa—rezonga don Jacobo—, imposible.

—Como si te importase algo lo que dicen los forasteros—agrega la madre con acento de enojo.

No tienen que aguzar mucho el oído para escuchar la conversación de las muchachas, pues hablan a gritos, cual si estuviesen solas; las madres son más cautas. Lleva la voz cantante una linda morena, como de veinte años, con ojos picarescos, labios acarminados y nariz respingada. La ha tomado con la inglesita que hace pocos días han puesto a su servicio, y después de dirigirle algunas chirigotas, le espeta esta pregunta:

—Miss Fanny, ¿le han echado piropos alguna vez?

—¡Oh!... ¡pigopos! ¿Qué son pigopos, señoguita Encagna?

—Chicoleos—responde la aludida, quedándose tan fresca.

—¡Chicoleos!... Tampoco conoseg la palabra. Chicoleos... pigopos... voy a tomag nota paga consultaglo en el dicsionaguio. Pigopos... chicoleos... Yes.

—Si usted quiere—insinúa Encarna—yo se lo explicaré.

—¡Oh! Si usted fuega tan amable...

—Pero ha de prometerme no decírselo luego a mi mamá.

—Yes. Pogque supongo, señoguita, que pigopos no seg nada malo.

—No, miss Fanny.

—Entonces, segué una sepultuga silensiosa.

Ante las carcajadas de las otras, pregunta ingenua la inglesita:

—¿He dicho alguna otra bagbaguidad?

—No, miss Fanny—responde una rubia de ojos verdes, que lleva el pelo cortado, a pesar de sus veinte abriles—: en España decimos «callado como un sepulcro».

—Yes, yes... mochas grasias, señoguita Esteg. Usted seg muy amable. Callado como un sepulcro... Yes.

—Pues escuche, miss—prosigue Encarna reanudando el relato—: los piropos, y lo mismo los chicoleos, son unas frases muy bonitas, muy dulces que nos dicen

los hombres; frases que, entrándonos por el oído, recorren todo el cuerpo y nos producen un cosquilleo agradable, deleitoso...

—Eso no seg nada malo, señoguita Encagna. Mí gustag pigopos. Yes.

—En Madrid hay hombres que tienen gracia especial para decirlos; pero, en cambio, existen otros que nos abofetean con verdaderas enormidades.

—Esos seg unos bagbagos—apunta la miss, haciendo dengues.

—Muy bárbaros, sí—agrega Ester.

—¿Pero ustedes se pondrán encagnadas, llamagán a un guagdia, enseñagán los puños al mal pigopego?

—A todo se acostumbra una—contesta Encarna, displicente.

—En mi país—observa la inglesa—no seg costumbre echag pigopos.

—¿Cómo pueden ustedes pasar la vida tan sosamente?—pregunta Ester, abriendo unos ojazos enormes y esperando con avidez la respuesta.

—Cada país teneg sus costumbres, y los ingleses seg mucho sosos.

Las madrileñas se han visto defraudadas con la respuesta; pero no cejan, pues

una chatilla que parece un botón de rosa, interviene:

—Yo, si salgo a la calle y no me dicen nada los hombres, vuelvo a mi casa con un humor insoportable y sin gana de comer.

—Pogque saldrá usted a la calle en busca de pigopos, señoguita Julia—comenta flemática la inglesa, y luego remacha el clavo con este apóstrofe—: Se conose que usted estag mocho desocupada.

—¡Desocupada yo!—exclama Julia, roja de indignación—. ¿Habéis oído?... ¡Desocupada yo!... ¿Ve usted este traje?

—¡Oh! ¡Seg mocho bonito!

—Pues me lo hice yo, y también el sombrero que llevé a los jardines esta mañana.

—Teneg usted mocho buen gusto.

—¿A que no sabe usted de qué son los botones?

—¡Oh!... cualquiega conose.

—De avellanas: escuche como suenan—y Julia cascabelea con los botones.

—Ahí donde la ve—interviene Encarna—se ha vuelto a dejar trenza después de haber llevado moño por espacio de más de tres meses.

—Y con razón—replica Julia—. Cuando nos ven tobilleras y con el pelo colgando, los hombres son más atrevidos... ¡nos dicen unas cosas!... sobre todo los viejos. A mí han llegado a ofrecerme automóvil y hotel. Pero luego, en cuanto nos ponemos moño, no se acerca ninguno. ¡Es desesperante!

Silda, puesta toda su alma en la conversación, la escucha con deleite; doña Elena, dormita; D. Jacobo se distrae con una hormiga que lucha por arrastrar un pedazo de pan que abulta tres veces más que ella.

—Estando usted tan dispuesta—continúa la miss, dirigiéndose a Julia—, ¿estudiagá la lengua inglesa, la francesa, la italiana?...

—¡Yo!... Ya me conformaría con saber bien la española; pues aunque a mí me parece la más fácil de todas, pienso que nunca acabamos de conocerla.

—¡Seg bien difisil! Y luego ¡tiene unas letras tan dugas!...

—¡Pues miren el inglés!... ¡friolera!... Para nombrar el pañuelo, dicen *jéncachif*—afirma Encarna, castañeteando los dedos y haciendo contorsiones, como si

hubiese tenido que realizar un esfuerzo enorme.

—Mas seg mocho bueno conoseg idiomas.

—¿Para qué?—pregunta Nati.

—Paga ganag dinego, si usted necesitag algún día.

—Bastante hacemos aprendiendo a gobernar una casa por si nos hallamos obligadas a dirigirla—sentencia Julia.

—Yes, señoguita; pego la vida estag mocho costosa y la mujeg debeg ayudag al maguido.

—Si yo me caso—afirma Encarna con energía—ha de ser con un hombre que pueda sostenerme como en casa de mis padres.

—Usted seg una guica heguedega y podeg desig eso y mocho más; pego yo sólo teneg un trapo pog detrás y otro pog delante. Si quereg casag, teneg que ayudag al maguido. Pog eso aprendeg siete idiomas.

—¿Como el español?—pregunta Nati, guiñando el ojo a sus amigas.

—Mejog, mocho mejog—responde impávida la inglesa.

Y Julia le dice:

—Y acaso no sabrá dirigir una casa, ni

zurcirse unas medias, ni otras mil cosas que aprenden las mujeres españolas; verdaderas esclavas del hogar, de sus hijos y de su patria, a las cuales les importa muy poco lo que sucede en el país vecino. Y no sospeches que mis palabras reflejan censura para quienes como tú, Encarnita, aprenden el inglés.

—¡Quieres callarte! ¡Cómo voy a sospechar!... ¡Siendo tan buena amiga!...

—Mi país—concluye la inglesa, según costumbre—, seg mocho fuegte y teneg mochos bagcos.

—Pues el nuestro—remeda Nati—tener mucho sol, mucha alegría y unas mujeres que quitan el hipo. Y si lo duda, examine las muestras.

La inglesa corta la polémica con estas palabras, dichas después de consultar la hora en su reloj-pulsera:

—Las seis, señoguita Encagna. ¿Quiegue tomag la meguienda?

—All right, miss Fanny.

Las jóvenes sacan sus meriendas de las bolsas y comen con apetito; la inglesa devora media libreta, en la cual hay intercalado un enorme pedazo de tortilla. Las madres guardan la labor y acuden a vigi-

lar la merienda de sus hijos. Dos que no los tienen, se quedan sentadas, y aprovechan el momento para cortar un traje a las que se fueron.

—Esa Luciana—comienza la una—tanto como aparenta cuidarse de los niños, y luego...

—Sí... los envía a jugar apenas llega el primo...

—Lo del primo, que se lo cuente a Rita, porque a mí, ni con queso.

—Dicen que ha ganado millones en la Argentina. ¿Será cierto?

—Puede; mas haría falta saber cómo los ha ganado.

—Como muchos de los que van allá. ¿Se acuerda usted de Peinador?

—¿El que venía por aquí algunos años con aquella...

—El mismo. Pues ese guardaba ovejas en Humanes. Y luego... ¡ya... ya!...

—Dicen que en Madrid vivía en un palacio y daba comidas espléndidas.

—Sí, señora. Trajo de la Argentina una atrocidad de dinero y una carga de hijos. Pero de bien poco le sirven los millones, pues toda la familia está llena de lacras. De balneario en balneario andarán, en

busca de aguas milagrosas que les limpien la lepra.

—En cambio, vea usted nosotras: pobres, pero rebosando salud.

—En buena hora lo diga.

—Y nuestros maridos achicharrándose en Madrid para que nosotras podamos disfrutar esta temperatura. ¡Los pobres!...

—El mío, cortando camisas.

—Y el mío luchando con la parroquia, más exigente cada día. La otra noche por poco le llevan a la delegación.

—¿Qué ocurrió? Cuénteme, cuénteme.

—Pues nada, una porquería. Figúrese usted que entra en la tienda una... parroquiana que en su vida probó el jamón, y pide al dependiente cien gramos en lonchas, pero bien corridos.

—Ella sí que estaría corrida.

—Nemesio se vió negro para servirla, y cuando ya lo tenía liado, va la prójima, lo desenvuelve, lo mira mucho, lo huele y termina diciendo que no le gusta, porque está rancio. Ya sabe usted lo pacífico que es mi Salustiano; pues quiso tirarle con una pesa.

—¿Se sabe cuándo vendrá Nicomedes?

—Cuando se marche el primo. Como el

asunto que traen entre manos es de tal importancia que no pueden abandonarlo, alternan los dos para que siempre haya alguno en Madrid.

—Comprendido... y como Nicomedes es más perito en cuestiones de compraventa, se pasa en Madrid la mayor parte del tiempo.

—Es el socio industrial.

—¿Están asociados mucho tiempo?

—Desde el nacimiento de Encarna. Antes Luciana y Nicomedes no tenían hijos.

—Ni dinero; pues alguien me ha dicho que su bienestar empezó a raíz de la llegada del primo. Nicomedes estaba empleado como tenedor de libros en una casa de préstamos de la calle del Barquillo.

—Lo que es ahora... eche usted lujo.

—¡Hasta han tomado *miss!*...

Sabe Dios hasta dónde habrían continuado las mordaces lenguas, de no presentarse la llamada Luciana, mujer guapísima, llena de carnes, aunque no obesa, y de estatura más que mediana: lo que se dice una real moza. Al verla, las piadosas comadres cambian el disco, y una de ellas, con la mayor naturalidad, dice a la otra, que le ha guiñado un ojo:

—Aquí la tiene usted: jadeante, sudorosa, echando los bofes. ¡Si es más madraza!...

—¡Y la mejor esposa! Bien satisfecho estará Nicomedes.

—Se desvive por atender a sus hijos y nunca está tranquila.

—Como harían ustedes si los tuvieran, como hacen otras madres.

—Como usted, ninguna. Estamos admiradas. No sabe lo que tiene Nicomedes. Salustiano le envidia.

Llegan las otras madres; la conversación se hace general: sacan a relucir las criadas, que están poniéndose inaguantables. Cada una de las señoras se lamenta de la que sufre, y por fin, termina Luciana:

—Si no les molesto contaré lo ocurrido a cierta amiga mía.

—Al contrario: ya sabe que la oímos con deleite—afirma una señora pequeñita, vivaracha, que parece hecha de rabos de lagartija—. Cuente, cuente, Luciana.

—Ha sido el caso que hallándose mi amiga sin doncella, encargó en varias tiendas que le enviasen una. La primera enviada era joven, no fea y peripuesta; ape-

nas estuvo frente a mi amiga le dijo que antes de tratar del salario y de las otras condiciones de su incumbencia, necesitaba ver el cuarto que le iba a destinar; pues frecuentemente venían a verla y no era cosa de recibir a sus amistades en un sitio cualquiera, o en la cocina, según costumbre de algunas casas.

—¡Muy bonito!—exclama una de las señoras.

—¡Si están imposibles!—agrega otra.

—Pues no terminan ahí las cosas—prosigue Luciana—. Molesta ante semejantes pretensiones, mi amiga condujo a la doncella a la alcoba en donde duerme su hija Rosaura. La doncella examinó atentamente el magnífico lecho, la lujosa «coqueta», el baño... todo; y quedó encantada. Después llevóla al gabinete, que es una monería; pues mis amigos son banqueros, personas de gusto refinado, viven en casa propia y no tienen más hija que Rosaura. La doncella siguió examinando, y figúrense ustedes cómo estaría por dentro mi amiga, que al fin preguntó: «¿Qué le parece?» «No está mal, señorita. En casas así se puede servir, y no en otras donde nos consideran como si fuéramos perros.» «¿Se

queda usted?» «Si me convienen el sueldo y las condiciones...» «Empezaré por lo último, y si le agrada, llegaremos al sueldo.» «Como usted guste, señorita.» Mi amiga acercóse al piano, y, después de descubrir el teclado, preguntó a la doncella: «¿Sabe usted tocar.» «¡Yo, no, señorita!» «Pues entonces no me conviene usted. Próximo al gabinete está el comedor, y mientras nos hallamos en la mesa, nos gusta que la doncella haga música.» La muchacha bajó la cabeza y marchóse corrida.

Las señoras ríen el cuento y después comienzan a charlar todas a la vez, armando una algarabía de mil diablos. Cada cual quiere referir una historia.

No interesándole a D. Jacobo estas cosas, y hallando duro el asiento, lo hace notar a Silda; ésta da con el codo a su madre para que despierte, y propone un paseo. Mientras lo ejecutan va indicando el nombre que tiene cada peña, generalmente bien puesto. De pronto, comparece el médico, jugando distraído con el bastón. Al verle, D. Jacobo bufa:

—¡También aquí! ¡Puñales si es pecado! ¡Ni en el monte podemos librarnos de su presencia!

—Le tiene usted guerra declarada—observa la madre.

—¡Yo! El es quien me la ha declarado a mí. Cualquier día se me presentará entre las sábanas del lecho.

No pueden evadirse, pues sólo les separa un breve espacio. Honorio va calmoso, cual si no hubiese prisa de llegar; según pasa ante los grupos, saluda galante; mas no se detiene. Por fin está junto a sus amigos, y como si le sorprendiera encontrarles, demuestra su extrañeza. Sin hacerle caso, D. Jacobo rezonga:

—¡Qué puñales trae usted por aquí?

Sin inmutarse, Honorio contesta, displicente y mohino:

—Vine al hotel del Duque. Tienen un hijo enfermo... cosa de nada... una indigestión; sino que ciertas personas se alarman en seguida; mas en lugar de volver por la carretera, que los automóviles ponen intransitable, ocurrióseme hacerlo por el monte y luego por el prado. Y ustedes: ¿a respirar aires puros, verdad? Muy bien hecho. Buenos son los de allá; pero éstos son mejores. ¿Nota usted cómo huele a tomillo? ¡Una delicia! Y qué: ¿nos vamos ya?

—Nosotros, sí; usted puede hacer lo que más le plazca—responde el filósofo, con aspereza desconcertante.

Mas Honorio ya sabemos que no se arredra; por lo cual insinúa:

—Si no molesto...

Y antes que le contesten se pone junto a Silda; emprendiendo la marcha al propio tiempo que ofrece un cigarro a D. Jacobo, y le dice amable:

—No es tan bueno como los que usted fuma, porque la medicina no da para más. Con mejor gusto le ofreciera un *soberano*. Supla el deseo la mala calidad de la vitola. Pues sí, señor: estos aires le sentarán muy bien. Ya se lo dije: mucho ejercicio; pero moderado: nada de imprudencias.

Don Jacobo enciende el cigarro y lo masculla como haría con el médico si le fuera posible. De repente, Honorio, como sorprendido, exclama:

—¡Ahora me doy cuenta! Venga ese gabán, y a ponérselo, amigo; que el sol ha transpuesto la *Mujer Muerta* y antes de diez minutos la temperatura descenderá bruscamente.

—¡También usted, puñales!—brama el filósofo, defendiéndose como un jabato.

Sin atenderle, Honorio coge el gabán y se lo pone con idéntica solicitud a la que emplearía un buen hijo. Y en éstas estaban cuando un pequeño rueda por una cuesta. Silda y Honorio acuden presurosos en su auxilio, y cuando la joven consigue levantarlo y atenta le acaricia, el médico insinúa:

—¡Cuánto envidio a los niños!...

—¿Por qué?—pregunta ella con acento de ingenuidad y contemplando al niño que, al verse en salvo, escapó detrás de sus compañeros.

—Por los cuidados que les dedica, por lo mucho que les ama.

—¡Pobrecillos! Bien lo merecen. Fíjese en las criadas: ni siquiera han notado la caída. Atentas a su charla, no se preocupan de los pequeños. Y lo mismo las madres.

—Si todas las mujeres fueran como usted...

—Lo son; sino que éstas tienen en qué pensar: las señoras, en sus maridos ausentes, en el arreglo de sus hogares, en lo caro que cuesta la vida, en otras mil cosas; las jóvenes... en lo que puede pensarse a su edad, cuando viven los padres; las cria-

das, en sus familias, en el novio que dejaron en el pueblo, en el de aquí... Yo no tengo en qué distraer el pensamiento.

—¡Dichoso el hombre que consiga hacerla pensar!

—¿Lo cree usted?

—Sinceramente, Silda... ¿Ha tenido usted novio?

—¡Donosa pregunta!

—Impertinencia, debiera usted decir; mas dispénseme en gracia a la espontaneidad con que salió del fondo de mi alma.

—Queda usted dispensado, y allá va la respuesta: No, señor: no he tenido ninguno—termina la joven, envolviendo sus frases en un suspiro que parece un lamento.

—¡Nadie lo creyera! Una joven tan linda...

—Galante está el tiempo.

—Hago justicia.

—Muchas gracias.

—Con una cultura poco frecuente en la mujer, hacendosa, discreta...

—¡Eche... eche!... ¡Me abruma usted con tanta galantería!

—Soy sincero, Silda; no admito hombres bastante imbéciles para pasar junto

a una flor tan bella y delicada sin detenerse a aspirar su perfume exquisito.

—¡También poeta!...

—Prosaico y vulgarote, por desgracia. Le digo lo que siento; y aun no dudando de sus palabras, que estimo muy sinceras, no puedo concebir cómo no hubo un hombre capaz de apreciar sus bellas cualidades, de prendarse de usted, de conducirla al altar.

—¡Cualquiera va a detener su marcha para fijar los ojos en una pobre huérfana, sin más patrimonio que su trabajo! Y si pudiese ocuparme en aquello para lo cual demostré suficiencia...; pero ni aun eso; pues voy sospechando que jamás ingresaré en el Magisterio. ¿Halla usted razonable ahora que los hombres no se fijen en mí?

Eludiendo la respuesta, Honorio dice apasionado:

—Quizá exista alguno que piense en usted sin cesar y sólo anhele el momento propicio para declararlo.

Aquí se corta el diálogo; porque D. Jacobo, impaciente, ha notado que los jóvenes se detuvieron; que charlan animosos; que parecen no acordarse de la existencia

del mundo; y marcha a su encuentro para llegar en el preciso instante en que quizá Honorio iba a pronunciar la palabra sacramental, que expira en sus labios ante la exclamación del filósofo; el cual, grita como un energúmeno:

—¡Pero, puñales, echaron raíces?

Sin darse cuenta, Silda se pone roja; Honorio, lívido: le ahoga la bilis. ¡También es oportuno D. Jacobo!...

Doña Elena, que ha seguido al filósofo, dice:

—Vamos, Silda; comienza a refrescar.

—Sí, sí—apunta D. Jacobo, radiante de júbilo—: volvamos al pueblo. No es que yo esté cansado ni el fresco me asuste; pero deseo cumplir al pie de la letra las prescripciones facultativas. A lo mejor el diablo las enreda y puedo recaer; con lo cual, además de sufrir los dolores que me baldan, habría de aguantar las visitas del médico. Y conste que no lo digo por lo que me cobra; pues aún no me ha pasado la cuenta.

Haciendo de tripas corazón y forzando una sonrisa, el médico dice:

—¡Siempre tan ocurrente, D. Jacobo!...

Comienzan la marcha. Honorio va mo-

hino, cabizbajo, como si lo llevasen a la horca. La intempestiva llegada de D. Jacobo cuando tan bien conducía su negocio, le ha causado un disgusto enorme; pues a medida que va poniendo cerco a la plaza, se convence de la imposibilidad de acudir a la astucia, y menos a la fuerza. Silda se diferencia notablemente de las otras mujeres; ha llegado a infundirle respeto y temor al mismo tiempo. Cuando se encuentra junto a ella parece un colegial. Bien persuadido de que sólo podrá utilizar la nobleza, busca ocasión de hacerlo, y mientras tanto, espera y sufre. A veces duda si es aquel *Petronio* de la calle de Atocha o de Recoletos; por lo pronto dejó arrumbados sus propósitos metálicos: hoy ama a la mujer, por ella misma; no por lo que pueda aportar al matrimonio.

Al organizarse la comitiva, el muy cuco ha sabido meterse entre Silda y su madre; mas la satisfacción le dura poco; pues habiéndolo notado el sabio, sin andar con cumplidos le coge por un brazo, le pasa el suyo por la cintura, y, cual si fuesen dos entrañables camaradas, le hace marchar ligero, con propósito de alejarlo de las señoras, que van más despacio. Luego, sa-

bedor de que a Honorio no le entusiasman las cuestiones filosóficas, comienza a largarle una tabarra de padre y muy señor mío. Cada uno se venga como puede.

Al verse distanciada de los otros, doña Elena interroga a su hija:

—¿Qué te decía el médico?

—Nimiedades—responde ella con tono displicente—. Empezó preguntándome si he tenido novio, y al decirle que no, manifestó extrañeza y echóme algunas flores, para terminar afirmando, muy serio, que debía de estar casada con un príncipe o poco menos. Tiene gana de broma.

—Pues a D. Jacobo le ha hecho poquísima gracia vuestra conversación. Estaba frenético.

—Mejor dirías impaciente.

—No, no: frenético. Pocas veces le vi tan furioso: pateaba el suelo, mordía el cigarro; hubo un momento en que temí una de sus explosiones de ira.

—Que al fin llegó; porque su manera de presentarse...

—Te digo que le ha disgustado mucho vuestro palique.

Silda no contesta; siguen marchando. Al llegar a la puerta del jardín, Honorio

se despide, sin poder estrechar la mano de Silda; pues como obedeciendo a un plan bien meditado, la joven se desliza, y desde lejos, cual si hubiera advertido la torpeza, le dice «Adiós», y escapa.

Ni con esto remedia el berrinche a don Jacobo; pues apenas sorbe un huevo pasado por agua, se retira a su cuarto y deja a las mujeres sin tertulia.

El día siguiente amanece lluvioso. El cielo está cerrado. El agua, al caer, rebota en los cristales de las ventanas y produce un ruido monótono que crispa los nervios. Doña Elena consulta la veleta de la iglesia, y con la misma seguridad que lo hiciera un astrónomo afirma:

—Tenemos viento Sur: agua por todo el día.

—Me alegro, ¡puñales!—rezonga el filósofo—; con eso podré dedicar la mañana, y la tarde si fuera menester, a contestar unas cartas que tengo pendientes. Conque déjenme en paz, y venga agua.

Mientras él escribe, las mujeres se ocupan en arreglar la casa. De cuando en cuando Silda penetra en la estancia, con andar silencioso; contempla compasiva al sabio y luego va a otear por la ventana,

que enfila con la sierra. Sigue cayendo el agua, ahora con más fuerza. La joven suspira y vuelve a sus labores.

Al dar las cinco se presenta Honorio. Viene con gabardina impermeable y zapatos de goma. Al dejar ambas prendas en el perchero, se queda cual si acabara de estrenar la ropa. Sin embargo, ni trae puesto el chaqué ni flor en el ojal. Don Jacobo le recibe como un recurso para capear el temporal de agua que le tiene metido en casa, y el otro temporal que reina dentro de ella; pues en todo el día no dirigió la palabra a Silda, ni a su madre, ni a Robustiana; y una vez que el *Canelo* acudió a restregarse en sus piernas, despachóle con un puntapié. Contemplándole despacio nos parece una criatura enfurruñada por haberle negado la merienda.

Don Jacobo brinda al médico con un cigarro y asiento cerca del ventanal; enciende el suyo; arrima una butaca, en la que se deja caer, y comienza a echar humo. A las señoras no les brinda con nada; pero como ya están allí, para no ser grosero, las deja en paz.

Cuánto daría ahora por conocer algún juego que le permitiese monopolizar la

atención del médico; pues teme que si empiezan alguna charla, las mujeres metan baza en ella y no tenga más remedio que dirigirles la palabra. Por ver si consigue evitarlo, pone sobre el tapete una enrevesada y abstrusa disquisición filosófica. Quizá se aburra Honorio y se vaya en seguida: no le importa: prefiere esto a lo otro. En último extremo, se acostará, y en paz. Porque para lo que está haciendo...

Pero con Honorio ni ésas le valen. Llegó decidido a plantear una cuestión y no ha de marcharse con ella en el bolsillo. Por esto, valiéndose de circunloquios y rodeos, consigue desviar la tesis de D. Jacobo y generalizar la sustentada por él: la cuestión de los gustos sobre las comidas, los trajes, las viviendas, la manera de viajar, las playas y otras mil fruslerías que cada uno aprecia a su modo; y termina preguntando a Silda, con aparente candidez:

—A usted, señorita, ¿cómo le gustan los hombres?

Don Jacobo pega un respingo y por poco no cae de la butaca; Silda enrojece; después, con voz insegura y mirando al suelo, contesta:

—En la forma que usted la expone no es fácil contestar la pregunta.

Don Jacobo, respira; el médico, agrega:

—Si no es impertinente, la formularé de distinto modo.

—¿Por qué ha de serlo?—pregunta doña Elena, que es madre y mujer, por lo cual siente doble curiosidad.

—Puesto que sólo pretendemos matar el tiempo honestamente—remacha Silda—no creo ociosa la pregunta. Tan lógica como mi curiosidad por saber si le agrada la tortilla de espárragos, me parece que quiera conocer mi gusto respecto de los hombres. Pero es necesario concretar la pregunta; de este modo la respuesta no se prestará a torcidas interpretaciones.

Don Jacobo está que echa lumbres; y para demostrarlo, se levanta, lanza un bufido y comienza a pasearse; pero como si le viniesen golpeando por la espalda: así va de rabioso. Silda, sin reparar en ello, o fingiendo no haber reparado, continúa exponiendo:

—Desde el punto de vista abstracto, pudiera emitir mi opinión sobre los hombres y serles favorable; mas si los juzgo concretamente, acaso tendría que decir lo

contrario. ¿A cuál de esos dos puntos se refiere usted?

—Al concreto—se apresura a responder Honorio; y luego—: Supongamos que se le presenta la ocasión de elegir marido...

—¡Alto ahí!... caballero—interrumpe Silda, con notable viveza—. Eso es falsear la pregunta, en vez de concretarla.

—¿Por qué?—interroga Honorio, bastante sorprendido.

Y Silda responde con energía:

—Por acudir a extremos que no sucederán.

—Todo es posible—replica el médico, sin comprender por dónde va la joven.

—Quizá en el curso del tiempo se modifiquen las costumbres en España; pero hasta entonces, las mujeres seguiremos privadas del derecho de elegir. Esa facultad sólo está reservada a los hombres.

—Conformes, Silda; pero a la mujer le queda la de conformarse con la elección, aceptándola, o rechazarla de plano.

—Cierto—insiste Silda, con voz apenada—; pero ustedes pueden elegir entre muchas, después de un examen maduro. Nosotras hemos de aceptar el único que llega o quedarnos para vestir imágenes.

—¡Bien dicho, puñales!—Exclama D. Jacobo, parándose en seco, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón; y luego, dirigiéndose al médico, hosco y sañudo:—¡Apunte el palmetazo!... ¡Lección bien merecida, por torpe y por curioso!

—Sí, señor: me lo apunto—objeta el médico—; y muy gustoso, por venir de quien viene y por no ser tan grande como mereció mi torpeza; que yo no soy de los que ocultan sus errores. Mas también soy testarudo, y no habiéndome contestado Silda, aun con riesgo de pasar por pesado...

—A confesión de parte...—gruñe el filósofo, gozándose en fustigar al médico.

El cual no se amilana, y prosigue:

—... la voy a formular en otros términos: Puesta en trance de aceptar un hombre para marido, ¿cómo le gustaría a usted que fuese? ¿Está claro?

—Demasiado.

—Pues siendo así, respóndame.

—¡Si le place, puñales!

—¿Qué ha de hacer?—sentencia la madre—. Bueno fuera que, después de haber andado con tantos remilgos, se quedase ahora con la respuesta dentro del cuerpo.

—Además: su silencio pudiera tomarse

en sentido de temer disgustarnos con su opinión—remacha Honorio, que está ansiando escuchar las palabras de Silda, por si acaso le favorecen, como es de presumir.

Mas D. Jacobo bufa, manoteando con fiereza:

—¡Lo tomará usted!... Á mí no me preocupa lo que diga; yo no pregunto.

—Por supuesto—le dice Silda—: a usted estas cosas le parecerán nimiedades.

—Mejor dirás simplezas.

—Pues sean simplezas, para que no se disguste.

—Si no me disgusto, si me hace mucha gracia lo que estáis hablando...

—Con esas y con otras se va esfumando la contestación y la noche se echa encima—observa el médico, con notoria impaciencia.

— Intrigado está usted, señor mío — le dice doña Elena.

—Mucho—replica Honorio—. De no estarlo, ¿me cree usted capaz de molestar a Silda?

El filósofo interviene:

—Vamos, pequeña: acaba de una vez; pues voy temiendo que tengamos necesi-

dad de poner un plato más en la mesa y habilitar una cama para este pegajoso mediquillo.

—Sí, hija—secunda la madre—: acaba ya, que tú también estás bastante pesada.

Silda, que tiene pendientes a los otros, pues aun cuando él diga lo contrario, también a D. Jacobo le acucia la curiosidad, hace un esfuerzo para decir:

—Voy a *complacerles;* aunque empiezo por advertir que juzgaré el caso superficialmente, sin meterme en profundidades psicológicas.

—¡Ni en camisa de once varas, puñales!—espeta el sabio—. Lo esencial es que termines; pues está el mediquillo como si aguardase una sentencia de muerte o la felicidad suprema. ¡No me lo niegue usted, calabaza! Si no hay más que mirarle.

—Puesta en trance de aceptar el marido con que me brinda Honorio—dice Silda, con acento burlón y entornando los ojos—, aceptaría un hombre que fuese muy hombre, con cierto descuido en el vestir (*don Jacobo se contempla y ríe beatífico; Honorio cambia de color y frunce el entrecejo),* gran fumador de puros, poco enamorado de su persona, y hasta que soltara algún terno de

cuando en cuando... pero sin prodigarlos mucho.

Don Jacobo, radiente de júbilo, coge la butaca; la aproxima a la joven; se asienta, y, quedándose contemplándola con gran interés, pendiente de sus palabras, pronuncia estas otras, que no suenan tan ásperas como de ordinario:

—¡Bien dicho, puñales!

—No está mal el retrato—masculla el médico.

—Así me gustaría que fuese el hombre con quien hubiera de compartir la vida—prosigue la joven, poniendo marco al retrato—. Ya habrán comprendido ustedes que me refiero a la parte física.

—¿Y en cuanto a la moral?—pregunta Honorio, buscando por este lado su tabla salvadora.

—Tampoco sería exigente, conformándome con un marido que no me diera mala vida. Para ciertos pecados de soltero, indulgencia completa...

—¿Y para los de casado?—pregunta la madre, como quien no hace nada.

—Para esos... media indulgencia. ¿No me tacharán de exigente?

—Al contrario—responde Honorio.

—En lo que no transigiría, hasta el extremo de olvidar las más bellas cualidades de *mi elegido*, es en lo referente a las creencias religiosas. *(Ahora se cambian los papeles, y mientras bufa el filósofo, el médico sonríe.)* Si algún día me caso, que no me casaré, mi marido ha de ser católico, apostólico, romano; pero no de los que aparentan practicar y luego son ateos; sino de esos otros que lo hacen a plena luz, sin temor a las habladurías de quienes toman semejantes manifestaciones como síntomas de incultura. Y nada más. *¿Les dejé* satisfechos con mi respuesta?

—Allá el preguntón—rezonga D. Jacobo, otra vez en pie y dispuesto a comenzar sus paseos—. Ya sabes que no tenía interés por conocerla; además, esperaba que salieses con alguna de las tuyas.

—A mí, completamente—contesta el médico, dando al olvido la primera parte del retrato, y agarrándose a la segunda, porque así le conviene.

—Entonces permítanme que pregunte: ¿Cómo les gustan a ustedes las mujeres?

—¡En salmuera!— brama el filósofo, precipitadamente y sin interrumpir sus agitados paseos.

—Lo sospechaba—observa Silda, con acento irónico; y luego—: ¿Y a usted, Honorio?

—Esa pregunta—interviene la madre, roja por el sofoco—me parece en tus labios demasiado atrevida.

—¡Cómo que es una impertinencia!—afirma D. Jacobo, mirando a la muchacha con ojos asesinos.

—Perdonen ustedes—apunta Honorio, conciliador y enérgico—: tan discreta la hallo, que voy a contestarla. A mí me gustan las mujeres pequeñitas, delgadas, gráciles: así se aprecia mejor la protección que les debe prestar el hombre.

—Muy delicada la respuesta—observa Silda, sin asomo de vanagloria.

—Muy cursi—agrega el filósofo.

—Me gustan rubias trigueñas; con ojos grandes, rasgados y soñadores, de pestañas muy largas; la nariz, un poquito respingada; los labios, rojos y carnosos; breve el pie; esbeltas; que sean hacendosas, prudentes, cultas y...

—Y que se llamen Casilda Gutiérrez y Pérez, hayan nacido en Villa Plácida y estudiado la carrera del Magisterio; ¿verdad, puñales?... ¡Acabe, hombre, acabe! ¡Pues no

vino usted almibarado y adulador, que digamos!...

Aunque se ve cogido, Honorio no se arredra, y termina diciendo:

—No llegué tan hallá, querido D. Jacobo; pero si usted se empeña...

—¡Qué he de empeñarme, puñales! Mas sí le digo, por si se le ha olvidado, que cesó la lluvia, y acercándose la hora de cenar... No le echo a la calle, no, señor: pues si usted quiere acompañarnos con mucho gusto le invito a la mesa; sino que...

—Comprendido—replica Honorio, puesto ya en pie y despidiéndose de las señoras—. Agradezco la invitación. Buen provecho, y hasta mañana, si me hacen el obsequio de recibirme.

Silda, que enrojeció al escuchar la opinión del médico, ahora, pálida, le ve marchar, serena; su madre, apenada; D. Jacobo, contento, como si terminase de poner la firma en su obra magna... que yace en el panteón del olvido.

CAPÍTULO X

FLORES Y ESPINAS

Mal durmió aquella noche D. Jacobo: apenas pudo conciliar el sueño; pues las angustias y reconcomios lo traen desquiciado. ¡Puñales con los caprichitos del médico!... ¡Pues digo las preguntas!... No tendrán intención, si a mano viene; pero entonces es un deseo estúpido. ¡Mire usted que empeñarse en saber cómo le gustan a Silda los hombres!... Siempre le creyó un majadero; ahora le cuelga también el calificativo de impertinente. ¡Tampoco Silda fué parca en la respuesta!... Al principio, no contestó mal; pues él no admite que los hombres sean melosos, aduladores y presumidos; pero luego, marchóse por los trigales a es-

pigar los lugares manidos de la religión y otras vaciedades por el estilo. Conociéndola como él la conoce, no se podía esperar otra respuesta.

A él, a D. Jacobo, impórtale un comino que a Silda le gusten los hombres de ésta o de la otra manera: lo propio le sucede respecto al gusto del médico; mas las cosas van tomando cierto carácter, y esto le disgusta. No tiene autoridad para oponerse a que los jóvenes se amen, si tal es su deseo, como va sospechando; tampoco se cree autorizado a darles un consejo, pues no se lo han pedido. Proceder de distinta manera, podría interpretarse torcidamente; acaso sospecharan que le impulsan bastardos propósitos, los cuales no abriga... o al menos lo supone.

Por este lado sus angustias carecen de fundamento, y no habiéndolo, tampoco existe causa que justifique su malestar, sus zozobras y sus berrinches. Las unas y los otros son tan intensos, le abruman con tal fuerza, que en cuanto ve reunidos a los jóvenes, se cree morir: estos achaques son cien veces peores que el reuma y la afección hepática. Quizá por eso mismo las cosas se le antojan más graves de

lo que realmente puedan ser. Y aun suponiendo que exista gravedad, ¿a él qué le importa? Ni pizca. No vino a Villa Plácida para preocuparse de si al cura le está estrecha la sotana o ancho el chaleco a Veludillo. Entonces, ¡puñales!, ¿por qué le acucian ciertas zozobras?... ¿por qué sufre?... ¿por qué le molesta que Silda y Honorio puedan amarse?... ¡Vaya usted a saberlo! Quizá todo ello no pase de ser producto de su imaginación alocada y febril: ridiculeces suyas; en total, nada.

De este modo se expresa, y entretanto, se agita en el lecho, cual si estuviese poseído por los demonios, y consume a sorbos el agua de una botella que tiene a la mano; mas no consigue aplacar la fiebre que le devora; pues cada vez cristalizan en su cerebro, con más intensidad y más relieve, la figura de Silda y la del médico. Al principio de su insomnio las veía esfumadas, incorpóreas: ya las ve cual realmente son; pero, aun pretendiéndolo, no puede estrujarlas entre sus manos, como fuera su gusto.

En íntimo coloquio pasean monte arriba; van muy juntos, muy juntos, fundidos casi sus cuerpos juveniles, y charlan ani-

mosos. Tras mucho caminar, Silda nota cansancio y se lo dice a Honorio; el cual, amable, le ofrece el brazo; ella, haciendo dengues, termina por tomarlo, apoyándose lánguida, mientras demuestra su gratitud con una mirada y una sonrisa prometedoras de un mundo de felicidades. Después, llegados a la cumbre, descansan en un peñote: Honorio rodea con su brazo la cintura de Silda; hablan muy quedo, juntas las cabezas, devorándose con los ojos; al fin, se besan apasionados. Al llegar a este punto, D. Jacobo da un fuerte respingo, deja caer las ropas de la cama, y al despertarle el frío, nota que se le queman las entrañas; bebe un trago de agua, se abriga... y sueña.

Después... ¡lo que galopa una imaginación calenturienta!... los contempla arrodillados ante un altar: Silda, ataviada con traje y velo blancos, le parece más bella, más hermosa que nunca; Honorio, con frac irreprochable, semeja un maniquí. Cogidos por las manos, escuchan atentos la plática del sacerdote. El órgano lanza al espacio sus más harmoniosas melodías; el incienso embalsama el ambiente; por la cúpula penetra un rayo de sol, irradiando

en el divino rostro de la joven. Cuando nadie lo espera, desciende de lo alto un grupo de ángeles, y, sin que puedan impedirlo, se llevan a los novios entre azulinas nubes. Doña Elena quédase extasiada, sin saber si llorar o reír; D. Jacobo, oculto detrás de una pilastra, está muerto de angustia; el dogal de raso que pusieron a los novios, parece haberse convertido en una maroma que le rodea el cuello y le va estrangulando. Algo le oprime, cierto; mas no es el dogal, sino la sábana, que en fuerza de tantas vueltas como dió D. Jacobo, se le ha enrollado al busto.

Más tarde los ve en una casita muy mona, amueblada con el buen gusto y la coquetería que la joven imprime a todas las cosas: Silda y Honorio juegan con un pequeño, rubio, hermoso, rollizo cual un ángel de Rubens...

¡Noche terrible la de aquel sábado de estío! ¡Cuánto anhela el filósofo que el sol asome por encima de las cumbres para arrojarse del lecho y bajar al jardín en busca de aire: en la alcoba se asfixia! Tras un rato de insomnio, se queda amodorrado; luego abre los ojos, y al notar que ya hay luz, se viste con presteza.

No es el primero en bajar al jardín aquel día de primavera sevillana; pues cuando D. Jacobo asoma en la puerta, ya hace un buen rato que Silda riega con afán los macizos y va quitando las hojas secas, bochorno de las plantas. ¿Fué el madrugón de ella debido también a mala noche? Imposible decirlo; pues así como el sabio tiene el semblante pálido y los ojos hundidos, Silda está hermosa y fresca, lo propio que las flores del jardín. Cubre su diminuto cuerpo con una blusa blanca, de sutiles encajes, lo suficientemente abierta por el cuello para mostrar sus carnes de nácar y de leche; entre sus áureos rizos se ha prendido una flor, roja como sus labios.

A guisa de saludo, D. Jacobo la espeta un bufido; la joven, sorprendida, exclama con voz trémula:

—¡Qué susto me ha dado! ¿Cómo tan mañanero?

Sin contestar, fijándose en la flor, don Jacobo interroga:

—¿Esperas visita?

—Sí, señor—responde ella, desgranando una sonrisa ideal—: la de usted; pero no tan temprano. Como el día ameneció es-

pléndido, sospeché que desearía usted tomar el chocolate en el cenador.

—No eres sincera—reprocha D. Jacobo.

—¿Por qué?—pregunta Silda, dejando la regadera en el suelo y poniendo cara de angustia.

—Para esperarme a mí jamás te has puesto flores.

—¡Lo dice usted por la que me he prendido en el pelo?

—Por esa.

Silda lo echa a broma, y

—Vea usted lo que son las cosas—le dice—: cuando me levanté esta mañana, ocurrióseme darle una sorpresa, y no hallando otra más apropiada, me coloqué la flor; pensando al hacerlo: a ver cómo le parezco a D. Jacobo.

—Me pareces muy mal: ya lo sabes.

—¿Tan fea me encuentra?

—Al contrario: estás monísima.

—O se burla de mí o no le comprendo.

—¡Tonta te has levantado!

—Y usted enigmático.

—¡Enigmático dices! Pues hablaré clarito, que no me duelen prendas.

—Mejor cuanto más claro: así saldré de dudas.

—Considerando la... *sorpresa* por su lado bello, aunque sea decir una estupidez, por lo que pueda halagarte y engreírte, lo repito: estás monísima.

—Muchas gracias.

—Pero considerándola a través de otro prisma distinto, la... *sorpresa* me parece vituperable.

Verdaderamente sorprendida, y llevándole hacia el cenador, suplica la joven:

—Sentémonos tranquilos, y, ¡por Dios!, explique esa paradoja; pues aun estando acostumbrada a sus ambigüedades, jamás me he visto en trance como éste. Admitiendo que dice usted la verdad cuando afirma que estoy monísima con la flor, ¿cómo halla vituperable que me la haya puesto?

—Por ser síntoma de vanidad y manifestación de coquetería.

—¡Vanidosa yo! ¡Coquetear! ¿Con quién?

—¡Lo sé yo, puñales? De conocerlo, ¿piensas que lo callara? Cuando una mujer se adorna, por algo lo hace: generalmente para agradar a los hombres.

—No he de negarlo, puesto que ya lo dije—objeta Silda, con acento festivo—: mi propósito fué agradar a usted.

—¡A mí! ¿Para qué?

—Para desvanecerle el mal humor.

—Pues lo has empeorado.

—Confieso mi torpeza, y para corregirla, suprimo la causa.

Y quitándose la flor va a tirarla por encima de la verja; sin que D. Jacobo pretenda impedirlo. Después, considerando la cosa sin importancia, vuelve a su faena de regar; pero la curiosidad femenil le hace observar frecuentemente, con el rabillo del ojo derecho, en qué se ocupa D. Jacobo.

El cual, desarrugando el ceño, comienza a pasearse; cada vez se aproxima más a la puerta, y creyendo a la joven distraída, se desliza a la calle; va adonde está la flor, la coge, besa su cáliz, con veneración y respeto, y termina por guardársela en la cartera. En seguida emprende la marcha por entre los álamos, ligero, como si fuese a un lugar determinado; aunque en realidad sólo abriga el propósito de cubrir las apariencias y hacer tiempo hasta que sea llegada la hora de tomar el chocolate.

Silda ha observado todo sin perder ni un detalle, y al llegar lo del beso, suspira compasiva.

Un poco después regresa el sabio, con

la cabeza y la vista bajas, cual si habiendo realizado algún delito temiera que se lo conociesen en el semblante. Silda le ve llegar y se hace la tonta; ni siquiera alude a la ausencia. Cuando toma asiento en el cenador, se acerca solícita y, con la mayor naturalidad, le pregunta:

—¿Ordeno a Robustiana que sirva el chocolate?

—Sí; lo tomaremos aquí los tres—responde D. Jacobo, sin levantar la vista—. Por supuesto, si no hay inconveniente.

—Ninguno. Concluí mis tareas, y en cuanto desayune, puedo marcharme tranquila a la iglesia.

—¿Vas sola?

—Con mi madre; mas en caso contrario, no me comerían los lobos.

—Me lo figuro. La pregunta no era intencionada.

—La respuesta tampoco lo es.

Grácil cual una pajarita de las nieves, la joven se dirige a la casa, y poco después regresa con su madre. Viene tras ellas Robustiana, que en una bandeja trae el desayuno. Mientras lo toman, sólo se escucha en el cenador el alegre trinar del canario. Don Jacobo parece que esquiva

la inquisidora mirada de la joven. Un rayo de sol penetra tamizado a través de las hojas de la enredadera, que aún tienen abiertas algunas de sus flores.

Cuando terminan el desayuno doña Elena advierte al filósofo que si no las necesita irán a vestirse para acudir a misa.

—Por mí—contesta él—pueden ir adonde les plazca. Pronto vendrá el cartero, y con los periódicos ya tengo distracción.

Luego, al verlas salir, tocadas con mantillas y en las manos sus correspondientes libros de rezo, las sigue con la vista; aún hace un buen rato que se perdieron en la alameda, y todavía sigue mirando. Al fin termina por exclamar: «¡Soy un imbécil!», y empieza a pasearse.

Llegadas al templo, doña Elena y su hija se encuentran con Honorio. Las saluda amable, y aprovechando el momento de ofrecer a la joven agua bendita, suplícale muy quedo, para que ella sola pueda oírle:

—¿Sería tan amable que me escuchara un momento a la salida?... Tengo que decir a usted tantas cosas...

En el mismo tono insinúa Silda, que ha enrojecido al escuchar el ruego:

—Procuraré complacerle.

—Gracias, Silda, gracias. ¡Qué buena es usted!...

El sacerdote ha dicho la misa según costumbre, sin agregar una palabra: ni más despacio ni más deprisa; pero a Honorio se le antoja que tarda una eternidad; acaso a Silda le sucede lo mismo.

A la salida, esa hada bienhechora que vela por los enamorados, les depara la ocasión que apetecen; pues siendo costumbre en Villa Plácida, cuando el tiempo está bueno, pasear un rato por los jardines, después de oír la misa, doña Elena no la quebranta, y el médico las sigue. Pronto tiende el hada sobre los jóvenes su manto tutelar, y envía una señora amiga de la madre que entabla con ella animada conversación; de este modo Silda y el médico avanzan; las señoras caminan despacio, y todos contentos y encantados de haber nacido.

Antes de comenzar su discurso, Honorio titubea, se estira los puños, pretende quitarse de la americana un hilacho que sólo existe en su pensamiento, tose... hace, en fin, lo mismo que pudiera realizar un párvulo en amores cuando por vez prime-

ra se dirige a la mujer objeto de sus ansias. ¡Si vieran a *Petronio* sus condiscípulos! El cambio fué completo. Más que un galanteador profesional, parece el dependiente de una tienda de mercería cuando le declara su pasión a la hija del jefe. Por fin, comprendiendo que hace el más espantoso ridículo, se decide y comienza:

—¡Cuánto anhelé que llegase este momento, y ahora, cuán grande es el temor que me invade!

El gas se le termina y se pára, esperando, quizá, que Silda le ayude; pero ella, callada, cauta, cual si estuviera pendiente de las palabras de Honorio. Con esto crece su aturdimiento, se atasca, se sofoca, pide a Dios que la tierra le trague. Otro esfuerzo, y sacándolas del fondo de su alma, pronuncia estas frases, que resultan tímidas, incoloras:

—Silda, si hubiera de dirigirme a otra mujer, acaso le hablaría de diferente modo, poniendo en mis palabras hermosas figuras que le halagasen los oídos; a usted únicamente debo decirle que desde el momento que la vi, recién llegado a Villa Plácida, quedéme prendado de su belleza.

Nueva parada, y Silda sin abrir la boca.

Este silencio es como para desconcertar a cualquiera, y como Honorio no es una excepción, se aturulla y no da pie con bola. Por eso continúa:

—Era domingo... como hoy... Usted salía de la iglesia... con esa mantilla... con ese traje... tan grácil... tan modesta... ¡Qué impresión causó en mí!...

Y Silda ni pío. ¡Demontre!... Pues a ver ahora.

—Sin poder contenerme, la seguí hasta su casa. ¿Llegó usted a notarlo?

—No, señor—responde Silda con la mayor naturalidad, acabando de desconcertar al médico.

—Luego—prosigue Honorio, haciendo de tripas corazón—corrí a informarme de quién era usted, y cuando lo hube conseguido, a buscar el modo de acercarme, de volver a verla, de hablarla, de extasiarme contemplando ese rostro divino...

Satisfecho Honorio porque el párrafo no le ha salido mal, espera un momento por si ella replica, y al darle las gracias, ¡qué menos!, le da también base para cobrar alientos y endilgar otro que ya tiene en la punta de la lengua; mas Silda, ni palabra. ¿Será de hielo esta mujerci-

ta? No; no lo es: bien visto lo tiene. Ha presenciado varias veces sus polémicas con D. Jacobo, y entonces expresábase con verbo cálido, apasionada, sin temor al enojo del filósofo. La ha escuchado en otras ocasiones, y nunca notó cortedad, ni menos torpeza. ¿Por qué enmudece ahora, poniéndole a él en trance tan peliagudo? ¿Por qué no le echa un cable para sacarlo a flote? Bien convencido de que sólo puede contar con sus propias fuerzas, sacándolas a costa de mil apuros, prosigue Honorio:

—¡Qué placer para mí cuando logré que se me abriesen las puertas de su casa! ¡Cómo intenté decirle con los ojos lo que la boca se veía obligada a callar! Mas ya llegó el momento: ya puedo proclamar mi pasión. Sí; amo a usted con locura, y sólo ansío saber que no le soy indiferente, que puedo tener la esperanza de ser correspondido.

Silda parece ensimismada, y como no responde, pregunta él, muerto de angustia:

—¡Me aterra su silencio! ¿No me dice usted nada?

—Sus amables palabras me han sorprendido. Quiero demostrarle mi gratitud;

mas no acierto con la frase. Las suyas me parecen sinceras.

—Lo son, Silda.

—No pude sospechar que llegaría usted al extremo de enamorarse de mí; por eso mi sorpresa, mi turbación, mi silencio. No sé cómo responderle para no incurrir en su enojo; pues si le rechazo de plano, quizá me tilde usted de orgullosa, llegando a sospechar que tengo pretensiones ridículas que no caben en mí; y si aliento sus esperanzas, acaso contribuyo a fomentar un capricho, de difícil realización tal vez.

—Lo que yo siento, Silda, no es un capricho; es una necesidad apremiante; su amor es para mí lo que el aire y el sol para la vida. No suplico que en este momento me dé una respuesta satisfactoria; me basta con una esperanza, por remota que sea.

—Ahí veo yo el peligro: porque ¿y si luego la esperanza se desvanece?

—¡Cuánto me hieren sus palabras, Silda!

—Así confirma usted mis recelos y me obliga a ser cauta.

—¿Por qué?

—Si no habiendo aventurado ninguna frase se muestra pesaroso, ¿qué ocurriría

luego, en el caso de tener que truncarle las ilusiones concebidas?

—Ahora, me hiere la sospecha; luego, la realidad me causaría la muerte.

—¡Sí que le entró con ganas!—observa Silda, por echarlo a broma.

Al verla reír, suplica Honorio, verdaderamente conmovido:

—No lo tome a chacota: el asunto que tratamos es para mí de suma trascendencia.

—Bueno: me pondré seria, grave y hasta verteré una lagrimita, si con esto consigo aplacarle.

—¡Por Dios, Silda! ¿Sospecha usted que cuanto digo es por gana de pasar el tiempo?

—No le juzgo tan mal; pero tampoco veo las cosas con esa gravedad que usted las pinta. Siempre sospeché de las pasiones volcánicas surgidas repentinamente.

—Pues en este caso existe gravedad, y mayor de lo que usted se figura.

—Seamos razonables; miremos la cosas sin apasionamientos, serenamente, fríamente. Si sólo nos conocemos hace cuatro días, ¿cómo es posible en tan breve espacio de tiempo estar loco por mí, según deduzco de sus palabras y de sus quejas?

—Si no lo estoy aún, me falta muy poco.

—¡Cuánto exagera! Si la pasión no ha llegado a cegarle, convendrá usted conmigo en que se aparta un poco de la realidad.

—¿Quiere usted explicarme?...

—Con mucho gusto. El trato frecuente, la igualdad de aficiones, pudieron engendrar en usted la misma simpatía hacia mí, que yo siento hacia usted.

—Gracias, Silda. Yo quisiera algo más que ese afecto; pero prosiga.

—Y la simpatía fácilmente puede confundirse con el amor.

—El que por usted siento no puede confundirse con nada.

—Conformes; pero si se hubiese tratado con algunas otras señoritas del pueblo ó con las madrileñas de la colonia, que las hay muy lindas, acaso sintiera la misma simpatía, idéntico afecto, que llamaré amor para que usted no me riña. La casualidad o su mala estrella le hicieron fijar los ojos en la mujer más modesta, en la menos indicada para producir esa... pasión.

—Opino lo contrario, y si usted me autoriza, le explicaré quién fuí y la metamorfosis que he sufrido desde el mismo momento de conocerla.

—¿Para qué molestarse, amigo mío? Observe usted que no pongo en duda sus palabras: las doy su verdadero valor.

—Por eso, por no dárselo, es necesario que escuche la confesión de un pecador arrepentido.

—Siendo así... yo no siento molestia... Hable usted: ya le escucho.

—En Madrid tuve varias novias, pero no amé a ninguna.

—Así empiezan la mayoría de los hombres cuando se dirigen a la última mujer que les gusta. Afortunadamente no lo sé por experiencia propia: lo leí en las novelas, y amigas cariñosas me lo confirmaron.

—Acaso sea cierto; mas no olvide que hago la confesión *motu proprio*.

—Y contando con un confesor indulgente.

—No me valgo de ello; pues lo que para otra pudiera constituir un halago a su vanidad de mujer, para usted sería poco piadoso.

—Muchas gracias.

—A usted, en otra ocasión también lo dije, es necesario hablarle noblemente, como se hablaría a un padre, a un hermamano, a un amigo.

—Me halaga la lisonja y la agradezco.

—Hago justicia. Su cultura, su alteza de miras, esa clarividencia para apreciar las cosas con su justo valor, capacitan a usted para escucharlo todo.

—¡Me está usted abrumando! Si no le conociera, sospecharía que se burlaba.

—El buen concepto que de mí forma, me alienta a continuar. Créame, Silda, yo no he querido a ninguna mujer.

—¿Ni a las novias que tuvo?

—A esas me refiero.

—¡Ah, pillo! ¿No se lo diría usted a ellas?

—No; les decía... lo de ritual en estos casos para halagar la vanidad de las mujeres presuntuosas, que sólo ven en el hombre el futuro marido o el objeto que les adorna en el paseo y produce la envidia de las amigas que no llevan acompañante.

—¡Es usted cruel!

—Sincero. Antes de terminar la carrera, cuando aún no podía vislumbrar un porvenir, si es que la Medicina lo ofrece, estuve en relaciones con muchachas muy ricas, que se pavoneaban luciéndome.

—¡Así paga el diablo!...

—Lo llegué a comprender: por eso lo

digo. ¡Ya ve si existe diferencia entre usted y aquellas mujeres!

—Según lo aprecie.

—Como es realmente. Con la misma facilidad que ellas admitían al advenedizo que llamaba a sus puertas, sin identificar su persona, así era mi amor: capricho pasajero nacido de una mirada; perfume aspirado vagamente sin retener su esencia; tiempo que invertí en galanteos, robándoselo al estudio. ¡Oh, aquellos amoríos no merecen la pena de ser tomados en serio! Además, y vaya observando que no le oculto nada, favorable o adverso para mí: jamás me guiaron propósitos honrados; siempre iba en busca de la mujer pudiente, sin pararme a examinar sus otras cualidades.

Aquí hace un alto Honorio, asombrado de sus propias palabras y temiendo que Silda cambie de modo de pensar y le endilgue una filípica; pero ella, o no concede importancia a la cosa, o sabe fingir indiferencia. Le oye con interés, sin alarmarse, como si fuera un camarada que escuchase la confesión de un tenorio. Visto lo cual, y animándose por momentos, continúa el médico:

—Con iguales propósitos vine a este pueblo.

—¿Los de buscar una mujer con dinero abundante?

—Justo. Ya ve si soy franco.

—Pues por mal camino va usted, amigo mío. Eche por otro lado, que aquí no faltan, y bonitas por cierto.

—Lo sé, las conozco, las trato; mas el hombre propone y Dios dispone; y arregladas estaban las cosas para que apenas llegase a Villa Plácida, se me cayera la venda que tenía en los ojos, y viese clara y diáfana la luz de su belleza. ¿Por qué amé a usted desde el primer momento? Lo ignoro. El corazón y el cerebro funcionan sin que sepamos cómo: unas veces, marchan aislados; otras, unidos. Hace tiempo, cuando yo enamoraba a una mujer, lo hacía por impulso del cerebro, por cálculo, pero el corazón permanecía inerte; cuando la vi a usted, cerebro y corazón funcionaron a un tiempo. También entonces quise enterarme de su posición social; ¡mas cuán distintamente que en otras ocasiones! Ahora guiábame el temor de hallarme enfrente de lo que tan afanoso buscaba en otros momentos análogos. ¡Qué placer

inundó mi alma cuando supe que no existía el obstáculo temido!... A la vista de usted cayeron por tierra todas mis ilusiones, mis apetitos, mis vanidades, mis ensueños de grandeza; llegando a conocer que para ser feliz basta con una mujer amable y buena que nos ayude a constituir un hogar y una familia. Esa mujer es usted, Silda; para mí, no hay otra.

Después de haber dicho esto, ¿qué más pudiera agregar a su discurso? Compréndelo así Honorio, y guarda silencio; pero ella no replica y se ve precisado a preguntar:

—¿No me responde usted? Su silencio me alienta y me acobarda.

—¿Qué pudiera decirle? ¿Cómo corresponder a su nobleza?

—Amándome, Silda.

—Pide usted demasiado. Al escucharle agradecida, ya probé que no me es indiferente; mas de ahí no puedo pasar. Por ahora seamos amigos; estudiémonos con serenidad, alejando de nosotros la pasión. Quizá luego...

—No es mucho lo que ofrece; sin embargo, sabré esperar; y haré tanto por merecerlo que al fin conseguiré su amor.

La llegada de doña Elena, que ha dejado a su amiga, corta el diálogo de los jóvenes; y siendo la hora de regresar, emprenden el camino. Al llegar a la puerta del jardín, se detienen: Honorio no acaba de despedirse. Don Jacobo lo advierte y cierra los puños hasta incrustarse las uñas en la carne, empalidece, rezonga unas palabras que los de afuera no oyen, y termina por acercarse a la verja para gritar:

—¡Puñales, se come hoy? ¡Pues no me gastan calma las señoras!

Doña Elena y su hija dejan al médico con la palabra en la boca y penetran rápidas en el jardín. Aunque no se han retrasado, inician una excusa; mas D. Jacobo, en lugar de atenderlas, suelta un bufido, les vuelve la espalda, y se retira.

Aleccionada por doña Elena, Robustiana ha llegado a guisar bastante bien; hace unas paellas como para chuparse los dedos; son plato favorito de D. Jacobo, y no faltan en la mesa ningún domingo. Mientras la sirven hoy, el sabio pregunta a las señoras dónde estuvieron, con quién han andado, qué han hecho... Silda deja que su madre lo explique, y la buena señora no omite detalle; D. Jacobo escucha

nervioso, hincando el tenedor en un panecillo con la misma saña que se lo hincaría al médico si le hubiese a mano. Por momentos se le muda el color del semblante; ahora está rojo, luego amarillo, después verde, en seguida cárdeno. La tempestad que se desencadena en su interior, ruge y brama como las olas en día de galerna. ¡Pobre del barquichuelo que caiga entre sus garras!

Y en esta ocasión el barquichuelo es la paella. En lugar de servir a las señoras, cual tiene por costumbre, D. Jacobo se sirve el primero, y come con ansia; mas en seguida empieza a poner peros: el arroz, le sabe a rejalgar; los pimientos, pican que rabian; el pollo, se le antoja el gallo de la Pasión; la anguila, huele mal; el lomo, está duro, como las judías; el jamón, rancio; los cangrejos, podridos; faltan la sal y el azafrán... y termina, por fin, arrojando el tenedor sobre la mesa, para marcharse echando bombas: sin esperar los langostinos con salsa mayonesa, que tanto le gustan, ni las natillas, que otras veces le saben a gloria. ¡Buena comida y buen postre lleva él dentro del cuerpo! ¡Puñales con las cosas que le suceden!...

CAPITULO XI

BUCEANDO EN LA CONCIENCIA

Echando lumbres, D. Jacobo se dirige al despacho y en él se encierra, con dos vueltas de llave. Está dispuesto a consentir que hagan astillas la puerta antes que franqueársela a quienes acusa de ponerlo en trance tan duro. Enclavijadas las manos sobre los riñones, comienza a pasearse: fija la mirada en el techo, unas veces, y deteniéndola en el tillado en otros momentos, como si en alguno de esos sitios hubiese de hallar lo que parece haber perdido.

A solas con su conciencia, medita el sabio. ¿Qué le acaece? ¿Cuál causa así le ha puesto? Sólo por sospecharlo se enfurece y patea. ¡Para chasco, puñales!... Uno por

uno analiza cuantos hechos se vienen sucediendo de algún tiempo a esta parte; los pesa, los mide; vuelve a medirlos y a pesarlos, y al fin rezonga:

—¡Como la luz del día!... ¡Puñales... a mis años... y con mis teorías!... ¡Para pegarme un tiro!

La bilis le ahoga, la angustia le mata.

En seguida, pretendiendo quitar gravedad a las cosas, se la concede mayor aún, y empieza a examinarse; con decidido propósito de ser veraz en las respuestas. Luego veremos si lo cumple.

Por lo pronto, recuerda las palabras dichas por Silda en más de una ocasión: es desgraciado por no buscar el modo de impedirlo. Cierto, certísimo. Tiene fortuna más que mediana, goza de independencia, carece de esas obligaciones que abruman el ánimo; pues entonces... ¡puñales!... ¿por qué se aflige? Bien considerado, y admitiendo su desafecto a la sociedad, en lugar de encerrarse en Villa Plácida debió haberse ido a correrla por ahí, a conocer el mundo; que existe algo más que su Madrid y sus libros: para recluirse en un poblacho siempre estaba a tiempo. No se arrepiente de la encerrona, ni mucho

menos, por cuanto ha tenido la suerte de hallar dos mujeres tan amables como Silda y su madre; pero ¿lo pasaría peor empleando una parte de su fortuna y de su vida en divertirse por esos mundos?

Y en lugar de hacer esto, ¿qué hizo antes? ¿Qué hace ahora? Atiborrarse de lecturas filosóficas que lentamente le han ido envenenando el alma, agriándole el carácter, haciéndole odiar la sociedad y la vida, aborrecer a las mujeres... ¡a las mujeres!... genuina representación de lo ideal y lo bello.

Notablemente entristecido, D. Jacobo detiene sus pasos, dirige la mirada hacia la mesa, como si allí hubiese de hallar la contestación, y pregunta muy serio:

—Vamos a ver: ¿Qué motivo existe para que yo odie a las mujeres?

Y al no responderle la mesa, se contesta a sí mismo, también muy serio, muy grave, como si estuviese delante de un tribunal:

—Ninguno. Es evidente. ¿Para qué mentir, puesto que nadie me escucha? Mi odio ha nacido a consecuencia de la opinión de aquel filósofo que considera a la mujer como el origen de todas las calamidades

que padece la Humanidad. Y también de lo que opina aquel otro cuando juzga el matrimonio lo mismo que un pacto mercantil, con todas sus consecuencias de ganancias y pérdidas; en el cual pacto, la mujer, a semejanza de los mercaderes astutos, suele entregar una mercancía averiada, que vende a precio elevadísimo; y el marido, comprador en el símil, se convierte en esclavo por toda la vida, y nunca trabajará lo necesario para satisfacer la vanidad, los caprichos de su consorte.

Cual si buscase algún otro argumento de sus autores para justificar el odio que profesa a la mujer, medita un instante, y no hallándolo, pregunta:

—Pero ¿hasta dónde debo conceder crédito a unos señores a los cuales ni siquiera conozco? ¿Sé por ventura si estuvieron casados? Y en el supuesto de no haberlo estado, ¿cómo pueden juzgar lo que no padecieron? ¿No serán sus doctrinas secuela del despecho? De alguno sé yo, y no tendría que andar mucho para ponerle la mano encima, incapaz de emitir un juicio imparcial sobre tan escabroso y delicado tema. En otro tiempo, tal vez; pero hoy... ¡puñales!... ¡Como no emitiera!...

Satisfecho de su honradez analítica, y considerándose acreedor a ello, saca un pitillo, lo enciende, y, después de darle unas cuantas chupadas, prosigue de este modo:

—¿Pues y la sociedad? ¿Qué hay de acertado en quienes la consideran conjunto de corrupción, de falsedades, de concupiscencias; en donde se adula al poderoso y se menosprecia al humilde? Recuerdo aquel autor para quien no existe el favor desinteresado ni la visita de afecto; si prestamos un servicio, abrigamos la esperanza de que nos hagan otro mayor; si acudimos a preguntar cómo sigue el amigo enfermo, no es porque su salud nos importe un hilacho; queremos saber cuándo reventará, por si nos deja algún legado. Y así por este orden.

También se detiene ahora para encender el pitillo, que se había apagado; luego interroga:

—¿Habrá vivido este autor en sociedad? ¿No pudo haber sido un rancio como yo y juzgar, por ende, sin conocimiento de causa? Probablemente. Aplicándome el caso: ¿qué puedo decir yo del matrimonio, no habiéndome casado? Si tomo para

ejemplo el de mis padres, nada malo podré decir: ambos fueron dichosos, sin tener disgustos, ni discrepancias; viviendo una vida plácida, acaso monótona; pero endulzada por un amor sin límites.

De la sociedad posee algunos datos que le permiten hacer objeciones. Aun no habiéndola frecuentado mucho, debido a su carácter, le parecen exagerados los argumentos de sus autores. No recuerda haber notado en sus amigos ni doblez, ni egoísmo, ni falsedad. Al contrario: sufrieron sus rarezas, sus impertinencias, sus groserías... groserías, sí, señor..., a las cuales llamaban piadosamente «genialidades», «cosas de D. Jacobo». Buscando mucho quizá halle algún *amigo* que pretendió explotarle, según afirmaba la alcarreña; pero la excepción confirma la regla.

Por notar falta de consistencia en las teorías de sus autores predilectos, o por creer que lo nota, exclama D. Jacobo, en un arranque de noble sinceridad:

—Entonces, ¡puñales! ¿Por qué escriben esos libros? Y ya que están escritos, ¿por qué no los queman en vez de publicarlos? Ahí están, tentándome para que vuelva a leerlos, aunque casi los sé de memoria;

llenos de horrores contra la sociedad, contra el matrimonio, contra la religión, y, ¡puñales!, contra todo lo divino y humano. Y quienquiera que pase la vista por sus páginas habrá de razonar cual esos autores: así pintan las cosas. No cabe suponer obcecación en mí. Cuando esos filósofos gozan renombre mundial, merecido lo habrán. Sin embargo...

Este *sin embargo* quiere decir que vacila, que lucha; que en su cerebro se dan de cachetes el pro y el contra de sus afirmaciones y sus dudas; que quiere arrumbar las teorías perturbadoras, y ellas consiguen dominarle y hacer más angustiosos sus tormentos. Por eso emprende otro interrogatorio:

—¿A qué será debido mi mal genio? ¿Amarguras, disgustos, estrecheces? Jamás los tuve. ¡Si todas mis desdichas pudieran escribirse en un papel de fumar! Mis padres murieron cuando yo había cumplido treinta años; y para no molestarme, ni siquiera me hicieron sufrir; pues su muerte fué sin padecimientos, tranquila, como las luces que se apagan por faltarles combustible.

Este recuerdo, no obstante, le causa pe-

sadumbre. ¡Habían sido tan buenos aquellos padres, siempre trabajando afanosos para crearle una posición holgada!... Si algún disgusto tuvieron fué por culpa suya, cuando comenzó, joven aún, a entregarse a las lecturas filosóficas; las cuales lecturas, aun no comprendiéndolas, como buenos católicos, estimaban perjudiciales.

Tras mucho bucear en su conciencia, va cristalizando en ella una solución como resultado del análisis, y la dice en voz alta, con mal talante:

—Sí, estoy seguro: todas mis desdichas dimanan de la lectura, de esa lectura que fué mi pasión, y la cual no llegué a digerir por falta de un guía que me enseñase a tomar de cada libro lo bueno que tuviera, dejando a un lado las teorías sectarias. Esto es innegable, y ni todos los filósofos juntos pudieran demostrarme lo contrario.

Pareciendo pisar en terreno firme, continúa analizando:

—¿Y las consecuencias? Fatales. Ahora me encuentro viejo, achacoso, sin familia, sin amistades; sin gusto para nada, con un genio insufrible; sin amor a las doctrinas que así me han puesto. ¡Una delicia! Den-

tro de poco, los alifafes me postrarán totalmente en el lecho o tendré que pasarme la vida amarrado a una butaca. ¡Bonito porvenir!... Esto si no reviento de un berrinche... ¡así fuese ahora mismo, para que concluyeran mis angustias!... Pero no, han de continuar, porque a mí me sucede lo contrario de aquello que pudiera convenirme; mi existencia se prolongará sin fin, para que rabie, y sufra, y se me abrasen las entrañas, haciendo mi agonía interminable.

Da lástima verle. Extenuado, hundidos los ojos en el cogote, se ha dejado caer en la butaca. Sobre todas estas tribulaciones le agobia otra mayor, tan grave, que por eso la empuja hacia el fondo de su conciencia, temiendo analizarla. Sólo al pensar en ello le parece morirse con muerte horrenda. Cuando se agolpa en su cerebro, cual ahora le ocurre, se pasa la mano por la frente, pretendiendo alejarla, y suspira, suspira. Tras un breve reposo, un tanto recobrada la energía, prosigue el análisis.

Ahora se ve en el lecho; le amarra el artritismo; más aún que los dolores, mañana y tarde le atormenta la llegada del médico: es su pesadilla; sufriera resignado con

tal de no verle. Durante la enfermedad, que amenaza ser crónica, Silda y su madre le atienden piadosas... ¡las excelsas mujeres!...; le miman cual si fuera una criatura; le refieren chistes y cuentos para distraerle; le confeccionan platos exquisitos y de fácil digestión... Con estas atenciones, va tirando; puede soportar sus dolencias, llega a olvidarse de que está enfermo; pero viene Honorio... y como si le picaran mil víboras. De nada le sirven las pócimas que le receta ni las inyecciones que le aplica: ante su presencia, sufre torturas horribles; lo mismo que si los calmantes inyectados fuesen aceite hirviendo y se le mezclaran con la sangre.

—¿Hay modo de evitar este suplicio?—se pregunta el atribulado señor, y en seguida responde—: Quizá. Todo consiste en hacerme visitar por otro médico, aunque lo traiga de Pekín: lo esencial es que sea un vejestorio, más horrible que yo. Pero ¿y lo otro?... ¿Y si doña Elena y su hija se cansan de aguantarme?... ¿Y si en alguno de los momentos en que pago sus atenciones con un bufido, se enojan y se marchan? Me horroriza pensarlo. Antes que la ausencia de ellas, soportaré todo:

el artritismo, la afección hepática... hasta la presencia de Honorio... ¡que ya es soportar, repuñales!... Dejar de ver a Silda, es como dejar de vivir.

Cual si pretendiera apartar de su vista este espectro, se pasa la mano por los ojos, y luego prosigue:

—Y esto ha de suceder, acaso más pronto de lo que temo; pues violentándome podré modificar mi carácter y con ello impedir el enojo de las mujeres; pero ¿y si colocan a Silda en la cátedra a que tiene derecho?... Entonces, forzosamente habrán de abandonarme; al llegar tal momento, ¡qué suplicio!... ¡No verla más, no oír sus infantiles risas, ni sus charlas amenas!... ¿Cómo evitarlo? ¡Imposible, puñales! Ahí están su porvenir y el de su madre... y acaso el matrimonio ventajoso...

Esta frase le quema la boca, obligándole a levantarse y a pasear frenético, apretando los puños cual si quisiera estrujar entre ellos sus propias desdichas. Al cabo de unos momentos debe ocurrírsele alguna idea mefistofélica, porque sonríe y se frota las manos; luego exclama:

—¡Eso es: ya está evitado el horrendo peligro: ya puedo impedir esa marcha!

Cuando lo va a decir, como abrumado porque qnizá se le ocurrió alguna enormidad, golpéase en la frente y en el rostro, y ruge:

—¡Estoy loco, puñales! ¡Soy un imbécil!... ¡Bonita idea se me había ocurrido!... ¡Trabajar cerca del ministro para impedir que le diesen la cátedra! No merezco que me encierren en un manicomio, sino en la cárcel, por criminal y por bestia; algunos están presos con menos motivo.

Rechazada la idea por estúpida y por criminal, se le ocurre esta otra:

—¿Y si le señalase una pensión que le permitiese vivir con holgura, sin pensar en el Magisterio?... Esto sería lo más acertado. Pero ¿con qué motivo?... ¿A pretexto de gratitud por lo bien que me cuidan? Ni la madre ni la hija quisieran admitirlo. Su dignidad y su decoro les harían sospechar segunda intención: al menos, egoísmo.

El análisis le hace desbarrar más de vez en vez; sin embargo, no lo suspende, pues se ha empeñado en hallar una solución a sus males; y con tal interés la busca, que vamos sospechando en él propósitos bastardos o quizá peligrosos; por donde el examen de conciencia marcha camino

de convertirse en fórmula acomodaticia: a semejanza de los que se postran ante el confesor dispuestos a no decirle más que los pecadillos leves, de absolución segura y penitencia suave.

Vuelve a sentarse y piensa. De cuando en cuando le acude a la mente una solución, que en seguida rechaza; mas al fin tropieza con una sólida, la única posible. Después de analizarla con cierta detención, sonríe; su rostro se transforma de huraño en amable; pónese en pie; se dirige a la mesa sobre la cual hay un retrato de Silda en artístico marco; lo coge; lo contempla con arrobo durante unos minutos, y al fin, cayéndosele la baba, termina por exclamar:

—¡El único remedio!... ¡La mejor solución!... ¡Cuidado si es bonita!...

Presto deja el retrato y vuelve a sentarse, sin aliento, truncadas sus ilusiones, desvanecida la solución.

—¡Imposible!... ¡Imposible!... Ni por mí ni por ella... sobre todo por Silda... ¡Sería un disparate intentarlo!...

Caída sobre el pecho la cabeza, prosigue meditabundo, y como consecuencia, con voz trémula, dice:

—No te hagas ilusiones, viejo chocho... no sueñes... no desbarres... la miel no se hizo para la boca del asno. Tienes que sufrir las consecuencias de tu conducta; recoger la cosecha que sembraste. ¡Desdichado de ti! Los hechos te condenan a caer en manos mercenarias, las cuales han de saquearte, tratándote como a un perro y haciendo befa de ti apenas hallen vacía tu bolsa. Las delicias del hogar, el amor de la mujer y los hijos, serán para otros, para quienes no se metieron en estudios filosóficos; a ti, que has pretendido formar una sociedad a tu imagen y semejanza, te está vedado disfrutar esos goces; sírvante de consuelo los autores que envenenaron tu alma. Cuando te veas pobre, irás a un hospital, y el día que revientes, no habrá un alma piadosa que te llore, nadie llevará flores a tu sepultura; serás el número tantos que arrojan a la huesa común. ¡Triste destino el tuyo!

Los ojos se le anublan; por sus mejillas corren lágrimas. Dispuesto a apurar hasta el fin aquel cáliz de hieles, continúa el examen:

—¡Cuánto tiempo he perdido!... ¡Y si supiera algo!... ¿Pero qué sé, puñales? Mis

filósofos me han inculcado el odio a la familia y a la sociedad; lo que ahora echo de menos precisamente; pero ¿me enseñaron por ventura la fórmula para llegar a la vejez sin ser acometido por las angustias que me aniquilan? ¡Qué habían de enseñarme, cien mil veces puñales!... Aunque me sea doloroso, tengo que reconocer superioridad en las doctrinas de esa muñeca, a la cual consideré tonta e ilusa; porque, según ella, Jesucristo, el gran Filósofo, ha dicho: «Amaos los unos a los otros»; mientras que los míos parecen decir: «Aborreceos, devoraos como las fieras hasta que no queden sobre la faz de la tierra vestigios de persona humana.»

Sin abrazar las doctrinas que la joven sustenta, las juzga ya mejores, más dignas de estudio; porque sus autores acaso fallecieron míseros, sin familia, abandonados como él, sosteniendo sus teorías disolventes; pero ¡puñales! ¿ha muerto alguno clavado en una cruz, como el gran Filósofo, por redimir al linaje humano? ¡Qué han de haber muerto! De algunos sabe que con sus teorías lograron realizar una fortuna y disfrutándola murieron.

—¡Si yo pudiera desandar lo andado!—

piensa en voz alta, mas con acento amargo—. ¿Pero cómo destruir la nefasta labor de tanto tiempo? He negado cuanto no puede someterse al análisis de la razón pura; me he reído de los que admiten la existencia del alma; siempre fuí defensor de la escuela racionalista y el primer paladín de la materia. Cierto que aún no llegué a publicarlo; mas escrito lo tengo. ¿Cómo voy a salir ahora diciendo lo contrario? ¡Bonito me pondrían! Sobre todo Silda, que tan sañudamente refuta mis creencias, opuestas a las suyas.

De esto a pedir parlamento sólo hay un paso; pero D. Jacobo se resiste a darle; es decir, no es él quien se resiste: son sus doctrinas, que en pugna con las otras libran una batalla en su cerebro, luchando con tesón por defender las últimas trincheras. De la contienda sale vencido, aniquilado, sin fuerzas para andar, sin ánimos para seguir meditando. Cual si estuviese ebrio, se va hacia la ventana, buscando apoyo en los muebles para no caer; al fin llega; entorna los postigos para evitar que penetre la luz, y se tumba en el sofá. ¿Si pudiera dormir?...

Pero no lo consigue. Con los ojos cerra-

dos y muy prietos, permanece inmóvil un buen rato... la fantasía continúa su marcha. La idea de perder el cariño de Silda le obsesiona; las angustias vuelven a torturarle. Aquello no es vivir.

¿Qué hará Silda? ¿Se habrá disgustado por la grosería que él cometió retirándose de la mesa antes de terminar el almuerzo y sin dignarse probar las natillas confeccionadas por ella, con propósito de agradarle? Sí; seguramente se habrá enojado, como se enojaría la persona de mejor carácter; ¡y cuidado que Silda lo tiene bueno! Por donde quiera que lo mire siempre resultará que es un imbécil. ¡Hacer sufrir a la linda muñeca!... Merece que lo arrastren. Cuando menos que no le dirija la palabra en un par de días. ¿Qué tormento mayor para él? Piensa correr en su busca, echarse a sus pies y pedirle perdón. Seguro está de que no se lo negaría. Pero ¡puñales! ¿No fuera demasiado humillarse? Por lo que le atañe, no le importa gran cosa; mas pudiera engreírse, crecer su vanidad y concluir por subírsele a las narices. Y esto no le conviene. ¡Estaría gracioso!...

Ahora entra en batalla el genio malo, y el filósofo piensa:

—¡Qué ha de enojarse por mí! Al contrario, se estará riendo de mi escapada; pues de este modo se queda libre para bajar al jardín a charlar con el médico.

Al ocurrírsele esto, de un brinco llega al ventanal, y, abriéndolo, otea hacia el jardín. Por no ver a nadie, se pregunta:

—¿Habrán salido? Debí sospecharlo, puesto que es día de fiesta. Sin embargo, nunca se fueron sin prevenirme; pero después de mi gansada, no sería extraño que lo hubiesen ejecutado sin decirme «hasta luego». ¡Bien me lo merecía! Quizá por eso mismo, por castigarme, aun sin gana de hacerlo, habrán salido.

De pronto se le ocurre una sospecha que le tortura el alma:

—Sí; han salido para reunirse con *él*. Debía sospecharlo. De seguro se dieron cita por la mañana. ¡Cándido de mí que pretendía reconciliarme con la mujer! ¡Si todas son iguales! ¿Lo ves, Jacobo? ¿Te convences ahora de que tus autores están en lo cierto, y tú en la higuera?... Pues de mí no se burlan, ¡repuñales! Aunque haya de recorrer Villa Plácida de punta a punta, yo los encontraré, y entonces... ¡me van a oír!...

Dispuesto ya a marcharse, se arregla la corbata y el traje; se atusa el pelo, y al notar ciertas huellas en el rostro, se lo chapuza con agua fresca y se fricciona luego con colonia; vuelve a peinarse con extremada delicadeza; echa pitillos en la petaca; se tienta el chaleco para cerciorarse de que va provisto de fondos, aunque no los cree necesarios; se mira en el espejo...

Todo lo ha hecho rabiosamente, automáticamente, febrilmente... pero sin olvidar ningún detalle: téngase en cuenta; pues en esta ocasión, como en otras que no habrán pasado inadvertidas, D. Jacobo sigue siendo a la vez D. Quijote y Sancho.

Satisfecho del examen que realizó en su persona, suelta un bufido, abre la puerta y sale disparado. ¡Y cómo va por el pasillo!... ¡Cualquiera se le pone por delante! Ventea el gabinete; se dirige a la sala, y no encontrando a nadie, arrecian sus temores. Va luego al comedor, y allí, sentadas, silenciosas, trabajan las mujeres. Tan fuerte le hace suspirar el placer que experimenta, que madre e hija, sorprendidas, levantan las cabezas; mas no dicen nada y siguen cosiendo. Tampoco habla él. ¿No

puede? ¿No quiere? Cualquiera lo presume. Poco a poco, con paso inseguro, se va aproximando; al llegar junto a ellas, toma asiento frente a Silda y enciende un pitillo.

Pasan las horas. Silda y su madre no cesan de coser; D. Jacobo contempla a la joven, y con la punta de un cigarro enciende el siguiente; el humo va formando una capa densa que pudiera cortarse. El sol declina y la luz escasea. Ni una palabra, ni un suspiro. El *Canelo*, tumbado a los pies de la joven, parece de piedra. Nada turba el silencio monacal de la estancia.

Por llegar la noche, las mujeres, procurando mitigar las pisadas, se retiran a disponer la cena; tras ellas va el *Canelo*; don Jacobo no puede más y exclama:

—¡Me estoy matando!... ¡Lo comprendo!... ¡Mía es la culpa!... ¿Mas cómo lo remedio?

Con dificultad se dirige a su alcoba; se acuesta; toca el timbre, y cuando asoma Silda por la puerta, antes de que entre, ordena él:

—No quiero cenar, ni ver a nadie, ni que me molesten. Vete... Adiós... hasta mañana.

CAPITULO XII

SIMILIA SIMILIBUS...

DON Jacobo está enfermo desde hace una semana; no por habérsele indigestado la célebre paella, pues es sabido que apenas la probó; tampoco le molestan el reuma ni el hígado. La dolencia radica allá adentro, en lo más hondo, hacia el corazón; y grandes y gravísimos caracteres debe revestir, por cuanto Honorio no acierta con el remedio; ¡y cuidado si tocó palillos y recetó pócimas y emplastos! En más de una ocasión Honorio ha iniciado la conveniencia de traer otro médico para celebrar consulta con él; pero el enfermo, enfureciéndose, rechaza la idea, y hasta la juzga perniciosa, arguyendo:

—Si usted no consigue ponerse de acuerdo en lo que atañe a la enfermedad, y por dudar pierde el tino, conociendo hasta los más ocultos rincones de esta existencia mísera; ¿cómo puñales ha de acertar un compañero recién venido, desconocedor de mi sistema nervioso y de mi complexión órganica, marchando a tientas, como persona torpe al encontrarse sin luz en casa desconocida? ¿O es que, juzgando próxima mi muerte, desea compartir con otro la responsabilidad para descargo de su conciencia?

—No lo tome usted a broma, D. Jacobo; la cuestión es más grave de lo que a primera vista parece.

—¡Y me lo dice usted a mí!...

—Naturalmente. ¿A quién voy a decírselo? Es usted hombre culto y se le puede decir la verdad, por amarga que sea: le encuentro grave, y me desquicia no acertar con la causa de su dolencia.

—De que estoy grave ya me doy cuenta, y también de la escasa utilidad de sus conocimientos—confirma el enfermo, con amarga ironía.

Sin hacer caso de la indirecta, corrige el médico:

—No nos hallamos ante un caso desesperado; la gravedad no es para alarmarse; sin embargo, yo pierdo la paciencia por notar la rebeldía de su organismo.

—Para eso no vale la pena de haber estudiado—remacha cruel el filósofo—, ni de darse el pisto de ostentar pomposamente el título de Doctor en Medicina y Cirugía.

Picado en su amor propio, destemplada la voz, replica el médico:

—Hay enfermos ante los cuales se estrellarían los conocimientos más sólidos, y las eminencias de mayor reputación tendrían un fracaso.

—¿Lo dice usted por mí?

—Por usted, sí, señor.

—¡Puñales!... ¿Por qué?

—A nadie se le podría aplicar con mayor propiedad aquello de «a pulso de lienzo, médico de paño».

—Como no lo explique mejor...

—Pues a ver ahora. Reconozco que soy un mediquillo, según usted afirma...

—Con sobra de razón en este caso.

—No lo discuto; mas sí he de rogar a usted que se reconozca, al propio tiempo, como uno de los peores enfermos con

que he podido tropezar en mi breve carrera.

—¿Cuál es la causa?

—Que no me ayuda.

—¡Ayudarle yo! ¿En qué forma? ¿De qué modo?

—Como únicamente puede hacerlo: facilitándome medios para hacer una exploración acertada.

—¡Pues explore un poco más! ¡Si no tengo en el cuerpo ni un átomo de piel en donde no haya puesto las manos!

—No basta con eso. Desde el lunes le estoy preguntando a qué atribuye el arrechucho que así le tiene; y usted se empeña en ocultarlo. ¿Comprende ahora la razón de mis quejas?

—Lo que yo quisiera es que, haciéndose usted cargo de la razón de las mías, las hallase remedio.

—De eso trato; pòr eso insisto. Veamos, D. Jacobo, recuerde: ¿que comió usted el domingo?

—¡Solimán!

—Ese plato no lo sirven en ninguna casa del pueblo, y menos aún en la de usted; por donde volvemos a las andadas, a su obstinación, a su mutismo.

—Bueno; pues la verdad: no comí nada. ¿Está usted conforme?

—Lo sospeché. La lesión no viene por ahí; no hay fiebre; el pulso... algo débil; mas ningún otro síntoma. Sigamos explorando. ¿Ha tenido disgustos? No me lo oculte. De usted depende que pueda formular un diagnóstico. Vamos, haga memoria...

—Pues... sí, ¡puñales!... Tuve un berrinche, y gordo, como para morirme.

—Eso ya es algo.

—¡Que si es algo! Mucho más de lo que usted se figura.

—No me atrevo a inquirir la causa.

—Sería inútil.

—Pero sí a deducir la consecuencia.

—¿Y cuál es la consecuencia que usted deduce?

—Que es usted desgraciado por su culpa

—¡También usted se viene con esas?

—¡Cómo! ¿Se lo ha dicho alguien más?.

Por verse cogido, y no queriendo confesar lo de Silda, arguye D. Jacobo:

—No me lo ha dicho nadie; pero yo lo sospecho.

—Muy bien sospechado, señor mío. Y celebro que en esta ocasión pensemos lo

mismo... aunque yo con más fundamento.

—¿Por qué?

—Por basarme en sus propias palabras; mientras que usted lo hace por conjeturas.

—Corriente. Ahora, explíqueme la causa de sospechar que soy desgraciado por mi gusto y no por mi mala estrella, como yo supongo.

—Muy sencillo: en primer lugar, porque no debió disgustarse, y en segundo, porque si el lunes me hubiese hablado en la forma que ahora lo hace, quizá no correrían las aguas por estos cauces, sino por otros menos molestos para usted.

—No comprendo.

—Procuraré explicarme. Desde el lunes vengo buscando una afección material, y, naturalmente, no la encuentro.

—¿Confiesa su torpeza?

—En este caso, no.

—¡También inmodesto!

—Ni mucho menos; si no doy con ella, es sencillamente porque no existe.

—¡Puñales! ¡Que no existe? ¿Pues y la falta de apetito? ¿y el no poderme poner en pie? ¿y el malestar que siento? ¿no es afección?

—Sí, señor; pero afección moral. ¿Está ahora claro?

—Todavía no.

—Veremos ahora. A consecuencia del berrinche ha podido exacerbársele la afección hepática...

—¡Ya pareció el peine!

—Mas no se ha exacerbado.

—¡Adiós mi dinero!

—Pudo excitársele el artritismo...

—Pero no se ha excitado—remeda don Jacobo.

—Exacto. Ninguna de las dos afecciones habituales en usted progresó lo más mínimo; de ahí nacían mis dudas; de ahí mi desesperación y mi desaliento; de ahí que me considerase impotente para atajar el mal.

—Sin embargo, yo estoy muy mal, peor de lo que ustedes creen.

—¿Le duele algo?

—Como dolerme, no; pero ya se lo dije: siento malestar general, inapetencia, deseos de estar solo; no tengo ganas de ver a nadie; en fin, experimento algo que no puedo explicar, semejante a una pena muy honda, muy honda...

—En una palabra, y hablando en térmi-

nos vulgares: padece usted una afección moral, lo que pudiéramos llamar murria o pasión de ánimo.

—Algo así. Y suponiendo que sea esto, ¿cómo lo remediamos?

—Con algo que no figura en la Terapéutica ni en las farmacias.

—Entonces, ¿con qué? ¿Con una novena a Santa Rita?

—Con un aforismo.

—¡Con un aforismo?

—Sí, señor; con el clásico *similia similibus curantur.*

—Sospecho que se burla.

—Hablo en serio. La amistad que le profeso y lo grave de su situación no me autorizan para otra cosa.

—Nadie lo creyera.

—Dimanando la afección de un berrinche, vamos a combatirla con otro.

—¡Con otro berrinche?

—Exacto.

—¡Puñales! ¿Pero se ha propuesto usted mortificarme? ¿Con que otro berrinque, eh? Hágame el favor de marcharse o le tiro con la botella.

—Cálmese, D. Jacobo; tenga paciencia; no se sulfure; pues de ahí dimanan sus

desdichas, sus padecimientos, sus torturas y el estado de postración en que se halla.

—¡Otra vez!

—Y otra, y ciento: todas cuantas sean precisas. ¿Quiere usted que me vaya? Ahora mismo; pues no he de disgustarle. ¿Pretende que le cure? Habrá de sufrirme, por mucho que le pese, y resignarse, y cumplir cuanto ordene. En este momento manda Honorio; desaparece el amigo incondicional y se coloca en su puesto el mediquillo de Villa Plácida.

—Sufriré resignándome; haré cuanto le plazca, ¡verdugo!, porque a la fuerza ahorcan. Pero explíqueme lo del *similia similibus*... y lo del berrinche.

—En las órdenes que reciba hallará usted la explicación. Y comienzo por ordenar que se levante de la cama.

—Eso quisiera; pero no puedo.

—Aquí estoy yo para ayudarle.

—¿También eso?

—Y cuanto sea necesario; por algo somos amigos.

—Y por algo se dijo también aquello de ¡qué amigos tienes... Jacobo!

—Conformes: no me ofendo; pero levántese, amigo mío. Haga un esfuerzo.

—¿Ha de ser ahora mismo?

—O dentro de un rato: es igual.

—Pues considéreme levantado; ¿qué hago luego?

—Marcharse a la alameda, a los jardínes, al monte... a cualquier parte. Y no deje de llevar alguna friolera por si le acucia el apetito.

—¡Puñales con el mediquillo!... ¡Sabe usted que no puedo comer, que no estoy en condiciones de dar un paso y me aconseja semejante plan terapéutico! ¡Graciosísimo, hombre, graciosísimo! ¡No sé cómo me contengo!

—Piense usted como más le agrade y convenga; respeto su criterio, sin discutirlo. Por mi parte opino que tiene usted algo de aprensión.

—¡Que tengo aprensión! ¡Aprensión dice usted?

—Sí, señor: aprensión.

—¡Pero usted se propone matarme? ¡Conque aprensión, eh? ¡Pues no ve usted que me estoy muriendo?

—Admitido: se está usted muriendo; más aún: se ha muerto ya...

—¡Puñales... eso, no!... que aún tengo que dar mucha guerra—interrumpe el filó-

sofo entre furioso y acongojado, amenazando a Honorio, que a duras penas se libra del ataque.

Usando una flema que hasta ahora no conocíamos en él, y sin hacer caso de la interrupción, continúa el médico:

—Eso es, sí, señor: se ha muerto usted; pero yo, imitando a Jesucristo, aunque la imitación resulte una herejía, ordeno: «Jacobo, levántate y anda»...

Aunque el filósofo no tiene ganas de broma, no puede por menos de reir la ocurrencia de Honorio; el cual prosigue, imprimiendo la mayor seriedad a sus palabras:

—«Y si careces de ánimos para hacerlo por tus propios pies, apóyate en Silda.»

Ahora no ríe D. Jacobo; pero sí se transforma; su semblante adquiere colorido; sus ojos brillan; espera con anhelo. Ya no juzga disparatados los planes del médico; antes los halla lógicos. Pero ¡puñales! ¿por qué no se le habrán ocurrido hace una semana? Tal piensa el filósofo; mas el muy camastrón se guarda mucho de decirlo.

—No puedo acompañarle esta mañana—insinúa Honorio—por las muchas visitas que he de hacer; por la tarde estoy ci-

tado con el Duque; de no existir tales impedimentos, gustoso me ofreciera a servirle de lazarillo, de apoyo, de lo que usted quisiese. No ha de echar mucho de menos mi insignificante auxilio, porque tiene en su casa quien le acompañe...

—¡No faltaría más!—se apresura a decir D. Jacobo, sin poder ocultar su alegría—. ¡Hasta ese extremo pudiera yo abusar del amigo! Vaya, vaya a sus ocupaciones, que yo me apañaré. Y agradecidísimo a su buena intención. ¿Qué otra cosa me ordena?

—Hoy, mañana, pasado y todos los días, mientras yo no disponga lo contrario, apenas se levante márchese de paseo; procurando concurrir a sitios en donde haya gente que le distraiga y, si es posible, le dé conversación. ¿Qué le parece el berrinche, amigo D. Jacobo?

—¡A eso llama berrinche?

—Son sus palabras; repetidas en más de una ocasión cuando pretendía demostrar su desafecto a la sociedad y a la familia. Bien sospecho que le causo un disgusto; mas no puedo evitarlo.

—¡Si todos los berrinches fueran como éste!...—suspira D. Jacobo.

—Procure que lo sean: en eso consiste su curación.

—Aunque sólo sea por obediencia, he de procurar hacerlo.

—Por obediencia... y por espíritu de conservación. Seamos sinceros.

—¡Puñales con el mediquillo! Apenas me proporciona un consuelo y ya está mortificándome otra vez.

—Veremos si con este plan consigo lo que no pude con la Terapéutica ni con la Farmacopea. ¡Ah! En la cama, cuanto menos, mejor.

—Si estuviese en Madrid, iría al teatro; pero en este poblacho, ¿dónde invertiré el tiempo? ¿Paseándome en casa? ¿Rezando el rosario? Me tiene prohibida la lectura; detesto el casino...; vamos, hombre, contésteme: ¿qué hago por la noche?

—Por lo pronto hoy tiene en qué invertirla; mañana, veremos.

—Conformes: ¿y en qué?

—Yéndose a ver los títeres y la llegada del tren de los maridos; con lo cual le dará la una fuera del lecho.

—Los títeres dudo que me distraigan; y en cuanto a la llegada de los maridos podrá interesar a sus mujeres... ¡pero a mí!

—Cuando no tengo lomo, de todo como... Y habiendo hablado más de lo suficiente, le dejo en paz, amigo D. Jacobo; otros *enfermos* me esperan impacientes. Hasta mañana... si esta noche no le veo en los títeres; que sí le veré.

—Como tenga fuerzas...

—Si se lo propone, las tendrá.

—Me lo propondré, ¡puñales!

Apenas se retira el médico, D. Jacobo se arroja de la cama y comienza a vestirse: con alguna dificultad, pero no mucha. Parece otro. Cuando ya está aseado, hace venir a Silda. Espera que la joven se sorprenderá al verle vestido y en pie; mas no haciéndolo, sorpréndese él, y, fruncido el ceño, pregunta:

—¿Hablaste con el médico?

—Ni siquiera lo he visto. Sé por mi madre el plan que le ha puesto; me figuro que lo cumplirá usted.

—Al pie de la letra.

—Me alegro.

—Por lo pronto arrumbad cuanto estéis haciendo, y vámonos.

—¿Ha elegido usted sitio?

—Cualquiera es bueno habiendo gente, bullicio, animación, alegría.

—Para ver todo eso habríamos de pasear por el pueblo, y como es tan chiquito, pronto nos cansaríamos de dar vueltas.

—Por el pueblo, no; de ninguna manera. Iremos a los jardines. ¿Te parece bien?

—¡Magnífica idea! Allí no habrá bullicio, porque no lo consienten; pero gente, alegría y animación, no faltarán.

—Acordado. Ahora, ¡a los jardines!...; por la tarde, ¡a las Peñitas!...; a la noche, primero, ¡a los títeres!; luego, ¡a esperar al tren de los maridos!... ¡¡Viva la vida, puñales!!...

Parece un chiquillo. Silda, que le ha escuchado llena de júbilo, pretende escapar para hacer partícipe a su madre de la grata nueva, y recomendarla que se vista en un vuelo. El filósofo la retiene para insinuar con voz trémula:

—El caso es que... hallándome sin fuerzas, habréis de prestarme el brazo para que me apoye. De lo contrario...

—En el que usted quiera—otorga la joven—; como si le place apoyarse en las dos.

A los labios de D. Jacobo acude una réplica; mas el rubor le impide soltarla, y sólo apunta el muy lagartón, con acento candoroso y persuasivo a la vez:

—Turnaremos; así no os fatigaréis demasiado.

Escapa Silda y al momento regresa con su madre, tocadas las cabezas con sombreros. Emprenden la marcha; D. Jacobo se apoya en Silda, y tan a gusto debe de hallarse, que no suelta el mórbido brazo hasta que llegan a los jardines y toman asiento en un banco de piedra. La mañana está espléndida, deliciosa; el sol, tamizado a través de los tilos, penetra suave en el paseo. Delante del palacio juguetean los niños, que visten albos trajes, de elegantes formas. Las mamás están pendientes de las criaturas, temiendo que lleguen a caerse y se lastimen o rompan los vestidos. Una miss, con quevedos de concha, lee en un libro; a su lado discretean dos novios, muy juntas las cabezas. Más allá un grupo de muchachos contempla gozoso las incipientes truchas que pululan en el estanque. De pronto, grita un niño:

—¡El camello!... ¡El camello!...

Las criaturas chillan y corren abrazadas; detrás las madres y las niñeras, imponen orden, suplican calma; pero los niños, sin hacer caso, corren, se atropellan; aquí cae uno, más allá otro y sobre él

unos cuantos, que forman montón. Rápidos se levantan para seguir, sin lesiones que lamentar, como no sea algún arañazo leve o un traje hecho jirones. No importa: hay que seguir. El camello, con andar reposado, avanza; los jardineros recogen las hojas del suelo y las van echando en los cestos que porta el rumiante. Cuando los niños llegan junto a él, se detiene, se pone de rodillas; un jardinero, amable, coloca algunos niños sobre la muelle hojarasca; en seguida se yergue el camello, y los pasea. Así con los demás. Las madres gratifican a los obreros, y todos contentos.

Con estas nimiedades D. Jacobo entretiene la mañana; las tarde, en las Peñitas. Silda y su madre procuran distraerle, charlando sin tino para evitar que meta baza y se enzarce en lucubraciones filosóficas o comience a lamentarse de su mala estrella. No parece aburrirse; cuando habla Silda, escucha embelesado. Almuerza medianamente; cena con apetito. Está satisfecho; si compareciese Honorio, le daría un abrazo. Aun habiendo demostrado propósito de acudir a los títeres, por si nota cansancio o piensa de otro modo, al terminar la cena, pregunta Silda:

—¿Vamos a salir?

—Por supuesto... digo, si no están ustedes cansadas.

—Nosotras, no, señor.

—Pues yo tampoco.

—Entonces, en marcha.

Los acróbatas establecieron el circo en una explanada próxima a la carretera. En el centro, tres gruesos barrotes sustentan un trapecio. Los espectadores forman corro, sentándose en el suelo o en las sillas que llevan de sus casas; en primer término, un enjambre de muchachos grita y alborota. La luna, por favorecer a los artistas, ilumina el cuadro, y en prevención de que pueda ocultarse, alrededor de la pista han colocado hasta media docena de lámparas de acetileno, de las cuáles sólo brillan los recipientes. *Veludillo* y los dos alguaciles tratan de imponer orden a las masas; pero no lo consiguen. En un extremo, los acróbatas hacen pronósticos, calculando lo que pudieran recoger si cada espectador les diese una moneda.

Han sonado las diez. Destácase del grupo una matrona; hace sonar un timbre que lleva en la mano y anuncia el espectáculo acrobático - cómico - pantomímico.

Los chicos aplauden, gritando hasta enronquecer; las personas mayores se colocan cómodamente para no perder detalle; quienes no pudieron ocupar los primeros puestos, empujan, empujan, hasta conseguir acoplarse a su gusto. Silda, doña Elena y D. Jacobo ocupan las sillas llevadas por Robustiana. Ha salido el *tonto*; las bocas enmudecen. Comienzan los títeres.

Son los eternos títeres: el trapecio, el alambre, los saltos, las contorsiones, los chistes fúnebres, las falsas bofetadas, las caídas aparentes; el niño que semeja no tener huesos; los trajes incoloros, con lentejuelas renegridas... los eternos títeres que llenan de regocijo a los pequeños y de compasión a ciertas personas de las mayores.

Ha llegado el descanso. Los artistas postulan con cepillos; algunas personas depositan monedas; otras, haciéndose las distraídas, se retiran del corro... para volver en cuanto pasen los que piden; y ellos, pacientes, resignados, hacen sonar las monedas para llamar a los remisos. A D. Jacobo le toca un rapaz de diez años, pelirrojo, flacucho, con mirar triste, cual si estuviera dormido. Poniéndole en la mano una peseta, D. Jacobo le interroga:

—¿Cómo te llamas, niño?

—José Fernández.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez, según me han dicho.

—¿Tienes padres?

—No los he conocido.

—¿Sabes leer?

—¡Anda leñe! ¡Pues no pregunta usté poco! ¿Y pa qué me hace faltar saber leer? Con descoyuntarme tengo de sobra.

—¿Perteneces a la familia de algún acróbata?

—No, señor: me recogió la señá Rita, esa mujerona que dirige la compañía; y entre ella y su marido, el *tonto* del casaquín, me han educao en el arte.

El pequeño habla con desenfado, y las últimas palabras las dice con énfasis, orgulloso de su profesión de artista.

—¿Por qué pedís este año con cepillos?—pregunta una vieja.

—Por no haber confianza en la cuadrilla. Antes lo hacíamos con bandejas; pero el malabarista, que es un frescales, apandaba las perras; lo cual que una noche, en Torrejón, le sorprendió la señá Rita y le puso un ojo a la funerala. Desde entonces adoptó los cepillos, y como ella

guarda las llaves en el pecho, ni Dios se la diña.

Se ha formado un grupo alrededor del locuaz pequeño; por notarlo la directora, acude rápida a separarle, y se lo lleva entre denuestos, cachetes y pellizcos. El niño no se arredra, y muy tieso, aprieta la moneda en una mano y con la otra presenta el cepillo, haciendo sonar las monedas que contiene. Es quien más dinero recoge.

Han invertido en la colecta mayor tiempo que en la primera parte del espectáculo; hacia la mitad de la segunda, los veraneantes emigran a la carretera para esperar la llegada de los coches. Don Jacobo propone imitarles, y no oponiéndose ninguna dificultad, las señoras le siguen. Ya fuera del circo, el filósofo desea conocer la causa de llamar «tren de los maridos» a la llegada de los coches que vienen los sábados a Villa Plácida. Silda se lo explica:

—Es costumbre en todos los pueblos de la sierra, a los cuales acuden los madrileños en el estío: familias de comerciantes y empleados, en su mayor parte; y como los maridos no pueden abandonar los negocios o los empleos durante la semana,

vienen los sábados para pasar un día con sus mujeres y con sus hijos.

Cerca marcha un grupo de señoras; delante de ellas una pollada de niños, rezongando porque no les dejaron en los títeres; y en primer término, las jóvenes, parleteras, alegres, semejantes a un bando de palomas, con albos trajes que destacan entre las manchas grises de los árboles.

Cual si ensayasen una comedia para representarla ante los maridos que pronto llegarán, las señoras se quejan de cuán caro está todo: los comerciantes de Villa Plácida no se ven hartos; las cocineras salen a la compra con el bolso repleto de pesetas y vuelven sin dinero y con cuatro piltrafas en la cesta. ¡Una porquería! ¡Un escándalo! Si buen clima les dan, bien caro se lo cobran.

En seguida salen a relucir los conflictos sociales; las luchas entre el capital y el trabajo; las huelgas, y, como consecuencia, la enorme carestía de las viviendas, los alimentos, las ropas, todo cuanto se necesita para la vida, que se va haciendo imposible a los que no son millonarios. Una señora, dueña en Madrid de un taller de confecciones, interviene en calidad de

técnica; las otras la escuchan como a un oráculo.

—¡Qué saben ustedes! ¡Si hubieran de luchar como yo, con treinta y seis modistas!... ¡Cómo están, cielo santo! ¡Insufribles, amigas, insufribles! ¡Figúrense ustedes que han conseguido abandonar el trabajo a media tarde!... ¡a la hora elegida por las señoras para acudir a probarse los trajes!... porque no van a salir de sus casas recién comidas y cuando el sol aprieta...

—¡Pobres modistas!—interviene una señora obesa—. Como está todo tan caro, querrán ganar una peseta por otra parte.

—¡Una vergüenza!—arguye la modista—. ¡Y luego eche usted lujo y vicios! ¡Hay que ver cómo visten y cómo calzan!

—Mejor que nosotras—observa una.

—¡Y todavía se quejan de que ganan poco!—agrega otra.

—¡Tanta fanfarria al exterior y habrá que verlas los interiores!—indica una tercera, bastante rechoncha y no poco desmadejada.

—Eso sería antes—replica la maestra—; pero ahora, ya, ya...

Lo cual confirma la más joven de las señoras, con estas palabras:

—Mi Enrique dice que las modistas y las sombrereras usan ropa interior más lujosa y de mejor gusto que la muestra.

Las señoras se guiñan el ojo y ríen compasivas. La rechoncha pregunta a la ingenua:

—Dígame, Matilde: ¿vendrá esta noche Enrique?

—Me ha telegrafiado que no le espere: está ocupadísimo con sus negocios... Gana de matarse; pero él dice que lo pasa medianamente, sin aburrirse. Y así debe de ser; pues el domingo pasado se encontró con Julio Alcocer, ya saben, el procurador del Duque, y como le hiciese cargos, mi Enrique respondió: «Créame, amigo Julio: en Madrid, a cien kilómetros de la familia y con dinero abundante, por mucho calor que haga, se vive como en la gloria.»

Las amigas vuelven a reír, algunas tapándose la boca con los pañuelos para que Matilde no lo note. Ella, impertérrita, continúa:

—¡Me da una pena cuando veo llegar a sus maridos!... Porque aun afirmándolo mi Enrique, como lo afirma a cada instante, sospecho que se aburre. ¡Con aquel ca-

lor!... ¡Sin teatros, sin diversiones, sin ninguna persona conocida!... Y luego, ¿para qué? Tanto afán por ganar dinero siendo los dos solos.

—¿Hace mucho tiempo que están casados?—pregunta una señora.

—Cinco años.

—Y... ¿ni barruntos?—agrega la rechoncha.

—¡Ni barruntos!—suspira Matilde—. Y no lo tomen a presunción; pero, gracias a Dios, tenemos lo necesario para vivir con holgura sin que Enrique se diera esos trotes. ¿No le parece, Aurelia?—dirigiéndose a la rechoncha.

—Cierto—responde la aludida—. Un hombre tan bueno, tan trabajador... ¿Pasará en aquel tostadero todo el verano?

—La semana próxima se marcha a París y a Suiza; cuestión de negocios; por eso no me lleva; pero quizá se detenga en Villa Plácida algunas horas: no lo asegura.

—¡Pobre Matilde!—insinúa piadosa una señora—. ¡Siempre sola!... ¡Como si estuviera viuda!...

—Le acompaña su madre — apunta otra—. Cierto que en el verano Enrique le abandona; pero luego... ¡eche usted

automóvil, abono en los teatros, comidas!... Cuanto ella quiere.

—¡Mamá!... ¡Es tan desgraciada la pobre!... Se pasa todo el día suspirando, sin poder acostumbrarse a la ausencia de mi padre. Otro Enrique, ¿saben? Allá en Filipinas matándose para acumular millones. Mamá querría que liquidase sus negocios y se viniera para siempre; pero él es insaciable.

—¿Lleva mucho tiempo por allá?

—Veinte años; apenas le recuerdo.

—¡Veinte años sin verse!—exclama Aurelia—. ¡Qué maridos, Matilde, qué maridos! El mío dice que cuando pasa una semana sin venir, se figura que ha transcurrido una eternidad.

—¡Los malditos negocios!—clama Matilde, sincera y doliente.

Marchan despacio, deteniéndose a cada momento; con lo cual doña Elena, Silda y D. Jacobo se ven en la precisión de detenerse también. Sin decir nada, y acaso sin notarlo, el filósofo se colgó al brazo de Silda, y en él se apoya. Distraídos con la charla de las señoras madrileñas, caminan silenciosos. Cerca del límite donde se bifurca la carretera, rasga el espacio un co-

hete, en seguida otro, después muchos más. La colonia se alborota, comienzan los gritos:

—¡Ya vienen!... ¡Ya están ahí!... ¡Ahora llegan a las «Matillas»!...

Corriendo como locos, vuelven pies atrás para esperar junto al hotel donde se detienen los coches.

Silda, por notar cierta alarma en D. Jacobo, explica persuasiva:

—Tranquilícese; podemos regresar despacio y a tiempo de ver la llegada de los maridos; pues aún habrán de recorrer los coches lo menos un kilómetro.

—Entonces, ¡puñales!, ¿a qué tanta carrera y tanto grito?

—Cosas de Paco Ramírez, un camisero madrileño; en cuanto cruza el coche por las «Matillas», para anunciar la llegada comienza a disparar cohetes. ¡Es un hombre muy chusco, muy bueno, muy trabajador!... Aún no hace cuatro años era encargado en la camisería de Otamendi y ya es dueño de una de las más acreditadas de Madrid. Está casado con esa señora a la cual llaman Aurelia; tiene cinco hijos y parece un hombre feliz: siempre de broma, jugando como si fuese un muchacho.

Suben lentamente. Cerca del hotel les alcanzan los coches, atestados de viajeros; y aún no se han detenido cuando ya están en el suelo los más ágiles, y las familias en sus brazos: las señoras, colgadas a los maridos, les besuquean; los hijos, les escudriñan los bolsillos, y al hallar alguna sorpresa, prorrumpen en alocadas exclamaciones. Es un bello cuadro que la Luna ilumina.

Tales explosiones de afecto regocijan a D. Jacobo. ¡Si pudiera gustarlas!... Extasiado las contempla cuando ante su vista se desliza la sombra del médico; y adiós placidez, adiós ensueños; pues el muy truhán, apenas le saluda, aprovecha un declive del terreno para colocarse al lado de Silda; y comienzan a salmodiar un diálogo, que no puede oír D. Jacobo.

—¿Cuándo acabarán mis suplicios?— pregunta Honorio.

—Cuando sea usted obediente y cumpla lo que le ordenan, cual hace D. Jacobo.

—No sea usted tirana, Silda.

—¿Por qué tanta impaciencia? Cualquiera pensaría que somos dos viejos y que nos acucia la necesidad de esclavizarnos.

—Tanto como eso, no; yo esperaré cuan-

to sea necesario; pero al menos, deme alguna esperanza.

—Si no me es posible... ¿por qué se obstina? Entretanto, seamos amigos. ¿No le satisface saber que no me niego rotundamente a sus pretensiones?

—¡Es tan poco!...

—Yo lo creo demasiado.

—¡Le costaría tan poco trabajo pronunciar la palabra que pudiera hacerme dichoso!...

—Pues vea usted lo que son las cosas: temiendo estoy haber ido demasiado lejos.

—¡Silda, Silda!... ¡No me diga usted eso, porque es lo mismo que una negación embozada!

—Es usted muy vehemente y bastante pesimista. Donde yo pongo reflexión, usted pone fuego, apasionamiento.

—Porque la pasión me hace enloquecer.

—Nunca es tan necesaria la cordura. La menor ligereza en estas cosas puede acarrear la infelicidad y la desesperación para toda la vida.

—Si amara usted como yo amo no juzgaría las cosas con esa frialdad.

Mientras hablan los jóvenes doña Elena procura distraer al filósofo, sustituyendo a

Silda en sus referencias y explicaciones; mas él no la escucha; puestas el alma y la mirada en el grupo formado por los jóvenes, sólo con gran esfuerzo consigue reprimirse; pero tales angustias sufre que rompe con las fórmulas de la más exquisita galantería, y, arrostrando el peligro de pasar por grosero, deja a la señora con la palabra en los labios y se plantifica al lado de ellos. Honorio tasca el freno, se pone lívido y comienza a preguntarle qué tal le ha sentado su prescripción.

No le pide explicaciones; mas el otro, satisfecho por haber cortado el idilio, con risa diabólica se las va dando minuciosamente, con toda clase de detalles: lo que ha hecho durante el día; lo que ha comido; a dónde fué; los ánimos que tiene... Está muy contento, contentísimo; piensa cumplir al pie de la letra, sin separarse un ápice, el plan que le ha trazado; para demostrárselo, el día siguiente le hará una visita en su domicilio: tanto por obligarle a ello la gratitud, cuanto por corresponder a las muchas que tiene recibidas en plena salud. Y termina:

—Ya notará usted que voy volviéndome diplomático y hasta cortesano; puesto

que busco la sociedad en lugar de temerla. ¡Es maravilloso lo que me sucede!... No ha transcurrido más que un día y parezco una persona distinta. ¡Y sin experimentar molestia, ni disgusto! Tuvo usted gran acierto con su plan; pero el *similia similibus curantur* ha fracasado por esta vez; pues el berrinche no ha hecho su presentación, en buena hora lo diga.

—Vaya, hombre, vaya... pues no sabe usted cuánto me alegro...

—Sí, amigo mío, sí... puede proclamarlo muy alto; también he de hacerlo por mi parte; pues desde hoy le considero como el mejor de los médicos y el primero de los psicólogos.

—No tanto, D. Jacobo, no tanto; que puedo envanecerme. Sus palabras me llenan de alegría, no precisamente por lo que me atañen, sino por lo que a usted afectan... Celebro haber acertado; ojalá que siguiendo este plan consigamos desterrar esa murria; lo otro no es posible arrancarlo de raíz como las malas hierbas de los jardines; pero hemos de hacer lo posible para que la vida le sea a usted grata. Todo es cuestión de tiempo y de buena voluntad.

—Por mi parte, me propongo ayudarle.

Ya ve usted hoy; quizá me excedo para ser el primer día.

—Pues por la mía, ya estará persuadido de los buenos deseos que me animan. Y a propósito de la visita: ¿lo dijo usted en serio?

—Muy en serio, ¡puñales! ¿Qué menos puedo hacer?

—Entonces, para no separarnos de mi plan, si le parece bien, me la hace usted al aire libre.

—¿Tan sucia está la casa, o es que hay gato encerrado?

—Modesto es mi albergue, mas está limpio; de lo otro, ni en broma. Sino que necesitando hablar con usted y no habiendo cosa que lo impida, me agradaría mucho que lo hiciésemos pinar adentro. ¿Qué le parece la idea?

—¡De perlas! ¿Iremos solos?

—Con nuestras conciencias. Procure llevar limpia la suya.

—Como el ampo de la nieve.

—Entonces, habiendo llegado a su casa, y sin tener otra cosa que decir, en ella le dejo para venir a buscarle mañana en punto de las diez.

—¿No le agradaría que nos reuniésemos

en la alameda, con lo cual partíamos el camino?

—Como usted guste.

—Siendo así, hasta mañana, a las diez en punto y en la alameda. Y cuidado con no ser puntual, porque entonces se queda usted sin visita y sin conferencia.

—Por mí no ha de quedar.

—Pues por mí tampoco.

CAPITULO XIII

DE HERODES A PILATOS

PRECISAMENTE en punto de las diez, ni minuto más ni minuto menos, se reunen por la mañana en la alameda de Villa Plácida, D. Jacobo y Honorio; cosa rarísima tratándose de españoles, pues es sabido que gozamos fama de acudir con retraso a todas las citas... si no son amorosas. El filósofo, viene jovial; el médico, alicaído; aquél, pasó en un sueño toda la noche; éste, sin cerrar los ojos; así le pusieron a cada cual los asuntos que lleva entre manos.

Después de saludarse cordialmente, Honorio ofrece el brazo para que en él se apoye su amigo y enfermo; mas éste, amable, lo rechaza, alegando·

—No lo achaque a desprecio; se lo agradezco mucho, mi querido doctor; mas hállome tan fuerte esta mañana, que pudiera subir a las cumbres sin auxilios ajenos. Ha estado usted acertadísimo en el diagnóstico y en el plan.

—Lo celebro infinito; pero mucho cuidado en excederse. A lo mejor, las fuerzas, o las ilusiones, de todo puede haber, suelen darnos un chasco; y las recaídas, en bastantes casos, son peores aún que la misma enfermedad.

—Podíamos probarlo. ¿Se atreve usted a subir conmigo hasta el puerto de «Mal Agosto».

—Ni pensarlo siquiera, amigo mío. Esa ascensión ofrece graves peligros para quienes están avezados a trotes semejantes. Calcule usted si los ofrecerá para nosotros no teniendo costumbre de andar por cerros y vericuetos, y desconociendo el camino para llegar a esa cumbre. Conformémonos con adentrarnos por el pinar, y no muy arriba.

—¡Puñales con los jóvenes del día!... Porque todas esas palabras tan sabias y tan prudentes, son una hipócrita y vergonzosa confesión de impotencia, de falta de

alientos. Lo repito, estimable doctor: los jóvenes de hoy parecen hechos de alfeñique.

—O de pasta flora: como usted quiera. Por lo pronto, ahí va un pitillo.

—¿Para sobornarme?

—Justamente: para sobornarle. Y ahí va la yesca: en el campo las cerillas resultan inútiles.

—Las que venden ahora son inútiles en todas partes; por no tener, ni siquiera tienen veneno.

Marchan despacio y procuran alargar la conversación con frases nimias, insustanciales; porque Honorio se encuentra cohibido, y D. Jacobo, aun ignorando por dónde saldrá el médico, sospecha que va a decirle algo poco halagüeño. Los filósofos también tienen prejuicios, y algunas veces su miajita de superstición.

Entre nimiedades y chupadas a los pitillos penetran en los amplios pinares; mas no el filósofo en el cerebro de quien le acompaña; pues el médico parece absorto en la contemplación del paisaje: agreste y soberbio. Pero como al señor de Alenza no se le cuecen mucho las cosas dentro del cuerpo, y está intrigado por conocer cuál

sea la causa que impulsó al médico para traerlo a conferenciar en estos parajes, abre la espita de la curiosidad que le acucia, en los siguientes términos y encarándose con Honorio a fin de no perder ni sus miradas:

—Aunque a usted le parezca lo contrario, intrígame no poco el haberme traído a los pinares para celebrar una conferencia. Cierto que el paisaje es espléndido, como usted afirma; exacto que al aspirar el alquitrán se dilatan el pecho y los pulmunes; pero, ¡puñales!, si cualquiera nos hubiese oído anoche, habríanos tomado por dos terribles conspiradores. Me parece prudentísimo no celebrar la conferencia en mi casa, habiendo en ella mujeres, pues quien dice mujer, dice curiosidad y fisgoneo; mas en la suya no acaece lo propio; al menos así me lo figuro.

Por no responder el médico, termina el filósofo, sin abandonar el acento amable que adoptó al levantarse.

—No siento pesadumbre, ni tampoco molestias por la excursión; la encuentro deliciosa; pero estoy intrigado, se lo repito.

—Tan razonable encuentro cuanto me

dice, que le quedo obligado y agradecido por su amable condescendencia; a ella procuraré corresponder cumplidamente. De tal gravedad considero cuanto voy a decirle, que desearía no hacer partícipe de mis palabras ni a la tierra que pisamos, ni al sol que nos alumbra, ni a los árboles que nos prestan sombra. Quisiera, amigo don Jacobo, que poseyésemos la facultad de remontarnos en el espacio, como se remontan sobre las cumbres aquellos aguiluchos, para que no salieran de entre nosotros las palabras que voy a decirle.

La curiosidad del filósofo se convierte en alarma; la cosa es para ello. ¡Qué puñales irá a decirle el médico con tanta reserva!... ¿Habrá cometido algún crimen?... ¿Habrá robado? Tiénele por pedante e inofensivo; excesivamente pagado de su persona; pero jamás pudo tomarlo por criminal. Sin embargo, el modo de expresarse... el sitio... sus pretensiones... Nada, que está como para ahogarlo con un cabello.

Después de encender otro pitillo, continúa Honorio:

—No sé qué me sucede en el pueblo; sobre todo en las casas hállome cohibido, sin poder expresar mi pensamiento; temo

que alguien me escuche y refiera después mis palabras, falseándolas a su gusto, exagerándolas, cuando menos. Por tal motivo siempre me dejo en el tintero la palabra mejor que quise decir, el concepto más importante que había de expresar. No sé si a usted le sucederá lo mismo.

—Algunas veces.

—A mí me ocurre siempre.

—Cuestión de carácter.

—En el campo, y más aún en lugares tan silenciosos como éstos, me ocurre lo contrario: el alma parece elevarse a regiones purísimas en las cuales no existen la doblez ni las miserias humanas; aquí siento el deseo de comunicar mis afectos a los amigos... Créame usted, señor de Alenza: de hallarme solo en este momento, hablara con los árboles.

—Lo creo; porque esta mañana se ha levantado usted bastante locuaz y no poco romántico. Pero supongo que no les diría a los árboles lo que ha de decirme a mí; pues aún no hace un momento mostróme su deseo de «no hacer partícipe de sus palabras ni a la tierra que pisamos, ni al sol que nos alumbra, ni a los árboles que nos prestan sombra».

Honorio comprende la alusión; mas no dice pío. Visto lo cual, apunta D. Jacobo, gozándose en mortificar a su compañero:

—Por sospechar poca firmeza en sus opiniones, y a lo de los árboles me remito, le ruego dé por terminado el prólogo y comience el relato.

—En seguida. ¿Le parece a usted que tomemos asiento en aquel peñote?

—No tengo inconveniente. ¿Decía usted?...

—Todavía no he dicho nada; comienzo ahora: D. Jacobo... amo a Silda.

Al escuchar estas lacónicas palabras don Jacobo da un salto cual si le hubiese picado un bicho; al advertirlo, Honorio, muy amable, pregunta:

—¿Le ocurre algo?

—Quizá me he clavado un espino; tal vez me picó algún bicho; sentí una molestia grande en la pantorrilla: eso es todo— responde el filósofo con marcada torpeza, pues no sabe mentir.

Solícito, Honorio examina la pierna, luego el peñote; y después de una requisa minuciosa, expone con la mayor ingenuidad:

—No encuentro nada.

—Quizá fué ilusión mía.

—Para su tranquilidad, acaso fuese mejor seguir paseando.

—No me parece mal la idea; por supuesto, si usted no experimenta cansancio.

—Ni mucho menos; pero aunque lo sintiera.

—Gracias por la atención, amigo Honorio. A los que no estamos hechos a caminar por el monte, los dedos se nos antojan huéspedes.

—Es natural.

—Quedábamos en que ama usted a Silda. ¿No es cierto?

—Sí, señor: eso dije.

—¿Y ella?...

—No sé qué contestarle. A veces figúrome ser correspondido...

—Vaya, hombre, vaya... ¿con que a veces se figura ser correspondido?... ¿es decir, que Silda también le ama?...

—Eso, es: que también ella me ama.

—¿En qué se funda usted para figurárselo?

—¡Vaya una pregunta! En que me escucha sin enojo, en notar que le halagan mis palabras, en que las contesta... y en otras mil cosas difíciles de explicar e incom-

prensibles para usted que no está enamorado.

—Cierto. Pero siga usted, siga usted—insiste D. Jacobo—. Si a veces se figura que Silda corresponde a su pasión, ¿qué sospecha otras veces?

—No ser correspondido.

—Eso es grave, porque viene usted a estar lo mismo que Quevedo cuando le metieron en la cesta y lo dejaron suspendido por la soga.

—Exacto. Y esa duda me mata, pues amo a Silda con frenesí, con locura.

—Muy bonito para que se lo diga usted a ella.

—Ya se lo he dicho.

—Sí ¿eh?... ¿Y qué le ha constestado?

—Nada en concreto; pues tal deduzco de sus palabras. A veces...

—No siga usted; vuelvo a verle como a Quevedo.

—Convendrá usted conmigo en que Silda es una mujer ideal.

—Convenido. ¡Vaya si es ideal!

—Convendrá usted también en que no se la puede tratar como a la mayoría de las mujeres.

—Conformes.

—Por eso seguí con ella procedimientos diferentes a los empleados con otras.

—¿Luego confiesa haber galanteado?...

—Sí, señor: a muchas.

—¡Vaya, hombre, vaya... y nosotros sin saber lo que teníamos en Villa Plácida! ¿Solteras, por supuesto?

—O casadas, cuando se me ponían a tiro.

—¡Es usted terrible! ¡Y yo que negaba la existencia del Tenorio!...

—Aquello ya pasó. Silda me ha hecho cambiar radicalmente. Cuando me acerco a ella siento timidez, parezco un párvulo. Porque Silda...

—Comprendido: «es una mujer ideal y no se la puede tratar como a la mayoría de las otras». ¿No es esto?

—Exacto.

—Hasta ahora vamos bien, muy bien—apunta D. Jacobo, mascando las frases con la misma rabia que mascaría el hígado de Honorio—. Pero dígame: ¿qué instrumento tocaré yo en esta orquesta? Porque no supongo que pretenda adjudicarme el violón.

—Ni muchísimo menos.

—Pues así lo parece, ¡repuñales! ¿Y para

decirme esto se rodeó de tanto misterio, trayéndome a este sitio y exigiendo nada menos que acudiese a él con la conciencia limpia? ¡Sí que me he lucido!

Aquí se detiene el médico, adopta una actitud melodramática, y exclama:

—¡Don Jacobo... usted es mi amigo... más aún: usted es mi padre!

—Gracias: no tengo suelto.

—Usted puede hacerme un favor grandísimo, uno de esos servicios que jamás se olvidan. ¡Pero, qué le sucede? ¡Está usted lívido!... ¡Y trémulo!... ¡Y casi helado!... ¿Se encuentra mal?

—No es nada: quizá debilidad.

—Fuera prudente regresar al pueblo; por el camino acabaré de explicarle mi situación.

—Sí; regresemos; pero continúe: me interesan mucho sus cosas. ¡Vaya si me interesan!...

—Decía que puede usted hacerme un favor grandísimo...

—Ya lo oí: de esos que jamás se olvidan. ¿En qué consiste?

—En ser mi valedor cerca de Silda.

Aquí se detiene D. Jacobo, y en vez de romper las narices al médico, lo cual se le

antoja, saca la cartera y de uno de sus departamentos la cédula de vecindad que pone ante los ojos de Honorio, diciéndole:

—Lea usted; y tenga presente que soy muy hombre: lo cual quiere decir que no me quito años.

—¿Qué significa esto?—pregunta Honorio, notablemente sorprendido y echándose hacia atrás.

—Que aún no he cumplido los cuarenta y seis y... ¿Comprende usted?

—Me explicaré mejor.

—Vale la pena; ¡pues el papelito que me adjudica es peor que el instrumento a que antes aludí!

—Noto en Silda algo así cual si temiese conceder a mis palabras el crédito que merecen; tal vez sospecha falta de sinceridad.

—Si conoce su fama de conquistador, la sospecha es natural.

—Conoce mis antecedentes por habérselos dicho, lo mismo que a usted.

—Entonces lo extraño es que no le despidiera el primer día con cajas destempladas.

—Al confesarle mis pecados le indiqué también mi propósito de enmienda. ¿Quiere usted mayor sinceridad?

—Yo no quiero nada, ¡puñales!

—Por notar en ella cierto temor es precisamente por lo que doy este paso. De tener Silda un padre o un hermano, con ellos descargara mi conciencia como lo voy a hacer con usted.

—Suponiendo que lo tolere.

—Naturalmente, y contando con su excesiva benevolencia.

—En ese caso, continúe; veamos a dónde va usted a parar.

—A convencerle de la nobleza y honradez de mis propósitos.

—¡Y dale bola! ¡Si a mí no tiene que convencerme de nada! Eso, a Silda.

—Hablo en la hipótesis de que fuera usted su padre.

—¡Puñales con la hipótesis!

—No creo que haya ofensa ni para usted ni para Silda.

—Si la hubiese para cualquiera de los dos, ni aun en hipótesis la sufriría.

—Silda y yo nacimos el uno para el otro.

—Pues siendo así, ¿qué hace falta para realizar esa finalidad?—pregunta con anhelo D. Jacobo, temiendo la respuesta.

—Que una persona para ella respetable

le convenza de mis propósitos, y haciéndole arrumbar ciertos prejuicios, me admita por esposo.

—¡Ah! ¿Luego existen prejuicios?... ¿Cuáles son?

—No lo sé fijamente: sospecho que la diferencia de clase.

—¡Diferencia de clase! ¿En dónde está? Si usted posee la carrera de Medicina, ella tiene la de Maestra. Y en cuanto a educación...

—Es verdad. Serán otros.

—¿Está usted seguro de que los tiene?

—Le diré: tanto como seguro... no; mas tengo sospechas. ¿Recuerda usted la conversación sostenida cierta tarde y las preguntas cruzadas sobre cómo le gustaban a Silda los hombres y a nosotros las mujeres?

—La recuerdo, aunque siempre me pareció tonta e impertinente.

—A partir de aquel día ¿ha notado usted en mí desgaire en la persona, exageración en el fumar, algún que otro terno; en una palabra: deseos de ser un hombre como el preferido por Silda?

—Escuche, señor mío: ¿por quién me toma? ¿Sospecha usted que todas mis pre-

ocupaciones consisten en contar los cigarros que fuma, los ternos que suelta y si se viste bien o va hecho un guiñapo? ¡Puñales con el hombre!... ¡Ni que fuese hijo mío!

—Ya le dije que por tal me considero en esta ocasión; como hablaría a mi padre le hablo.

—Perfectamente; pero yo, a palabras necias prestaré oídos de mercader.

Sin molestarse por las de D. Jacobo, continúa el médico:

—Si por una simple indirecta de Silda me he transformado tan radicalmente, calcule usted lo que haría cuando ella me transmitiese sus ruegos, que serían órdenes para mí. No le quepa a usted duda: por Silda fuera yo capaz de todo: de ser un santo o de ser un bandido.

—Lo creo, lo creo: no se esfuerce por convencerme.

—¿Sin ironía?

—Sin ironía.

—Luego si pensamos de la misma manera, quiere decirse que concede usted crédito a mis palabras; y al concedérselo y gozar, como goza, de cierto ascendiente sobre Silda, ¿qué dificultad halla usted para acceder a mi súplica?

—Como dificultades, quizá no halle ninguna; sólo que con el mismo derecho que usted se cree autorizado para hacérmela, me considero yo para negársela. ¿Está claro?

—Si explicase usted el motivo...

—Para el caso es igual: me niego y basta.

—¡Así? ¡Rotundamente?

—Rotundamente.

—Jamás pude esperarlo de su amistad; porque usted me ha brindado su amistad muchas veces. Y sobre todo, tratándose de un asunto sin importancia.

—¡Sin importancia! Será para usted; para mí la tiene grandísima.

—No lo discuto. Y no pudiendo hacerme ese favor ¿se negará también a darme un consejo.

—Según y conforme.

—¿También condiciones para esto?

—Naturalmente. No quiero echar sobre mi conciencia responsabilidades de tamaña índole. En mi caso, usted, y cualquiera, haría lo mismo. ¿No le parece?

—Don Jacobo, no acierto a responder concretamente; nunca estuve en trance parecido. En Madrid, cuando algún camarada me pedía consejo, tratábase de frivo-

lidades sin consecuencias. ¿Me quiere más sincero?

—Proceder de otra manera sería perjudicarse.

—¿Qué condiciones exige para darme el consejo?

—La primera, que me diga clara, rotunda y categóricamente si se cree correspondido por Silda.

—Tengo sospechas, nada más.

—Eso es poco; pues bien pudo tomar por indicios lo que quizá no pasó de ser amable cortesía.

—Justamente: ha puesto usted el dedo sobre la herida.

—¿Le duele?

—Mucho, muchísimo; pues de ahí dimanan mis angustias y mis zozobras: precisamente por eso buscaba su apoyo.

—Pues precisamente por eso no se lo puedo conceder; ni siquiera el consejo; ni tengo por qué señalar más condiciones; que careciendo la primera de base sólida para continuar, huelgan las otras, amigo mío.

—¿Lo cree usted así?

—Lo afirmo. Supongamos que yo tuviera sobre Silda ese ascendiente que sólo

existe en la imaginación de usted; supongamos que me atreviese a defender su pleito... lo cual es suponer demasiado... ¿Qué resultaría? Lo más probable, que no me hiciera caso; y de hacérmelo, tal vez por condescendencia, o temerosa de enojarme, violentase su manera de pensar, y accediendo a las pretensiones de usted realizara un acto contrario a su voluntad, y acaso, acaso le hiciese desgraciado por toda la vida.

—¡Querido D. Jacobo, es usted demasiado pesimista!

—Veo las cosas como son, y no como usted quisiera que fuesen. Quítese de los ojos la venda que le ciega y las verá del mismo modo.

—Entonces ¿me condena usted a desesperación eterna?

—¡Puñales!... ¿otra vez?... Ya le dije que no me culpe a mí de su suerte. No le condeno a nada. Me pide usted mi opinión; se la digo con noble franqueza; ¿qué voy a hacer, si no puedo halagar sus pasiones?

—Pues no renuncio a Silda. Esperaré cuanto sea preciso; sufriré resignado. ¡Es tan grande mi amor!...

—Aún es usted joven; puede esperar; no

se impaciente. En todo caso, mujeres no faltan.

—Cierto; pero como Silda ninguna. ¡Si sólo con verla me he transformado por completo! ¡Aquella cara!... ¡aquellos ojos!... ¡aquel modo de mirar!... ¡Pues y cuando sonríe! Le digo a usted que estoy loco.

—Me alegro de la advertencia.

—¡Y se goza con mis desdichas!

—No, señor; pero tomo nota de su locura para no volver a ponerme en sus manos. Un médico loco es tan temible como nube de granizo en primavera.

—¡También cruel! Sospecho que se venga de mí, abusando de su posición.

—No haría nada de más; también abusa usted de mí cuando me tiene en sus manos.

—Al menos hágame el favor de reservarse cuanto le he dicho.

—Sí, señor; y ahora sin condiciones.

Llegaban al pueblo. Como si las últimas frases del filófoso fueran definitivas, no vuelven a pronunciar ninguna otra. Marchan mohínos, cabizbajos, cual si acabasen de dejar en el cementerio algún ser querido. El sol cae de plano en la alameda y les abruma más. En la puerta de la

casona se aprietan las manos y se despiden con miradas de odio, cual fieras que pretenden devorarse.

Don Jacobo se encuentra en el cenador a doña Elena y a *Veludillo* sosteniendo animada conversación; la cual suspenden apenas lo divisan. El alcalde se pone en pie, y antes de que salude, pregunta el filósofo un tanto sorprendido de la visita:

—¿Cómo usted por aquí?, señor alcalde.

—Cosas de la vida, Sr. de Alenza; exigencias del cargo; a las cuales, por mi desgracia, no puedo sustraerme, por mucho que me duela.

—¡Me sorprenden esas palabras!

—Más le sorprenderán las otras que voy a decirle; si usted es tan amable que las escucha y doña Elena hace el favor de dejarnos solos.

—Sí, señor que lo soy—afirma la señora.—Ahí se quedan ustedes para arreglar sus cosas mientras yo cuido de las que por allá adentro reclaman mi presencia. Con Dios queden.

—Que El la guarde—apunta *Veludillo*, puesto en pie y saludando ceremonioso.

Don Jacobo, sin salir de su sorpresa, ve marchar a la señora, y espera. *Veludillo* se

atusa el cabello según costumbre, y después, encarándose con D. Jacobo, le dice:

—Dando por supuesto que me dispensa usted la merced de escucharme, ¿le parece a usted bien que nos sentemos?

Sin contestar, D. Jacobo se deja caer en un sillón de mimbre e invita con la mano para que haga lo propio *Veludillo*; el cual se coloca muy tieso y quédase mirándole, como si fuese el filósofo quien ha de hablar. Al notar su embarararazo, pregunta D. Jacobo, con la voz trémula y enronquecida por el berrinche que acaba de proporcionarle el médico:

—¿Qué va usted a decirme que tanto le atribula?

Veludillo vuelve a pasarse la mano por el cabello; hace esfuerzos titánicos para extraer de la garganta algo que tiene atascado; se limpia el sudor de la frente; mira hacia el suelo; tose, carraspea, y acaba por decir con voz acongojada:

—Don Jacobo... usted es un hombre...

—Desde que nací—replica D. Jacobo, huraño y desabrido.—¿Y para decirme eso se ha puesto usted tan fúnebre, y ha sudado cual si acabase de realizar el mayor de los esfuerzos?

—Usted es un hombre—repite el alcalde, sacando las palabras a pulso y con notable trabajo—, y no se molestará por nada que le diga.

—¡Puñales!... según ello sea.

Ahora, espetándolo de un tirón apunta el alcalde:

—En el pueblo se murmura de usted.

—Lo sospechaba.

—¡Que lo sospechaba!

—Sí, señor: en los pueblos como éste, ¿si la gente no se ocupa en murmurar, en qué ha de ocuparse?

—Quizá tenga razón, Sr. de Alenza; pero unas veces murmurará la gente con fundamento, y otras sin él; eso es, sí señor: unas veces con fundamento y otras sin él.

—Tratándose de mí, ¿cómo murmuran?

—Le diré a usted, mi señor D. Jacobo; pero conste que no habla el amigo ni el comerciante: habla la voz pública por boca de la primera autoridad, aunque indigna, de esta noble, heroica y honrada Villa Plácida; conste también, en descargo de mi conciencia, que no vengo a molestarle por impulso propio, sino forzado a ello por las circunstancias; conste...

—¡Puñales!... ¿Quiere usted acabar de

una vez?—pregunta D. Jacobo, con voz colérica y pegando un puñetazo sobre la mesa.—¿Murmuran de mí con fundamento o sin él?

Veludillo se coloca a prudente distancia del filósofo, y balbuce:

—Con... fundamento.

Lívido de coraje ruge el filósofo, amenazando al aire con los puños:

—¡Que se murmura de mí con fundamento! ¿Y viene usted a decírmelo en calidad de amigo o como alcalde?

—Como alcalde—replica trémulo *Veludillo*, apartándose más aún.

—¡Puñales!... bien se conoce que hay pocos asuntos por estudiar en la alcaldía cuando se mezcla usted en tales comadreos.

—Ya le dije que es la voz del pueblo la que habla, y ahora he de agregar que vengo en nombre de una comisión de vecinos de esta...

—Sí; muy noble, etc. No siga usted. Y ahora yo pregunto, digo, si lo permite el señor alcalde.

—¡Pues no he de permitir, Sr. de Alenza! Pregunte cuanto quiera, y gustoso responderé; pues además de que estoy obligado

a hacerlo, no puedo olvidar que me distingue con su amistad y compra en mi casa, que es la suya; eso es, sí, señor: la suya.

—¿Qué murmuran esos vecinos cuya representación ostenta usted en todo momento y ahora tan desagradablemente para ambos?

—Esa es la palabra, mi querido D. Jacobo: desagradablemente para ambos. Pues dicen... no, murmuran que no cumple usted sus deberes con la Iglesia.

—No lo creo un delito.

—Delito, no, señor; pero sí mal ejemplo; pues no acudiendo a oír misa las personas bien educadas, como usted, las otras, las que no lo son, pudieran imitarlas.

—Por donde vendrían a demostrar la poca solidez de sus creencias.

—Tratándose de personas de la cultura y de la ilustración que usted posee, la indirecta sería acertada... eso es, sí, señor: acertadísima; pues cada cual siguiera cumpliendo sus deberes de cristiano, sin preocuparse de que usted dejase de cumplir los suyos; aunque, naturalmente, lamentándolo mucho. Pero existen bastantes personas que carecen de ilustración y de

cultura; las cuales, del menor motivo sacan pretexto para hacerse los sordos cuando la campana invita a los fieles; esas son las personas que pueden imitarle; esas son las personas causantes de que se haya acercado a mí la comisión de vecinos y de que yo venga a molestarle, mi estimado Sr. de Alenza.

Después de soltar de un tirón la elocuente parrafada, y admirado de su propia locuacidad, *Veludillo* respira muy fuerte, como que acaba de quitarse de encima un peso aplastante; límpiase el sudor; se alisa el cabello, y espera. Don Jacobo, trémulo y balbuciente, asfixiándose de coraje y metiendo los puños por las narices al preopinante, pregunta, con palabras que semejan truenos:

—¿Por qué, ¡repuñales!, me imitan a mí y no a los otros?

—El instinto humano, endeble e imperfecto, nos impulsa a imitar lo malo, en lugar de inducirnos a copiar lo bueno—contesta la primera autoridad de Villa Plácida, continuando en el disfrute de su elocuencia, aunque conservándose a respetuosa distancia.

—¿Pretende usted hacerme responsable

de que los instintos humanos sean endebles e imperfectos?

—Tanto como eso... no, señor.

—Entonces, ¡puñales!, lo más acertado que pudieran hacer usted y quienes le impulsaron a dar este paso, es cuidar sus haciendas y dejarme tranquilo en la mía.

—De eso se trata.

—¿De dejarme en paz?

—Sí, señor.

—Pues está usted demostrando lo contrario o yo he perdido el juicio.

—Siguiendo las cosas como ahora están, y estimando algunos vecinos que el ejemplo dado por usted resulta pernicioso, el día menos pensado pudieran proporcionarle un disgusto gordo.

—Se guardarán muy bien. Además: usted tiene la obligación de impedirlo.

—A eso vengo.

—Explíquese.

—Ahora habla el amigo; y, por la inmerecida amistad que me profesa, le suplico que siquiera procure guardar las apariencias. ¿Me ha comprendido?

—No, señor; confieso mi torpeza.

—Me habré explicado mal; porque a mí, mándeme despachar un corte de vestido

y conseguir que se lo lleven de lana cuando pretendían adquirirlo de satén; ordéneme que incoe un expediente para dejar en libertad al individuo que sorprendieron robando leña; pero, ¡demonches!, y perdone la interjección, cuando se trata de cuestiones tan peliagudas como ésta, y de personas de la idiosincrasia de usted, me atarugo, me enredo y no doy con la frase. Si pudiera usted ayudarme...

—¡Pues sí que están lucidos los que acá le enviaron!

—¿Qué quiere usted? La falta de costumbre. En Villa Plácida vivimos como en una balsa de aceite, y no ocurriendo nada anormal, no está uno hecho a estos trotes.

—Veremos si consigo sacarle del atasco; pues siéndome muy grata su presencia, la conversación me está revolviendo la bilis. De sus palabras parece desprenderse el deseo de sus convecinos: quieren que yo me convierta en hipócrita, y aparentando lo contrario de lo que siento acuda a oír misa los días de precepto. ¿Voy bien por ahí?

—Perfectamente.

—¿No advierte usted que eso es una enormidad, una falsía?

—Quizá tenga razón; mas ellos dicen: que vaya a la iglesia siquiera una vez; ya verá usted como vuelve.

—¿Tiene usted algo más que decirme?

—Sí, señor: aunque esto carece de importancia.

—Acabe; pues la paciencia me va faltando.

—Se murmura también de que vive usted con dos mujeres, y guapas por añadidura.

—¡Alto ahí, señor mío!—ruge el filósofo, puesto en pie, cogiendo a *Veludillo* por las solapas de la americana y vapuleándolo cual si fuera un guiñapo.—¡Eso no lo tolero! ¿Entiende bien? ¡No lo tolero! Lo otro, pase, porque se trata de mí y a nadie más afecta; pero ésto, ¡ni mentarlo! Usted, como alcalde y como particular, y cuantos habitan en este pueblo de chismosos calumniadores, tienen obligación de respetar a esas señoras, honorables y dignas de toda suerte de consideraciones. Y si no fuera bastante que yo lo diga, que sí lo es, bastaría el hecho de habérmelas recomendado quien con tan poca habilidad las saca a relucir.

—Pero Sr. de Alenza—apunta el alcal-

de, con voz opaca y el pánico pintado en el rostro—... observe usted que no tuve propósito de molestar a tan dignas señoras.

—Lo que observo ¡puñales! es que hoy amaneció el día funesto para mí; pues salí de las manos de Herodes para caer en las de Pilatos; y yo me entiendo. ¡Márchese usted!... ¡a escape!... o no respondo de mí. Y dígales a esos oficiosos vecinos que le enviaron, que haré cuanto me plazca: si quiero ir a misa, iré; si se me antoja vivir con una docena o con un ciento de mujeres, viviré con ellas; pues mientras tenga dinero para alimentarlas y vestirlas, y pague los impuestos municipales, me importan un bledo usted y cuantos pretendan inmiscuirse en mis asuntos. ¡Puñales con la gentecita y con la tranquilidad de este poblacho indecente!...

Está rojo, congestionado, cual si fuera a estallar. Por notarlo *Veludillo*, pónese en pie y prudentemente se retira, muerto de miedo: tanto por lo que acaba de oir como alcalde cuanto por lo que pueda perder como industrial.

CAPITULO XIV

CONFIDENCIAS... ILUSIONES... QUIMERAS...

Mientras D. Jacobo y *Veludillo* arreglan sus asuntos en el jardín, doña Elena se dirige en busca de Silda, para decirle, con el asombro pintado en el semblante:

—¡Te parece, Silda, lo que acaba de manifestarme el alcalde!

—¿Qué es ello?—pregunta Silda, al notar lo alarmada que viene su madre.

—¡Una friolera, mujer! Que las gentes del pueblo nos traen y nos llevan en lenguas.

—¡A nosotras?

—Y a D. Jacobo.

—No lo tomes tan a pecho. Las gentes mordaces suelen clavar su aguijón en las

reputaciones mejor cimentadas. ¡Qué de particular tiene que se ceben en nosotras!

—¡Pues la cosa reviste más gravedad de lo que tú supones!

—Explícate, mamá.

—Una comisión de vecinos ha rogado al alcalde que venga y amoneste a don Jacobo; abajo están los dos tratando de ello.

—¡Berrinche seguro! ¿De qué se quejan?

—De que no asiste a oír misa.

—Cierto; pero con violencias no conseguirán que se enmiende; no es ese el camino.

—¿Conoces tú otro?

—Lo sospecho.

—¿Por qué no lo pones en práctica?

—Aún no es tiempo. ¿Dicen algo más?

—Ciertas cosas que no me parecen descabelladas.

—¿Cuáles?, mamá.

—Que si él y nosotras...

—¡Jesús nos valga! Hay lenguas que debieran estar picadas.

—A mí no me parecen disparatados esos rumores.

—¡Qué dices?, mamá.

—Me refiero al caso en que los sucesos

se desarrollasen naturalmente y como Dios manda.

—No te comprendo. Por favor, explícate; tus palabras me sorprenden en grado superlativo.

—Ellas tienen por causa ciertas sospechas que hace algún tiempo abrigo.

—¿Puedes decírmelas?

Aquí se turba un poco doña Elena, enrojece, y luego responde:

—Con mucho gusto; pero antes quisiera ir aclarando ciertas dudas en relación con ellas. Para que me entiendas mejor: con objeto de que yo pueda decirte mis sospechas, si ello fuere necesario, pues muy bien pudiera suceder que resultara inútil, me conviene dar un rodeo, y pedirte ciertas explicaciones para orientación de las mías.

Silda, con el alma puesta en las palabras de su madre, que le parecen enigmáticas, escucha. Doña Elena, baja la vista, continúa:

—Vamos a tratar un asunto muy serio, de extraordinaria transcendencia; y para hacerlo acertadamente necesito tu ayuda. ¿Quieres dármela?

—¿Pudiste dudarlo?

—Es menester que pongas a contribución tu cariño y tu talento.

—¡Por Dios, mamá! ¿Quieres empezar? ¿No comprendes cuánto me alarman y angustian tus ambigüedades? Por doloroso que sea lo que has de decirme, quizá no me cause tanta pesadumbre como el misterio de que lo rodeas.

—Tienes razón, Silda; soy una tonta. Cuando me veo precisada a tratar un asunto grave, me hago un lío, y queriendo proceder con cierta diplomacia, lo pongo peor. Así, pues, lisa y llanamente, te iré preguntando y tú me responderás con la franqueza que te caracteriza; no como si hablases con tu madre, sino como si lo hicieses con una amiga. Me ha parecido notar que el médico siente inclinación hacia ti... vamos, que te corteja. ¿Acerté, Silda, o mis buenos propósitos me hicieron ver lo que no existe?

—Estás en lo cierto.

—Y... ¿llegó a formalizarse la *cosa*?

—Me ha declarado su amor tan vehementemente como suelen hacerlo en estos casos los hombres enamorados de verdad.

—¡Ah, picaruela!... ¡Que calladito lo tenías!...

—No creí llegado el momento de participártelo por no estar esas *cosas* formalizadas.

—¿Por tu parte o por la de Honorio?

—Por la mía.

—¡Cómo! ¿Le has rechazado?

—Tanto como rechazarle, no; pero tampoco le di esperanzas.

—¿Estás loca?, chiquilla. ¿En qué te fundaste para desperdiciar tan buena proporción? ¡Ya ves: médico... bueno... trabajador... con porvenir... guapo... elegante!... ¡Cuántas se dieran con un canto en los pechos!... ¿Qué más pretendes?

—Ni pretendo más, ni siquiera me juzgo merecedora de tanto.

En un arranque de noble orgullo maternal, exclama doña Elena:

—¡Eso no, hija de mi alma; todo te lo mereces! Somos pobres, cierto; pero a honrada, hacendosa y bonita ninguna muchacha de Villa Plácida te gana, ni del mundo entero. Además, tienes una carrera. Mi pregunta no va por ese lado. Deseo que me digas cuáles son tus fundamentos para rechazar una proposición que juzgo ventajosa.

—Si quisiera explicártelos, no acertaría;

yo misma no lo sé. Hay algo que me induce a proceder así, aun reconociendo en Honorio muy buenas cualidades. Creo sinceramente que podría hacerme dichosa, que no merezco tanto; y a pesar de eso...

—¡Le rechazas! No te comprendo.

—A mí me sucede lo propio. Una fuerza irresistible me impulsó a rechazarle; una voz interior me dice que obré bien. Además, soy muy joven, no quiero separarme de tu lado. Un día me darán la cátedra, y entonces, con mi sueldo y con la pensión que el Duque te pasa, podremos vivir con holgura... juntitas las dos, como ahora estamos: yo, cuidando tu ancianidad; tú, sirviéndome de guía y de consuelo en la diaria lucha por la existencia; que ya no será terrible para nosotras, sino amable, lucha de amor, para ver cuál quiere más a la otra.

—¡Qué palabras tan dulces! ¡Cómo inundan mi alma de alegría! ¡Cuán buena eres, Silda! Pero te olvidaste que ya voy cuesta abajo, que no he de vivir mucho, y faltándote yo, ¿qué sería de ti, hija de mi alma, sin un consejero, sin un guía experto que pudiera conducirte a través del mundo, lleno de espinas y de abrojos?

—No pienses cosas tristes.

—¡Oh!... sí; hay que pensar en ellas, por mucho que nos martirice el hacerlo; no es posible sustraerse a lo que por ley de Dios debe ocurrir, quizá más pronto de lo que esperamos.

—No me atormentes con esas ideas: te lo suplico. Además, ya sé defenderme; ya puedo andar sola por el mundo. ¿No estuve varios años en Madrid, durante los cursos? Pues bien me he defendido, y algunas veces hasta con los puños; que nada me arredra.

—¡Pobre hija mía! ¡Cuántos sufrimientos me causaron aquellas ausencias! ¡Cuántas lágrimas vertí durante el tiempo que estuvimos separadas!

—Pero al fin nos hemos reunido para no separarnos jamás.

—Dios lo quisiera: bien se lo pido. Pero no seamos egoístas; no pretendamos encauzar la vida a nuestro gusto. Dispuesto está que los hijos han de separarse de sus padres, y no vamos a enmendar la plana a Dios, que todo lo ordena sabiamente. Mi único anhelo, la ilusión de toda mi vida consiste en verte casada con un hombre bueno, capaz de hacerte dichosa, tan di-

chosa como mereces. Por tal motivo, cuando mis sospechas respecto de Honorio fueron tomando cuerpo, ¡no puedes figurarte el placer que sentía! Y ahora tú echas por tierra mis ilusiones, destruyendo mis esperanzas.

—No te quejes, mamá.

—¡Si no me quejo! Aunque mis frases resulten amargas, no encierran reconvención, ni menos quejas. Lo que sí te suplico, hija de mi alma, es que medites bien cuanto estamos hablando, si aún es tiempo de remediar tu yerro: así lo juzgo. Ni me propongo torcer tu inclinación ni admito el sacrificio que por mí te impones.

—¡Si no hay tal sacrificio! ¡Si lo hago gustosa!

—Lo sé; pero no lo acepto. Conozco bien el refrán que dice: «el casado, casa quiere», pues yo también me acogí a él. No quiero ser un estorbo a tu felicidad, metiéndome en tu hogar; cada uno tiene sus aficiones, sus gustos, sus defectos, su carácter...

Calla un momento la madre, y como Silda no opone ningún reparo, vuelve a sus argumentos:

—Por muy dolorosa que sea para mí la

separación, como todas las madres, la vengo presintiendo, y en fuerza de pensarlo mucho llegué a resignarme; porque así debe ser, aunque al llevaros los maridos se lleven con vosotras pedazos de nuestras entrañas. Por esta razón, vuelvo a repetirlo, ni he de oponerme a que construyas tu nido de amor, noble anhelo de todas las solteras, ni acepto el sacrificio que me ofreces, y que con toda mi alma te agradezco. ¿Qué me dices?, Silda.

—Nada, mamá; te escucho con pena.

—¡Pena!... ¿Por qué?, hija de mi alma.

—No puedo explicarlo; pero siento una pena muy honda, muy honda. Por comprender la razón de tus argumentos, los hallo disculpables; no se me oculta que tus anhelos son los mismos anhelos de todas las madres: casar a sus hijas, dejarlas al amparo de un buen marido. Y, sin embargo, ¡qué tristes anhelos!... ¡qué funestas ilusiones, cuyo resultado ha de ser la separación de seres tan queridos!

—Es ley de vida.

—Dura ley, mamá; ley terrible que impulsa a las personas a proceder lo mismo que los seres irracionales. Nunca pensé que pudiera llegar para mí tan grave si-

tuación; mas, no obstante, contemplando algunas veces cómo abandonaban su nido las tiernas avecillas, apenas podían sostenerse en el espacio; viéndolas acudir en busca de sustento y crear nuevos nidos, pensaba yo: también los hijos, cuando se consideren con fuerzas para aletear ellos solos, abandonarán los hogares paternos para marchar en busca de otra vida: los varones, corriendo el mundo tras de locas quimeras; nosotras, acogiéndonos al amparo de un marido, que no sabemos cómo nos tratará.

Silda calla un momento, sin atreverse a mirar a su madre, que tiene los ojos empañados por las lágrimas; después continúa:

—No me creo mujer excepcional; pero algo existe en mí que me hace diferente de las otras. Mientras estuve en Madrid, he podido tener no pocos amoríos; mas no admití ninguno. Mis amigas y compañeras me tildaban de tonta y de orgullosa; pues no concebían que una muchacha de mi edad pudiera pasarse sin novio; era inadmisible para ellas que cifrara mis amores en mis padres y en los libros.

—¡Pobre Silda! ¡Cuán buena eres!—ex-

clama doña Elena; y cogiendo la cabeza de su hija, la besa con ternura.

Al notarse humedecido el rostro, levanta Silda la cabeza, y fijando la mirada en su madre, pregunta amable:

—¡Qué tienes? ¡Por qué lloras?

—Son tan dulces tus palabras que me llegan al corazón, y, al conmoverme profundamente, las lágrimas acuden a mis ojos sin poder remediarlo.

—Pues para evitar esas lágrimas, que a mí me acongojan, suspendamos tan ingrata conversación.

—No, no: continúa; te lo ruego. Lágrimas tan dulces como éstas no deben evitarse; al contrario, hija de mi alma. ¡Siempre sean así las que broten de mis ojos! Sigue, Silda, sigue; tus palabras me causan mucho bien.

—En otro momento lo haré. Estás muy excitada. Además: ahí llega D. Jacobo; escucho sus pasos y por ellos deduzco cómo viene. ¡Qué carácter el suyo! ¡Siempre atormentándose por nimiedades! ¡Tan bueno!... ¡Con ese corazón tan hermoso!... ¡Le tengo una lástima!...

—Bien la merece.

Don Jacobo cruza el pasillo como una

tromba y se mete en su cuarto. A las preguntas de Silda, responde:

—No quiero comer, ni ver a nadie, ni que me hablen.

Y por no verse a sí mismo, cierra las maderas del ventanal, se tumba en el sofá, y medita.

Después de lo ocurrido con Honorio y de cuanto acaba de escuchar al alcalde, su primer impulso fué marcharse a Madrid, a Londres, a Nueva York, al quinto infierno... a donde pueda evitar la presencia de los jóvenes y sus idilios; a donde las gentes no se inmiscuyan en la vida y milagros de los ciudadanos pacíficos como él. Con tales propósitos dirigíase hacia la casa, después de despedir a *Veludillo*, para ordenar le preparasen su maleta; pero aún no ha concluído de atravesar el jardín cuando varía de opinión; y dejando para más adelante tan radical medida, propónese analizar serenamente cuanto le ocurre; mas duda poder hacerlo. Sus nervios saltan, su cerebro parece una caldera en ebullición. Mejor podría tirarse por una ventana que ponerse a meditar. Sin embargo, lo intentará. Y como resultado de sus primeras meditaciones, acuerda:

—¿Marcharme? ¡No gozaría poco el mediquillo! Además: eso pudiera parecer una huída cobarde y, por ende, que me declaraba vencido. Y eso no lo hago yo aunque me emplumen. Por otra parte: ¿puedo vivir lejos de Silda? ¡Oh!... ¡no!... ¡ni pensarlo!... Por eso mismo debo quedarme en Villa Plácida, y me quedo, aunque murmuren, aunque revienten esos vecinos metijosos, el alcalde y toda su parentela...

No estando completamente satisfecho de su resolución, pretende aquilatarla, y lo hace en esta forma:

—Pero, veamos: ¿puedo proceder de este modo sin perjudicar a terceros? Claro que no, ¡puñales! Las murmuraciones y los chismes a mí no me importan; pero ¿y a ellas? Decididamente, debo cortar de raíz esas habladurías, atacándolas de frente. Conformes, Jacobo; mas ¿cómo lo haces? He aquí el problema. Lo más acertado fuera arrancar las lenguas viperinas y echarlas al *Canelo*; pero en esta ocasión, como en otras muchas, lo más acertado es precisamente lo único imposible de realizar. Es necesario acudir a procedimientos más suaves.

Y buscándolos se pasa un buen rato,

para llegar a otra conclusión, al parecer no definitiva:

—¡Puñales!, ésta si que era una medida radical para que enmudeciesen quienes murmuran y hacer reventar de un berrinche al audaz medicuelo; mas tampoco lo juzgo realizable: como que es un sueño, una utopía, una aberración.

Desechada esta fórmula por inadmisible, a su exaltada imaginación acude otra nueva; mas no debe agradarle, a juzgar por lo mucho que la masculla:

—También pudiera ser esto un remedio; pero sólo pensarlo me indigna. En verdad que no sería el primero, ni el último; sin embargo, nunca supe fingir lo que no siento. Mis teorías se van debilitando, lo conozco; apenas existen: no experimento rubor al confesarlo; mas si tomase las suyas como buenas, no lo haría de ocultis, sino francamente, a plena luz, con las banderas desplegadas y sin el menor resquicio de falsedad. Pero...

Atascado un instante, continúa en seguida, cual si tratase de convencerse:

—Por este lado la situación parece que se aclara, pudiera aclararse; todo consiste en realizar un sacrificio, en virtud del cual

tranquilizaría a estas mujeres y a los imbéciles que se ocupan de mí; pero, ¡puñales! ¿y lo otro? Eso sí que carezco de recursos para evitarlo. ¡Y todo por culpa del mediquillo!... ¡Que no le diese un torozón de tripas!...

Como si él mismo se las estuviese retorciendo, D. Jacobo se estruja las manos, y luego continúa:

—Vamos a suponer que una mañana me levanto de buen humor y le digo a Silda: «Ea, muñeca, llégate al señor cura y pídele hora para que comience a enseñarme la doctrina; para enseñármela, no: ya lo hicieron mi madre y los maestros; para recordarme lo que pude olvidar por no practicarlo; dile también que corrija mis yerros filosóficos; encarécele mucho que ponga al servicio de esta causa su buena voluntad, su ciencia teológica, su inspiración; todo cuanto pueda contribuir a redimirme, a salvar mi alma... a fin de poder entrar en la iglesia con la cabeza erguida; no como el criminal que esconde la faz para que no le descubran las huellas del delito.»

Cual si le abrumase lo que se acaba de proponer, detiénese un momento; se in-

corpora, y, sujeta la frente entre las manos, pues teme un estallido de su cerebro, prosigue:

—Ya he vuelto a mis años primeros, y al hacer confesión de mis errores, el párroco me absuelve; comienzo a cumplir mis deberes de cristiano; acudo a la iglesia puntualmente, colocándome en sitio visible para que gocen tranquilidad los espíritus timoratos; ¿qué consigo con eso?: ya lo dije: restablecer la paz en mi casa, mejor aún, en la del vecino. Cierto que es algo; pero ¡cuán poco para restablecerla también en mi alma!...

Como si no pudiese sostener el peso de sus pensamientos, vuelve a tumbarse, y sigue meditando:

—Para mi espíritu conturbado no puede haber paz, ni tranquilidad, ni sosiego; porque lo otro sigue igual; ¡qué igual, puñales!... ¡peor, mucho peor!; pues los idilios irán convirtiéndose en realidades y mis angustias creciendo a la par; sin que un día reviente de un berrinche; haciéndose eternas mis pesadumbres. Sí; los otros se casarán y yo habré de verlos... ¡antes ciegue!... cogiditos del brazo, arrullándose, besándose quizá en mi presencia. ¡No!

¡Cien veces no! ¡Mil veces no!... ¡Que murmuren!... ¡Que nos pongan en la picota!... ¡Que se hunda el firmamento y nos aplaste a todos!... ¡Pero que no llegue a ver a Silda en los brazos de Honorio... porque les estrujaría entre los míos!...

Dicho lo cual, de un salto se pone en pie, coge el sombrero, se lo encasqueta rabiosamente, y sale de estampía; sin decir a dónde va, ni qué viento le impulsa, ni si piensa volver.

Doña Elena y su hija apenas han comido, disgustadas por lo que ocurre; lamentándolo, buscan la forma de remediar las aflicciones de D. Jacobo; mas no dan con ella por mucho que torturan sus cerebros. Por fin, ante las angustias de su madre, y las suyas propias, que no son pequeñas, exclama Silda, como si se la escaparan las palabras:

—Yo tengo una idea que pudiese solucionar este conflicto y servir de tregua a tantos sufrimientos; pero he de reservarla todavía por no estar aún madura.

—¿Secretos para mí?

—A su tiempo dejarán de serlo. Pero dime, mamá: ¿te parece bien que continuemos la conversación interrumpida?

—Por ti la suspendimos.

—Es verdad: tus lágrimas y la llegada de D. Jacobo, así lo aconsejaban.

—Pues habiendo cesado la causa... si te place podemos continuar ahora mismo.

—Sí; mas has de prometerme conservarte serena. La ocasión no es para condolerse, sino para mostrarnos fuertes aunque salgan a relucir asuntos cruentos; sólo de esta manera llegaremos a razonar con cordura.

—Procuraré ser fuerte.

—Me dijiste esta mañana que para llegar a cierto punto necesitabas dar un rodeo. ¿No es verdad?

—Exacto.

—Demos por sentado que ya lo concluíste; ¿cuál es el punto adonde querías llegar?

—¡Tú corres demasiado, chiquilla! ¡Si aún estoy en la mitad del camino! ¿Te olvidas que no me explicaste la causa de rechazar la proposición de Honorio?

—Sí te la expliqué.

—Tan embozadamente que no llegué a vislumbrarla.

—La expliqué con franqueza y claridad; sino que tú...

—No sigas, Silda. Para una madre, por poco perspicaz que sea, ciertas manifestaciones no pasan inadvertidas. En esa decisión tuya veo algo más de cuanto me dices. Te juzgo excepcional, no por ser hija mía, sino por haber aprendido en los libros algunas cosas fuera del alcance de la mayoría de las muchachas; pero, aun con todo y con eso, las de tu edad, y no siendo feas, como tú no lo eres, piensan, naturalmente, en una de estas dos cosas: el matrimonio o el convento. ¿Pretendes ser monja?

—No tengo vocación.

—Entonces, queda lo otro. ¿Qué me contestas?

Ante el aprieto en que su madre la pone, y no pareciéndole oportuno responder, la joven se explica en esta forma:

—Antes de contestar tu pregunta te suplico me permitas dar un rodeo semejante al que tú diste; quizá luego podré acceder a cuanto de mí solicites. ¿Me concedes este capricho?

—Con alma y vida.

—Gracias, mamá. Explícame tus planes; pero con franqueza ¿eh?, cual si fuésemos dos amigas.

La inesperada petición de su hija es causa de que doña Elena se turbe, y no hallando salida mejor, adopta ésta:

—Si no son planes... lo más sospechas, ilusiones, quimeras...—y lo dice trémula y ruborosa.

—Lo que sea; pero explícame—insiste Silda, sin notar el aprieto en que pone a su madre.

—Suponiendo que te casaras con Honorio...

—¡Volvemos al mismo tema? No es eso lo concertado, mamá...

—Debo partir de aquí, hija mía.

—¿Para volver al rodeo?

—No; para ir ahora en línea recta hasta llegar al punto final de mis anhelos, sospechas, ilusiones, quimeras, o como queramos denominarlo.

—Perdóname la interrupción. Continúa.

—Te supongo casada con Honorio y te veo marchándote a tu casa, como es natural; por donde yo habré de quedarme solita en ésta; si Dios no lo dispone de otra manera y tengo que marcharme a la nuestra: llena para mí de dolorosos recuerdos. El caso sería igual, pues me quedaba sola.

—¡Bah!... no pienses en eso—interrumpe Silda, con voz doliente.

Por notarlo, exclama la madre, puestos los ojos en su hija:

—¡Ahora eres tú la débil, la que se aflige!... ¡Pobre hija mía!

—Naturalmente: se te ocurren unas ideas tan pesimistas...

—Como se te ocurrían a ti esta mañana.

—Aquéllas eran diferentes.

—En la forma quizá; mas en el fondo eran idénticas. Pero no perdamos tiempo en nimiedades cuando tan necesario nos es para terminar este asunto enojoso. Al quedarme yo sola, es natural que echando de menos tu cariño...

—¡Oh!... eso, no lo consiento; no continúes por ese camino; pues además de conseguir que las lágrimas broten a raudales de mis ojos, darás pie para que me enfade seriamente. ¡Esas palabras son crueles y me causan una pena infinita!

—No tuve esa intención, hija mía. Las pronuncié por creerlas necesarias.

—Acepto, por ser preciso que expongas tu plan, la hipótesis de mi casamiento con Honorio; acepto también lo de la separación, y observa que no soy parca en las

concesiones; pero sospechar que, por vivir yo tres puertas más abajo, pudieras perder mi cariño, ni lo acepto ni tienes derecho a insinuarlo siquiera.

Ante la entereza de Silda, su madre replica suavemente:

—Has de compartir el cariño con tu esposo, con tus hijos...

—Y con mi madre. Y te aseguro que si llegara el caso de hacerlo, para todos habría con exceso. Así, pues, considera que no dijiste lo del cariño, y sigue explicándote.

—Bueno. ¿Te parece que pongamos tus mimos?—pregunta la madre en tono jovial.

—Conformes, si te refieres a los que te hago en este momento—contesta Silda, cogiendo entre sus manos la cabeza de su madre y besándola efusivamente.

—A éstos me refiero. ¿Te parece poco?

—Cierto que no podría prodigártelos con tanta frecuencia; pero tal provisión de ellos te dejara al hallarme a tu lado, que no llegarías a notar la falta.

—Aunque así fuese, que no lo dudo; el hecho de no tenerte junto a mí todo el día, pudiera impulsarme a realizar lo que

en caso contrario no se me habría ocurrido.

—¿Meterte monja?—pregunta Silda, aparentando reír, aunque seria en el fondo.

—No; eso fuera tenerte más lejos.

—Entonces ¿qué harías?

Doña Elena se turba un momento, enrojece, baja la vista al suelo, y después, con la voz trémula, responde:

—Aceptar la proposición que pudiera hacerme algún hombre, si era lícita, noble y no te disgustaba. ¿Te enojas por lo que acabo de indicarte?

—No, mamá.

—¿Con franqueza?

—Nunca usé la doblez; menos ahora.

—De continuar las dos como hoy estamos, jamás se me hubiese ocurrido pensar en esto; y aun llegando a realizarlo, el recuerdo de tu padre, que de Dios goce, siempre habría de permanecer vivo en mi corazón. Casada tú y yo sola, no creo censurable mi conducta. ¿Qué opinas tú?, Silda.

—Que sucediendo las cosas según tú las pintas, procederías muy bien. Pero dime, mamá: ¿en qué te fundas para hablar así? En Villa Plácida no hay ningún

hombre en condiciones de hacerte esa proposición; al menos, yo no le conozco.

—Lo hay, hija mía.

—¿Quién?

—Don Jacobo.

—¿Te ha insinuado alguna cosa?—pregunta Silda, indiferente.

—Nada; pero tengo sospechas; aunque bien pudieran ser ilusiones—replica la madre, pavoneándose.

—Tú lo has dicho: ¡ilusiones!—afirma la joven, apenada y con energía.

—¿En qué te fundas para afirmarlo?—interroga la madre, con visible interés y disgusto.

—En nada. Lo dije por decir.

—Pues figúrate que no lo fueran: ¿qué te parecen mis sospechas: admisibles o absurdas?

—Admisibles, mamá: sobre todo tratándose de él.

—¿Luego no te disgusta?

—Al contrario: me alegraría mucho; más de lo que puedes figurarte.

—Lo creo, porque te conozco. Y ahora dime: suponiendo que mis ilusiones se convirtieran en realidades y me casase con D. Jacobo, puesto que no te desagrada

la idea, ¿te casarías tú con Honorio?; en la suposición, naturalmente, de que tal fuera su deseo. Respóndeme, Silda; pero con franqueza, mirándome a los ojos, para que yo pueda leer en los tuyos la sinceridad de la contestación.

—¡Me casaría con él!—responde Silda, entera la voz y mirando a su madre frente a frente.

—¡Así me gusta oirte! Pero, llegado el caso, tu boda había de verificarse antes que la mía.

—¡Qué más da! Mejor era celebrar las dos al mismo tiempo.

—No, Silda. Al forjarme las ilusiones de que te hablo, me formé el propósito firme e invariable de permanecer viuda mientras tú no estés casada algún tiempo y yo convencida de que eres dichosa.

—¡Loable propósito!

—Bien te lo mereces. Supongamos ahora que mis sospechas sólo fuesen ilusiones, quimeras sin confirmación, ¿te casarías con Honorio?

—¡No!—responde Silda, lo mismo que antes.

—¿Por qué?, hija de mi alma.

—Permíteme que no lo diga.

—¡Otro secreto!

—Otro.

—¿Me lo revelarás algún día?

—A su debido tiempo.

—¡Parece que no tienes confianza con tu madre!

—Mucha; bien lo sabes. Tan delicada es esta cuestión, que no puedo seguir tratándola. ¿Necesitas algo más?

—Nada, Silda, sino rogarte que veas en cuanto te dije, mi anhelo por hacerte dichosa: nada más que eso.

—Lo sé, mamá, y de todo corazón lo agradezco. Dame un beso, un abrazo y permiso para ir a ver por dónde anda don Jacobo: me preocupa mucho no oirle.

—Uno, y ciento, y mil—afirma la madre, acompañando la acción a la palabra, y luego pregunta:

—¿Te vas enojada?

—No, mamá; ¿por qué había de enojarme?

—Qué sé yo...

Al salir Silda, su madre comienza a llorar dulcemente.

CAPITULO XV

HACIA OTRA VIDA

PASARON días, semanas y meses. El médico siente odio africano hacia el filósofo, y éste le paga con la misma moneda. Cuando se encuentran casualmente, se miran hoscos, retadores, como tigres que van a devorarse. Ni Honorio ha vuelto a pisar la casa de su amigo y cliente, ni D. Jacobo utiliza sus servicios. Tres o cuatro veces acudió a la capital para consultar sus dolencias con un médico famoso; quien ante la certeza de que son crónicas, le ha fijado un plan terapéutico, para que, con el auxilio de ciertos específicos, vaya tirando, aunque malejamente.

Otra dolencia aqueja al filósofo; ésta no la reveló al especialista, persuadido de que

no le daría remedio, pues no existe en la Farmacopea; es más grave que las otras, con serlo aquéllas mucho; es mal que le aniquila lentamente, le agosta poco a poco, le va consumiendo.

Por sospechar que conoce el remedio, sin poder aplicarlo, su tormento es mayor cada día. Creyéndose condenado a suplicio eterno, se resigna a sufrir sus dolores, y hasta encuentra placer en soportarlos; pues el *otro* no se salió con la suya, y gustoso diera él la vida con tal de ver a Honorio en un ataud y con cuatro cirios alrededor.

Se ha constituído en cancerbero de Silda, sobre la cual ejerce vigilancia extremada; no la deja en paz un instante, y, sin embargo, no llegó a sorpren[illegible] juntos, ni les vió hablar una ve[illegible]có una mirada sospechosa. Por este la[illegible] tranquilo; pero no ceja. Para que su celar sea continuo, acude a la iglesia cuando van doña Elena y su hija; transformación que merece ser explicada, pues el filósofo aún no tropezó con aquel buen día en que pensaba encargar a la joven le pusiese en contacto con el cura para abjurar de sus errores y llevar a cabo una firme y categórica

protesta de fe cristiana. El hecho ocurrió en la forma siguiente:

Hace muchos años, quizá siglos, lo que ahora constituye el término de Villa Plácida era un páramo desierto donde sólo existía una ermita; y en lontananza espesos bosques y altísimas cumbres, a veces nevadas. En cierta ocasión, hallábase cazando por aquellos contornos un noble y poderoso señor; sorprendióle de pronto una horrible tormenta; cayeron varios rayos. La buena suerte del cazador permitió que el halconero, su acompañante, recordara la ermita; indicóselo; al momento pusieron los caballos a galope y allá se encaminaron.

Por solicitar albergue, el ermitaño se lo dió gus[illegible]mo también cena, que, aun siendo [illegible] glorias les supo. La noche fué h[illegible]en[illegible]a, cual no se había conocido semejante por aquellos contornos; pero, en bello contraste, el día amaneció espléndido.

El noble y su halconero, como buenos cristianos que eran, dieron gracias a Dios por la merced recibida por conducto del ermitaño, y a éste le recompensaron con largueza; luego salieron dispuestos a mon-

tar los caballos para dirigirse a la ciudad cercana, cuyo era el domicilio habitual del magnate; mas apenas puestas sus pecadoras plantas fuera del sagrado recinto, quedaron maravillados ante el paisaje que delante tenían.

No pudiendo reprimir su sorpresa, el noble hizo partícipes de ella al halconero y al ermitaño; y después de grandes exclamaciones, terminó:

—¡Deliciosos lugares para construir un palacio donde encontrar reposo a las arduas tareas del gobierno! ¡Ved qué bosque, Luciano! ¡Pues y la sierra! ¡Esto es grandioso, soberbio, y convida a la meditación!

—Decís bien, gran señor—confirmó el halconero—. En toda España no podría encontrarse un lugar tan a propósito para construir un palacio que sirviese de albergue y retiro a vuestra grandeza. Bien habéis menester lo último, ya que la gobernación del Estado y los difíciles asuntos que trae anexos, no os dejan descanso ni vagar, y así os vais consumiendo.

—Pues he de hacerlo en seguida; que ya se me tarda correr el venado por aquellos bosques. Tú has de encargarte de echar en ellos bastantes parejas.

Enterados por el ermitaño de quiénes eran los dueños de aquellas haciendas tan descuidadas, el noble las fué adquiriendo; y rápidamente surgieron los jardines y el palacio; luego, al cobijo de éste, el pueblo. Con el transcurso de los años los descendientes del noble fundador de Villa Plácida, acrecentaron y engrandecieron las extensas propiedades hasta ponerlas tal como hoy se encuentran.

Gracias a la munificencia de unos y otros nobles, la modesta ermita se convirtió en más que regular monasterio, con hermosa iglesia y extenso huerto a la espalda, poblado de soberbios frutales.

Todos los años, el 25 de Octubre, los monjes celebran una solemne función religiosa para conmemorar la fecha en que el noble concibiera el propósito de establecerse en estos lugares, fundando Villa Plácida. Terminado el panegírico, los fieles pasan al huerto. Por seguir una costumbre tradicional, los monjes ofrendan frutas recién cogidas. Es una especie de romería a la que no deja de asistir ningún vecino.

Al llegar este día, y ausentes ya los veraneantes madrileños, con lo cual la es-

tancia en Villa Plácida se deslizaba monótona, sin otra distracción que el casino o los chismes y comadreos de cocina, cosas ambas que desplacen a D. Jacobo, no hay necesidad de decir cómo se encontraría de aburrido el pobre señor. Andaba también desmadejado, mustio, verdoso de color, alicaído; por no tener, ni siquiera tenía ánimos para enfurruñarse; sólo de vez en cuando se le escapaba un ¡puñales!; mas salía de su garganta débil, medroso, cual si experimentase vergüenza de sí mismo.

Por verlo en tal estado, siempre piadosa, Silda le anunció la fiesta, invitándole de paso a que fuera con ellas; si no por otra razón, para matar el tedio algunos momentos. Accedió él y marcharon camino del monasterio; mezclándose entre la muchedumbre alegre y bullanguera que hacia el mismo punto se dirigía.

Llegados a la iglesia, D. Jacobo penetró decidido, con extraordinario asombro de Silda y de su madre y no menor de los otros romeros. La estupenda noticia divulgóse al momento, causando la natural alegría en aquellas almas piadosas; cada una de las cuales, desde *Veludillo* al más insignificante morador de Villa Plácida, se

atribuyó a sí mismo el milagro de la «conversión».

Ya dentro de la iglesia ocurrió lo que por fuerza había de suceder: como el sabio hubiese aprendido en sus años juveniles todas las fórmulas religiosas, comenzó a practicarlas naturalmente, sereno, sin afectación; cual si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Y al notarlo, el asombro de la concurrencia llegó a lo inconcebible; no atribuyendo ahora el milagro a los chismes, murmuraciones y demás zarandajas, sino a intervención de la prodigiosa Virgen de la Peña. Discúlpese el asombro de aquellas gentes cándidas; pues quién más, quién menos, todos temieron que la entrada del «réprobo» en la iglesia produciría un cataclismo horrendo.

Ni muchísimo menos: la ceremonia religiosa celebróse con el mismo esplendor y piedad que todos los años; mejor aún si cabe; pues es frecuente por esta época la caída de copiosas lluvias, y que arrecie el vendaval, y hasta la nieve tapice el suelo durante algunos días, y en aquél brillaba el sol con gran intensidad.

Desde la iglesia salieron al huerto, donde D. Jacobo conversó con los monjes so-

bre varios asuntos, y comió fruta, que parecióle exquisita. Con placer inmenso observaba Silda la metamorfosis del filósofo; pero conociéndole bien, guardóse de insinuar la menor alusión a ella; y en cierto instante que su madre estuvo a punto de hacerlo, intervino rápida, desviando el diálogo hacia otro tema diametralmente opuesto.

Desde entonces D. Jacobo les acompañaba a la iglesia los domingos y días de precepto; sin decir nada, cual si fuera la cosa más corriente y estuviese realizándola desde el preciso momento de haberlas conocido.

Silda hizo notar a su madre, aunque no le había pasado inadvertido, el cambio de táctica que D. Jacobo venía realizando; encargándole al propio tiempo que no se le deslizara la menor alusión a ello; pues bastaría que se lo hicieran notar, para que volviese a las andadas; por aquello de no admitir consejos de nadie y menos que se le contradijera.

También aprovechó Silda cuantos momentos favorables se le vinieron a la mano para interrogar a su madre sobre ciertas ilusiones; y al responder la señora que

se había convencido plenamente de que sólo eran quimeras, la joven fué restando esperanzas a Honorio, y terminó por arrancárselas de raíz.

Esto le sentó al médico como una perdigonada a boca de jarro; pero era joven, y llevando aún en la sangre sedimentos *petronianos,* buscó consuelo a sus males con la hija del carnicero. No era la moza tan exigente y remilgada como Silda; lo cual permitió a Honorio volver a su cualidad de *arbiter elegantiarum* de Villa Plácida; quiere decirse, a usar los pantalones con raya, primorosos botines y flor en el ojal. Así, para que la otra tragase quina.

Cuando el médico se transformaba y volvía a pensar en *Petronio* era capaz de las mayores heroicidades... hasta de quitar el pellejo a su prójimo; por eso comenzó a propalar la noticia de que sus galanteos con la maestrita habían sido un pasatiempo para no aburrirse; nada más. ¡Y la tonta llegó a tomarlo en serio!... ¡Se lo había creído!... ¡Para ella estaba el hijo de su madre, el *arbiter elegantiarum* de Recoletos y Villa Plácida!

Cuando llegaron estos rumores a oídos de doña Elena, la pobre madre vertió mu-

chas lágrimas. En cambio a Silda no consiguieron hacerle mella; ni siquiera insinuó, como otra habría hecho, que pudieran ser fruto de las molestias que el médico experimentaba al verse rechazado.

Don Jacobo sí las recibió con calor; pues aunque el sesgo que iban tomando las cosas le agradaba en extremo, que además de filósofo era hombre, y egoísta, por ende. Grande trabajo hubieron de realizar las ultrajadas mujeres para impedir que acudiese en busca de Honorio en demanda de una pública retractación, o para arrancarle la lengua, si a ello se oponía.

Mas al fin se salió con la suya; pues atrapóle un domingo delante de la iglesia, y gracias a la intervención de las personas que estaban allí cerca, pudo contarlo el despechado y lenguaraz mediquillo; pero no se escapó sin su porqué; pues D. Jacobo le dijo cuanto hacía al caso, y fuerte, muy fuerte, para que lo supiesen hasta en el último rincón de Villa Plácida. Con lo cual cada uno se marchó por su lado y los comentaristas quedáronse despotricando de lo lindo, unos a favor y otros en contra de *Petronio*.

Esta es la razón de que las cosas estu-

viesen como decíamos al principio, y de que cuando D. Jacobo y Honorio se tropezaban por casualidad, se mirasen hoscos, retadores, enseñándose los dentarrones lo mismo que si fueran dos tigres en acecho para devorarse.

Al llegar el invierno, interminable en Villa Plácida, comienzan las nevadas, las terribles nevadas. Como envueltas en blanco sudario, destácanse las crestas y las lomas de la sierra. La cacera y los estanques permanecen helados. El paisaje, triste y melancólico, amedrenta a las gentes, acoquinadas alrededor de los hogares.

Es aventurado salir a la calle sin ir provisto de gruesos zapatos y de bastones ferrados; pues la nieve congelada produce bastantes caídas y algún rompimiento de piernas. Los zagales no sacan a pastar el ganado; alguno ha visto lobos hambrientos, castañeteando los dientes y poniéndolo en grave aprieto.

El cielo está blancuzco, y entre la albura de arriba y la de abajo, una luz tenue, gris, mortecina. Todo parece dormido en Villa Plácida, lo mismo en las montañas que en los valles. Nadie en el campo; nadie en las callejas. La vida se reconcentra

en las cocinas, al amor de la lumbre consoladora. De las chimeneas de las casas se elevan sin cesar nubecillas de humo; unas blancas, otras parduzcas; todas densas. Un frío intensísimo entumece los miembros, los agarrota.

Don Jacobo está triste, muy triste; acurrucado junto a la chimenea monumental, atiza sin cesar la enorme hoguera: los leños forman pirámide de brasas. Hace tiempo no lee, ni trabaja, ni piensa, cual si tuviera entumecido el cerebro. A los pies del filósofo, el *Canelo*, próximo al hogar humeante, dormita y rezonga; *Lulú*, la gata de albo pelo, ronronea sobre una silla; el canario, oculta la cabeza entre las áureas plumas, en alto una pata, parece disecado.

Todo es letal silencio, interrumpido apenas por el continuo clavar de las agujas al herir la tela en que afanosas trabajan Silda y su madre.

Han llamado a la puerta. El *Canelo* rezonga; mas no se mueve: señal de ser amigo quien turba su reposo. Robustiana franquea la entrada al tió Eustaquio, que acude a vender las pocas hortalizas llegadas de otros pueblos. Viene aterido, cubierto

de nieve; la cual se sacude antes de acercarse al hogar.

—Tome asiento y caliéntese, que bien lo ha menester—ordena D. Jacobo, y de paso le ofrece un pitillo, que el viejo agradece.

—¿Qué se cuenta por ahí?—pregunta, curiosa, doña Elena.

—¡Toña!... y perdonen ustés... un suceso que trae costernao a tó el pueblo—contesta el tió Eustaquio, cogiendo un tizón para encender el cigarro; y luego—: Verán ustés: Pues que los ceviles han prendío a Rufo y a su hijo y los conducen a Logueruela, aonde está el juzgau de primera istancia.

—¿Qué han hecho?—interroga Silda, suspendiendo la costura.

—Na u casi na, ¡toña! Desafiando el temporal arriesgáronse a salir al monte en busca de leña pa calentar un poco su choza; y como el ascenso se hacía imposible y el frío aprieta que es un dolor, metieron el hacha en un pino, y allá que te va; pero entoavía no estaba el árbol en el suelo, cuando se presentan los ceviles y me los cogen y me los llevan presos.

—¡Desdichados!—gime Silda.

—¡Y tanto, toña! Porque como la empresa explotadora de los pinares tiene gran poderío, les meterán en la cárcel pa mucho tiempo, pa una eterniá, y en la probe choza pasará hambre la familia. ¡Una desolación! Baltasara, la mujer de Rufo, allá queda convertía en un mar de lagrimones lo mesmo que puños; y es pa llorar... ¡toña!..., porque a su alredeor tié seis pequeñines que paecen una pollá.

—¡Pobres gentes!—musita doña Elena, con acento doliente.

—El Alcalde y algunas otras personas prencipales, quisieron evitar el suceso echando tierra encima; pero ¡quiá! no han podío; los ceviles cumplen su obligación sin escuchar a naide. Cualsiquiera se fegura que saldrían de vegilancia con un día tan perro; cuando hasta los lobos, ateríos, han cesao de aullar y están ocultos en las madrigueras. ¡Qué hombres, toña!... ¡A luego hay personas que les quieren mal!... ¡Esos sí que se ganan el piazo e pan que se comen!... Carretera alante van los cuatro y el carro que conduce el pino. ¡Buen ejemplar, toña!, ¡Lo menos, lo menos vale trescientos reales!... Pa rato tién los probes...

El tió Eustaquio suspende su triste relación para encender de nuevo el pitillo. Don Jacobo saca un billete de la cartera, y se lo da al anciano, ordenándole:

—Llévalo a Baltasara; pero guárdate de decir quién te lo dió.

—¡Toña!... ¿Y si me pregunta, como forzosamente ha de preguntarme?

—Inventa lo que quieras, con tal de ocultar mi nombre.

—Así he de hacerlo. ¡Cuidao que es usté güeno! Pues aún no he finiquitao las calamidades.

—¿Qué más ocurre?—pregunta Silda muerta de angustia.

—Que a Prisco, el de la Casia, se le ha despeñao la *Morita*.

—¡Vaya por Dios!—exclama doña Elena.

—Ustés perdonen; pero era una vaca tan inteligente como cualsiquier persona. ¡Y valía lo menos cuatro mil reales! Se le ha tronchao una pata; habrán de matarla.

—Sírvale de consuelo—interviene Silda—que ahora la carne se vende a buen precio.

—Es verdá, señorita; pero lo peor es que también habrán de matar al choto;

porque le han puesto un caldero de leche delante del hocico, y no quié probarla. Mal comparao parece una persona. Llama a su madre con unos mugíos que meten el corazón en un puño. ¡Pues la *Morita*, otra persona! ¡Qué mugíos tan tiernos! ¡Una pena, señor, una pena! ¡Llamando al choto como pudiera llamar a su hijo la mejor de las madres!...

Don Jacobo saca otro billete y se lo entrega; haciéndole idéntica recomendación. El anciano parece dispuesto a continuar refiriendo calamidades; pero doña Elena, económica y alarmada, le despide amable: para evitar mayores aflicciones y al propio tiempo que deje sin tripas la cartera de D. Jacobo.

Por la ventana de la cocina se ve caer la nieve. El *Canelo*, después de acompañar hasta la puerta al tió Eustaquio, torna a echarse a los pies de D. Jacobo, y confortado al amor de la lumbre, se queda dormido.

Vuelve el letal silencio. Don Jacobo, puesta la mirada en las vigas del techo, parece dormir. Después de un espacio que parece un siglo, suspira. Piadosa, le dice la joven, con voz doliente:

—¡Cómo se aburre usted!

—No sólo me aburro; cada día son más grandes las penas que me afligen—contesta él con acento amargo y sincero; y termina—: Quisiera morirme.

—¡La Virgen de la Peña nos asista!—implora la madre.—¡No diga usted eso! ¿Qué le sucede para pensar esas cosas tan tristes?

—No lo sé, Elena, no lo sé. Tales son mis sufrimientos y mis pesadumbres, que no siento amor a la vida. Unas veces, el hígado; otras, el reuma; siempre algo que me atormenta, que me aniquila, que me destroza... y allá en lo más hondo del mísero organismo, cierto malestar inexplicable, que me acobarda de tal manera, que voy apeteciendo el término de esta vida deleznable y cruenta.

—Señor, ya que estos médicos no aciertan con su dolencia, debería marcharse a Madrid, al extranjero, a cualquiera parte donde haya otros más entendidos. Resulta hasta poco cristiano dejarse morir de esta manera; porque yo me figuro que existiendo el mal, habrá remedio para él.

—¡No lo hay, Elena! Mi dolencia está muy arraigada, muy profunda; no sirven

para curarla ni los médicos ni las medicinas. ¡No, no; para mí no hay remedio!

Silda, que apenas puede contener las lágrimas, interviene amable y piadosa:

—Sobre todo obstinándose en no buscarlo.

—Es inútil: no lo hallaría. A mí me sucede lo que al hambriento cuando contempla sabrosas viandas a través del cristal de un escaparate y con una pareja de guardias al lado.

—Y eso, ¿por qué?—pregunta la madre, ingenuamente y con gran interés.

—Porque así lo ha dispuesto mi estrella, destinándome a ver la felicidad de los otros, sin poder gustar la mía; a padecer hambre de aquello de que los demás padecen hartura; a rabiar y a sufrir eternamente.

—Procediendo de ese modo, no llegará a curarse—replica la joven con entereza.

—¡Cómo he de proceder?—pregunta él, lleno de asombro.

—Siendo sincero con las personas que le aprecian; no ocultando lo que está a la vista.

—¡Buenos ojos tienes! ¿Qué ves tú, pequeña?

—Lo mucho que sufre.

—Ya lo dije: ¡buenos ojos tienes! ¿Acaso oculto mis sufrimientos? ¡Si te parece que os molesto poco con mis achaques!...

—No quise referirme a esas dolencias, de sobra conocidas.

—Entonces, ¿a cuáles te refieres?

—A las otras, a las que pudiéramos llamar dolencias morales.

—¡Crees que las padezco?—pregunta D. Jacobo, enrojeciendo como una colegiala y esperando con anhelo la respuesta.

—Y no pequeñas.

—¡Pues sabes más que yo!—objeta él, un tanto repuesto y aparentando extrañeza.

—No siempre ha de ser usted el sabio y yo la ignorante.

—¡Ignorante tú!... Siempre te tuve por bachillera; desde hoy te otorgo el doctorado: bien merecido lo tienes.

—Muchas gracias por la lisonja.

—Justicia, Silda. Yo no lisonjeo a nadie, y menos a ti. Pero, explícame, puesto que ya reconozco que me aventajas en sabiduría: ¿qué dolencias morales son esas?

—Nadie las conoce mejor que quien las

sufre; pero a usted le falta valor y no se atreve a confesarlo.

—Entonces, ¿por qué callarlas tú? ¿Por qué no decírmelas? ¿También eres cobarde?

—Justo—interviene la madre—. Debes decir cuáles son, o confesar tu cobardía.

—Si yo pudiera...

—¿Quién te lo impide?—interroga anhelante el filósofo.

—El convencionalismo; lo que nos impide a las mujeres expresar sin celajes cuanto sentimos.

—Pues en esta ocasión, cogidita te tengo. Tratárase de otra persona, y yo diría que tienes razón; pero conmigo no te vale. Bien conoces mi modo de pensar y cuánto detesto los formulismos convencionales.

—Precisamente por tratarse de usted no puedo expresarme con libertad; me veo obligada a no manifestar mi pensamiento como lo haría si se tratase de otra persona.

—Veamos si te puedo ayudar. ¿Es cosa que afecta a mi carácter?

—En parte, sí; y en parte, no.

—Criatura, explícate más claro: no me atormentes.

—Dije que en parte sí, porque su idiosincrasia le impide avanzar para coger la fruta apetecida; con lo cual cesarían sus padecimientos.

—Bueno; ya sabemos algo—interrumpe el filósofo, aunque todavía permanece en ayunas.— ¿Y por qué dijiste en parte no? Explícate.

—Por no ser el mal genio la causa de las penas que le agobian. De algún tiempo a esta parte parece usted otro.

—Como que ni fuerzas tengo para incomodarme. Pero no olvides lo prometido, y explícate con claridad; pues hasta ahora sólo lo has puesto peor que estaba.

—Casi siempre soy torpe; ahora estoy fatal. Quisiera tropezar con la palabra justa que me permitiese hacerme comprensible sin rebasar los límites previamente fijados; mas no la encuentro, bien a pesar mío.

—Eso es falsa modestia... o propósito de hacerme sufrir.

—Todo lo contrario. Si mi deseo es complacerle, si diera gustosa la vida por hacer agradable la de usted.

—Gracias, Silda; muchas gracias. Pero nos separamos de la cuestión principal, y

yo ardo en deseos de conocer mi dolencia... y el modo de curarla. Haz el favor de decírmelo, que como esté al alcance de mi mano, verás cuán presto me lo aplico.

—Por más que lo intento...

—¡Puñales!... ¡Acaba de una vez!

—Pues allá va: D. Jacobo, usted está enamorado...

—¡No es cierto!—afirma, rápido, D. Jacobo, aunque sus anhelos demuestran lo contrario.

—Está usted enamorado—continúa Silda, valiente, sin hacer caso de la interrupción—; pero no se atreve a decirlo.

—¡Repito que no es cierto!

—Ocultando la enfermedad, ¿cómo quiere hallar el remedio?

—Sólo por conocerlo admito la hipótesis. Venga, pues, ese plan terapéutico, que será, como tuyo, disparatado.

—Vamos por partes: ¿conviene usted en el enamoramiento?

—Suponte que sí... por lo ya expuesto; y porque contigo es necesario ceder, y dejar que te salgas con la tuya, o arrojarte por un balcón.

—Perfectamente: está usted enamorado; y no teniendo la audacia necesaria para

confesárselo a la mujer en quien puso los ojos, sufre bárbaramente, se le queman las entrañas, y llegará a caer enfermo de gravedad, si no lo está todavía. ¿Me explico?

—Medianamente. En lo que acertaste de lleno es en lo referente a la gravedad; cosa indudable; pero no veas en ello peligro; al contrario: si mañana reviento de un berrinche, se quedan ustedes tranquilas y yo dejo de padecer.

—Es usted injusto—corrige doña Elena.

—Y apasionado—agrega Silda.

—Lo que ustedes quieran... ¡puñales!, puesto que se conjuran para aumentar mis sufrimientos.

—Y ahora, mordaz—afirma la joven, con dejos de amargura—. Por quererle bien deseamos remediar sus dolencias.

—¿Las físicas o las morales?

—Ahora sólo tratamos de las morales; de las otras ya se encargarán los médicos.

—Si no es Honorio...

—El que usted elija.

—Venga el otro remedio.

—Confesó usted que sufre mal de amores...

—¡En hipótesis nada más! ¡Cuidado!

—Sea en hipótesis. Y yo le dije que por falta de audacia.

—Mejor dirías por cortedad.

—Dejémoslo en cortedad, si así le conviene. Y ahora pregunto: ¿Qué le impide declarar a su amada el motivo que así le tiene? ¿O pretende usted que venga ella para pedirle su blanca mano?

—Ironías no... ¡pu...ña...les!—clama don Jacobo, sacando la interjección a fuerza de tirones.

—Sinceridad, sólo sinceridad—replica la joven, con gran asombro de su madre, intrigada por conocer en qué paran las misas—. Me parece muy bien que no se convierta usted en tenorio callejero, pues a sus años...

—¡Me llamas viejo?—pregunta el filósofo, bastante apesadumbrado.

—Viejo, no; pero tampoco es usted una criatura; y no lo tome a deseo de mortificarle.

—De la edad de tu madre.

—Justo; por ahí andaremos—afirma la señora, con los ojos encandilados y relamiéndose de gusto.

—En esa edad no sientan bien determinadas manifestaciones; pero tampoco es

prudente pasarse la vida suspirando y sufriendo, sin pronunciar las frases por donde se pueda sacar en consecuencia si es uno correspondido o rechazado.

—Lo cual significa, en castellano mondo y lirondo, que debo declararme.

—Usted lo ha dicho.

—Pero enfrente de tu opinión, no tan descabellada como creía, tengo yo otra opuesta; siempre hablando en hipótesis y siguiendo tu símil.

—De la opinión de usted toman origen sus sufrimientos.

—Quizá tengas razón; pero ¿y si la hipótesis resulta falsa?

—Después lo veremos. Ahora dígame esa opinión para ver si me equivoco.

—Que no debo decir esas palabras y sí continuar sufriendo.

—¿Por qué?

—Supongamos que la mujer de nuestra hipótesis es joven y bonita (doña Elena pierde el color y frunce el ceño); que me encaro con ella y le digo con toda la amabilidad posible: «Alma de mi alma y objeto de mis tormentos, angustias y pesadumbres: aquí tiene usted un vegestorio, feo, sin dos pesetas, con una carga enorme de

alifafes y un genio inaguantable; que está loco de amor por usted, muriéndose ante la duda de si será correspondido, pues sin su amor la vida le es odiosa.»

Don Jacobo hace punto y se queda contemplando a la joven; la cual sostiene la mirada con valentía; y al notar que Silda permanece en silencio, pregunta hecho un taco:

—¿Qué te pareció el parrafito?

—¿Ha terminado usted?

—¡Naturalmente! ¿O pretendías que le hablase de sus dientes marfileños, sus labios coralinos, sus ojos de azabache, sus cabellos áureos, sus carnes de nácar y demás lindezas que utilizan los poetas en casos semejantes?

—No, señor; basta con lo dicho.

—¿Entonces?...

—Hasta ahí las cosas van muy bien. Dígame ahora: ¿en dónde ve el peligro que le acobarda?

—¿Te refieres a la hipótesis o a la realidad?

—A la hipótesis—contesta la joven con dejos de malicia.

—Primero, en lo ridículo de mi situación.

—¡Ridículo!... ¿Por qué?

—¡Te parece poco! ¡Venir a mis años, con mis trazas y con mis achaques a formular semejante declaración ante una joven hermosa!... Porque a mi edad, y sigo hablando en hipótesis y sosteniendo tu símil, los hombres suelen enamorarse de las mocitas; mas no de las jamonas... Y no lo digo por usted, Elena... ¿Notas ahora el espantoso ridículo?

—No, señor.

—Entonces, estás ciega o lo tomas a guasa.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Habré perdido yo la chaveta.

—Quizá.

—Silda, hablemos seriamente; la cosa es demasiado grave.

—En serio hablamos, D. Jacobo; por lo menos yo.

—Y yo también, ¡puñales! ¿Te parece que podría espetar esa declaración sin caer en el ridículo?

—Sí, señor.

—¿Aun abandonando la hipótesis para volver a la realidad?

—Aun volviendo a la realidad.

—¿Y tú crees que pudiera encontrar una

joven capaz de cargar conmigo, conociéndome a fondo?

—Conociéndole, sí, señor; en caso contrario, no me atrevería a decir lo mismo.

—¿Entonces, no tienes en cuenta el enorme sacrificio que esto supondría para ella?

—Hasta cierto punto; pues pudiera hacerlo gustosa.

—De tal modo lo pintas que me animo a intentarlo.

—¿De veras?

—De veras. Silda... desde que te conocí te amo... Yo, que renegué de la mujer; que abominaba el matrimonio; que he despotricado de lo lindo con mis teorías filosóficas opuestas a las tuyas; que tuve un carácter irascible e inaguantable, por ti me he transformado. Hoy experimento veneración por la mujer; el matrimonio me parece la mejor de las instituciones; voy a la iglesia, oigo misa devotamente, y hasta he comulgado dos veces, entérate bien, que no lo sabías; me voy volviendo amable... Y todo por ti; todo lo han conseguido tu juventud, tu belleza, tu carácter dulce y apacible; y lo conseguiste acaso sin proponértelo. Dime ahora si caí en el ri-

dículo o si existe remedio para ese mal tan grave que padezco.

Don Jacobo está pendiente de las palabras de Silda, con la misma congoja que el reo en capilla espera el indulto; doña Elena experimenta una sensación parecida; la joven, que escuchó sin pesteñear las frases sinceras pronunciadas por el filósofo, con voz trémula y apasionada, responde valiente, con gran extrañeza de los otros, cada cual por su estilo:

—Sí, señor: lo hay.

—¡No me engañes para atenuar mis tormentos!—pregunta D. Jacobo, cogiéndole las manos, que oprime apasionado.

—Sería crueldad imperdonable.

—¡Pero eres capaz de hacer por mí tamaño sacrificio, el sacrificio de tu juventud?

—Lo hago gustosa, porque ha tiempo me lo impuse. Cuando le conocí, igual que mi madre, túvele por un hombre insufrible; llegué a cobrarle miedo; hasta pensamos despedirnos de usted. Luego le fuí estudiando, y en seguida comprendí cuánto sufría por ese carácter que se había formado; pues en el fondo es usted bueno. Pretendiendo engañarse a sí mis-

mo, alardeaba de gruñón y de huraño; al argumentar en contra de mis creencias, hacíalo al principio valiente, luego tímido: prueba de no tener las suyas arraigo suficiente. Y me propuse ganarle con mansedumbre, sin oponerme a sus genialidades de niño caprichoso. Luego, sus enfermedades llegábanme al alma; sus padecimientos me hacían sufrir; sus torturas eran mi tormento mayor. Y para remate de fiesta, lo de Honorio.

—¿Luego tú comprendías?...—pregunta el filósofo, sintiéndose feliz, pero sin atreverse a terminar la frase.

—Lo comprendía o lo adivinaba. Por eso despedí al médico.

—¡Oh!... ¡Silda!... ¡Silda!... ¡Con qué poco trabajo se puede llevar la felicidad a quien sufre!... ¡Ya creo curarme! ¡No hiciste más que pronunciar unas cuantas frases, y me siento un hombre distinto! Dios te lo pague.

INDICE

LA NOVELA

VILLA PLACIDA

TERMINÓSE DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE DON ESTANISLAO
MAESTRE, CALLE DE LAS POZAS,
NÚMERO 12, MADRID, A
LOS 15 DÍAS DEL
MES DE OCTUBRÉ
DEL AÑO MIL
NOVECIENTOS
VEINTE Y
UNO

